IKER JIMÉNEZ ELIZARI

Enigmas sin resolver

Los *expedientes X* más sorprendentes e inexplicables de España

MUNDO MÁGICO Y HETERODOXO

Índice

Págs.

Prólogo a esta edición

For *Iker Jiménez*

Al obsenur la naturaleza, nada de lo que consideramos imposible me parece improbable.

PLINIO EL VIEJO

Lo verdadero puede no ser a veces verosímil.

N. BOILEAU

UNA NOCHE DE NOVIEMBRE mantuve una entrevista con un sacerdote. El, exorcista oficial de la Iglesia catolica, y yo, periodista -obrecogido ante la mirada de las gargolas que nos vigilaban desde el corazon del barrio gotico, conversamos durante una hora. Fue suficiente para estremecerme de arriba abajo. Con voz pausada, estirado el alzacuellos y eristalinas las pequenas gafas, me conto la historia de uno de los casos que tuvo que atender, autorizado por su Ilustrisima. Fue el de una niñaa de unos nueve anos que vivía en una barriada obrera de casas bajas a las afueras de la ciudad, allí donde las calles acaban siendo devoradas por el campo. También ocurrió al oscurecer del otoño.

La intervention se habia aprobado al comprobarse en un informe previo la sobrenaturalidad de algunos hechos ocurridos en aquel cuarto infantil. Al poner sobre la mesilla el *Rituale Romanum,* el codigo del siglo XII por el cual la curia imparte paso a paso el ritual de expulsion del mal, la pequena se giro y la risa le cambio como por arte de magia. Su cara se torcio como una «L» deformandose y creando una mueca en la que los ojos se volvieron tan blancos como las sabanas. Intentando apartar la mirada de aquel ser, el exorcista

oyó algo que le hizo temblar. Una voz de hombre hablo por aquella boca tan pequeña en perfecto y comprensible latín... un sonido bronco, quejumbroso, como de otro tiempo y otro espacio, que le respondía con fuerza e insolencia. Durante siete minutos el diálogo se mantuvo en aquella desvencijada habitación con frases nítidas y perfectas. Solo había una niña tendida en el camastro, pero su voz se identificaba como un reo condenado a muerte hacía 2.000 años.

A la espalda de mi informante varios platos cayeron de la encimera, la cama rebrincó y el cable de la bombilla dio varias vueltas enroscándose como una serpiente de metal desafiando a la gravedad.

Esa noche, mi confidente, el sacerdote, se enfrentó cara a cara con lo invisible en aquella casa de protección oficial. Fue su primer encuentro con lo imposible.

Desde aquel momento, y me lo decía arrimándose a la vieja estufa con gesto de preocupación, ya nada volvería a ser igual. La concepción de las cosas, de la vida, del enigma que nos rodea, había cambiado. Marcado por el misterio, este hombre, como tantos otros, se confesó cambiando el rol habitual con este reportero.

Exactamente seis meses después, cuando despuntaba mayo de 2001, viajaba a toda velocidad hacia tierras de Salamanca. La noticia partía de un miembro de la Guardia Civil que me alertaba con un *flash* de tres frases:

— Acaban de verse ovnis. Estamos investigando. Hay decenas de huellas y testigos.

No es difícil imaginarse mi estado. Salté como un resorte a las carreteras y sobre la misma linde con Portugal asistí a una de esas escenas impagables. El misterio se había posado allí mismo, marcando a fuego la dehesa con ochenta marcas donde cabía el puño. La policía científica investigaba y yo asistí a los interrogatorios grabadora en mano, con la fascinación sin borrarse de mi rostro. Los testigos, aunque ellos no lo habían querido, ya estaban «atrapados por el misterio». Para siempre. Uno de ellos, militar extranjero de alta graduación, tenía miedo al volver a pasar por el terreno en el que las gigantescas luces habían aparecido veinticuatro horas antes. A solas me confirmó cómo se le habían aproximado al coche iluminándolo

por dentro horadando el suelo provistos de algún tipo de maquinaria incomprensible. La Guardia Civil, rodilla en tierra, despejaba algunas dudas. Aquellas huellas eran sencillamente imposibles. No estaban realizadas por mano del hombre ni por animales o enseres de labranza. Una vez más, había llegado tarde por muy poco. Entreviste a los protagonistas, recorrí el lugar, me hice con los informes oficiales y tomé muestras. ¿Quizá la próxima ocasión podría observar aquel prodigio? ¿Quizá un día podría decir a mis lectores «yo también lo vi»?...

Los dos libros que componen *Enigmas sin resolvery* que ahora tiene entre sus manos en este tomo especial de su vigésima edición, están escritos con el mismo asombro con el que yo escuchaba estas últimas historias. Asombro puro ante cosas que ocurren y que, por lo general, jamás se cuentan. Sucesos que casi siempre acaban devorados por ese monstruo infame y amorfo del silencio.

Estas páginas que ahora vienen nacieron con la vocación de un pequeño San Jorge enfrentándose a ese dragón del conformismo que a veces todo lo invade. ¿Inútil la batalla? No lo creo.

Fue este un trabajo largo y pródigo en kilómetros, sustos y hallazgos. Para llegar al fondo de los treinta casos hubo que hacer muchas cosas. Algunas de ellas inconfesables. Y es que muy equivocados están quienes piensan que la información por la que más adelante irán sumergiéndose es de fácil acceso. Si algo he aprendido en estos años de reporterismo a tumba abierta es que todos los casos realmente importantes hay que extraerlos con paciencia, enfrentándose a las más diversas «barreras de silencio» y con el duro sacacorchos de la constancia. Nunca el testigo —menos aún si ocupa cargo de relevancia dentro de nuestra sociedad civil o militar— va a declarar alegremente. Quizá por eso los periódicos ya no informan de esta otra realidad que interesa e intriga. La dificultad que entraña la pesquisa y la mentalidad funcionarial de muchos integrantes de los medios de comunicación, hacen que aquellos reportajes sensacionales con enviado especial en el lugar de los hechos —habituales en algunos rotativos de los setenta como *Pueblo* o *La Gaceta del Norte*— sean ya solo un recuerdo. Un eco de valientes que perseguían la noticia hasta sus últimas consecuencias y a los que las modernas tecnologías —conjuntadas con el sedentarismo del gremio— han rele-

gado al olvido. Un olvido injusto que. a mi modo, he intentado romper con estas andanzas solitarias donde el buscador se siente impotente y a la vez fascinado ante lo que descubre.

Las evidencias, efectivamente, son muy pocas..., pero una de ellas, tan importante o más que todo lo tangible y susceptible de examinarse bajo el microscopio, es la que poco a poco va creciendo en nuestro interior. Esa certeza, quizá indemostrable pero real, de que conocemos muy poco. De que ahí fuera pasan de cuando en cuando. Cosas extraordinarias que nos indican que somos inquilinos de un universo desconocido y maravilloso del que incomprensiblemente nos creemos dueños y conocedores.

La misión oculta de estas páginas llenas de testimonios, fotografías y andanzas que vienen a continuación, era la de alimentar el limpio espíritu de búsqueda que cada ser humano —en mayor o menor medida— lleva en su interior. No busqué con estos reportajes proselitismos ni verdades absolutas. Solo busqué la propia búsqueda y su particular épica, en la que creo ciegamente. En ese impulso que nos empuja a departir con personas que jamás hubiésemos conocido de otro modo y a pisar campos que nunca hubiésemos cruzado en otros menesteres. La búsqueda, cuando es real, nos convierte en mejores personas. Solicita de nosotros el mayor esfuerzo y nos recompensa en ocasiones dejándonos esa pista, ese hilo del que tirar para seguir creciendo.

Sé y me consta que quienes han apostado por mí leyendo alguno de estos *Enigmas sin resolver* han sentido el picotazo inmisericorde de este espíritu etéreo, a veces melancólico y otras burlón, que se apodera de nosotros y, siempre en nuestro beneficio, nos hace preguntarnos por las cosas y abrir nuestra mente a nuevas realidades.

El éxito de estas obras repletas de esa filosofía me hace sentir que cada vez somos más los que desafiamos a todos aquellos inmovilistas que nos quieren hacer creer que todo está ya descubierto. En estas páginas, para quien lo dude, hay mucho más que un puñado de casos misteriosos. Hay algo que atrae como un canto hipnótico, que muestra cosas y ofrece pistas. Que plasma el miedo y las incógnitas. Algo más que cifras y datos. Algo que hará que después de leer estas andanzas quizá ya no piense como antes.

(con ellos, con los testigos, aprendí muchas cosas y me reafirme en otras con tanta fe que estoy seguro de que cuando usted, amigo lector; este leyendo estas ultimas letras, yo me encontraré rodando en busca de micros misterios, emocionado al entablar diálogo con (auquellos (que fueron protagonistas de lo insólito.

Estas palabras, escritas en 1998 y que ponían fin a la primera parte de En*igmas sin resolver*, vienen ahora a mi mente. Dicho y hecho. Durante este tiempo la aventura, efectivamente, ha continuado sin tregua en los cuatro puntos cardinales de nuestro país, arrancando expedientes sensacionales del anonimato al que habían sido condenados. Estos sucesos siguen engrosando mis cuadernos de campo. Y en ellos permanecerán pacientemente, con todos los datos e imágenes, hasta que llegué el día en que puedan ser plasmados con el rigor que cada uno de ustedes se merece. Como ocurrió con los apasionantes treinta incidentes que vienen a continuación. Treinta historias que ya nunca podré olvidar. Espero que les ocurra lo mismo.

Bienvenidos a estas páginas llenas de aventura... ¡Y que el genuino espíritu de la búsqueda los acompañe!

En la calle Místerios, una madrugada de tormenta,
siendo las 3:06 h del 23 de octubre de 2001

Agradecimientos

SERÍA INJUSTO no hacer parada obligada para recordara tantas personas que han sido clave para que estos apuntes de bitácora se conviertan en la obra que ahora tiene entre las manos. En primer lugar, mis sinceras «gracias» deben marchar hasta la redacción de Enigmas, lugar en el que tantas veces he vibrado haciendo periodismo y donde todos mis compañeros me han brindado su apoyo y sabiduría para que esta idea no cayese en saco roto. Especialmente importantes son para mí los once años de amistad y trabajo ininterrumpido junto a Lorenzo Fernández, un reportero de esos que ya no quedan.

Quiero trasladar desde aquí mi afecto y agradecimiento sincero y profundo a nobles colegas como favier Sierra Jesús Callejo, que me ayudaron en su momento y de verdad para que todo esto llegase a buen puerto; a Carmen Porter, por su vital ayuda y dedicación en la titánica y desagradecida, pero a la vez esencial, labor de las correcciones, y a Sebastián Vázquez, por escucharme desde el primer momento y creer en esta idea de papel.

Pero he de confesar que jamás hubiese escrito ni un renglón de no ser por coincidir en estos últimos y agitados tiempos de aventuras con dos figuras, con dos maestros, a los que he tenido la suerte y el orgullo de tratar y conocer en profundidad. Uno es Fernando Jiménez del Oso, primero amigo y después jefe, que confió en mí desde el principio, con el peligro que eso conlleva a veces, y del que siempre obtuve palabras sabias de ánimo en lo personal y profesional. Su humanidad y actitud ante las cosas me demuestran diaria-

mente que la humildad es el recio camino que a personas como el le hacen cada día ser más grandes.

El otro es Juan José Benítez, de cuyo instinto e inimitable raza reporteril he procurado aprender durante muchos años y desde que era un niño, amando el periodismo como a nada en la vida y creyendo en cada investigación con una Je sin límites. Todo por su bendita culpa. Esa es, por fortuna, la deuda eterna que siempre tendré con él.

Que ambos hayan dejado un destello de su prosa en estas páginas me llena de orgullo y satisfacción. La misma que me produce el que usted, amigo lector, se sumerja en esta aventura de búsqueda Iras el misterio.

IKER JIMÉNEZ

Prólogo

ESTE ES UN MUNDO lleno de paradojas y misterios, una Miente constante de sorpresas que únicamente aburre al que se está quieto o al que, por no atreverse a mirar más lejos, sólo contempla su ombligo. El libro que el lector tiene ahora en las manos va de eso, de acontecimientos extraños, de desapariciones misteriosas y apariciones estremecedoras, de esa parcela de la realidad, en suma, inconfensable y bastarda que incomoda a los necios y asusta a los pacatos.

Algunos de los hechos que aquí se narran han permanecido ocultos, arrumbados entre legajos polvorientos a la espera de que alguien sagaz los exhumara; otros son de ayer, de hoy mismo, pero también con vocación de secretos por presión de las instituciones o temor de los testigos. No es, pese a todo, una obra de denuncia ni una enumeración de casos inconclusos, es la crónica de una búsqueda, el relato vital y ameno de alguien que persigue y acosa al misterio a costa de mil lances, de no pocos apuros y de algunos serios riesgos.

Es un libro en el que camino y meta se confunden, en el que importa tanto la solución del enigma como los sinuosos vericuetos recorridos hasta hallarla. El autor acaba dándose cuenta de ello a poco de iniciada la aventura, descubre que el misterio no sólo seduce con su canto de sirena hasta atraparte, sino que te incluye en su trama favoreciéndote con casualidades que no son tales o frenándote por absurdos medios cuando sigues la pista equivocada.

El misterio te ama si lo amas, se complace en ti si lo buscas rectamente. Es un camino para los elegidos, con la democrática ventaja de que nadie te elige, salvo tú mismo.

De Iker Jiménez, protagonista y escritor de estas andanzas, poco o nada debiera decir. Es un compañero de trabajo, un amigo y, por razón de edad, que no de experiencia, un a modo de hijo adoptivo por el que siento profundo afecto. De lo que hace bien, me enorgullezco; con lo que hace mal, me irrito. Y aun siendo culpa suya, porque no tengo categoría ni vocación de maestro, desde esa posición en que él me ha puesto, sólo puedo recomendar al lector que esté atento a lo que Iker investiga y escribe: tiene olfalto, es tenaz, asume el peligro que a otros detiene, y va a hacer, está ya haciendo, cosas que darán que hablar en el mundo del periodismo.

Doctor FERNANDO JIMÉNEZ DEL Oso

Sobre el autor

LA FRASE, POR SUPUESTO, NO ES MÍA. Pero engarza a las mil maravillas con lo que el lector tiene ahora entre las manos: *El motor principal del mundo se alimenta de poetas y soñadores.*

Hace tiempo que los investigadores de lo insólito y de lo misterioso —en especial los más veteranos— nos sentimos orgullosos y más que recompensados. Lo he manifestado muchas veces, y creo que este es otro momento oportunísimo para recordarlo: una nueva generación de investigadores —que no alcanza aún los treinta años— está tomando el relevo.

Y nos sentimos felices porque estos jóvenes cumplen los requisitos del verdadero, del genuino investigador científico. A saber: son curiosos. Llevan esa cualidad en la masa de la sangre. Son rigurosos. Luchan por el dato. Jamás se contentan con una primera versión o impresión. Analizan, valoran y contrastan. Y, además, a esa «curiosidad científica» añaden un inagotable espíritu deportivo. Vital, diría yo, para terminar de dibujar la lámina del auténtico investigador.

Esa «deportividad» los hace inconfundibles. Su afán por descubrir —por ser los primeros en descubrir— los lleva siempre lejos. Más lejos que a nadie. No importa el sacrificio, ni el tiempo invertido, ni tampoco el riesgo...

A cambio, entre sus manos aparece siempre «algo» que moviliza y motoriza la imaginación. Ese «algo», como decía, mueve en definitiva el mundo.

Este es el caso del periodista Iker Jiménez Elizari. Y este es el caso de la obra que el lector se dispone a disfrutar. Un trabajo fruto de la curiosidad, del rigor y del más generoso espíritu deportivo. Algo que sólo pueden comprender los que no han perdido la capacidad de soñar.

J. J. BENÍTEZ

Introducción

LO QUE TIENE ENTRE LAS MANOS, amigo lector, es tan sólo la punta ínfima de un inmenso iceberg que poco a poco debemos ir descubriendo. En los últimos tiempos la serie norteamericana «Expediente X» ha popularizado ese mágico término con el que nos referimos, precisamente, a los sucesos insólitos que, por su complejidad y abundancia de documentos fiables, son habitualmente hibernados en los archivos de las más diversas instituciones. El célebre serial ha extendido por el mundo entero el sentimiento generalizado, casi conspiranoico, de que las altas esferas manejan, ocultan e imponen el secreto sobre aquellas informaciones y materias que, por su naturaleza desconcertante, no deben ser conocidas por el pueblo llano. Al menos eso piensan «los poderosos». Y a pesar de tratarse de una película, hay que admitir que esa actitud de algunas instituciones, cumpliendo o no con sus obligaciones, es absolutamente real. Los expedientes X, por lo tanto, serían aquellos documentos donde se demostrasen hechos imprevisibles, aparentemente en contra de la naturaleza, en los que habría indicios para demostrar que, en ocasiones, las cosas casi imposibles pueden llegar a suceder. En estos archivos de hechos condenados al secreto no es difícil toparse con los ovnis, desde hace medio siglo generadores de amores, odios, muertes y esperanzas, con las desapariciones insólitas de aquellos que fueron «tragados por el aire» como si traspasasen el umbral de dimensiones que conviven paralelas a nosotros, o con lugares concretos que, por diversos motivos y circunstancias, parecen elegidos por fuerzas imprevisibles que desafían y ridiculizan a nuestra rudimentaria física newtoniana, generando voces imposibles o haciendo que surjan efigies siniestras de la nada.

Nos encontramos en un país absolutamente privilegiado por su diversidad geográfica y cultural que, a cada rincón, tiene nuevas sorpresas que ofrecer a aquel que acepta la aventura de ir en su búsqueda. Explorarlo y darse cuenta de ello es una auténtica aventura sin final.

Quizá el problema, precisamente, es que nos hemos acomodado en un mundo que goza de todos los confortables avances técnicos, y el viajar y explorar cada vez es menos necesario para conocer. Y pienso que es una pena.

Como digo, bastaría pulsar algunas teclas de un ordenador para acceder, de un modo inmediato, a la información sobre estas temáticas que vuela por las redes del ciberespacio. Y eso está muy bien. Incluso presiento que ya hoy en día se podría hacer esa enciclopedia sobre enigmas españoles sin apenas salir de los límites cuadriculados de la pantalla del ordenador. Y se podría desde Oslo, Tegucigalpa o Damasco. Fácil.

Los quince capítulos que engrosan esta obra surgen en las antípodas de ese frío concepto. La visión, romántica si quieren, del reportero que busca la noticia en el lugar de los hechos es lo que yo puedo aportar a cada uno de estos grandes enigmas españoles. Lo demás ya lo hacen los propios sucesos en sí. Premiándonos de cuando en cuando con las actas y los documentos que creíamos perdidos y que avalan su naturaleza incomprensible. En todos ellos he convivido con las gentes protagonistas de los incidentes. En todos he pisado el terreno donde se produjo lo insólito y he vivido muy de cerca las reacciones de aquellos que vivieron el misterio en sus carnes.

Y es que, como dice el doctor Jiménez del Oso en su prólogo, al menos en este libro, meta y camino se confunden, ya que el motor que mueve a este periodista, y lo que engarza en un hilo unificador cada uno de estos episodios imposibles, es el amplio y desafiante concepto de la búsqueda constante. No importa tanto el suceso en sí, la exclusiva periodística por la que tanto uno lucha, o el documento gráfico en cuestión. A veces, casi siempre, lo realmente importante son las mil y una experiencias humanas que uno vive en los viajes tras el misterio. Lo que luego, a pesar del tiempo transcurrido, se recuerda con emoción, tristeza o miedo. Sentimientos constantemente diferentes. Porque cada aventura tras los enigmas españoles siempre es diferente. V no importa que estemos en la era de los clones, de los satélites de comunicaciones y del ciberespacio. Cada vez que uno coge carretera, con el bloc y la cámara como únicos compañeros, sabe que las vivencias serán siempre irrepetibles. Ahí está el valor de estos expedientes, preñados de pruebas oficiales, como muestra del interés y el asombro con el que fueron acogidos por las diversas autoridades.

Sobre ellos está gestada la obra. Sobre los datos, los documentos y las pruebas que avalan unos incidentes que han maravillado y asustado a nuestras fuerzas de seguridad, a nuestras autoridades eclesiásticas e incluso a nuestra fría y calculadora ciencia de bata blanca. Pero, además de esa realidad tangible, existe otra inmaterial que, como aferrada al pecho de quien persigue estas verdades tan complejas, está representada por las sensaciones, por las aventuras y desventuras, y por los paisajes y paisanajes exteriores e interiores que son parte indivisible de esa aventura constante de la búsqueda.

Tras los prólogos de Fernando Jiménez del Oso y Juan José Benítez, a uno le quedan pocas cosas que añadir. Aquí tiene el lector un racimo seleccionado de aquellos casos absolutamente insólitos e inexplicados que por su documentación, implicación de diversas instituciones y calidad de las pruebas y testimonios, adquieren el rango de auténticos «expedientes X españoles». Desde el monstruoso hombre-pez de Liérganes, cuyas andanzas saltaron a luz pública hace más de tres siglos, a los recientes sucesos protagonizados por ovnis y cuerpos de seguridad del Estado, todos ellos provocaron el asombro y generaron decenas de interrogantes que nadie ha sido aún capaz de responder. El Ejército, la Policía, la Iglesia, la Universidad... y otras muchas instituciones se han visto involucrados en estas historias excepcionales sin saber realmente cómo reaccionar ante ellas. Por miedo o precaución, estos sucesos suelen estar siempre a buen recaudo. Acceder a ellos no es tarea fácil. Pero de eso se trata. Al finalizar estos quince capítulos, donde se narran quizá los hechos más desconcertantes ocurridos en nuestro país, no puedo evitar un escalofrío. Motivado, por un lado, por el desafío que representan estos informes enfrentados a la lógica y, por otro, por el vértigo que me produce el recordar tantos y tantos viajes y vivencias que, en ocasiones, superaban por lo insólito a los propios sucesos.

Esstas crónicas de lo insólito pretenden también romper una lanza en favor de un concepto muy especial del periodismo. Lejos de la mesa de la redacción, a muchos kilómetros del tranquilo sofá, uno debe ganarse la vida como puede para regresar con la exclusiva, el documento, o la rotunda decepción. Y de todos esos regresos se aprende. Se aprende, sobre todo, a desconfiar de aquellos vendedores de verdades que tanto abundan hoy en día. Y ese recelo es el que hace que aquí, en estas páginas, tenga el lector todos los datos y pruebas a los que, dejándome en ocasiones el alma, he logrado acceder para demostrar que algo ocurre ahí fuera.

Aunque yo crea que así es, sólo ustedes, al leer estas páginas, podrán valorar si el esfuerzo de luchar por esas «otras cosas» merece la pena.

Que yo siga inmerso en esa búsqueda constante no debe coaccionarlos un ápice. Ya no tengo remedio. Y que este libro, en las puertas del tecnificado y frío siglo XXI, lo sea más bien de carretera solitaria entre los montes, de sopa castellana en la vieja posada y de la tertulia sin prisas al socaire de alguna plaza perdida, tampoco.

La opinión de un periodista no creo que deba ser realmente lo que importe, sino lo que pueda mostrar. Por eso hay que pelear por el dato, por la prueba, por el aval que dé garantías de rotundas realidades. Y, humildemente, pienso que aquí hay quince buenas razones para reflexionar y hacerse preguntas. Y eso, créanme, no es poco en los tiempos que corren. Los invito al desafío.

I. Lugares misteriosos

Los MÁS SOBRECOGEDORES «expedientes X españoles» surgieron en su día gracias a las investigaciones efectuadas en lugares misteriosos muy concretos que, por muy distintos motivos, asombraron a la sociedad de su tiempo y generaron temor y respeto entre las diferentes autoridades de la época.

Las Hurdes, una región denostada y marginada desde tiempo inmemorial, de la que poco o nada se supo hasta hace cien años, es un ejemplo vivo de ello. En sus escabrosos caminos se produjeron dos sucesos alucinantes que aún hoy son recordados por las más ancianas voces de la comarca. En un mundo aislado y remoto, los «lamparíles fatales», luces de pequeño tamaño y comportamiento aparentemente inteligente, fueron una molesta y errante compañía en las noches de principios de siglo. Varias personas murieron por la aproximación directa a estos inusuales fenómenos que todavía asustan a algunos convecinos de los valles hurdanos. Intervino la Iglesia, los médicos y otras instituciones de la época... pero el intento de explicación y la crónica de aquellos incidentes quedó olvidada e incomprendida entre legajos que nadie reclamó durante décadas. Tras una ardua investigación sobre el terreno, aquí están todos los datos, documentos y fotografías de aquellos primitivos expedientes imposibles.

En 1870 empezó la «maldición de Ochate», un poblado del Condado de Treviño que guarda en sus entrañas algunos de los más fascinantes sucesos ocurridos en los últimos tiempos. Tres epidemias fatales e inexplicables para la ciencia que aniquilaron a la población, una necrópolis de niños que rodea el lugar desde tiempo remoto,

combustiones espontáneas y suicidios rituales, las experiencias de un destacamento militar que fue protagonista de una estremecedora aventura... todo un rosario de fenómenos inexplicables de los que ha quedado constancia oficial y que, como decían las voces de los más ancianos, no hacen sino refrendar la añeja historia. Un emplazamiento, para algunos maldito, arquetipo de los lugares misteriosos de nuestra geografía que de un modo u otro parecen actuar como un gran imán para atraer la fenomenología más desconcertante.

Una comarca, un pueblo... los «expedientes X españoles» han surgido siempre donde menos se les esperaba. En Bélmez de la Moraleda 0aén) se produjo hace casi treinta años el más importante de toda nuestra historia. Unas caras misteriosas aparecieron surgidas de la nada en el cemento de una humilde cocina. Con el paso del tiempo, las pruebas efectuadas demostraron que allí no había ningún tipo de fraude, provocando que el fenómeno social y la expectación generada en todo el país dispararan el interés de las más altas esferas del Estado. Pero en aquella España cambiante no interesaba un enigma tan espinoso. La puesta en marcha de la «Operación Tridente», una siniestra conspiración dirigida por el Obispado de Jaén, el Ministerio del Interior y algunos otros destacados miembros del Movimiento, consiguió hacer creer al mundo entero que todo aquel prodigio no había sido más que una ingenua trampa rural. Veinticinco años más tarde, el autor demostró la existencia de las actas del precintado notarial de la casa, que, por primera vez en nuestro país, constataban la existencia de un fenómeno paranormal. En su encierro de tres meses, los rostros de Bélmez se transformaron macabra e inexplicablemente. Pero aquellos documentos secretos jamás salieron a la luz, silenciados por el complot impuesto por los gobernantes. Muchos años después se demuestra, con cartas y expedientes que se publican por vez primera, toda la verdad y las grandes mentiras impuestas por el poder en torno al suceso más apasionante acaecido jamás. Las caras de Bélmez continúan hoy en el mismo lugar, riéndose quizá de aquellos que ya no están y a los que, pese a quien pese, han sobrevivido.

Las Hurdes: Luces que matan

Ficha: **En las primeras décadas de nuestro siglo se produjeron algunas muertes misteriosas en una de las comarcas más desconocidas del territorio español. Una serie de enigmáticas luces de idéntico comportamiento y características fueron aparentemente el motivo de estos luctuosos sucesos que llenaron de espanto a los habitantes de la mítica región de Las Hurdes.**

HE VIAJADO EN MÁS DE VEINTE OCASIONES a la comarca extremeña de Las Hurdes y mentiría si no confesara que ya la siento como una tierra de adopción. Y en cada regreso, generalmente con el cuaderno de campo repleto de nuevas historias y aventuras recogidas entre los inmensos pizarrales que rodean toda esta singular región, una sensación muy similar: la de haber estado en un lugar donde el misterio se palpa en cada rincón y cada esquina.

Frases históricas como las del padre Nieremberg, en su obra *Curiosa filosofía*, editada en 1600, al referirse a esta tierra, fueron alimentando mi curiosidad e imperiosa necesidad de visitar aquel rincón extremeño. Aquel religioso dejó la primera referencia escrita sobre Las Hurdes y lo hizo de un modo rotundo: *Existe en este reino un áspero valle infestado de demonios, un lugar que los pastores creen habitado por salvajes, gente ni vista ni oída, de lengua y usos distintos a los nuestros. Son hombres y mujeres que andan desnudos pensando ser solos en la tierra...*, afirmaba el sacerdote, descargando su furia contra lo que consideraba un agujero infernal perdido en las dehesas de los Duques de Alba. Posteriormente, en 1694, el también religioso fray Tomás González aseguraba que el mismísimo Satanás había llevado a la perdición a los habitantes malditos de una comarca del norte extremeño. No estuvo menos recatado el historiador inglés Borrow, quien ya en el siglo pasado, y en su obra *La Biblia en España*, indicaba sin rubor que: *No hay tierra como ésta, tiene sus secretos y misterios. Muchos se han perdido en ella y no ha vuelto a saberse su paradero. Cuentan que en ciertas lagunas existen horribles monstruos, y que en los ásperos valles sólo alumbra el sol a mediodía, reinando las tinieblas el resto de la jornada.*

Eran personas, las que esto afirmaban, que jamas habían puesto un pie en los 590 kilómetros cuadrados que enmarcan la agreste y aislada comarca de Las Hurdes. Y su influencia nociva sirvió para que la imagen negra y apocalíptica de estas tierras perdidas entre los confines de Cáceres y Salamanca se repitiese hasta la saciedad a lo largo de la historia. Con el tiempo, es cierto que una serie de audaces aventureros sí se adentraron en este tenebroso mundo.

Vicente Barrantes fue un explorador extremeño que decidió viajar hasta el «imperio del silencio» y contar a sus convecinos cuanto de leyenda y verdad había en las míticas cuarenta alquerías y ocho mil tristes almas que componían el «País Hurdano». Y a su vuelta no dudo en afirmar que *en los lugares de acceso a las alquerías cortan el camino los hurdanos. Desnutridos y harapientos, con mirada fija en el suelo, acaban huyendo de modo espantoso, brincando entre los riscos con la agilidad propia de las cabras por mucha que sea su edad. Otros, los más, se retiran asustados a sus inmundos cobertizos, guardando silencio ante la llegada del forastero. Nadie sabe qué edad tiene, ni muchos cuál es su familia. Si así se presentan en los albores del siglo xx, ¿cómo lo harían en 1600?...*

Estas declaraciones calaron hondo en mi ánimo, y, totalmente enfebrecido, comencé a absorber cuanta literatura caía en mis manos acerca de la «tierra sin tierra». Así, con el paso del tiempo, supe de las experiencias de antropólogos como el francés Maurice Legendre, quien pasó dos años viviendo en Las Hurdes, para realizar, a finales de 1907, su magistral estudio sobre geografía humana. Un trabajo excepcional donde se plasmaba el horror de unas tierras y unas gentes perdidas en el último rincón del mundo. Un lugar saeteado por las duras lascas de pizarra que impedían cualquier tipo de cultivo y labor agrícola. Un reino perdido donde, como dijeron los impresionados Gregorio Marañón y el monarca Alfonso XIII en 1922, *la vida es imposible para el hombre,* y donde, según los insuperables reporteros que trabajaban para la revista gráfica *Estampa* en aquella feliz década, *abundan los bobos como el del Cabezo, quien, puesto en jarras, sonríe como un chimpancé, caído el labio, babeante, mirándonos con una vaga y muerta mirada de idiota...*

Debió de ser duro para ellos, pero a pesar de estas crudas descripciones y de los indiscretos objetivos fotográficos que durante largos años sólo buscaron la deformidad y lo anormal como elemento morboso sobre el que construir un mito, los hurdanos, aferrados en cuerpo y alma a su querido suelo, jamás abandonaron los riscos y cordilleras que hoy separan las provincias de Cáceres y Salamanca. Siguieron, para muchos, encarnando el papel de los «pobrecitos», de los «bufones» y de los «amorales amancebados» que, aislados del resto de la civilización, generaron una cultura y unas leyes ajenas a las que se desarrollaban en el resto del mundo. Fue el genial cineasta Luis Buñuel quien con su dramática obra *Las Hurdes: Tierra sin pan,* rodada en el verano de 1932, mejor definió y sintetizó la situación que allí se vivía. Hizo el aragonés honor al dicho de que más vale una imagen que mil palabras, ya que sus escenas protagonizadas por niños famélicos, ancianos palúdicos y poblados infectos, sin luz, agua ni cualquier adelanto civilizado, dieron la vuelta a los cinco continentes en cuestión de días. En España, el propio Gobierno de la República las censuró por considerar aquello una ofensa para el buen nombre de la nación. Como siempre, se intentaba matar al mensajero, desviando con farisea hipocresía las miradas de donde estaba el verdadero problema. Pese a las autorida-



Un viajero tomó esta foto en la entrada de un poblado hurdano. Viva imagen de lo que se conocía como «el infierno extremeño".

des, aquello no era una película de ficción, sino un tortuoso recorrido en blanco y negro, sobre fondo de música de Wagner, de la más esperpéntica de las realidades que se vivía a menos de cuatrocientos kilómetros al oeste de la capital del Estado. Demasiado fuerte para admitir las correspondientes culpas. Y la pregunta ¿qué hacemos con Las Hurdes y los hurdanos?, como quien se pregunta qué hace con la oveja negra y desvalida de un inmenso rebaño, recorrió todas y cada una de las instituciones.



Los llamados en otras épocas «monstruos» del poblado de Fragosa. La consanguinidad y el aislamiento del resto de la civilización tenía un precio.

ASÍ, con el impacto internacional de las imágenes de Buñuel, se comenzaron a llevar a cabo programas ele ayudas para aquel -Baldón de España-, como lo designaba el doctor Bidé, o integrantes del fascismo como Albiñana, que allí fue desterrado, dando lugar a su polémica obra *Confinado en Las Hurdes.*

(Con las ayudas generales de infraestructuras, el "País Hurdano" poco a poco ha ido agarrando ese último tren de la civilización que se le había pasado ya varias estaciones. A pesar de todo, en mis viajes a esta mítica región, he podido comprobar que lo que no ha cambiado un ápice es la vida interna del propio pueblo hurdano. Y lo que nadie a logrado modificar, es la relación del hombre de Las Hurdes con la naturaleza y con los misterios que la rodean. No hay lugar en España donde la magia, la superstición y lo trascendente tenga mayor importancia y mayor significado que allí. Y la razón fundamental la dan dos motivos: la propia idiosincrasia del pueblo hurdano y la serie de fenómenos inexplicables que desde tiempos remotos se han dado en estos valles como en ningunos otros de nuestro país. Incidentes que escapan a toda lógica y con los que estas nobles gentes han aprendido a convivir desde tiempo inmemorial.

Dispuesto a lanzarme a cuerpo descubierto y sin red sobre algunos de las más increíbles incidentes sucedidos en nuestra particular historia de los fenómenos extraños, viajé a Las Hurdes en innumerables ocasiones. Y, como verán, las andanzas por esta «tierra sin tierra» siempre merecieron la pena...

El duende de Ladrillar

Caminando por el norte de la región me topé con una de las más apasionantes historias que jamás he conocido. Una de esas que, cualquiera sea el tiempo que transcurra, nunca se podrán olvidar. Pasando uno a uno los legajos del Primer Congreso de Hurdanófilos celebrado en 1907 en la ciudad cacereña de Plasencia, recogí las primeras pistas que, con el tiempo y la investigación, se tradujeron en una aventura fascinante.

Se celebraba en aquel año en la medieval villa extremeña una reunión de acaudalados e influyentes personajes para intentar llegar

a acuerdos concretos con los que paliar el déficit economico, humano, y hasta algunos se empeñaban que moral, que a/otaba la región hurdana desde el confín de los tiempos. Este intento no era algo aislado. Desde hacía tres décadas, sabidas las andanzas y horribles imágenes que se trajeron algunos exploradores aferradas a la bolsa de viaje y a la pluma, la idea de ayudar a los «pobrecftos hurdanos» se hizo común en diversas zonas de España. Para encauzar esa corriente solidaria, muy semejante a la que hoy vivimos a través de las diversas ONG respecto a los pueblos más desfavorecidos, se organizó el congreso de hurdanófilos, nombre que a partir de ese instante se les otorgó a quienes intentaban ayudar a los «sin pan».

Hojeando lentamente aquellas actas históricas en busca de elementos diversos con los que ahondar en la problemática social hurdana, me topé con un curioso epígrafe en el que se hacía mención al «Duende de Ladrillar». Como imaginará el lector, se me aguzaron los cinco sentidos ante aquella historia que, según todos los allí firmantes, era rotunda realidad y se refería a hechos reales pero absolutamente inexplicables.

En dichos documentos se hablaba de la irrupción de un párroco de la pedanía hurdana de Ladrillar. El buen hombre denunciaba lo que en su pequeño pueblo había ocurrido. ¡Pero es que aquello no era cualquiera cosa! El religioso se refería, sin medias tintas ni rodeos, a las andanzas de un siniestro personaje volador de corta estatura y extraños atuendos que se había aparecido ya en varias ocasiones. Y tuve que sonreír, intentando retroceder casi noventa años a fuerza de imaginación, al vislumbrar las caras pálidas de, entre otros, el obispo de Cáceres y Coria, que allí debía estar presente escuchando la inesperada noticia. El motivo de tanto ajetreo y revuelo lo había provocado, según don Isaac, nada menos que un ser que no parecía de este mundo. Según lo escrito, en dicho pueblo tuvieron que vérselas con un funesto «duende», pues así lo bautizaron los asustados hombres y mujeres que lo vieron, que en diversas jornadas de febrero de 1907 llevó el temor a los aislados pagos de Las Hurdes del norte. Un duende, para más señas, que tenía la prodigiosa facultad de flotar en los aires y emitir guturales sonidos que helaban el ánimo de aquellos ladrillenses que sufrieron las visitas.

No cabía duda de que en aquellos «prehistóricos» documentos se aludía al arquetipo de los humanoides que centenares de personas en todos los rincones del mundo han observado próximos a objetos volantes desconocidos. En esta nueva aventura periodística que se planteaba de repente el tiempo transcurrido era un obstáculo y un aliciente al mismo tiempo. Con un poco de suerte, pensaba, ya en el interior de mi automóvil, aún podría encontrarme con algún testigo de aquellos remotos sucesos que tuvieron a toda una aldea en vilo.

La blanca y apiñada alquería de Ladrillar me recibió con frío y viento. Quizá por eso agradecí más que nunca el oloroso vino de pitarra que hacía compañía en la vieja sacristía del pueblo. Allí, cabalgando entre archivo y archivo, pude dar con la identidad de aquel cura que parecía haberse adelantado a su tiempo.



Única foto de Isaac Gutiérrez, el párroco informante de uno de los primeros expedientes X españoles.

Según don Isaac Gutierrez, que así se llamaba nuestro protago nista, el «duende» *vestía ropajes ceñidos* y *oscuros enfundados en um menudo cuerpo, la cabeza era desproporcionada por lo grande,* y *las extremidades cortas.* Todo un rosario, vuelvo a repetir, de características típicas de los supuestos encuentros con entidades próximas a los OVNIs.

En Las Hurdes de 1907 difícilmente hubiese podido alguien maquinar ese relato. Algo ocurrió en aquellas solitarias tierras, y el tiempo apremiaba. En la carretera fui consciente de que luchaba contra casi noventa años, un espacio demasiado grande para encontrar datos, nombres y evidencias. Pero una vez más la suerte se aliaría de modo increíble con este perseguidor de noticias para reconstruir una fantástica historia que ya parecía condenada al olvido eterno....

«Todos le teníamos miedo»

Ladrillar se desperezaba aquella mañana con un sol tibio enredado entre madejas de densa niebla. Es un poblado que en los meses de otoño e invierno es común amanezca envuelto en las frías brumas. El termómetro de la emoción en aquel laberinto de casas, muchas de ellas exactamente iguales a como las retrató Buñuel, aumentaba a cada paso que daba en busca de nuevas pistas. Los primeros sondeos entre mis amigos los hurdanos no fueron, como casi siempre me suele ocurrir al iniciar peripecias semejantes, nada esperanzadores. Es más, a punto estuvo un lugareño de enzarzarse con este servidor de ustedes ante las insidiosas preguntas. A veces, en Las Hurdes, como en otras regiones españolas que por un motivo u otro han estado en una «segunda velocidad» de desarrollo y apertura al exterior, uno tiene la impresión de que su curiosidad rompe un silencio establecido durante siglos, y que esas osadías a veces se pagan caras. Recordaré siempre que aquel hombre de voz aguda y cara de pocos amigos tenía un fino hilillo de sangre que le caía por la boca. Ni supe ni quise saber el motivo. En su mano una hoz inmensa y oxidada se balanceaba con soltura, tanta que en más de una ocasión ya la vi clavada en alguna parte de mi anatomía. Pero al final, como también siempre suele ocurrir, el rojo líquido no llegó al río. La propia curiosidad del hurdano le hizo reclamar la atención de otros vecinos que daba la impresión nos escuchaban hacía tiempo desde el otro lado de sus pequeñas puertas de madera. Con escaso disimulo y mirándose unos a otros salían al exterior como si se tropezasen por casualidad con nuestra charla enredándose en la tertulia que improvisadamente se había formado en una de las más empinadas callejas.



Serafina Bejarano Rubio, de 93 años, en el momento de la entrevista. Gracias a ella se rescató del olvido el increíble suceso del Duende de Ladrillan.

Eran las once de la mañana de un primero de noviembre, fecha que quedó marcada a perpetuidad en el cuaderno de campo. El motivo, un súbito e inesperado encontronazo con Serafina Bejarano Rubio, mujer prototipo del recio pasado hurdano y que a sus 93 «castañas» acarreaba a sus espaldas un pesado hatillo de leños que quitaba la respiración. Así son las gentes de estos lares, duros como la pizarra que siempre los ha rodeado. Serafina, con mil arrugas surcándole la cara y unos ojillos pequeños y expresivos, no dudó en dejar su carga a un lado para acomodarse. Una sonrisa franca, como de niña, me hizo intuir que por fin había dado con alguien que sí había oído la tétrica historia...

Es que yo lo he oído y lo he visto, —me dijo de un tirón y con los brazos en jarras.

Tras recordarle las fechas en las que, según los «papeles oficiales», ocurrieron los hechos, se me despejaron todas las duelas. Me encontraba ante la única testigo viva de las andanzas del ya mítico «Duende de Ladrillar». *Sí, hijo, sí. Yo tendría nueve años. Y todo lo recuerdo perfectamente como si hubiera pasado boy. Fueron tres días los que se apareció aquel «tío». Venía volando, a no mucha altura, y perseguido de dos luminarias redonditas y fuertes. Casi nunca hacía mido, pero a veces gritaba...*

¿Aquel bicho gritaba? —le pregunté, todavía sin poder asimilar lo que escuchaba y emocionado al comprobar que estaba grabando el último «documento viviente» de la inmortal leyenda del duende…

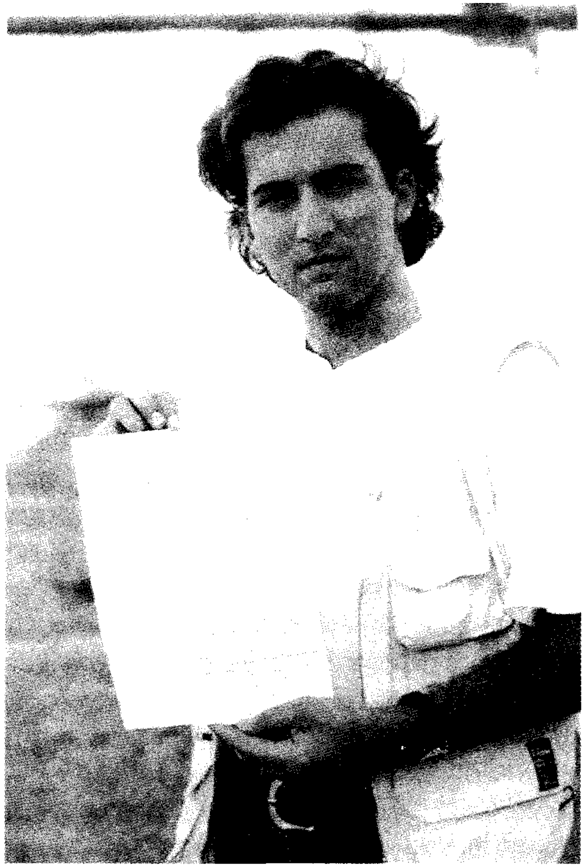
—*Sí, gritaba fuerte* —prosiguió Serafina, señalándome unos pequeños montículos de las afueras del pueblo—, *era como un «uuuuua, uuuuua» que nos ponía de miedo. La gente se arrejuntaba en aquella placilla de abajo y veíamos cómo aquel demonio flotaba basta esa arboleda de allí enfrente. Uno de los días llegó) a posarse muy cerca del cementerio. Daba como un «rivoleteo en el aire, y volvía otra vez para una casa de allí. Estábamos muy asustados... todos le teníamos miedo. Luego hubo un día que ya no volvió más y por eso se quedó lo del duende. Dicen que el cura lo expulsó, que llegó) a pelearse con él. Pero eso ya no lo sé. Lba vestido de negro y era chiquito, chiquito... parecido igual a un mono. Yo tenía nueve años... pero nunca podré olvidarlo.*

La verdad es que nunca hubiese apostado por encontrar alguien vivo y con la mente tan lúcida como Serafina, para conocer de primera mano qué ocurrió en las noches del 26, 27 y 2<S de febrero de aquel lejano 1907. Pero las sorpresas, a las que el lector se irá acostumbrando según vaya pasando las páginas de esta obra, surgen una tras otra cuando alguien investiga a corazón abierto. A cara y cruz, jugando con la posibilidad de encontrar lo que se busca... o volverse de vacío al punto de partida.

En esta ocasión, como si la propia historia del «Duende de Ladrillar» reclamase ser escuchada casi un siglo después, los acontecimientos se precipitaron de modo espectacular. Fue en capital cacereña donde estuve «enclaustrado» durante varias jornadas entre archilos históricos y sacristías en busca de datos sobre el valiente sacerdote que se enfrento al extraño ente. Y allí, meses después, recibiría mi ánimo otro increíble «regalo». Isaac Gutiérrez se había convertido en todo un personaje del que deseaba averiguarlo todo. Incluso llegué a imaginarme en aquellas oscuras salas cómo debié) vivir el sacerdote los traumáticos días en los que en su pedanía imperó el caos total. ¿Qué pensaría este buen hombre?, ¿cómo actuaría?, ¿cómo era su rostro? Dar con una fotografía suya debía ser imposible. Cronos me llevaba mucha ventaja y a buen seguro cualquier vestigio gráfico del paso de aquel sacerdote por el mundo de los vivos, de haber existido alguna vez, ya sería polvo del pasado. A principios de siglo las cámaras fotográficas eran poco menos que «objetos del futuro» en aquella comarca extremeña. Impensable, pues, pensar en recuperar alguna imagen de aquel bravo sacerdote que no se arredró a la hora de contar, con pelos y señales, a sus superiores lo que estaba ocurriendo en su parroquia.

Por desgracia, la actualidad imponía su ley, y otros menesteres, como la concentración de súbditos en una montaña cántabra dispuestos a ser «arrebatados ante la llegada del fin del mundo», y las indagaciones acerca de un tétrico castillo de la Alcarria donde supuestamente se efectuaban ritos satánicos, me mantuvieron alejado a la fuerza de la investigación del «duende» durante algún tiempo. Por aquel entonces engrosaba el equipo de reporteros del popular magacine radiofónico nocturno «Espacio en blanco», y aquellas noticias, tan diferentes y espectaculares, reclamaban mi presencia en primera línea de los hechos. Pero con el tórrido verano llegó la oportunidad tan deseada de volver a viajar de nuevo hacia Extremadura en busca de nuevas evidencias con las que terminar un caso que, siempre en rojo, destacaba como deuda pendiente en el viejo cuaderno de campo. Fue, si la memoria y los apuntes no me fallan, el 28 de julio de 1995 cuando arribé a la capital de los conquistadores dispuesto a realizar un «órdago a la grande» en torno a las andanzas de aquel personaje mohíno y achaparrado que tanto pavor había causado en las viejas Hurdes. Y, como suele ocurrir, el tiempo transcurrido y la distancia con la que se ven los hechos al reiniciar una investigación me condujeron, pista a pista, hasta bases mucho más firmes que las del primer viaje. A pesar de todo, he de reconocer que en el Archivo Episcopal de Cáceres estu-

ve a punto de enloquecer y rendirme. Miles de legajos sueltos sobre cada uno de los pueblos hurdanos hacían que encontrar algo concreto de aquellos días fuese prácticamente imposible, más aún cuando las estanterías se prolongaban hasta el infinito y la informatización brillaba por su ausencia. A pesar de todo, las horas entre tinieblas buscando papeles y datos sobre Isaac Gutiérrez dieron su esperado fruto. Y éste vino de manos de Mari Carmen, la encantadora y eficiente archivera que puso en mi mesa el libro de visitas número de orden 19 concerniente al municipio de Ladrillar-Cabezo que comprendía el periodo en el que Isaac Gutiérrez fue cura del pueblo. Durante diecisiete años, desde 1894 hasta 1911, el sacerdote ejerció su sagrado ministerio, siendo febrero de 1907 el periodo que a buen seguro jamás olvidaría hasta el día de su muerte.



Iker Jiménez con el acta de 1907 en la que se da cuenta de lo ocurrido en la pedanía de Ladrillar.

Las actas que fui recogiendo, con la delicadeza de quienes hallan el mas preciado de los tesoros, me dejaron durante varias horas sin habla en aquella estancia oscura y asfixiante. Tras realizar algunas copias gracias a la amabilidad de la funcionaría, paseé, con 40 grados a la sombra, por la ciudad antigua, atribulado ante la cantidad de evidencias que allí se plasmaban.

No cabía lugar a la duda, al atardecer de los tres últimos días de febrero de 1907, un humanoide de menos de un metro de altura y gran cabeza ovalada, acompañado de dos potentes luces circulares, se había paseado por aquellos lares sin el menor rubor. Y como pude comprobar en mis posteriores peregrinaciones a estas tierras, no era el único caso... ni mucho menos. Lo cierto es que don Isaac Gutiérrez dejó escrito en una de sus actas una completa denuncia de lo sucedido, haciendo hincapié en que los vecinos, al llegar las siete de la tarde y ante el temor que les producían aquellas apariciones fantasmales, se encerraban a cal y canto en sus viviendas abandonando sus deberes de agricultores e incluso olvidando ir a la parroquia. Quién sabe si esta situación descontrolada, y la ausencia total de fieles, fue lo que obligó a don Isaac a tomar cartas en el asunto y ponerlo en conocimiento de las autoridades competentes. No en vano, aquel extraño personaje estaba poniendo en peligro entre otras cosas, la propia fe de aquellas gentes, convencidas de que el mismísimo Satanás había llegado hasta allí quién sabe con qué oscuras intenciones...

Una extraña muerte

El amplio dossier documental del que fui haciendo acopio en aquellas jornadas me reveló nuevos e inesperados datos. Según se decía en una de las actas de aquel «milagroso» libro de visitas, una de las luminarias que acompañaban al llamado duende sobrevoló a un grupo de chiquillos entre los que se encontraba Serafina Bejarano. El párroco siguió la escena desde el pórtico de la iglesia y observó, al igual que multitud de asustados vecinos, cómo una jovencita de tan sólo cinco años caía al suelo de modo fulminante. Persiguiendo datos y más datos, enfebrecido ante el extraño y mortal cariz que

tomaban los hechos, pude llegar a la conclusión de que aquella persona era María Encarnación Martín, que vio truncados sus juegos infantiles ante el fulgor de aquella brillante luz. Según consta detalladamente en la documentación oficial, a las pocas jornadas, concretamente en la tarde del 2 de marzo de 1907, la chiquilla fallecía súbitamente sin que nadie pudiese hacer nada por salvarla. Vagamente se recordaba este incidente entre las gentes de Ladrillar, pero el acta médica y la correspondiente partida de defunción señalaba que el óbito se había producido por causas absolutamente desconocidas. Esta muerte, si bien pudo ser la primera relacionada de un modo u otro con las luces extrañas que surcan nuestros cielos, no fue la última. Con la fotografía de Isaac Gutiérrez en las manos, conseguida tras una labor de «ratón de biblioteca» por todos los archivos de la antiquísima ciudad, puse rumbo a donde Las Hurdes se encrespan hacia los cielos. La historia del «Duende de Ladrillar» ya no podría ser calificada de leyenda. Los personajes que asistieron a aquella absurda representación de lo desconocido, vivieron y dejaron su huella en aquella tierra. Y reconfortado como pocas veces, con las fotos y los documentos guardados como oro en paño, me planté en otro poblado donde las «luminarias fatales» habían dejado un reguero de sangre y muerte. En Cambroncino, un remoto rincón de esta curiosa comarca, me esperaba otra gran aventura. Un fallecimiento generado por una luz idéntica y que provocó los mismos síntomas en otro infortunado lugareño...

El encuentro de Nicolás Sánchez

Transcurridos diez años del incidente de Ladrillar, un enigmático foco luminoso iba a traer de nuevo el desconsuelo y el miedo a los valles hurdanos. El primero en saber de esta extraña historia fue el periodista y «maestro» de toda una generación de reporteros, Juan José Benítez. En un viaje realizado a esta comarca a principios de 1983 tras unas sobrecogedoras informaciones centradas en la aldea de Vegas de Coria, logró recabar con precisión y genialidad la principal documentación acerca de otro encuentro OVNI con desenlace mortal.

La película de los hechos nos remonta al anochecer del martes 21 de octubre de 1917. Una jornada fría y preñada de fuertes vientos que a/otaban las peladas sierras de Ahigal, lugar donde cada semana se realizaba una feria de ganado y a la cual siempre había acudido el pastor Nicolás Sánchez Martín, de 39 años de edad y natural de la alquería de Cambroncino.

De robusta complexión y rudo carácter, «Colás», tuvo a bien acompañar a dos mujeres de su pueblo, las hermanas que atendían al nombre de Pepa y María Iglesias, al comprobar que la noche se había desplomado con rapidez y que los caminos de tierra que paraban en Cambroncino eran lugar predilecto de los lobos y otras alimañas nocturnas.

El trío, cargado con diversos cestos y viandas, regresó cabalgando y sorteando con rapidez los pequeños afluentes que desembocan en el río Ribera Oveja. Al llegar a una gran vaguada, no muy lejos del pueblo, se percataron de que alguien «azuzaba una luminaria» sobre las negras aguas. Era, según relataron las espantadas mujeres a su llegada a la aldea, *«una luz no muy fuerte y alargada que bacía que todo se viese como de día.* Pensaron en un principio en algún pescador o «furtivo» despistado, pero conforme las cabalgaduras fueron aproximándose al iluminado regato, las dudas y el más oculto de los temores fueron haciéndose fuertes e indomables. Allí no había nadie. La luminaria, mortecina, amarillenta y parecida a una «pera», flotaba sin ser manejada por persona o maquinaria alguna y realizaba todo tipo de maniobras, dibujando estelas en las tranquilas y profundas aguas. *Eso sólo puede ser cosa del diablo,* pensaron, acudiendo a la más elemental lógica hurdana. Y no les faltaba, en cierta parte, un ápice de razón. Ya en aquellos años eran frecuentes las habladurías en torno a los «banastos voladores» y a las «colmenas de luz» que se habían aproximado con su fulgor extraño a poblaciones sumidas en la más absoluta oscuridad como Cerezal, Carabusino o La Huetre. La crónica viva, interpretada por los relatos y el boca a boca de Las Hurdes, aún recuerda aquella apasionante oleada de las primeras décadas del siglo, muy lejana aún el agua corriente y la luz eléctrica en los pueblos, que maravillaron y asustaron a partes iguales a aquellas buenas gentes. Las apariciones fueron muchas y ante no pocas personas. Y quizá por eso la certeza de que un diabólico

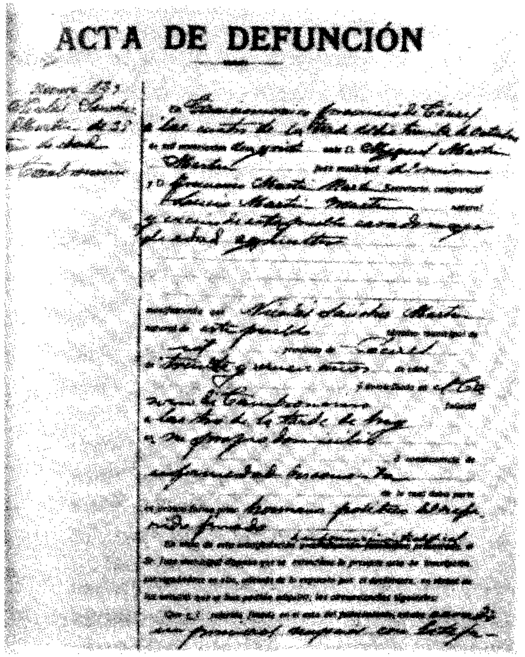
«espanto» se les había cruzado en el camino cobro fuerza entre los tres viajeros que sobre los caballos trazaban la ruta entre Abigal v los montes de Cambroncino en plena noche.

Las dos mujeres, tapándose con los negros mantos y profiriendo rezos en voz baja, optaron por regresar hacia el pueblo de La Pesga y tomar otro camino con tal de evitar aquella siniestra y maléfica luz. Pero Nicolás, sabedor de que aquello era algo realmente extraño, y convencido de que cualquiera que fuese el portador de aquella misteriosa llama no le iba a impedir seguir su ruta, se lanzó sobre los lomos del corcel en dirección al regato. Al bordearlo, la cabalgadura, como si premonizara la tragedia que se venía encima, frenó en seco, profiriendo un relincho que debió escucharse en toda la serranía. A menos de tres metros de aquel artefacto, el tozudo de «Colás» palideció poco a poco... aquella luz ovalada se había elevado unos centímetros y, alejada ya de las aguas, parecía querer retarlo a un solitario duelo en la oscuridad del valle. «Colás», ya con el alma en un puño pero decidido a no volverse atrás ante aquella masa luminosa, agarró su cuchillo, un descomunal machete con el que tantas noches compartió cacerías, y, haciendo gala de su innegable arrojo, comenzó a galopar intentando esquivar a la fatal luminaria. Tras una corta carrera, el caballo volvió a detenerse en un punto, brincando y alzando las patas delanteras a punto de dar con el bravo jinete en los suelos. Cuando «Colas», que por un momento creyó que la luz se esfumaba como por arte de magia, supo el verdadero motivo del susto de su caballo, a punto estuvo de verse vencido por el desmayo. La «luz de Ribera Oveja» se había metido entre las patas del animal y parecía estar abrasándolo lentamente mientras aumentaba su intensidad. En ese instante, el caballero notó un súbito calor acompañado de un mareo que poco faltó para echarlo de nuevo a tierra. Galopando como alma que lleva el diablo, y convencido en sus adentros de que aquella esfera estaba haciendo todo lo posible por descabalgarlo, se dejó los tacones de las botas en los ríñones del corcel para huir de allí iniciando una loca carrera entre los montes, al tiempo que gemía y gritaba desconsolado en medio de la noche. Los seis kilómetros que lo separaban de la entrada de Cambroncino transcurrieron lentos, eternos... y «Colas», en más de una ocasión, creyendo que la luminaria lo seguía de cerca, estuvo en un tris de dar con sus huesos en el duro pizarral que flanqueaba el camino.

Iba el jinete con intención de avisar, gritando con todas sus fuerzas al doctor Víctor Sánchez, único galeno del municipio de Caminomorisco en aquella época, y que en esa jornada del 21 de octubre precisamente se hallaba en la escondida aldea de Cambroncino. Las fuerzas le fallaban y una cortina «como de sangre» le cortaba la visión ele raíz impidiéndole ver el trayecto. Así, casi a ciegas, y más intuyendo que observando, el aterrorizado Nicolás Sánchez llegó a la principal calle del pueblo. En ella, varias docenas de amigos y vecinos se reunían espantados al conocer la noticia. Las dos hermanas, que recién habían puesto sus pies en la aldea, habían alertado a las gentes del encontronazo con el «espanto» y desde hacía algunos minutos todos aguardaban el regreso de «Colas». Los gritos le precedieron, llegando nítidos desde el negro desfiladero que se funde en la entrada al pueblo. Y tras el sonido de los cascos de la cabalgadura, apareció la imagen del antaño fornido pastor con la apariencia de ser un muerto en vida. Según los que allí estuvieron: *Traía la tez pálida como la cera. Temblaba como un niño y balbuceando se metió en su casucha. Incluso parece que se hizo sus necesidades encima de la impresión que traía el hombre...* Al escuchar aquellas palabras en el lugar exacto donde ocurrió la escena, setenta y cinco años después, no pude evitar imaginarme a aquel hombre, vencido en su duelo a muerte con el misterio. Tras no pocas pesquisas pude localizar en el alargado y siempre silencioso Cambroncino el hogar donde, según recordaban los ya octogenarios vecinos, pasó el infortunado Nicolás Sánchez Martín sus últimas horas hasta la expiración.

Lo realmente dramático de la historia es que el testigo, un hombre de complexión fuerte y salud a prueba de hierro forjada en la aventura de la superviviencia diaria, fallecía a las pocas horas ante los asustados vecinos y los llantos desconsolados de su esposa, Estefanía Expósito. «Colas» contó su historia una y otra vez en su lecho mortuorio, como queriendo dejar testimonio póstumo de la que había sido su última pelea. El médico, Víctor Sánchez, en un afán loable por salvarle la vida al infortunado pastor, llegó a utilizar rudimentarios modos de cura por cauterio con hierros candentes como los llamados «botones de fuego», pero ni siquiera ese modo de

reactivar el torrente sanguíneo fue eficaz. Atacado por lo que pan' cía ser una energía absolutamente desconocida para la época, el cuerpo de Nicolás Sánchez fue enfriándose hasta convenirse en un cadáver yacente sobre aquel montón de hierbas a modo de rudimentario camastro.


ACTA DE DEFUNCIÓN

Acta de defunción del "Mártir de Cambroncino"; Nicolás Sánchez Martín.

Pertrechados tras las lámparas de aceite y con las caras desencajadas, varios vecinos cubrieron el cuerpo del «Mártir de Cambroncino», que a partir de ese mismo instante pasaba a formar parte de la leyenda. De una leyenda que en la mágica región de Las Hurdes adquiere carácter de rotunda realidad.

De esta dramática y negra historia sólo nos queda, como en el caso de Ladrillar, una serie de legajos que aún sobreviven milagrosamente a la «trituradora» del tiempo. En este caso, las actas de defunción, en las que se destacaba que una bronconeumonía fulminante había acabado con el pobre «Colas», eran el único vestigio, el único expediente, que avalaban una de las primeras «agresiones OVNI» ocurridas en nuestro país.

En unas numerosas visitas al lugar de los hechos c< improbe que la trágica aventura había quedado impresa en la memoria popular, que la conservaba, aun ochenta años después, como un verdadero tesoro. Inmerso en mis paseos Cambroncino arriba, Cambroncino abajo, me topé con personas que vivieron muy de cerca aquel drama real y propio de la más negra pintura de don Francisco de Goya. Recuerdo, entre tantas, a Juliana Expósito, vivaracha y amable «hijastra» de «Colas», que recordaba de boca de Estefanía Expósito, esposa del «mártir», como *la sangre se había quedado congelada dentro de las venas de mi padrastro.*

Con semejantes declaraciones, a uno se le quedaba el cuerpo, nunca mejor dicho, helado. E intentando reconfortarme y encontrar de nuevo el calor de las sabias palabras de los ancianos de aquel apartado rincón de Extremadura, me dispuse a llegar hasta el que llaman «Barrio del Teso», una especie de colonia ya casi derruida donde tan sólo viven algunos «antiguos» que se resisten a abandonar lo que en su día fue el centro de aquel pueblo. Entre sus callejas de pizarra hallé la casa del difunto «Colas», y no me resistí a, casi en ademán de reverencia, arrodillarme ante su puerta, ya huérfana de herrajes y maderas, y disparar la Nikon varias veces hasta finalizar el carrete. Aquella era —pensaba en silencio— la morada de una de las primeras «víctimas» de los OVNIs en nuestro país. Y no pude evitar un sobrecogimiento al intentar reproducir la escena vivida el 21 de octubre de 1917. Comenzó a llover con fuerza sobre la barriada y, resguardado bajo el quicio de la puerta donde hacía ochenta años había llegado aquel infortunado, pensé en el componente absurdo del enigma OVNI, ese misterio que allí mismo había segado una vida humana.

La «Luz de Ribera Oveja»

Juan José Benítez hacía alusión, en su insuperable obra *La Quinta Columna,* a que en la misma fecha en la que la extraña «luminaria» acababa con la vida de Nicolás Sánchez, otros acontecimientos extraordinarios se producían a escasamente doscientos kilómetros en línea recta. Efectivamente, durante esa semana de 1917, en la poblacióm de Cova de Iria, en las proximidades de Fátima, los pastorcillos

Lucia de Jesús. Jacinta Marto y Francisco Marto, de edades compren didas entre los siete y los diez años, eran testigos de las "apariciones marianas» más importantes del mundo. Sucesos inexplicables protagonizados por la repetitiva visión de una misteriosa figura de tez. blanca, sin pelo y provista de un manto acolchado que fue bautizada bajo el prototipo de «la Señora de Fátima». En aquella inolvidable semana, y según quedó escrito en los archivos del doctor Formigao, prefecto de la población, también esferas voladoras de vivísimos colores fueron observadas por miles de testigos al mismo tiempo. Al observar los diferentes dibujos efectuados por testigos portugueses y hurdanos no pude sino quedarme de piedra ante las tremendas similitudes. Esas formaciones eran, sino las mismas, idénticas a las que desde tiempo remoto venían surcando algunos rincones concretos del «País Hurdano». ¿Existe una relación entre ambos fenómenos? ¿Nos encontramos ante la misma causa interpretada de modo radicalmente opuesto a cada lado de la frontera hispano-portuguesa? Eso nadie lo puede saber. Aunque no deja de ser curioso que, en las mismas fechas, muchos asegurasen ver la encarnación del mismísimo Satanás en unas luces de reducido tamaño y forma ovalada, al mismo tiempo que esas mismas luminarias eran foco de atención dentro de una serie de acontecimientos de carácter divino. Un enigma con dos caras y quién sabe si un mismo significado...



Irene Rueda explica como -la luz de Ribera Oreja- se le echaba encima un amanecer de 195.1.

A pesar del considerable revuelo formado en l'átima, los hurdanos no supieron,, hasta muchos años después, que lo que ellos hacía tiempo habían dado el nombre de «Luz de Ribera Oveja» se venía paseando por los pagos portugueses motivando peregrinaciones de cientos de miles de personas en una marea religiosa jamás vista en el mundo. Ni la prensa ni las ondas de radio eran conocidas en los pueblos de Las Hurdes negras en aquellos principios de siglo. Y los encontronazos con las «fatales luminarias», y muy especialmente con la luz que merodeaba entre las aguas del pueblo de Ribera Oveja, engrosaron tan sólo el archivo popular construido con el vivo relato de los testigos. A la luz de la lumbre, o en las cerradas noches de cacería, los hurdanos se contaban las confidencias y siempre acababan hablando del mismo enigma que durante tantos años los trajo locos. ¿Qué clase de luz era esa? ¿Quién la manejaba y por qué intentaba asustarnos?, se preguntaron varias generaciones de hombres y mujeres.

Hombres y mujeres que a principios de los noventa volvían a recordar ante mi grabadora y block de notas aquellas aterradoras experiencias. Y no podía evitar que un escalofrío me recorriese el espinazo de arriba abajo cuando las mismas interrogantes sin respuesta volvían a aflorar en las tardes de noviembre en las que recorrí la zcna en busca de los testigos de esa esquiva luz sin dueñe) siempre empeñada en perseguir y soliviantar a los viajeros despistados.

En el propio Cambroncino, entre otras muchas, supe de la vivencia de algunas personas que habían estado a dos pasos del prodigioso fenómeno. Atardecía en aquella plazoleta casi vacía, y ante las miradas de dos mujerucas y de un perro triste y errante, la grabadora echó a andar. De frente, sincera y sin miedo, la voz de Irene Rueda, una mujer que en julio de 1953 se topó con lo imposible:

> *Aquella mañana cantaban los gallos. íbamos mi madre, una sobrina pequeñina, mi hermana y yo para el pueblo de Mohedas, a una de las ferias a comprar comida y otras cosillas. Bueno, pues amanecía y nos pusimos en camino. Yo iba sujetando a la borrica y cuidando de la más pequeña, que se mareaba al ir subida en la caballería. De repente, y cuando aún no había clareado, vimos como una luz muy brillante que flotaba en el agua. Relucía aquello sobre lo negro del regato del río y enseguida grité «mira qué luz más*

bonita, ¿qué será Todas nos quedamos en silencio y caminamos como con algo de miedo. 'Total, que yo pensaba al principio que podía ser las luces del pasto que utilizaban los pescadores... pero qué va. En un momento oí «mírala si ya está en el aire", y asi era. Aquella cosa había salido recto del agua y iba iluminando todo el campo, todo el cascal del río y todo el camino como si fuera de día. No bacía ningún ruido y parecía una escoba de palma. Estrechita por arriba y algo más ancha por arriba. Todos sabíamos de qué se trataba, porque en el pueblo ya se había aparecido a varios. Así que nos arrodillamos allí en plena tierra y dijimos «que Dios nos guarde que esa es la luz de Ribera Oveja...»

Como a tantos otros testigos, Irene noto cómo un miedo atroz se apoderaba de su cuerpo y mente. La luz, silenciosa y con su forma de llama, los sobrevoló casi rozándoles la cabeza, sin hacer caso omiso de su presencia. Los rezos, los responsos y las plegarias contra los espantos fueron, una vez más, el arma utilizada por aquellos que se vieron sorprendidos en plena madrugada por la siniestra luminaria.

Ya en la acogedora y fiel posada de Vegas de Coria, lugar donde siempre va a parar el maltrecho cuerpo de este viajero en sus correrías por Las Hurdes, hacía acopio de nombres y personajes ante el amplio ventanal que se asomaba a los negros y abruptos valles del silencio. Y allí, en la soledad de aquella habitación espartana enclavada en las mismas entrañas de la «tierra sin tierra», no pude olvidar a cuantos habían pasado ante mi grabadora. Todos habían sido protagonistas de lo insólito. Marceliano Carrero, Manuel Guillermo Velaz, Domingo Núñez Crespo, Julián Sendín, Manuela Iglesias, Juan José Azabal... una lista interminable que es ejemplo vivo de lo que ha estado surcando estas tierras durante siglos. Quién sabe si por los condicionantes sociales o por su total aislamiento del resto de la civilización, Las Hurdes fueron el lugar elegido no sólo para las «luminarias», sino para otra serie de increíbles personajes antropomorfos a los que la voz popular dio nombres tan sugerentes como el de la «Chancalaera», «El tío del Bronci», los «Encorujaos» o «El Macho Lanú». Enigmas fascinantes y apariciones presuntamente sobrenaturales que se han venido observando hasta bien entrada la década de los noventa. Un mosaico de aventura y misterio que hacía que una vez más me sintiera atrapado en aquel rincón donde lo insólito se hace realidad en cada recodo del camino y en cada alquería. Sucesos increíbles protagonizados por personas absolutamente creíbles. Un cóctel explosivo que, desgraciadamente, ya sería motivo para otra amplia y documentada obra acerca de esta tierra única e incomparable, paraíso para quien no ha olvidado caminar, observar y sentir, y sobre la que nunca se podrá decir la última palabra...

Ochate: El pueblo maldito

Ficha: **Un encuentro con un ovni en 1981 hizo que este despoblado burgalés ocupara las portadas de los periódicos regionales. A raíz de este incidente se fueron descubriendo retazos de la dramática historia del lugar. Tres epidemias inexplicables, una necrópolis de niños y sobrecogedores incidentes, constatados incluso por miembros del Ejército, conforman tan sólo una mínima parte del misterio del pueblo maldito.**

«COMO TANTOS NIÑOS ALAVESES, escuchaba y me sobrecogía en aquellos inicios de la década de los ochenta con la leyenda de Óchate, el pueblo abandonado que teníamos a menos de 15 kilómetros y que tantas veces fue motivo de excursiones temerarias, frustradas siempre al contemplar aquel paraje muerto y solitario. Fiel a su leyenda, Óchate, cuya terminología en el antiguo éusquera significa «puerta secreta o del frío», representó en muchas personas de mi generación infantil temores irracionales y pesadillas interminables. Se contaban historias increíbles a raíz de que un empleado de la Caja de Ahorros de Vitoria, llamado Prudencio Muguruza, fotografiase un gigantesco OVNI sobrevolando el lugar. La imagen, donde se reflejaba nítidamente una inmensa esfera incandescente cayendo sobre la zona, recorrió todo el País Vasco, acumulando el asunto una gran expectación. Poco a poco, las noticias sobre el poblado donde apareció el fenómeno recorrieron la comarca erizando los cabellos hasta de los más incrédulos. Y es que para la mayoría no cabía duda. A la vera de la capital vasca teníamos un enigma pendiente del que sólo sobrevivían las viejas piedras y el esqueleto de sus estrechas calles. Lo que nadie se imaginaba es que ellas guardaban las claves para entender y sumergirse en uno de los más apasionantes expedientes X españoles.

Fue en diciembre de 1995 cuando me propuse investigar a fondo en las entrañas de la misteriosa alquería. Por aquel entonces ya habían vuelto las aguas a su cauce. Y digo esto porque toda la década de los ochenta representó un auténtico calvario para los vecinos de la zona. El enigma de Óchate alcanzó tal popularidad que, en

poco tiempo, centenares de alicionados a lo esotérico, sensitivos de tercera regional, videntes, chillados, curanderos y satanistas macerados en alcohol convirtieron aquello en una especie de Lourdes de la llanura. Todos esperaban la aparición, el milagro o lo sobrenatural como condición para regresar a sus casas satisfechos tras haber asistido a algo extraordinario. Todos ellos, incluso la mucha gente que se acercó de buena fe para ver qué se cocía junto al viejo torreón de Óchate, estaban convencidos de que lo que decía la prensa era absolutamente cierto. El tema, para los periodistas alaveses y burgaleses. fue una mina recurrente que saltaba de nuevo a las portadas cada vez que era necesario.

La pregunta es evidente, ¿era cierto lo que se conté) sobre el pueblo?, y, sobre todo, ¿qué parte de realidad y fraude existe en torno a la leyenda de este lugar? Intentar descubrir eso, que no era poco, fue el motor que impulsé) un primer viaje de investigacié>n al olvidado rincón. Hasta entonces todas las aproximaciones al tenebroso despoblado se habían limitado a pasar interminables noches de acampada a la vera de lo que, con quince años y nuestro peculiar y case-



El de Óchale es un paisaje muerto y desalado. Hoy tan sólo se alza el torreón así derruido, vestigio de un pasado glorioso trucado por la supuesta maldición.

ro carne de investigador de lo insólito, representaba un autentico monumento a lo paranormal.

Era el momento de llegar solo hasta Óchate, de rastrear entre sus piedras milenarias y de verificar ciertas informaciones que se habían visto envueltas por la sombra de la duda.

Así, la Nochebuena de 1995, mientras el cielo se cerraba sobre los campos del Condado de Treviño, estacioné mi vehículo y me dispuse a recorrer lentamente los dos kilómetros que separan el antaño próspero lugar de cualquier vestigio de civilización. Tan sólo el ladrido lejano de dos perros cortaba el silbar constante de un viento lastimero que ya transportaba frías gotas de agua.

El acceso a este remoto lugar es dificultoso, abruptas laderas lo resguardan de las miradas curiosas. Así ha permanecido durante el último siglo, vacío, acompañado étnicamente por el silencio perpetuo.

Aquí no hay agua corriente, ni luz, ni teléfono... ni tampoco nadie que lo pueda necesitar. Solamente una torre blanca y majestuosa, que parece ajena a lo mortecino del paisaje, rompe la monotonía que ofrecen las diversas ruinas al trazarlo que en su día debió ser la más próspera aldea de la comarca. Algo ocurrió para que todo cambiara. La anciana memoria de aquellos que viven en pequeñas poblaciones cercanas como Ajarte o Imiruri volverá a recordar, si alguien se lo pregunta, un encadenamiento de tragedias que los viejos, sentados casi siempre al socaire de las iglesias románicas que rodean la zona, achacan a «la maldición». Una maldición que, lejos de gestarse en la superchería popular, parece estar avalada por multitud de documentos históricos que nos hablan de repentinas epidemias, desapariciones y todo tipo de calamidades que parecían cebarse exclusivamente con este lugar.

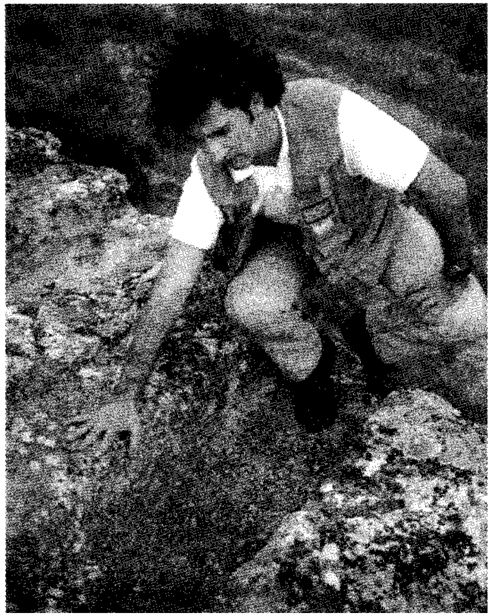
Tras constatar que toda la vecindad, harta de los vaivenes de los últimos años, recordaba perfectamente algunos extraordinarios sucesos, y como no era nada disimulado el temor de muchos hacia ese rincón del Condado de Treviño, me dispuse a fotografiar los restos del poblado mientras en las aldeas cercanas se cerraban las contraventanas y el cantar de los pájaros anunciaba la llegada de las sombras.

Ya junto al torreón románico, en la más absoluta soledad, noté como si alguien me observara... una sensación ya cotidiana en los viajes a la búsqueda del misterio. Giré varias veces la cabeza dis-

puesto a encontrarme con alguna mirada escondida entre los matorrales. Pero allí no había nadie. Lo prudente en estos casos es que la frialdad del raciocinio borre de un plumazo cualquier atisbo de intranquilidad. Y así intenté hacerlo, recorriendo palmo a palmo aquel sombrío lugar hasta darme de bruces con las hileras de pequeñas tumbas que rodeaban la zona.

Me agaché para despejar la tierra acumulada en su interior y asegurarme de que, efectivamente, hace siglos pequeños cuerpos reposaron en aquella ladera. ¿Quiénes eran? ¿ Y por qué allí?, escribí en el cuaderno de campo apoyándome en la vieja necrópolis.

Observando aquellos diminutos sepulcros me invadió una profunda tristeza. Tan sólo el chasquido de la Nikon y el parpadeo del fias se escuchaban mientras un cielo violeta cubría completamente los valles. Había empezado a llover sobre el pueblo maldito. Y he de reconocer, como no lo había hecho hasta ahora, que me volví a sentir acompañado muy de cerca por algo o alguien. Un centinela, quién sabe si de otro espacio y tiempo. Su presencia, cada vez más intensa y cercana, me hizo debatirme en una lucha interna contra mi propio miedo. Y encantado acepté el reto paseando de nuevo entre las ruinas conforme la noche me alcanzaba.



El autor observa algunas de las pequeñas tumbas antropomórficas que, a modo de insólita necrópolis, rodean el poblado desde tiempo inmemorial.

Allí, en la Nochebuena de 1995, reflexionaba junto a unas olvidadas tumbas y una torre inútil y desvencijada... sintiéndome extranjero profanador de los secretos y miserias de aquel pueblo maldito.

La tormenta, mostrando a lo lejos su aparato eléctrico, me indicó a su modo que debía alejarme del lugar. Y así, con la cámara sujeta como fiel amiga y arma dispuesta siempre a llevarse la gran exclusiva, fui descendiendo por el camino estrecho y embarrado sin querer mirar hacia atrás.

Una historia trágica

Veinticuatro horas después, Alfredo Resa me esperaba impaciente en su antigua y confortable vivienda ubicada en pleno centro de Vitoria. Una carpeta repleta de minuciosa documentación apareció entonces como un tesoro en aquel cuarto de paredes blancas y amplios ventanales. Para este afable y menudo técnico de Radio Euskadi, la vida cambió al conocer la «Leyenda Negra de Óchate». Muchas noches en vela y jornadas interminables entre archivos habían pasado desde entonces. *Son más de quince años estudiando lo que allí ocurre, en silencio, con un grupo de personas rigurosas que lo único que queremos es saber por qué acontecen precisamente en ese lugar todo tipo de fenómenos extraños desde tiempos remotos,* me comentaba, mientras señalaba la archiconocida imagen del «globo luminoso» descendiendo sobre la zona obtenida hacía quince años por Prudencio Muguruza.

Según afirmaba Resa, la dramática historia del lugar se componía de sucesos que se remontaban a tiempos prácticamente medievales. Generación tras generación se ha venido hablando de ellos, uniendo la voz popular el fenómeno de la maldición con la presencia de inexplicables manifestaciones paranormales. A la búsqueda de respuestas, este profesional de la radio consultó los archivos históricos de las provincias de Álava y Burgos, para conseguir datos, fechas y, en definitiva, confirmaciones.

Los escasos legajos que mencionan a Óchate seguían durmiendo plácidamente en los viejos clasificadores. Gracias a la pericia de Resa y a su afán recopilatorio pude reunir un material de valor incalcula-

ble, documentos que dejarían perplejo a cualquier experto en historia o medicina. Datos reales que simplemente demostraban lo excepcional de aquel paraje.

Y, como si hubiese descubierto el maná, me enfrasqué aquel mediodía en la lectura pormenorizada de todo el apasionante material para ir bosquejando con mis notas la maltrecha historia de Óchate.

Confirmé así que el nombre de Goate (puerta de arriba) aparece por vez primera en 1134, dentro de la Nómina de San Millán, como referencia a un pequeño poblado que contaba con quince almas por aquel entonces. Un siglo más tarde se construye la torre que ahora es el único vestigio del antiguo Óchate. Estaba dedicada a San Miguel Arcángel, y su emplazamiento, sobre una altura de 702 metros, dominando la llanura, y la particular coloración blanquecina de sus piedras, hacían que durante la noche fuera distinguible desde los múltiples caminos que se adentran hacia el puerto de Vitoria. Para algunos historiadores alaveses no debía descartarse la idea de que actuara a modo de rudimentario faro para orientar a carruajes y campesinos.

En 1254 la aldea parece haber sido tragada por la tierra. Incomprensiblemente, ningún dato sobre ella vuelve a aflorar hasta bien entrado el siglo XVI. De aquella época oscura sólo parecen haber sobrevivido las hileras de tumbas que rodean el pueblo. Tumbas para albergar, por su reducido tamaño, a niños o gente extraordinariamente pequeña. Fueron colocadas junto a los precipicios que flanquean la zona, con formas anatómicas cavadas en la roca como pétreos sepulcros que aún dividen a los estudiosos de la historia alavesa.

Ante la carencia total de datos se especula hoy con varias hipótesis, siendo el establecimiento de alguna sociedad medieval de tipo templario la que cobra más fuerza.

En 1557 Óchate era un despoblado, estaba vacío por primera vez en su historia. La emigración de sus habitantes hacia otras aldeas, o su muerte y desaparición, dejaron abandonado el pueblo maldito. Y así lo estuvo hasta 1750. En aquel año, el censo daba referencia de seis habitantes en el lugar. Pero el crecimiento y la prosperidad alcanzada por Óchate durante el pasado siglo le hicieron convertirse, según confirmé por aquellos datos, en el lugar más poblado de TODA LA comarca, Es precisamente en este período cuando comenzara a desarrollarse la supuesta maldición. Confluirán escalonadamente, v en tan solo una década, diversas epidemias que arrasarán toda la población. En 1860 se extiende la viruela, de la que apenas sobreviven una decena de personas. Cuatro años después el tifus se propagará con furia devastadora, volviendo a dejar yermo de vida el lugar. Tras esta plaga, Óchate volvió a repoblarse rápidamente, pero el triángulo mortal se completaría fatalmente cuando, en 1870, una epidemia de cólera fulminante sepultó para siempre a las personas que intentaban en vano reconstruir la alquería. El pequeño cementerio de la localidad no dio abasto con los cadáveres y se decidió enterrar casi todos los cuerpos en la vaguada que forma el centro de la aldea.

El pueblo quedó absolutamente deshabitado y una gran interrogante pululó por sus viejas construcciones intentando desvelar el misterio de las tres inexplicables epidemias. ¿Cómo era posible que solamente afectaran al pueblo de Óchate sin mermar la salud de ningún otro habitante de las aldeas cercanas? Nadie pudo pasar por alto la aparente selección que la enfermedad había realizado con el lugar respetando al resto.

Óchate, como confirman todos y cada uno de los legajos eclesiásticos, siempre permaneció en constante comunicación con las poblaciones de Imiruri, San Vicentejo, Aguillo y Ajarte a través de víveres, aguas, medicinas, ganado y tránsito humano. Es incomprensible que tres infecciones altamente contagiosas por este tipo de vínculos sólo llenaran de muerte las entrañas del pueblo maldito. Los habitantes de las localidades cercanas, ajenos a la plaga, se convirtieron en simples testigos de la rápida aniquilación de Óchate. Todos, viendo aquel paraje rebosante de ruinas y cadáveres, creyeron a pies juntillas en la sobrenatural condena que parecía haber llegado hasta aquel recóndito lugar.

Sobrecogido por los datos, me recluí rodeado de libros de medicina dispuesto a saber, costase lo que costase, si aquellas tres pestes tenían alguna explicación lógica y, sobre todo, si cronológicamente se correspondían con otras surgidas en el resto del Estado. Las conclusiones que obtuve, y que a continuación expongo nítidas y claras, me dejaron de piedra.

Cólera morbo asiático: Afección endemoepidémica de origen indostánico, causada por un microorganismo llamado Vibrón (Colérico o *Vibrio comma,* descubierto por Koch en 1883. En sus tres fases (diarrea premonitoria, receso de temperatura y cadaverización), el cuerpo pasaba en pocas horas de los 25 grados a 43. La enfermedad era de carácter epidémico en zonas concretas del este y sudeste asiático, y tan sólo en ocasiones puntuales llegó hasta Europa. En España se produjo la primera gran epidemia en 1835, entrando exactamente por el puerto de Vigo proveniente de la cuenca del Volga. Se extendió en la primera semana por Andalucía y en días posteriores en focos de Extremadura y Cataluña. En 1854, la oleada de muerte asoló toda nuestra costa mediterránea aún con más virulencia, provocando un estado de pánico en las provincias de Levante, donde las víctimas caían fulminadas en plena calle. Posteriormente, en 1865, se produjeron las otras dos grandes plagas españolas, que fueron más controladas por unas autoridades sanitarias que ya sabían a lo que tenían que enfrentarse. En 1885 se dieron los últimos casos muy localizados de nueva epidemia en Valencia, lugar que parecía macabramente predilecto por el mortal bacilo. Así pues, el brote de cólera fulminante, que espesaba la sangre y mataba en horas, surgido en Óchate en 1870, se produjo en un tiempo en que la Península, y más concretamente la región alavesa, estaba totalmente libre de este mal.

Tifus exantemático endémico: Infección contagiosa, acompañada de erupciones diversas, provocada principalmente por suciedad y hacinamiento, siendo el principal vector transmisor la mordedura de algunos animales. Se propagaba en el este y sur de Europa, siempre a través de elementos tan concretos como el agua, alimentos, chinches, ratas, ácaros y pulgas del ganado lanar y caprino. Los síntomas primarios eran fuertes cefaleas, diarrea y obnubilación. En 1864 aniquiló a la población de Óchate, respetando al resto de la comarca, con la que se hacía constante tránsito de animales, alimentos y agua. Una aterradora contradicción que nadie se ha logrado explicar aún.

Viruela: Enfermedad infectocontagiosa que rara vez se presentaba de forma endemoepidemica, causada por un virus filtrable y caracterizada por erupciones c vintenia típicas que dejan visibles cicatrices v lesiones en las mucosas. Desde 1799, con la aplicación de estudios de Eduardo Jener, dejo de provocar el descenso de la población de modo drástico. La friolera de setenta años después, en Óchate, se produjo una epidemia incontrolada que fulminé) a todos los moradores cuando esta enfermedad apenas representaba peligro en el resto de la Península.

¿Por qué?, me pregunté en la soledad del archivo. ¿Por qué ocurría esto en aquel remoto pueblo? Convencido de que la medicina otorgaba marchamo de inexplicable a lo que allí sucedió el pasado siglo, me enfrasqué sin perder tiempo en otros no menos misteriosos asuntos que, precisamente en esos años, surgieron en Óchate, dándole a esta historia tintes aún más tenebrosos.

Sin rastro

Aquel fue el último paseo del párroco de Óchate. Antonio Villegas se encaminó a la ermita de Bergondo, en la zona superior del pueblo, dispuesto a recoger varios utensilios para acondicionar algunos hogares abandonados tras el reciente azote del tifus exantemático. Esa fría mañana, en noviembre de 1868, fueron varios los vecinos que lo vieron subir por el camino que bordea la torre blanca, andando presuroso ante lo urgente del encargo. Pero aquella caminata hacia el templo sería la última. Jamás su oronda silueta volvería a dibujarse por aquellos montes. Según indicaban las viejas crónicas del Arzobispado, fueron varios los grupos de vecinos que rastrearon con insistencia el terreno, albergando esperanzas de encontrarlo malherido. Pero ni hondonadas ni terraplenes custodiaban su cuerpo. La desaparición fue denunciada a los pocos días, cursándose las pertinentes diligencias en el pueblo de Treviño. No había, según las autoridades de la época, motivo aparente para que el padre Villegas dejara tantos enfermos y obras a medio reconstruir en Óchate. El Arzobispado de Burgos, a cuya jurisdicción pertenece la comarca, continuó enviando puntualmente los honorarios del párroco durante varios meses, extrañado ante lo insólito de la desaparición. Nadie utilizó aquellos emolumentos, ni nadie tampoco volvió a dar jamás fe

en otras tierras de Antonio Villegas, párroco de Ochate, de cuarenta años de edad y, para muchos, primera víctima del pueblo maldito.

La misteriosa desaparición de personas en la zona ha continuado durante años. Vecinos de las aldeas cercanas y pastores que pernoctaban guareciendo a sus rebaños han sido las infortunadas víctimas. A principios de siglo, el miedo a las ruinas de esta aldea muerta, o a sus hipotéticos y fantasmales moradores, hicieron célebre un dicho referente a la gran peña de granito que se alza en las proximidades y que aún retumba en todo el Condado de Treviño: *Peña de Arrate, cae y mata a esos jodidos de Óchate.* Era la sentencia que la voz popular gritaba siempre demostrando su odio.

El 20 de agosto de 1970 apareció, según recuerda gran parte del vecindario, el cuerpo de el agricultor F. Amestoy totalmente carbonizado. Algunos tienen fresca la imagen del cadáver en el camino que conduce a Óchate como una dantesca visión. Nadie sabe cómo pudo ser. No se encontró ni rastro de gasolina o materias inflamables en los alrededores.

Según me confirmaba uno de los estudiosos del asunto Ochate, esa misma noche en la localidad Marquínez, sita a tan sólo unos kilómetros del lugar, desapareció «como tragado por el aire» el joven agricultor Juan Peché. Transcurrido un cuarto de siglo, la Guardia Civil constató que jamás regresó. Según atestiguan sus propios vecinos, su comportamiento había sido absolutamente normal en las jornadas anteriores. En su humilde vivienda quedaron restos de la comida a medio hacer, ropas, enseres personales, dinero... ¿Qué había sucedido aquella dramática noche en las cercanías de Óchate? ¿Qué clase de fuerzas tenían atemorizados a los nobles campesinos de la comarca? Más de uno achacaba toda la culpa a los objetos luminosos que desde los años cuarenta parecían custodiar el pueblo fantasma surcando los cielos a gran velocidad. Y a la caza de esos testigos me lancé de nuevo a la carretera.

Ovnis sobre el pueblo maldito

Tras mil y una andanzas por esos campos rojizos y solitarios del Condado de Treviño pude saber que fue el labrador Víctor Moraza, en l'>r\, el primero en denunciar la presencia de luces extrañas sobre las ruinas de Óchale. Desde su domicilio observó las evoluciones de una luz esférica que parecía descender en vertical hacia el poblado. Raudo, dejó atrás el cruce de caminos que muy pocos se atrevían a rebasar y se adentró en las ruinas. Allí, sobre la torre, se balanceaba algo parecido a un globo blanquecino y silencioso de dos metros de diámetro. Tras permanecer estático unos segundos, se desplomó sobre la edificación iluminando toda la zona con fuertes resplandores. Ante tan inusual espectáculo, el asustado testigo emprendió veloz carrera hasta llegar como alma que lleva Satanás a su hogar. Allí selló su voz. Sólo la palabra de otros muchos campesinos que habían presenciado idénticas luminarias le hicieron dar a conocer su odisea.

Con el paso de los años, los ovnis que parecen caer sobre la zona se han convertido en algo casi habitual. Uno de los episodios más impresionantes al respecto fue el que le tocó vivir a un fornicio agricultor de Navarrete, otra localidad próxima a Óchate. A las 23:15 horas del 17 de agosto de 1978, Ángel Resines se encontraba regando su



El *24 de julio de 1981 el oven empleado de banca, Prudencio Muguruza, realiza una instantánea que dará la vuelta al mundo. Era el llamado Ovni de Treviño.*

pequeño huerto. E un principio, no prestó atención a una luz. blanca, no más grande que una estrella, que parecía avanzar proveniente del norte (dirección Óchate). A los pocos segundos, y sin tiempo para reaccionar, *algo parecido a una gigantesca pelota de rugby se* le echó encima, descendiendo casi a ras de suelo. Atemorizado, Resines se ocultó en un pequeño cobertizo al tiempo que veía cómo el aparato remontaba el vuelo dividiéndose repentinamente en tres objetos parecidos y de un tamaño semejante. Alineados, los tres ovnis aceleraron en el más absoluto silencio hacia unos montes próximos. Tras un corto vuelo cayeron a tierra. El testigo, que comenzó a ser invadido por una fuerte sensación de sopor y mareo, puso pies en polvorosa, preso de una gran excitación, dejando allí todos sus aperos de labranza.

Historias como éstas hubo muchas; sin embargo, fue el 24 de junio de 1981 cuando se produjo el avistamiento que cambió, para bien o para mal, toda la historia del pueblo muerto. Un joven de 25 años, trabajador de la Caja de Ahorros Provincial de Vitoria, llamado Prudencio Muguruza, fue el protagonista de la odisea. Aquel atardecer descubrió, mientras paseaba con su perra de caza por las inmediaciones de Aguillo, una gran esfera azulada que parecía descender en las cercanías de Óchate. *Sentía un miedo indescriptible, oía a mi alrededor una especie de intensísimo zumbido; sin pensarlo dos veces, como un auténtico autómata, saqué una foto con mi modesta cámara a aquel increíble fenómeno,* me comentaba al recordar aquella vivencia.

Las placas del «ovni de Treviño» fueron vendidas por 500.000 pesetas y reproducidas en todo el País Vasco a lo largo de 1981. La fama de aquellas impactantes fotografías aún divide a los investigadores-, mientras para los más escépticos el célebre objeto no es más que un cúmulo nimbo retratado en unas condiciones atmosféricas ideales para que parezca algo extraño, otros, como Juan José Benítez, no han dejado de apostar por la veracidad de las célebres imágenes. *Los análisis fotográficos realizados con el máximo rigor en un laboratorio de Bilbao demuestran rotundamente que bajo esa luz de Treviño hay un gran aparato compacto, metálico, de grandes dimensiones que se está desplazando por los cielos,* me ha repetido siempre que le he consultado sobre la controvertida cuestión. La de las fotografías de Muguruza, y las posteriores declaraciones de éste, recordando la negra leyenda de Óchate que se comentaba por aquellos lares donde vivía su familia, encendieron la curiosidad de cientos de personas que a partir de ese instante, unos bajo el prisma de la investigación, y, los más, movidos por la diversión, se iban a acercar paulatinamente hasta la vieja aldea. Prudencio Muguruza, tras su encuentro con el ovni de Treviño», se convirtió en el abanderado del pueblo maldito. El convencimiento de que en Óchate confluían todo tipo de energías negativas le hicieron declarar que sólo en esa zona existen espinos venenosos únicos en el mundo y piedras que laten y se convierten en algo parecido a coágulos sanguíneos. Sus investigaciones históricas fueron esenciales, pero lo cierto es que, tras la polvareda que él levantó, arribaron a la aldea abandonada todo tipo de indeseables. Las orgías y «noches mágicas» en la zona acabaron, como en 1988, con personas en la enfermería, intoxicadas tras ingerir extraños brebajes. Los destrozos en la ermita, e incluso el incendio del retablo policromado de Óchate, es aún recordado por los vecinos del pueblo que, realmente furiosos, han permanecido varieos años negando lo que ocurre por temor a la masa de obnubilados que allí se concentraba. Las ansias de toparse con lo imposible, para muchas de estas personas movidas por lo misterioso del asunto, iban a convertirse muy pronto en experiencias difíciles de olvidar.

Encuentros con lo imposible

Me encontraba junto a la torre, observando la noche estrellada, en pleno silencio. Fue a eso de las dos de la madrugada cuando noté unas pisadas que se oían nítidamente a mi alrededor y que poco a poco iban estrechando un círculo. Te puedo jurar que en aquel momento no había nadie en el lugar y que se percibía claramente el sonido de la hierba mojada aplastándose cada vez más cerca, unas veces delante, otras detrás, trazando una circunferencia. Me quedé paralizado, inmóvil por el terror, no sabía sí salir corriendo hacia donde estaban mis compañeros o tirar monte arriba. En ese instante noté cómo una mano, algo helado, me rozaba

lante, porque ahí. en la 'puerta secreta- existe algo desconocido[1] *Quizá por eso su imagen se apareció en aquel pajar...*



El investigador Alberto Fernández puso fin a su vida de un modo trágico. Él pensaba que en Óchate estaba la puerta hacia otras dimensiones desconocidas.

Tras el triste acontecimiento decayó el interés en muchos grupos de investigación de la capital alavesa. Quizá algunos habían comprendido que la supuesta maldición podía ir más allá de lo que en un principio imaginaron.

En ese mismo año 19o7 otro joven prometió no volver Jamás hasta las inmediaciones de Óchate. El motivo no podía ser más obvio. A Mikel Colmenero, radioficionado y cámara de una productora de vídeo de Vitoria, se le encogió el alma en la garganta cuando vio lo que vio.

Y es que aquello eran dos auténticos gigantes. De auténtico espanto fue esa noche... Y le hice contar pausadamente «aquello» ante mi grabadora, mientras en el exterior la vida de la capital vasca parecía ajena a nuestras conversación.

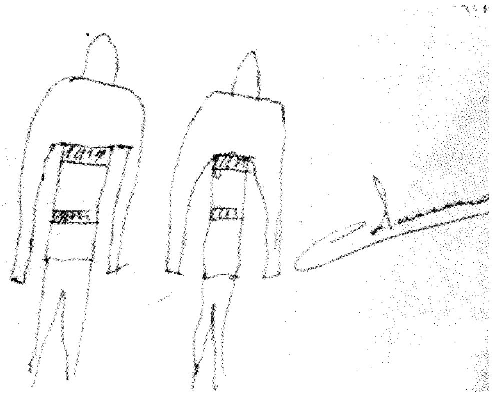
Su testimonio, vivo y directo, era otro varapalo más para los que argumentan que el delirio de la gente ha sacado de contexto meras leyendas populares en torno al lóbrego poblado.

Aque/la noche estábamos un grupo de aficionados haciendo pruehas con curios equipos modernos que habíamos adquirido. Me extraño que al ir alejándome con mi coche del grupo principal aquel artilugio comenzara a fallar.

¿*Y* eso no podía ser debido a algo natural? —irrumpí, acercándole más el magnetófono.

No, casi seguro. Estaban todas las baterías recién colocadas. Era como si al llegar a las inmediaciones del camino que conduce hasta Óchate surgiese una «barrera técnica» imposible de flanquear. Total, que bastante mosqueado decidí alejarme un poco para darla vuelta en ese camino estrecho. Nada más hacer la maniobra y enfilar el camino me percaté de que dos «tíos» se acercaban por un lateral. Me quedé un poco aturdido y enseguida comencé a asustarme, pues no podía tratarse de ninguno de los compañeros. Frené un poco y me quedé helado. Eran altísimos e iban vestidos con un atuendo muy ceñido y con bandas más claras sobre fondo oscuro. Te puedo jurar que me aferré al volante y no supe qué hacer. La cabeza, donde no se podía distinguir rostro alguno, era como un capirote ovalado. Algo increíble. Se fueron alejando tras atravesar una pequeña vereda y allí me quedé yo completamente muerto de horror. Estaba temblando. Aquellos tíos, que se movían pausadamente y siempre fueron en paralelo, medían por lo menos tres metros. Eso te lo aseguro.

Regresé a toda velocidad hasta el vehículo donde estaba el resto del grupo. La verdad es que estaba tan nervioso que hice que cundiese el pánico. Pero ¡qué podía yo hacer! Los había tenido a diez pasos. Ahora se me pone la carne de gallina sólo de recordarlo. Era



Así vio Mikel Colmenero a los dos extraños seres espectrales que se le cruzaron en el camino en las cercanías de Óchale en 1987.

en la espalda, ¡era el tacto de alguien invisible, de alguien que estaba allí en aquel momento!, y eso te ¡uro que cambia la cicla de uno.



El empresario Fernando Gil, uno de tantos testigos de los extraños sucesos de Óchate: Aquella noche noté como alguien invisible iba haciendo círculos en torno a mí v una mano helada me tocaba el hombro...

Así de impactantes retumbaban las palabras de Fernando Gil en mi grabadora. Este vitoriano, agente de una prestigiosa compañía de seguros, era hombre templado y poco dado a las fantasías. Su inicial escepticismo se quebró cuando aquella noche de junio de 1986 notó una presencia invisible a su lado. Algo que lo marcó para siempre y que le hace seguir afirmando que *Óchate es la puerta de algo, es un lugar donde se mezclan todo tipo de energías que parecen manifestarse en momentos muy concretos, como esperando salir a la luz.*

Luis Gómez fue testigo de excepción de un fenómeno vivido hasta la saciedad por los pastores de la comarca; voces y lamentos que llegan a los oídos mientras son transportados por el viento del atardecer. En febrero de 1987, este investigador, en compañía ele varias personas, tuvo que salir a la carrera al percibir *una especie de gruñidos indescifrables, como bramidos de un animal extraño* que comenzaron a oírse con toda nitidez detrás del grupo, en el camino empedrado que lleva hasta la torre del pueblo maldito. El mismo donde desapareció de la faz de la tierra el párroco Villegas.

Incluso los enigmáticos ecos que parecen flotar sobre Óchate habían sido registrados. Esa era una de las sorpresas que me reservaban Alfredo Resa y Fernando Gil. He de reconocer que, con la noche ya sobre nosotros, me impresionó vivamente escuchar aquellas voces grabadas en enero y junio de 1987. La primera era el chillido de una niña que exclamaba ¡Pandora! ¿*O* tal vez el grito decía -kampora», que en eusquera significa fuera? Una voz grabada dentro de la Torre de San Miguel y cuya nitidez sobrecogía. El significado de la segunda psicofonía, obtenida a una altura superior dentro de la misma construcción, dejaba en el aire una serie de preguntas que aún mantienen en vilo a estos investigadores. Una voz más ronca, de mujer madura, se lamenta diciendo: ¿Qué hace aún la puerta cerrada?...

Y las hipótesis, por necesidad, surgen como un poderoso caudal. ¿A qué puerta se refiere la voz? ¿Quizá a la misma puerta secreta o del frío que entraña la etimología del propio Óchate?

Al mismo tiempo que los estudiosos obtenían estas introducciones paranormales un tremendo acontecimiento se iba a cernir sobre la historia del pueblo. El extraño suicidio de un investigador de tode) cuanto ocurría en Óchate, Alberto Fernández, que apareció asfixiado en el interior ele su coche al que previamente le había sellado las ventanillas. Fue un auténtico mazazo para todos. LJn mes después del trágico suceso, varias personas, entre ellas Fernando Gil y Luis Gómez, oyeron lamentos y fuertes latidos en el interior del cobertizo que se encuentra próximo a la torre. Muchos no dudaron en afirmar que por el hueco de la puerta ele dicho edificio translucía una efigie humana con barba y nariz aguileña que algunos rápidamente identificaron con la faz del difunto Alberto F. El propio Fernando Gil, que pase') muchas noches de rastreo en Óchate junto al finade), me comentaba el suceso desde cierta perspectiva: *Para mí, esta muerte, este suicidio, tiene otro significado. Él estaba obsesionado con Ochate, venía constantemente a investigar con nosotros. Fueron diversos problemas personales los que le condujeron a aquello, y no las energías negativas del pueblo maldito como algunos piensan. Para mí, a pesar de todo, fue también una muestra de decirnos, ¡seguid ade-*

lante, porque ahí. en la 'puerta secreta- existe algo desconocido[1] *Quizá por eso su imagen se apareció en aquel pajar...*



El investigador Alberto Fernández puso fin a su vida de un modo trágico. Él pensaba que en Óchate estaba la puerta hacia otras dimensiones desconocidas.

Tras el triste acontecimiento decayó el interés en muchos grupos de investigación de la capital alavesa. Quizá algunos habían comprendido que la supuesta maldición podía ir más allá de lo que en un principio imaginaron.

En ese mismo año 19o7 otro joven prometió no volver Jamás hasta las inmediaciones de Óchate. El motivo no podía ser más obvio. A Mikel Colmenero, radioficionado y cámara de una productora de vídeo de Vitoria, se le encogió el alma en la garganta cuando vio lo que vio.

Y es que aquello eran dos auténticos gigantes. De auténtico espanto fue esa noche... Y le hice contar pausadamente «aquello» ante mi grabadora, mientras en el exterior la vida de la capital vasca parecía ajena a nuestras conversación.

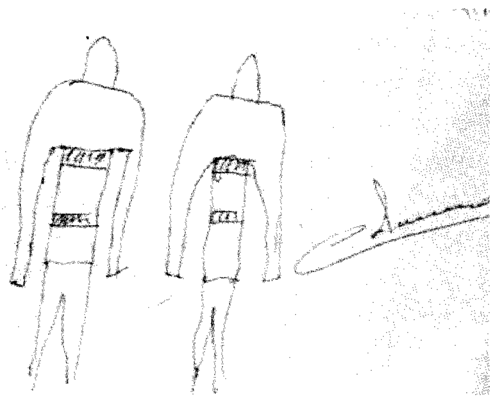
Su testimonio, vivo y directo, era otro varapalo más para los que argumentan que el delirio de la gente ha sacado de contexto meras leyendas populares en torno al lóbrego poblado.

Aque/la noche estábamos un grupo de aficionados haciendo pruehas con curios equipos modernos que habíamos adquirido. Me extraño que al ir alejándome con mi coche del grupo principal aquel artilugio comenzara a fallar.

¿*Y* eso no podía ser debido a algo natural? —irrumpí, acercándole más el magnetófono.

No, casi seguro. Estaban todas las baterías recién colocadas. Era como si al llegar a las inmediaciones del camino que conduce hasta Óchate surgiese una «barrera técnica» imposible de flanquear. Total, que bastante mosqueado decidí alejarme un poco para darla vuelta en ese camino estrecho. Nada más hacer la maniobra y enfilar el camino me percaté de que dos «tíos» se acercaban por un lateral. Me quedé un poco aturdido y enseguida comencé a asustarme, pues no podía tratarse de ninguno de los compañeros. Frené un poco y me quedé helado. Eran altísimos e iban vestidos con un atuendo muy ceñido y con bandas más claras sobre fondo oscuro. Te puedo jurar que me aferré al volante y no supe qué hacer. La cabeza, donde no se podía distinguir rostro alguno, era como un capirote ovalado. Algo increíble. Se fueron alejando tras atravesar una pequeña vereda y allí me quedé yo completamente muerto de horror. Estaba temblando. Aquellos tíos, que se movían pausadamente y siempre fueron en paralelo, medían por lo menos tres metros. Eso te lo aseguro.

Regresé a toda velocidad hasta el vehículo donde estaba el resto del grupo. La verdad es que estaba tan nervioso que hice que cundiese el pánico. Pero ¡qué podía yo hacer! Los había tenido a diez pasos. Ahora se me pone la carne de gallina sólo de recordarlo. Era



Así vio Mikel Colmenero a los dos extraños seres espectrales que se le cruzaron en el camino en las cercanías de Óchale en 1987.

como si los hubiese sorprendido. So/o pienso que buho un momento que pensé ir hacia el lugar sin coche. Imagínate sí me los llego a topar andando en plena oscuridad, ¡para morirse ahí mismo!

Las palabras de Mikel Colmenero sonaban rotundas y veraces.

Casi entre llantos, me confesó que en una cinta magnetofónica que llevaba en su automóvil, en el momento del encuentro, apareció grabada la frase «Yo sí estoy» nítida y claramente. Según me confesó, el instinto y el miedo le obligaron a deshacerse de ella. Una pena, pero como persona, que no como periodista, comprendí esta vez su arrebato. ¿Quién no hubiese hecho lo mismo?

Me despedí de él recordando casos absolutamente idénticos, como los ocurridos en Paradaseca (Orense) en pleno 1997, donde el pastor Heliodoro Núñez observó lo que parecía ser la misma pareja de «penitentes», o en Riomalo de Arriba, donde el comerciante Marceliano Carrero Martín se topó de bruces con el mismo fúnebre dúo. Como tantas otras veces, las piezas encajaban, a pesar de la mucha distancia geográfica y temporal que separaba los diferentes sucesos.

Era simplemente una confirmación más de que Mikel Colmenero no mentía.

Casi finalizada la investigación sobre el «Expediente Óchate» no me resistí a indagar sobre uno de los grandes rumores que pululaban por estos lugares. Y, una vez más, la verdad le dio una sonora bofetada a mi inicial escepticismo. Y bien feliz que la recibí, ya que hacía años que circulaba por la provincia la noticia de que varios testigos altamente cualificados se habían «perdido durante horas» en una extraña y densa bruma surgida junto a la torre. Unas tinieblas de las que habían sido testigos decenas de vecinos e investigadores. Pero otra cosa curiosa, como siempre, era que miembros de las Fuerzas Armadas hubieran estado también en el meollo. Con la ayuda del infatigable investigador vitoriano Enrique Echazarra, los rumores se convirtieron, tras dos jornadas de arduo trabajo, en contundentes y sobrecogedores datos. Gracias a la información facilitada por un sargento de la Policía Militar, cuya identidad aún no estoy autorizado a revelar, supimos que en julio de 1987 la primera y tercera compañías de carros blindados de la base militar de Araca estuvieron perdidas, atrapadas por una espesa neblina, durante más de cuatro horas. La agravante del caso es que ambas se encontraban separadas en apenas 300 metros. Desde las 23:30 horas hasta las 3:30 horas los sargentos L. Balbino, P. Resines y M. Laborda, al mando ele dichas compañías, intentaron en vano comunicarse por radio. Unas inexplicables interferencias hacían imposible la transmisión, motivo por el cual el sargento Resines salió campo traviesa para enlazar con el resto de soldados. Fue inútil, el propio militar se extravió, conociendo perfectamente la zona, asegurando no saber dónde había estado durante varios minutos. Se perdió el contacto. Las compañías estuvieron dando vueltas sin poder enlazar unas con otras hasta bien entrada la madrugada, conscientes de lo esperpéntico ele la situación. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, y dentro de un nerviosismo creciente, fue el propio capitán Aparicio, al mando de dichas compañías, el que dio la orden de abandonar aquel lugar. Los carros penetraron de nuevo en la base militar ele Araca a las 4:15 ele la madrugada con el susto y la sorpresa pegados al uniforme. ¿Cómo era posible que un grupo de avezados militares perdieran mutua referencia y deambularan por el pueblo maldito durante cuatro horas como si el resto de carros hubiera desaparecido repentinamente? El suceso, del todo inexplicable, y quizá demostrativo de que algún tipo de energía con capacidad para bloquear diferentes aparatos electrónicos merodea por la zona, fue corriendo por el cuartel como la pólvora, aunque los nombres de los protagonistas ne) han salido a la luz pública hasta el momento. Algo les sigue haciendo permanecer callados. Una actitud temerosa que han tomado otros muchos en la comarca cuando se habla del extraño lugar, con el motivo de no alimentar la maldición.

Es el mismo silencio que durante aquellas apretadas jornadas en los campos ele Treviño me acompañe') día y noche. Un silencie) que, estoy convencido, se convierte en grito inaudible entre las calles del pueblo muerto, un lamente) preñado aún de misterios que el tiempo no ha poelide) callar...

Las caras de Bélmez y la «Operación Tridente»

Ficha: **Unos rostros de origen desconocido aparecieron hace casi treinta años en el suelo de la cocina de un pequeño pueblo de Jaén. Durante este tiempo centenares de miles de personas pasaron ante su mirada de piedra. Entre ellos, científicos, militares, filósofos, periodistas, ocultistas y toda una sociedad estremecida que intentó dar una explicación al suceso. Como ésta no llegaba por ningún medio, el Gobierno y la Iglesia diseñaron una operación de acoso y derribo para aniquilar el mayor misterio de la parapsicología mundial.**

Bélmez de la Moraleda (Jaén), 23 de agosto de 1971, 22:15 horas

MARÍA GÓMEZ APARTÓ LA SARTÉN del negro fogón en un acto instintivo. Poco imaginaba esta humilde mujer de cincuenta y dos años que ahí mismo, en la vieja superficie donde guisaba diariamente, se acababa de gestar el inicio del fenómeno más complejo y apasionante de la parapsicología mundial.

En aquellos primeros momentos pensó incluso en que algún vecino malintencionado, o incluso sus propios hijos, aprovechando los días de asueto con motivo de las fiestas patronales, le habían gastado una pesada broma dibujando un rostro tétrico y que miraba de frente en la alargada lasca del suelo de la cocina. En el exterior ya anochecía cuando sintió en las entrañas el miedo irreprimible que le producía aquella mirada siniestra que la observaba fijamente. María Gómez Cámara salió entonces al exterior de su casa y reunió a voz en grito a un nutrido grupo de personas con el fin de contarles lo ocurrido. Así, pocos minutos después, hombres y mujeres penetraban por el angosto pasillo del número cinco de la calle Rodríguez Acosta para comprobar, con una mezcla de sorpresa y horror, cómo en el fogón había aparecido una cara.

El revuelo fue inevitable, y a las pocas horas una romería se apiñaba en aquella habitación bloqueando la entrada y prácticamente

En pocos minutos una nueva lechada de cemento cubrió el pequeño hueco, y como si fuera un mal sueño, los habitantes de la casa y toda la vecindad recuperaron la ansiada tranquilidad. Tranquilidad que sólo duró siete días.

Transcurrida exactamente una semana después de ser arrancada, un nuevo rostro, prácticamente idéntico al primero, apareció en el restaurado fogón de leña.

La cara, del Santo Señor de la Vida para unos, o la efigie de una persona brutalmente golpeada y sanguinolenta, para otros, reapareció con macabra insistencia... como reclamando la atención que se había intentado cercenar picando el suelo.

El albañil Sebastián Fuentes León fue el encargado, por orden directa del Ayuntamiento, de recortar este segundo rostro, de unos treinta centímetros de diámetro, facciones toscas y expresivas, para depositarlo en una hornacina cubierta por una lámina de cristal. Los primeros análisis descartaron que la cara hubiese sido pintada, y la teoría de que aquello era una señal humana o demoníaca cobró adeptos en todo el pueblo.

Hasta aquellas fechas, a través de un caluroso mes de septiembre, la historia había permanecido circunscrita entre las blancas paredes de Bélmez. Pero precisamente el día 15, un redactor del diario *Jaén*, que se había desplazado hasta allí para cubrir un conflicto entre diversas cooperativas aceiteras de la región, se encontró con la exclusiva de su vida. Tras llegar hasta el domicilio de los Pereira y fotografiar el extraño rostro, realizó una crónica donde por primera vez se informaba del insólito suceso. A partir de ese instante el suceso correría por nuevos derroteros, convirtiéndose en los meses venideros en una noticia de primera magnitud en todo el país. Detrás del diario *Jaén* llegó el *Ideal de* Granada, y posteriormente el diario *Pueblo,* el más vendido y posiblemente el de más influencia en la España de los recién iniciados setenta. Este vespertino, dirigido por el «viejo zorro» Emilio Romero, y encarnado en Bélmez en sus enviados especiales —Leo, Casado y Martín Semprún— dieron el espaldarazo y la fama internacional a un asunto con el que triplicarían tiradas jornada a jornada.

Ellos hicieron historia del periodismo en aquel bullicioso Bélmez que comenzó a ser visitado por miles de turistas y curiosos en bus-



«El padre y el hijo- una de las formaciones inexplicables aparecidas en el suelo de la habitación-cocina de Bélmez de la Moraleda en 1976.

ca del milagro, y convirtieron aquel olvidado lugar en uno de los centros neurálgicos del año 1971. Probablemente, en un principio, sin saber las dimensiones que aquel fenómeno sociológico, místico y humano alcanzaría en pocos días. Fueron jornadas de expectación, de apretadas crónicas y de sorpresas diarias en aquel pueblecito andaluz donde todo parecía posible. Unas jornadas en las que no sólo «las caras» fueron protagonistas y en las que a todo profesional del periodismo, o al menos al que esto escribe, le hubieran emocionado vivir.

Un fenómeno social

El salto a las primeras páginas del diario *Pueblo* fue inmediato. El periodista Martín Semprún y el reportero gráfico Leo pusieron pie en Bélmez y realizaron un primer artículo que causaría expectación en el resto del país. Durante tres jornadas consecutivas en toda España se pudo leer que en aquel pequeño rincón «algo está pasando».

Casi al tiempo de la llegada de los dos cronistas madrileños, un nuevo rostro de facciones diametralmente opuestas a «La Pava» hizo acto de presencia en pleno suelo de la habitación-cocina. Era la imagen de un niño, o incluso de un feto, que miraba fijamente hacia el «otro lado» de su realidad. Este descubrimiento hizo correr chorros de tinta al mismo tiempo que encrespó los ánimos de algunos que, como la Iglesia, ya despuntaban en contra del fenómeno.

De trazos finos, casi aprovechando las propias marcas del cemento enlucido del suelo, la expresiva mirada de la efigie a la que bautizaron como «La Pelona» por su cráneo desprovisto de cabello, se convirtió rápidamente en el centro de atención de los cada vez más visitantes que llegaban hasta la «Casa del Obispo».

El «serial», que hábilmente *Pueblo* inició en el mes de enero de 1972 sobre las caras, produjo efectos diferentes en la población de Bélmez. Mientras unos consideraban aquello una broma digna de los más picaros, los más no dudaban en que en aquel rincón de Jaén se había producido lo imposible. Y así, animados por los artículos de los diferentes periódicos, miles de visitantes llegaron a colapsar la localidad serrana con automóviles y autobuses, produciéndose


Última Página

las caras

Pollada histórica de Pueblo. *Se hablaba por primera vez de psicofonías o voces de otro mundo» y se cuadruplicaban las ventas.*

escenas realmente esperpénticas y del todo desconocidas para los vecinos del antaño apacible pueblo.

Los bares y comercios abrían hasta en festivo y siempre agotaban existencias. Con un censo de 2.323 habitantes en aquel 1972, Bélmez comenzó a recibir oleadas de 5.000 visitantes diarios, produciéndose un contraste y un choque sociológico y cultural que aún hoy recuerda cada rincón y cada protagonista de aquellos días.

El Ayuntamiento se las vio y se las deseó para controlar los diversos incidentes que se producían en las calles del pueblo, al mismo tiempo que las discrepancias se hacían extensibles a otras localidades que, ni cortas ni perezosas, y viendo «el filón» que representaba el curioso fenómeno, fletaban autocares llenos hasta los topes con destino a Bélmez.

Y en la «Casa de Las Caras», mientras tanto, todas las situaciones eran posibles. Santones, videntes, valientes, temerosos, curas y los primeros científicos se apiñaban en torno a las imágenes misteriosas. Imágenes a las que se habían unido otras dos muy semejantes a «La

Pelona», y cine eran motivo ele exclamación continua por parte de los visitantes.

No fueron pocos los que empezaron incluso a sospechar de una trama ideada por algunos «avispados» del pueblo que, con el consentimiento del Ayuntamiento, hubiesen creado todo el tinglado para atraer ese turismo cuyas rutas siempre pasaban muy lejos de la Sierra Mágina. Y este presentimiento se acrecentó en algunos al ver cómo el fotógrafo ele la localidad, Miguel Rodríguez Montávez, realizaba una serie de pequeñas postales de las caras para que los propios dueños las vendiesen al módico precio de un duro. Esto enervó a las autoridades que impidieron al segundo día que esta venta se llevase a cabo, requisando en un principio las polémicas copias ele «recuerdo» de Bélmez de la Moraleda.

A mediados de enero, varios miembros de la Brigada de Investigación Criminal, dependientes de la Dirección General de Seguridad de Madrid, llegaron a la casa con el fin de investigar de un modo «oficial» el asunto. Tras casi una semana de exámenes e interrogatorios, los componentes de aquella primera avanzadilla de las fuerzas de seguridad declararon a María no haber encontrado el menor rastro de fraude en las cinco formaciones que ya afloraban en el cemento de su cocina. Lo que nadie sabía es que durante casi un mes unas cámaras especiales de cine y fotografía habían sido colocadas en el edificio contiguo a la casa para así observar todos los movimientos de posibles sospechosos en el interior de la vivienda. Esta primera operación de espionaje tampoco dio ningún resultado y, por fuerza, el tema comenzó a moverse en las más altas esferas del poder de la época. A muchos no les interesaba que los principales medios del país hablasen de un tema tan polémico como absurdo.

Las caras hablan

Fue el gobernador civil ele Jaén, José Ruiz de Gordoa, uno de los personajes que más se involucraron en el asunto de «Las Caras ele Bélmez». Convencido de que aquello debía tratarse ele algún tipo de fraude inconsciente, pero sabedor de que las primeras pesquisas oficiales habían naufragado estrepitosamente, decidió consultar a su amigo Germán de Arguinosa y Valdés, filósofo, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro de la nobleza, pionero en indagar los misterios ele aquella prometedora ciencia llamada Parapsicología. Nadie como él. pensó Gordoa, podría descubrir la trama que se cocía entre aquellas cuatro paredes de Bélmez y que tan «en jaque» traía a las autoridades.

Germán de Argumosa, persona de reconocido prestigio en el extranjero y en contacto permanente con los principales investigadores y científicos interesados en lo paranormal, se trasladó a Bélmez en la tercera semana de enero, dispuesto a convertirse en protagonista de aquellos sucesos. Y lo consiguió plenamente.

Argumosa entró en la casa de los Pereira como persona acreditada por las autoridades y confeccionó un dispositivo ele magnetofones para captar lo que él llamaba «parafonías», y que ya habían producido más de un desmayo al ser escuchadas pocos meses antes en el madrileño Club Yelmo. Allí se expusieron por primera vez en España las llamadas «voces de origen desconocido», captadas en determinados lugares por los aparatos grabadores e inaudibles en el instante de su obtención. En aquella histórica conferencia del profesor, donde hizo escuchar a la concurrencia algunas grabaciones obtenidas en Europa Central, tuvo que intervenir la policía por el revuelo y la expectación generada. Un revuelo comparable al que el 13 de febrero se produjo en todo el país cuando se supo que el magnetófono de Argumosa había captado extrañas y siniestras voces en Bélmez. Las experiencias ele grabación se sucedieron durante varias noches y bajo vigilancia de dos miembros de la Guardia Civil. En el interior de la casa estaban casi siempre María, a la que desde un principio Argumosa asigne') un papel clave en toda la historia; los periodistas de *Pueblo, Jaén* y *Patria* y varios alumnos de la Universidad Autónoma de Madrid, con el director del Departamento de Humanidades de dicha facultad, José de Solas.

En presencia de concurrencia tan variopinta, los aparatos registraron voces y frases coherentes que parecían haberse perdido hace años en algún punto del tiempo y el espacio hasta encontrar esta aparente y sobrecogedora forma de comunicación.

En las diversas grabadoras se escuchaban nítidamente grupos ele voces que parecían hablar en un andaluz repleto de arcaísmos pro-

píos del pasado siglo y que rememoraban dantescas escenas de algún lupanar o prostíbulo. Entre todas ellas destacaba la de un hombre viejo al que otros grupos de lamentos y quejidos identificaban como «Quirico» o «Quicó», todo ello aderezado con constantes llantos de niños y frases como «A que sí te gusta», «No quiero borrachos», «Quítame la falda» o «Tú eres el Quirico...».

El tremendo descubrimiento hizo que diario *Pueblo* anunciase a toda página «las caras hablan», cuadruplicando la tirada aquella tarde del 14 de febrero y haciendo que miles de ciudadanos se congregasen en los quioscos nada más era distribuido el periódico.

A partir de entonces estalló en toda su dimensión el enigma Bélmez y el entorno se vio obligado a reaccionar de diferente manera. Argumosa, voz cantante en aquellas primeras jornadas de máximo ajetreo: declaró al mundo: *Aquí confluye un elemento que cataliza una indudable paranormalidad de este lugar*. Su rotunda afirmación hizo llegar hasta el pueblo, a la vez que lo hacían diez mil personas diariamente desde todos los rincones de España y Europa, a varios historiadores y sociólogos empeñados en profundizar en la historia de aquellas cuatro paredes donde se estaba gestando uno de los más insólitos enigmas del siglo xx. El pasado más remoto tenía mucho que decir.

Una historia sobrecogedora

La «Casa de las Caras» tenía toda una historia oculta que nadie había querido o sabido desenterrar. Las primeras pesquisas se iniciaron a raíz de un macabro descubrimiento que dejó helada a toda la concurrencia. El 18 de febrero de 1972 el albañil designado por el Ayuntamiento. Sebastián Fuentes León, comenzó las obras de excavación en el «epicentro» o zona donde más caras habían aparecido hasta aquel momento. Se profundizó hasta 2,80 metros, hallándose diversos restos óseos que, tras una datación isotópica, resultaron ser, en su mayoría, partes del esqueleto de adolescentes que allí habrían perecido hacía unos ciento setenta años.

A espuertas se rescataron decenas de huesos que no hicieron sino aumentar el temor entre los convecinos. Para muchos, el descubrimiento no era sino la propia causa que estaba generando el lenomeno, multiplicándose esta creencia con la misteriosa aparición de cuatro dígitos bajo una figura, conocida como «El Monje» o «El Pelao», en la misma noche de la excavación. Según los allí presentes, surgieron los números 1, 7, 5 y 9 ordenados y en horizontal. ¿Acaso se trataba de una fecha clave en la que se produjo algún hecho que explicase las apariciones?...



Iker Jiménez señala el foco principal donde surgieron la mayoría de las caras en los primeros años. Levantado sobre una lasca de piedra, «el pelao- uno de los más enigmáticos rostros.

Rápidamente los historiadores, y quizá para quitar hierro al feo asunto, mostraron las actas ante el Ayuntamiento en las que se verificaba que en el lugar estuvo emplazada la antigua Iglesia de Bélmez, el cementerio que hubo de la segunda construcción y, retrocediendo hasta más remotos tiempos, una mezquita funeraria de los árabes que en el Santo Reino permanecieron tantos siglos asentados. Estos datos confirmarían que la presencia de restos óseos en el subsuelo de la vivienda era algo relativamente normal.

Con los documentos en la mano se ha podido constatar, efectivamente, que en el solar que actualmente ocupa las casas 1, 3, 5 y 7 de la Calle Rodríguez Acosta (hoy Calle Real) estuvo el camposanto belmorense hasta bien entrado el año de 1838. Incluso el cronista jie-

nense Pedro Javier Rivas Soria hiló un poco mas fino, llegando a reunir toda la documentación referente a tina antiquísima construcción funeraria árabe que allí se emplazó durante el siglo x. Precisamente la piedra fundacional de esa mezquita se encuentra hoy en el Museo Provincial del Reino de Jaén.

Otros especialistas, como la periodista Sol Blanco, han mantenido durante mucho tiempo que existen certezas para sospechar que a mediados del siglo pasado se produjeron en esas viviendas de Bélmez una serie de matanzas y de enterramientos ilícitos. Las grabaciones obtenidas por esta estudiosa, y por el resto del equipo del jesuíta José María Pilón, parecen hacer referencia a clanes o familias que, ante alguna agresión exterior, acabaron sepultados en pasadizos subterráneos de esas construcciones.

Estas opiniones de mi amiga Soler hicieron ponerme sobre la pista de diversos documentos históricos que pudiesen avalar, con legajos y actas de por medio, la estremecedora hipótesis. Y si bien no existe nada concluyente al respecto, preciso es destacar que, según cuenta nuestra más reciente historia, en los diversos flancos de la Sierra Mágina se produjeron violentos enfrentamientos civiles a raíz de las llamadas revueltas de Riego. Según queda constatado en el Archivo Histórico Nacional, poblaciones como Jódar, Iluelma o el propio Bélmez de la Moraleda fueron asaltadas por cruentos comandos franceses participantes en la contienda.

Los más afectados, lógicamente, fueron viejos, mujeres y niños, que, esperando en las casas, fueron sorprendidos, masacrados y enterrados en los propios patios de las viviendas.

Y de viejos, mujeres y niños eran precisamente los rostros y cuerpos que cada vez con mayor fuerza se grababan en el cemento de la pequeña cocina de los Pereira. LJna coincidencia tan sobrecogedora como el hecho de que los antiguos inquilinos de esa misma casa, remontándonos a 1858, fuesen protagonistas de anómalos fenómenos para los que nadie logró encontrar una explicación.

La ardua y laboriosa investigación histórica nos ha permitido saber con exactitud que en ese año vivían en la casa número 5 los abuelos maternos de Juan Pereira Sánchez «el Obispo». Ramón Sánchez y su esposa, María Antonia Martínez, pasaban los días con absoluta tranquilidad hasta que algo invisible comenzó a atormentarlas en aquella lejana fecha, fue la hija de nueve años, Ramona, la primera que percibió unos "terribles quejíos» que se estuchaban en la techumbre de la casa. Lamentos que iban acompañados de unas pisadas cansinas, como penitentes, que realizaban siempre un mismo e invisible itinerario. Lo que en un principio se achacó a simples chiquilladas acabó convirtiéndose en motivo de alarma y preocupación cuando varios vecinos observaron una fantasmal figura, «que parecía un muerto», junto a una de las higueras que antiguamente flanqueaban los patios interiores. Al mismo tiempo, los enseres y cacharros de la casa se pusieron a bailar como por arte de magia, cambiándose de lugar y rebrincando por los suelos como impulsados por unas manos que nadie podía ver. Esos hechos se reprodujeron después en la vivienda número 7, perteneciente al mismo bloque o manzana, y donde vivían unas hilanderas. Ellas confesaron a las autoridades cómo, absolutamente espantadas, habían descubierto que pesadas maquinarias habían empezado a moverse solas, cayendo algunas por las escaleras y llegando a taponar la entrada de la calle. Fue un suceso conocido en todo el pueblo y que dio al lugar



Los restos óseos hallados en el subsuelo, bajo las caras, hicieron que el temor cundiera por el pueblo. Aquello era algo de los de abajo, *decían los más ancianos.*

fama de «encantado» durante no pocos años. Un sambenito que aumentó al morir, en una violenta reyerta, dos comerciantes ante la misma puerta de entrada tras coserse a cuchilladas. Hasta tal punto llegó el rosario de inquietantes fenómenos que fue requerida una célebre santera de la Sierra de Cazorla para «exorcizar» aquel inmueble maldito. Cuenta la voz popular, y el diario de uno de los protagonistas, que la anciana encontró «la fuerza» que motivaba todo aquello en pleno centro de la cocina. Lugar donde, casi un siglo después, aparecerían la misteriosa «Pava» y sus acompañantes.

El patriarca de la familia, Ramón, abuelo de Juan «el Obispo», falleció en aquella habitación, la más baja y próxima al exterior, cantando: *Esto tié que ser un alma de otro mundo.* Los allí congregados pensaron en un delirio antes del óbito, y sólo los familiares y vecinos sabían de qué debía estar hablando el anciano Ramón. Una historia sobrecogedora, sobre todo si, como dramático colofón a esta cronología, colocamos la fecha de la muerte de Juan Pereira. En 1978, y por su expreso deseo, fue descendido, momentos antes de fallecer, a la habitación-cocina que ya aparecía escrutada por las miradas de más de una docena de rostros. Entre ellas murió el dueño de la casa. Entre terribles dolores y confesando a sus familiares estar observando la cara de la primeriza y misteriosa «Pava» flotando y sonriendo alrededor de su lecho de muerte. Así se puso fin a unos meses en los que el delirio y la locura se habían apoderado del atormentado Juan. El punto final de un siglo de sangre, muerte y misterio concentrados en unos pocos metros cuadrados.

Se acabó el misterio

«Germán pica patio», gritaba una de las voces registradas por el profesor Argumosa en una de tantas noches de vigilia, junto al tremendo hoyo de donde continuaban saliendo huesos y vestigios del pasado remoto de la edificación. Nunca se llegó a picar en dicho emplazamiento, y quién sabe si esta nueva excavación no habría dado interesantes y definitivos frutos. Germán de Argumosa, extasiado ante lo que consideraba *un fenómeno paranormal en toda regla,* no escatimó gastos en trasladar hasta el pequeño pueblo a la flos y nata de la investigación parapsicologica de las universidades europeas. Al reclamo de su llamada, y del que parecía el *objeto paranormal permanente más importante del mundo,* llegaron personas como el profesor alemán K. Nagger; el doctor Alex Scheinder, de la Universiclad suiza de Sant Gallen; la doctora Niegli y otros contrarios a la causa paranormal como el padre jesuíta Óscar González Quevedo.

Mientras para este último aquello podía haber sido pintado con «sangre de la matanza», para todo un grupo de estudiosos de gran prestigio internacional encabezados por el médico y psicólogo alemán Hans Bender, catedrático de la Universidad de Friburgo de Brisgovia, el asunto Bélmez era *el fenómeno más apasionante e importante que había conocido la parapsicología moderna.*

Tales declaraciones en la prensa dejaron realmente confusas a unas autoridades oficiales que, no olvidemos, enviaron a Argumosa convencidos de que aquello se podía explicar. En pleno febrero de 1972, no sólo el diario *Pueblo,* sino *Ya,faén, Patria, Ideal, Lecturas* y otras muchas publicaciones seguían el día a día del que parecía ser el más apasionante descubrimiento sobre la trascendencia y la comunicación con los difuntos.

Nuevas caras eran descubiertas por los propios periodistas, ocupando las portadas de los diarios, mientras otras se formaban casi instantáneamente para volver a desaparecer en cuestión de minutos. Tal fue el caso de un rostro de rasgos diabólicos que se apareció ante los reporteros Rafael Alcalá y Pedro Sagrario, de los diarios *faén* y *Patria,* respectivamente, y del que dejaron constancia en una serie de impresionantes fotografías. Al mismo tiempo, como navegando en un mar de posibilidades en las que todo podía arrojar nuevos resultados, Argumosa, Bender y los suyos se afanaban en realizar sesiones de fotografía infrarroja. En una de ellas quedó reflejado el rostro de un monje aparentemente encapuchado que parece «emerger» del rostro conocido como «La Pava» sin que ninguno de los allí presentes observase nada extraño mientras se obtenían las imágenes. Otro documento, obtenido por el propio Argumosa, y que pude ver hace recientes fechas en su domicilio, es la formación del pie de un niño que aparece, invisible en el instante real en el que se tomó la foto, flotando en la zona de la cocina donde mayor concentración de caras hay en el suelo.

Esta serie de descubrimientos, que aireaba la prensa diariamente en ediciones especiales, debieron colmar la paciencia de las dos esferas de poder más influyentes de la época: la Iglesia y el Gobierno. Nadie sabe qué ocurrió con certeza, pero lo cierto es que el 25 de febrero de 1972 el diario *Pueblo,* promotor de todo el asunto durante varias semanas, plegaba velas y se descolgaba de esa materia bajo un sonoro e impactante titular: «Se acabó el misterio». Según rezaba aquella crónica, una comisión dirigida por un tal José Luis Jordán, y el propio equipo de «Pueblo investiga», con el químico Ángel Viñas a la cabeza, había dado con la solución a todo el increíble enigma. Una fórmula química bastante sencilla, resultante de la acción solar sobre una sustancia compuesta en su mayor parte por sales de plata, era el resultado de aquellas fotografías en piedra que tan engañados habían tenido a todos los españoles.

Tras esa conclusión, y sin cuestionarse el rigor de los análisis efectuados, el resto de medios de comunicación dejaron de informar sobre el asunto Bélmez como solidarizándose con un único veredicto. Parecía, según confesaron los estudiosos europeos allí desplazados, «que una mano negra hubiese intervenido en todo el asunto».

Y, efectivamente, no les faltaba un ápice de razón. La mayor maniobra de ocultación de unos hechos paranormales se había producido en aquel remoto pueblecillo jienense. Lo que nadie supo, terminado el fulgor de las cámaras y de la televisión, es que los habitantes de Bélmez, y sobre todo los implicados en la trama, hubieron de sufrir todo tipo de vejaciones y a punto estuvieron de dar con sus huesos en la cárcel.

España entera se rió de «Los caras de Bélmez» (así abría el popular semanario *La Codorniz* en su portada de marzo de 1972), y el propio alcalde y el Ayuntamiento en pleno fueron procesados. Nadie sabía a ciencia cierta qué había ocurrido. Sobre todo porque los autores de análisis y descubrimientos habían puesto hábilmente pies en polvorosa, llevándose consigo los importantes informes que demostraban la falsedad de las caras. Un halo de misterio y de trama urdida desde muy arriba planeó sobre el pueblo, pero tocios prefirieron callar. Eran, según confiesan los implicados, *otros tiempos muy distintos y había que acatar las órdenes impuestas.*

Por fortuna, en abril de 1997 decidí, en compañía del periodista Lorenzo Fernández, sumergirme a pecho descubierto en los verdaderos motivos que originaron aquel tremendo cambio de rumbo en la prensa y en la opinión pública. Algo olía a podrido en Bélmez de la Moraleda y en la historia reciente de uno de los fenómenos más apasionantes que en el mundo han ocurrido. Y por ello, por esas fundadas sospechas, nos volcamos en una profunda investigación que sacó a la luz y a las claras todos los protagonistas, culpables, métodos e implicados del mayor contubernio, de la mayor conspiración sobre este tipo de fenómenos que jamás se han producido en este siglo.



Un ejemplo de la expectación y el impacto social del tema Bélmez. Chorno éste, decenas de chistes gráficos inundaron los periódicos nacionales. En cada esquina se hablaba y teorizaba sobre -las caras».

Una aventura, si cabe, más apasionante que las propias y misteriosas caras que, hasta hoy en día, nunca han dejado de aflorar en aquella pequeña cocina.

«Operación Tridente»

En la llamada «Operación Tridente» no se dejó nada al azar. Como diría el máximo dirigente de aquella sociedad española de 1972,

«todo quedó alado y bien atado». Lo que muy pocos saben es que esta trama oculta que dinamitó el fenómeno en pocas horas, y que lo hizo desaparecer de la vía pública durante casi un cuarto de siglo, comenzó precisamente con un informe, grueso y documentado, elaborado por una célebre periodista que hoy reside en París y que no hizo sino acatar órdenes o «sugerencias» de la mismísima Carmen Polo, la esposa y brazo derecho del Caudillo.

Tanto Lorenzo Fernández como el que esto escribe hicimos «parada y fonda» precisamente en la estancia donde aquella periodista española redactó durante dos largas noches en vela el informe que daría inicio a la «Operación Tridente», que como bien indica su nombre se dividía en tres fases, a cada cual más demoledora.

El interés de la Señora no era otro que averiguar, con una persona de entera confianza como enviada especial, si las efigies podían representar algo de origen religioso. Nadie puede saber qué derroteros hubiese tomado el asunto si se hubiese dado una respuesta afirmativa, pero lo cierto y crudo es que la joven reportera pronto se dio cuenta que aquellos rostros de niños, fetos y ancianos poco o nada tenían que ver con imágenes dignas de veneración religiosa. Desde el preciso instante que ese informe es remitido a Madrid comienza la fría y calculada misión de aniquilar el misterio. Y lo triste es que, al menos durante más de veinte años, ese objetivo se logró plenamente.

Así, transcurrieron los tres actos de la gran conspiración contra las «Caras de Bélmez». Tres modos de acabar con un fenómeno genuino y que fueron programados desde las más altas esferas del poder de la época.

Fase 1: La reacción eclesiástica

El número 5 de la calle Rodríguez Acosta se había convertido en un segundo santuario. Hasta su portal peregrinaban diariamente miles de personas dispuestas a encontrarse frente al milagro, un milagro pagano que irritó desde un primer instante a la iglesia belmorense. Fue el joven párroco Antonio Molina el primero en reaccionar, lanzando a los cuatro vientos arengas contra la autenticidad del fenómeno. Según nos confesaron algunos de los estudiosos que arribaron en Bélmez en los primeros días de 1972, el sacerdote hizo todo lo posible por intentar demostrar que aquello no era más que un ingenuo fraude provocado por un grupo de vecinas, un incidente que empezó como una simple broma al retocar una mancha aparecida en el fogón de la vivienda de María Gómez Cámara y que ya no se pudo detener ante las publicaciones en los diversos diarios regionales.



La iglesia de Bélmez y el párroco Antonio Molina fueron los primeros en reaccionar. Había que detener aquello a toda costa. Y las arengas públicas no fueron pocas.

El eco alcanzado por el asunto del «Santo Rostro» aparecido en una cocina de Bélmez, hizo que las supuestas culpables temieran confesar el engaño cuando el pueblo entero estaba siendo colapsado por miles de personas ansiosas de ver lo imposible. Así, día tras día, se siguió un «juego» que acabó alterando el orden público de la pequeña localidad.

En Bélmez nadie dudaba de la honradez de los inquilinos de la vivienda «encantada», por eso causó cierta sospecha la furiosa actitud del cura, que rápidamente difundió la hipótesis de la broma incontrolada entre los investigadores que llegaban hasta aquel rincón de la Sierra Mágina. Lo que no se ha sabido hasta ahora es que el sacer-

dote no hacía sino cumplir ordenes tajantes de su superior, el obispo de Jaén. Así nos lo confirmaba el que fuera alcalde de Belmez en aquellos turbulentos años de la «Operación Tridente», don Manuel Rodríguez Rivas, un hombre clave que había permanecido estos veinticinco años al margen de los medios informativos, siendo un eje esencial que sufrió todos los avatares de la siniestra conspiración. Para él, la iglesia fue la promotora de toda la maniobra que posteriormente acabaría por destruir la credibilidad del caso:

Todo aquello se vino abajo porque había que echarlo. Si se admitía la parapsicología, había que desterrar el milagro y entonces topamos con la Iglesia —nos confesó en su domicilio belmorense—. *El diario* Pueblo *hizo explotar el fenómeno. Aquí, todos los días de los primeros seis meses llegaban tres mil personas... se agotaba la comida, la bebida y todo lo que había en este lugar. Era un gran problema para el orden público. En un principio, ni el gobernador civil se interesó por el asunto... fue la Iglesia. Se da la circunstancia de que yo estudié magisterio en Granada y mi profesor fue el que en aquel 1971 era obispo de Jaén, don Miguel Peinado Peinado. Y fue precisamente él quien me llamó y me dijo que aquello había que cortarlo como fuese y que esperaba que yo estuviera en cabeza de un brupo de gente que pusiéramos fin al incómodo asunto de las caras. Yo no pude más que responderle tajantemente que el fenómeno estaba allí, que era real y que no se podía cortar nada...*



En el centro de la imagen, Miguel Peinado, obispo de Jaén y primer eslabón de la "Operación Tridente».

Con el paso del tiempo, el representante de la Iglesia en el pueblo, el polémico párroco don Antonio Molina, al verse duramente presionado por las cúpulas eclesiásticas, acabó rechazando todo lo concerniente al fenómeno teleplástico. En su afán por alejarse de aquel inquietante asunto tomó la decisión de abandonar el pueblo, para colgar definitivamente los hábitos años después.

Tras un largo periplo siguiendo su rastro por toda Andalucía, finalmente logramos dar con él. En la actualidad ejerce de maestro en un colegio de la localidad cordobesa de Lucena, alejado de toda la efímera popularidad que vivió en aquellas jornadas de 1972. Y, según comprobamos con sorpresa, aún no puede olvidar: *Yo no recibí presiones de ningún tipo*—afirmó rotundamente—, *lo único que puedo decir es que aquello es un fenómeno parapsicológico, parpfísico, y por lo demás no hay nada más que añadir...*

La brevedad de sus palabras no restaba importancia a las mismas. Un ex sacerdote estaba descartando con rotundidad la hipótesis del fraude, y lo que resulta más increíble, la del milagro. No pudimos continuar la conversación. Don Antonio quería permanecer ajeno a cualquier investigación que se realizara al respecto, pese a ser consciente de que eso era imposible, pues ya formaba parte de la historia paralela.

Sin embargo, como veremos a continuación, sus palabras se volvían contra él. En el año 1972 combatió ferozmente contra el enigma utilizando todas las armas que tuvo a su alcance, inclusive la mentira. Era el modo que tenía de cumplir órdenes dentro del férreo sistema «piramidal» de nuestra Iglesia.

Fase 2: Comisiones fantasma

Como anteriormente hemos indicado, seis meses después de la gestación del primer rostro en la cocina de María Gómez Cámara, el

gobernador civil de Jaén, José Ruiz de Gordoa, invitaba al reconoci do investigador Germán de Argumosa a visitar la pequeña población serrana. Sus conclusiones no tardaron en salir a la luz, y el popular diario *Pueblo* se encargó de hacer el resto. Día a día, las pruebas que Argumosa efectuaba en la «casa de las caras» eran difundidas por el mencionado vespertino, proclamando a los cuatro vientos que allí no había «truco», y la opinión pública española se concienciaba de que el misterio se había posado en un humilde suelo de cemento, poniendo en jaque los postulados de la ciencia del momento.

Y de repente, el 19 de febrero, hacía acto de presencia en la población un controvertido personaje, el psicólogo industrial José Luis Jordán Peña, a la cabeza de una supuesta comisión compuesta por especialistas en construcción, pintura, química, fotografía, etc., y enviada por el Ministerio de la Gobernación. Su objetivo era claro: descubrir el fraude y a sus autores.

La primera «autoridad» que entró en contacto con Jordán Peña fue don Antonio Molina, lo que *a priori* esclarecería muchas dudas al recién llegado sobre la génesis del suceso. El párroco afirmó a su interlocutor que María Gómez le había desvelado que todo era fruto de una supuesta broma entre vecinas, y, por otro lado, aseguró que las psicofonías en las que se registraban expresiones dramáticas, obtenidas días atrás por Germán de Argumosa en el interior de la finca infestada y que *Pueblo* divulgó cuatriplicando su tirada, se produjeron gracias a la utilización de un complicado dispositivo electrónico situado en el interior de un vehículo a tres kilómetros de la casa. Con estos antecedentes, el psicólogo industrial creía tener reconstruido la mitad del puzzle y, para él, la solución al misterio no quedaba ya lejos. Su siguiente paso fue analizar la segunda formación aparecida en la cocina. Finalmente acabó por convencerse de que dicha faz estaba modelada por un pincel de gruesas cerdas con hollín y vinagre como elementos básicos. Pero estaba mintiendo.

El «descubridor del fraude» dejó escrito en diferentes documentos la existencia de tan importante comisión, pero volvió a mentir. Así de sencillo y de grave. La comisión gubernamental jamás existió, como de hecho nos confirmaron los supuestos miembros de la misma años después. Además, en las actas de la Asociación ERIDANI del 10 de abril de 1972 —que por aquellas fechas presidía el propio *Jose Luis Jordan Peña quedaba reflejado que tan solo Fue una excursión muy interesante, y en todo caso los participantes tuvieron la oportunidad de conocerse mejor entre sí.* Curiosa forma de calificar a una supuesta representación ministerial, de no ser por que aquella burla o aquel paripé fue, efectivamente, una mera excursión de amiguetes que cumplían otros oscuros objetivos guiados por algunas figuras claves del Régimen.

El polémico Jordán Peña, haciendo gala de su cinismo, nos confirmaba en su domicilio madrileño que *lo más interesante fue demostrar la existencia en uno de los rostros de un compuesto químico (cloruro sódico) que, una vez evaporado, dejaba una imagen latente invisible.*

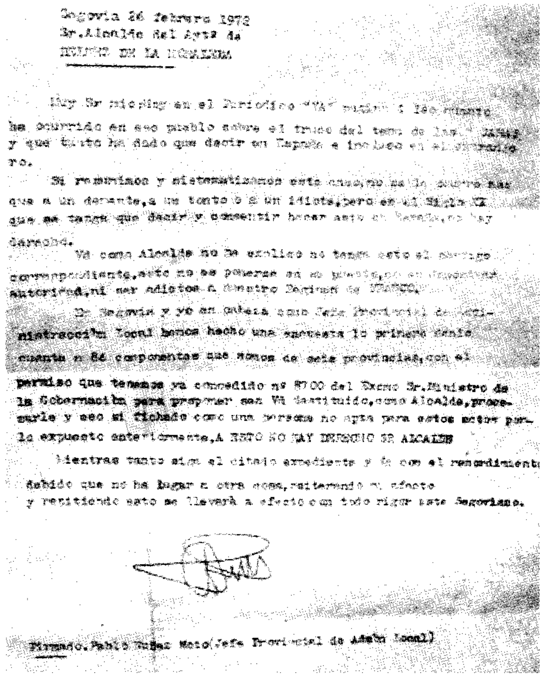
Gracias a las pesquisas del abogado gaditano Manuel Gómez Ruiz, hemos sabido que jamás se pudieron efectuar análisis directos sobre el rostro en cuestión, ya que éste fue situado tras el cristal y empotrado en la pared mucho antes de que Jordán y su «comisión fantasma» llegaran hasta allí. El recubrimiento de la faz nunca se movió de allí y nadie pudo manipular la superficie de la imagen. Aquel «meticuloso análisis» era un puro fraude.

Por último, el alcalde, Manuel Rodríguez Rivas, nos aseguró que de haber existido tal comisión avalada por el Gobierno, el primer paso que debían haber llevado a cabo era la presentación de credenciales ante él, cosa que nunca sucedió...

A una conclusión semejante llegó otra no menos sospechosa comisión, la organizada por *Pueblo* y comandada por el químico Ángel Viñas. Tras descubrir la inexistencia de uranio y radiactividad en la superficie de cemento la duda se apoderó de aquel grupo de personas con una idea predeterminada: dar a conocer el hipotético fraude. Algo que con las pruebas en la mano jamás pudieron argumentar. A pesar de todo, el 25 de febrero la bomba informativa recorría España. El periódico madrileño titulaba su última página «Se acabó el misterio», plasmando en una célebre crónica cómo los rostros eran en realidad pinturas realizadas a base de cloruro y nitrato de plata, sometidos a la luz ultravioleta. La comisión de Viñas hería de muerte al fenómeno. Ese día el país entero fue sabedor del «camelo» de las «caras de Bélmez». Y durante casi un cuarto de siglo creyó en él.

Lo que nadie sabía es que, en aquellos días de febrero de 1972, una maniobra estaba siendo orquestada desde las sombras del poder. Pablo Núñez Moto, jefe provincial de Administración Local de Segovia, sería el primero en amenazar directamente a los presuntos encubridores del «truco». En su punto de mira se encontraba Manuel Rodríguez Rivas, receptor de una histórica misiva. En la carta se aludía al expediente número 8.700, abierto por el ministro de la Gobernación para procesar y proponer su destitución como alcalde de la pequeña villa.

Pero la parte más importante de la «Operación Tridente» estaba por llegar. Una calurosa tarde del mes de agosto de 1972, un imponente coche negro entraba en la recoleta plaza del pueblo. Varios vecinos vieron montar en él a Manuel Rodríguez Rivas y se temieron lo peor. El rumor se extendió como la pólvora; el Gobierno se había llevado al alcalde a Madrid para hacerle callar definitivamente. Su silenco generó mil y una fábulas en torno a aquel desagradable viaje, hasta que, por fin, nuestras grabadoras dieron con él, pudiendo ahora ofrecerles toda la verdad: *Me llamó el ministro, Tomas Garicano Goñi, para que fuera al Ministerio de la Gobernación, y me puso entre la espada y la pared. Me preguntó cómo se me había ocurrido montar una cosa de esas. Y es que el Gobierno, ¿a quién iba a echar mano?, pues al alcalde, para enterarse cómo iba la cosa. Yo confesé que ni había montado nada ni sabía nada, eso es un fenómeno que está allí y que lo averigüe quién sepa de ello. (...) El ministro me dijo que eso había que cortarlo, pero yo no podía cortar, yo no podía decirle a la gente que no fuera a mi pueblo. Le dije que él, como autoridad, que pusiera a la Guardia Civil a la entrada del pueblo y que no dejara pasar a nadie. A eso el ministro respondió enfurecido: «¡Te vas a enterar Rivas... te enterarás».*


Segovia 26 febrero 1972
Sr. Alcalde del Ayto de
[illegible]

[illegible] en el Periodico "YA" [illegible] lo ocurrido en eso pueblo sobre el truco del [illegible] y que tanto ha dado que decir en España e incluso en el extranjero.

Si resumimos y sistematizamos este caso, no [illegible] que a un demente, a un tonto o a un idiota, pero en el Siglo XX que se tenga que decir y consentir hacer esto en España, no hay derecho.

Vd como Alcalde no me explico no tenga esto el [illegible] correspondiente, esto no se ponerse en su pueblo, [illegible] autoridad, ni ser adictos a nuestro Regimen de FRANCO.

De Segovia y yo en cabeza como Jefe Provincial de Administración Local hemos hecho una encuesta lo primero dando cuenta a 84 componentes que somos de esta provincia, con el permiso que tenemos ya concedido nº 8700 del Excmo Sr. Ministro de la Gobernación para proponer sea Vd destituido, como Alcalde, procesarle y eso si fichado como una persona no apta para estos actos por lo expuesto anteriormente, A ESTO NO HAY DERECHO SR ALCALDE

Mientras tanto siga el citado expediente y [illegible] con el rendimiento debido que no ha lugar a otra cosa, reiterando mi afecto y repitiendo esto se llevará a efecto con todo rigor este Segoviano.

Firmado. Pablo Núñez Moto (Jefe Provincial de Admón Local)

Carta histórica en la que Pablo Núñez Moto, jefe de Administración Local, amenaza al alcalde y advierte de la puesta en marcha del expediente 8. 700 por el que se le procesará y destituirá como alcalde.



Tomás Galicano Goñi, ministro de la Gobernación. Sus amenazas al alcalde de Bclmez no surtieron efecto... en un principio.



Manuel Rodríguez Rivas, alcalde de Bélmez: Me dijeron el obispo de Jaén, Miguel Peinado, y el ministro del Interior, Cancano Goñi, que aquello había que detenerlo a toda costa.

A estas amenazas del ministro de la Gobernación, y según nos afirmó el alcalde, se unían las llamadas de otro máximo dignatario de la Iglesia en Jaén: el obispo, don Antonio Peinado Peinado: *El que más me presionaba era el obispo, decía que se acabara aquello, que eso no podía ser, que dónde íbamos a llegar. Incluso mi amigo Antonio Molina, que era sacerdote de Bélmez aquellos días, cuando le decía de ir a ver las caras, me decía: «¡Anda calla, que como se entere el obispo que me be ido a ver las caras armamos el tomate!" Hasta ahí llegaba la cosa. El obispo creía que yo podía cortar esto, pero yo ya no podía hacer nada...*

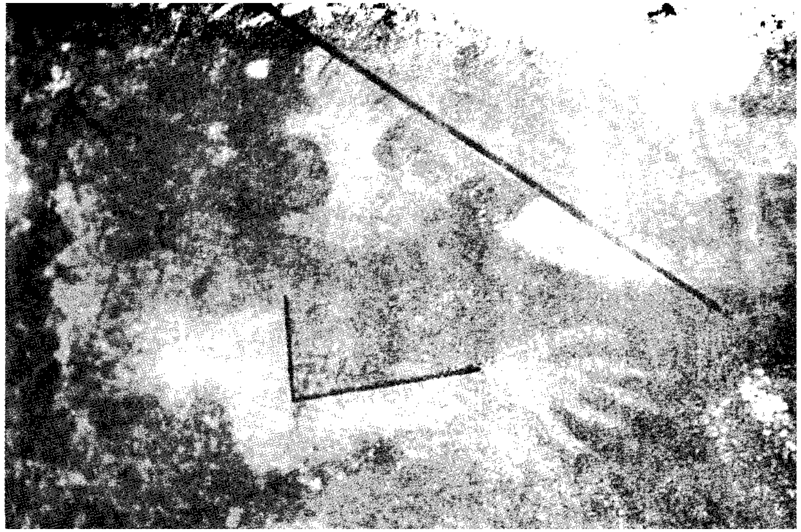
Así se fue tejiendo una conjura que ha permanecido oculta a la opinión pública durante más de veinte años. Un complot que tuvo a Isabel Chamorro, posterior alcaldesa de Bélmez, como última víctima y su postrero acto en el «Proceso a las Caras», celebrado en julio de 1975 en Málaga. Allí, diversos «especialistas.' y medios de comunicación oficiales intentaron demostrar a tocia costa que las caras estaban realizadas con una solución de plata. Ella, según nos confeso, se limitó a contrarrestar la ira de sus oponentes defendiendo a capa y espada la honradez de los belmorenses y el origen desconoc ido de las misteriosas efigies.

Las pruebas definitivas

Durante los veinte años posteriores a la «Operación Tridente» todo el país pensó que una familia de analfabetos se había reído de ellos utilizando una serie de sofisticados trucos que, de paso, pusieron en evidencia los métodos de algunos «cazafantasmas» y demás hierbas.

La espesa cortina de humo impuesta por el poder tuvo un resultado inmediato. Los medios, servilistas unos y obligados otros, cumplieron su cometido a la perfección, y a los pocos meses nadie se acordaba ya de unos enigmáticos rostros que, en contra de todo y de todos, seguían apareciendo de un modo inesperado. Como si la fuerza que los impulsara a salir desde su mundo se manifestase furiosa ante la trampa impuesta por una sociedad asustada ante el misterio.

A pesar de que tocios les habían dado la espalda, las efigies continuaban aflorando mostrando un surtido sobrecogedor de bustos, cuerpos desnudos y formaciones de una calidad «pictórica» mucho mayor que las de sus predecesoras. En 1976 y 1980 se produjeron nuevos «rebrotes» que demostraban muy a las claras que «Bélmez seguía plantando cara». Fueron destacables las experiencias realizadas en el lugar, huérfano ya de los visitantes de antaño, por el jienense José Martínez Romero, un investigador que en compañía de algunos interesados en el asunto, pernoctó muchas noches en la habitación-cocina a mediados de los setenta. De aquellas jornadas en vilo quedaron terroríficas experiencias donde aparecieron extraños objetos en la estancia e incluso se registraron sobrecogedores efectos en algunas personas al encontrarse junto a los misteriosos rostros. En concreto, fue «La Pava» la figura que más suspicacias y miedo levantó entre los propios investigadores. Una «sensitiva» o vidente que acompañaba al grupo investigador de Romero aseguró incluso haber notado una fuerte punzada, *como un pequeño y doloroso mordisco,* en el antebrazo al aproximarse a dicha efigie. Efectivamente se reprodujo al instante una marca perfectamente visible que correspondía a una mordedura producido muy recientemente.

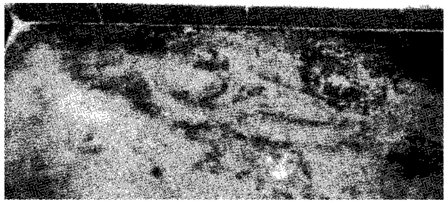


Una de las más perfectas y sohrecogedoras formaciones. -La dama de la copa- que en un principio sostuvo un ramo de flores que posteriormente se transformaron en una especie de cáliz. Aparecida en 1980 en la nueva cocina no duró mucho tiempo.

Amparadas tan sólo por las gentes de un pueblo sabedor de la auténtica verdad, las teleplastias (así las designaron en su día los importantes estudiosos allí concentrados) siguieron asomándose al exterior a través del suelo de la casa de la vieja y ya viuda María.

Fue en julio de 1994 cuando tuve la oportunidad de ver por primera vez las «Caras de Bélmez». Y he de reconocer que, a pesar de las decenas de miles de kilómetros recorridos como periodista tras el misterio y de las aventuras vividas en diferentes partes del mundo, nunca podré olvidar el escalofrío que recorrió hasta mi última vértebra cuando aquella tarde el alcalde de Bélmez, Donato Hervás, abría la puerta de la casa número 5 de la hoy Calle Real y me encontraba, frente a frente, con una de esas faces de piedra que me observaba fijamente desde algún lugar perdido en el tiempo y el espacio.

Hice muchas preguntas, poniendo las manos sobre ellas en un afán de colocarme justo en la frontera que separa su mundo del nuestro. Sin saber jamás qué representaban esas faces ni de dónde demonios habían llegado hasta allí, nunca dudé de que aquello no era ningún fraude. Y me prometí a mí mismo aquella tarde de vera-





Increíble secuencia fotografiada en 1991. A la "mujer desnuda del pasillo» le surgen otros rostros •satélites- que a los pocos meses volverían a desaparecer.

En 1995, otros análisis del CSIC, nuestro máximo organismo científico, llevados a cabo por el director del Departamento de Análisis de Cerámica y Vidrio. José Luis Segrera, demostraban a las claras lo que ya se intuía en 1991. Es decir, que en las muestras recogidas *in situ* de las «Caras de Bélmez» no había rastros ni de pintura ni de la lista de elementos que en su día esgrimieron los «mandados» por la «Operación Tridente».

Mentiría si no dijese que salté de alegría al conocer esos resultados. Unos datos, unas cifras y unos elementos que tiraban por tierra y daban un auténtico varapalo a la osadía realizada en su día por los que no quisieron ver la verdad.

Llegados hasta aquí, sólo quedaba un paso definitivo para demostrar que este es un enigma no resuelto que desalía, un emulo ele siglo después, a todo y a todos. El aeta notarial realizada en el lugar en el año de 1973, y que hábilmente fue silenciada por el devastador efecto de la «Operación Tridente», era mi objetivo inmediato. Y así, acompañado del jienense Lorenzo Fernández, me embarqué en la insólita aventura de encontrar al valiente notario que en su día precintó el misterio. Cuando arrancamos el todoterreno rumbo a Andalucía eran muchas nuestras dudas y no pocas las preguntas... ¿Existiría ese acta en realidad?, ¿viviría aún el notario?, ¿se demostraría en el documento que las caras no eran ningún fraude?, ¿podríamos localizar a un profesional que actué) hace 25 años y del que no sabíamos ni el nombre?, ¿querría hablarnos en caso de encontrarlo?... demasiadas interrogantes y poco tiempo para pensar y echarse atrás. La aventura ya estaba trazada en la carretera y nadie iba a detenernos en nuestro empeño.

Un notario valiente

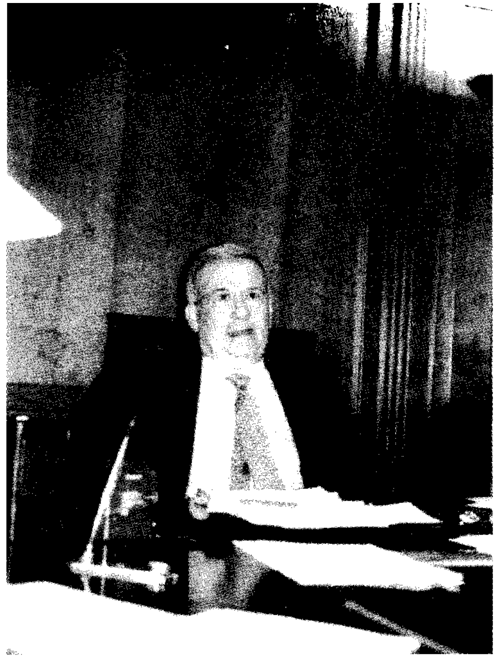
30 de abril de 1997, Córdoba, 13-29 horas

Fueron muchas las horas de viaje y de pesquisa continua hasta dar con el nombre de una de las figuras claves de este misterio. Llevaba un cuarto de siglo en el más absoluto silencio, quizá como actitud precavida ante el desenlace que los acontecimientos habían tenido con la intervención directa del Estado y la Iglesia en el caso de las caras.

Por fortuna, como nos ocurrió en el transcurso de las entrevistas con los implicados, descubrimos que un factor esencial para romper el secretismo y hacer desvanecerse para siempre la gran cortina de humo era, precisamente, el paso del tiempo.

Los años habían transcurrido lentos entre quienes vivieron de cerca el fabuloso enigma, conscientes de que mientras imperase la orden del silencio y la mentira todos debían permanecer bien callados, acatando las normas impuestas por quienes querían dar la espalda al misterio.

He de reconocer que penetrar en aquel lujoso bufete en pleno corazón de Córdoba me puso nervioso. Nervioso como un principiante ante su primera entrevista. Y creo que había motivos para ello. Allí, sentado frente a nosotros, estaba la persona que podía dar fe, como nunca había ocurrido en la historia de la parapsicología, de la existencia ele un fenómeno paranormal que se rige por unos parámetros inexplicables para nuestra ciencia.



Antonio Palacios laque, el ilustre notario que precintó la «Casa de las Caras-: "No me cabe la menor duda de que aquello era un fenómeno paranormal y que no había fraude de ningún modo. Antes y después del precintado... ¡las caras variaban!"

Había pasado mucho tiempo, pero allí, a pocos centímetros de la grabadora, se hallaba don Antonio Palacios Luque, el hoy prestigioso notario que en su día precintara la «casa de las caras». A fin, pensé para mis adentrexs, un silencio que se prolongaba por espacio de 25 años se rompería en mil pedazos.

Y así, haciendo un solemne silencio y tomando aire, don Antonio comenzó a contestar pausadamente, demostrando que sus recuerdos estaban vivos y frescos, inasequibles a quienes habían decidido acabar con aquel enigma por los medios más burdos y siniestros.

Yo precinté la habitación-cocina de doña Maña Gómez —nos dijo mirándonos fijamente— *y lo hice con todas las garantías de seguridad, realizándose además un acta paralela a cargo del notario Julián Echeverría y otros dos letrados. Transcurridos tres meses,*

desclausuré el precinto, y lo cierto y verdad es que entre las figuras precedentes y las posteriores había habido lunaciones. (...) Yo no conozco una técnica de pintura que pueda originar las caras que allí aparecieron. A través del tiempo, y estando clausuradas la primera y la segunda cocina, ¡LAS CARAS VARIABAN!

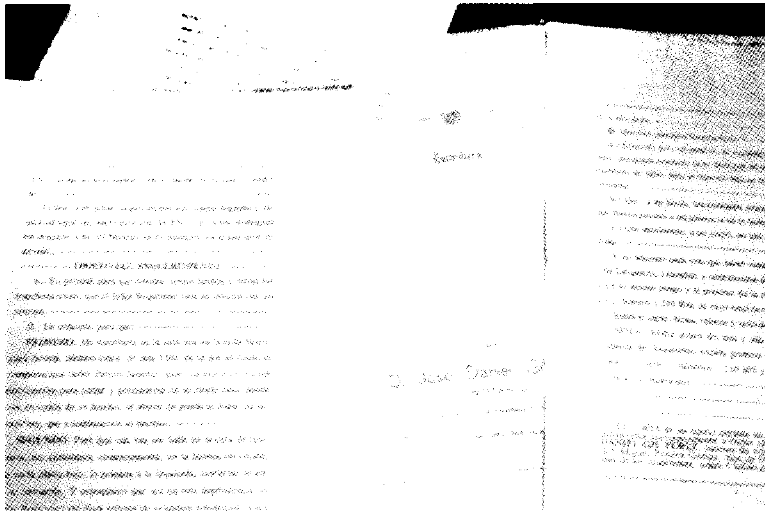
Durante el precintaje, a mi juicio, allí no pudo entrar nadie hasta que yo procedí al levantamiento del mismo. (...) Yo puedo decir a ciencia cierta y con toda seguridad de que allí no hubo fraude. Aquello es un fenómeno paranormal, y de eso no me cabe ninguna duda. La importancia del testimonio hace inútil cualquier comentario al respecto. Jamás un notario se había expresado de forma tan valiente acerca de un fenómeno parapsicología).

No me cabía duda alguna de que don Antonio Palacios era uno de esos «raros especímenes» que siempre van con la verdad por delante. Una verdad que me hizo recordar de inmediato la palabras del antiguo alcalde de Bélmez, Manuel Rodríguez, cuando me afirmó que: *Yo fui quien llamó a Antonio Palacios por requerimiento del profesor Argumosa. Lo que puedo asegurar es que en aquellas caras hubo cambios. El más sobrecogedor fue el de un rostro que en los tres meses que duró el precintaje, varió la perspectiva. Cambió la posición de la cabeza 180 grados, y el notario salió espantado de allí...*

En el vecino pueblo de Huelma, a un tiro de piedra de Bélmez de la Moraleda, pudimos conseguir las actas notariales de aquel histórico proceso. Fue una operación dura, laboriosa y arriesgada, en la que intervinieron contactos e informantes que por obligación de la ética periodística no puedo desvelar en estos momentos. Esas fuentes, vitales e imprescindibles para que hoy la verdad salga a flote, lograron poner en nuestras manos los treinta y dos excepcionales documentos que conformaban las actas del precintado de la ya mítica casa de las caras.

Y mientras hojeaba las históricas actas 00462 y 00467 de la notaría de Huelma, referidas al precintado de la casa número 5 de la calle de Rodríguez Acosta, por parte de los ilustres notarios, sentí un estremecimiento difícil de describir con palabras.

Aquellos papeles, que repasaba con el cuidado de quien acaricia un auténtico tesoro, me hicieron recordar imágenes que a buen



Actas notariales 00462 y 00467 el precintado de las caras de Bélmez. Expedientes demostrativos de que allí jamás hubo fraude.

seguro estaban escritas en el aire de tiempo pasado. Escenas como el primer momento en que la anciana María descubría aquel rostro hierático junto al fogón, o el mosaico de las miles de personas que allí, en aquel pueblo olvidado, se concentraron durante semanas conformando una espiral heterogénea de opiniones, sorpresas, ilusiones y, en definitiva, de emociones. De emoción al estar cerca de lo desconocido. De emoción por ser parte integrante de un fenómeno social irrepetible, que tuvo como protagonistas a los sujetos más incomprensibles y absurdos que nadie pudo imaginar jamás.

Fue en la «Casa de las Caras», junto a ellas, donde leí por última vez las actas notariales. Las pruebas efectuadas no dejaban lugar a la duda. Se llegó a colocar planchas de plomo con unos dígitos secretos incluidos en el interior tapiando las ventanas y puertas. Se hicieron actas paralelas, se firmó y selló con lacre cada procedimiento... en fin, se demostró que allí jamás hubo trampa.

Era curiosa mi sensación. En el exterior ya anochecía, y sólo los gritos de unos chiquillos que jugaban se filtraban a través de la estrecha calle. Eran los gritos de los que toda la vida han pasado junto a las caras. Como si fueran un monumento a lo imposible que alguien,

algún día antes de que ellos nacieran, decidió colocar allí. Íbamos a publicar aquellas actas en nuestra revista e íbamos a demostrar al mundo entero que aquello no era ningún fraude. Ningún fenómeno paranormal tuvo ni tendría jamás tantas pruebas a su favor.

Y como en un ritual, ajeno a la mirada y al silencio de María, aproximé mi mano hasta posarla sobre «La Pava». La efigie principal que llevaba un cuarto de siglo mirando desde su universo perdido como queriéndonos dar un incomprensible mensaje. «Antes de que yo naciera, tú ya estabas aquí», le dije mirándola fijamente pensando que por fin le iba a hacer justicia. Las pruebas estaban en mi mano... y «La Pava» y yo sabíamos la verdad. En ese momento sólo deseaba que pudiera contestarme, como si de una entrevista se tratara, a la gran pregunta: ¿De dónde has llegado?

No obtuve respuesta, y probablemente no lo haga jamás. Pero en aquel momento, arrodillado ante la hornacina donde se sumerge la tenebrosa mueca del rostro bizantino, me sentí feliz y desahogado como el que finaliza sudoroso una obra con la que se había comprometido en cuerpo y alma. Mi promesa, la que un día me hice al encontrarme con ella por primera vez, ya se había cumplido.

II. Ovnis: Peligro de muerte

Los OVNIS SIGUEN SIENDO uno de nuestros grandes enigmas pendientes. Desde hace medio siglo generan especulaciones y teorías diversas que parecen seguir alejadas de la verdadera naturaleza del fenómeno. Un fenómeno absurdo e incomprensible que, en ocasiones, representa un serio peligro para el testigo que se lo encuentra por sorpresa. Ejemplo vivo de ello son los sucesos que engrosan este capítulo. Tres impresionantes expedientes X españoles en los que las fuerzas de seguridad y diversas instituciones oficiales quedaron perplejas por la rotunda realidad de los hechos denunciados. En Tordesillas (Valladolid) ocurrió uno de los más tristes incidentes de la casuística mundial. Un muchacho de siete años fue alcanzado por un extraño rayo de luz proveniente de un artefacto insólito aterrizado en un descampado. A raíz de ese impacto se produjeron una serie de dolencias desconocidas que desembocaron en el coma profundo y catorce operaciones a vida o muerte. Los médicos quedaron perplejos. No hubo diagnóstico concreto, pero sí una documentación que demostraba lo inexplicable de los hechos. Unos informes que detallan oficialmente la crónica de esta víctima del fenómeno ovni.

Unos años después, en las dehesas de Torrejoncillo (Cáceres), otro artefacto insólito estuvo a punto de abrasar a una familia de cabreros. Devastador, el cono ígneo de casi cincuenta metros de altura fue avistado por decenas de testigos. Su energía, calculada por la universidad, de más de 1.700° C, calcinó casas, terrenos, animales y enseres. Y, por segundos, no hizo lo propio con cuatro personas. Hoy, por fortuna, lo pueden contar. Lo mismo que los miembros de

la Guardia Civil que acordonaron la zona, v los físicos y geólogos que constataron sobre el terreno lo inexplicable del "desastre de Torrejoncillo», uno de los más alucinantes expedientes X españoles.

El peligro de los ovnis también ha sido comprobado por «testigos de élite». Buena muestra de ello son los testimonios directos y los informes oficiales que el autor recogió en torno a uno de los últimos y más espectaculares expedientes españoles. Lugar: la tranquila población de La Escala (Gerona) en marzo de 1997. Testigos: Manuel Delgado y Manuel Caballero, policías con veinte años de intachable hoja de servicio. Protagonista: una inmensa esfera volante en la que flotaba ingrávido un ser negruzco de cuatro metros de altura. Consecuencias inmediatas: informe oficial de la policía dando veracidad a los hechos y expediente médico confirmando la ceguera de uno de los agentes alcanzados por el tremendo deslumbramiento procedente del humanoide. En definitiva, un cóctel explosivo repleto de documentos. Una historia de la que es difícil dudar.

«El Niño de Tordesillas»

Ficha: **En octubre de 1977 un niño de siete años fue atacado por un extraño artefacto a las afueras de Tordesillas (Valladolid) en presencia de varios testigos. A raíz de ser alcanzado por un haz de luz se inició un calvario que se tradujo en catorce operaciones a vida o muerte ante unas dolencias absolutamente desconocidas. Además, física y psíquicamente, el muchacho experimentó una serie de fascinantes cambios.**

EN 1994 TUVE LA PRIMERA NOTICIA referente a un hecho absolutamente incomprensible acaecido en la llanura castellana. Al parecer, y según escuché a determinadas personas cuya identidad no puedo revelar, un niño de tan sólo siete años había sido intervenido quirúrgicamente en catorce ocasiones tras toparse con un aparato metálico y reluciente de forma cónica que le lanzó algún tipo de radiación desconocida. Desde ese mismo instante, la historia del «Niño de Tordesillas» se convirtió en una auténtica obsesión. En más de una oportunidad me aproximé a las tierras vallisoletanas en busca de datos concretos y evidencias que me demostrasen que no perseguía humo. Y he de admitir que las ganas de desistir a lo largo de esas correrías fueron muchas. Aquí y allá pregunté por el misterioso mozalbete, y nadie quiso o supo responderme. Así que, convencido de que me encontraba ante una mera leyenda o «bola de nieve» iniciada en un rumor y potenciada por los propios investigadores y ufólogos, decidí durante un buen tiempo renunciar a la búsqueda. A pesar de que otras muchas aventuras para la revista *Enigmas* y la televisión me mantuvieron alejado de dicho incidente, «algo» me mantuvo con el pensamiento fijo en la añeja e hipotética historia. Y la «casualidad», encarnada en el periodista Juan José Benítez, volvió a reclamar mi atención ante aquel reportaje eternamente pendiente.

Ese niño sí que existió. Yo mismo estuve en su casa. La historia es alucinante. De las más fuertes, probablemente, que han ocurrido en nuestro país.

Sus palabras fueron un auténtico resorte. Y apenas me importó que un aguacero traidor hubiese inundado parte del archivo del bue-

no de Juanjo. Decenas,. centenares de documentos se diluyeron entre el agua y la búsqueda de los nombres y apellidos del "Niño de Tordesillas» resultó misión imposible. La investigación de J. J. Benítez en el lugar de los hechos se produjo a principios del año 1985, cuando viajo hasta el lugar como asesor de un programa del periodista Francisco García Novel, y la circunstancia de que jamás hubiese publicado nada, añadido a la lejanía temporal, fueron demasiados obstáculos para atisbar los detalles concretos del incidente. A pesar de todo, el presentimiento de que algo real había acontecido en aquel histórico rincón de Castilla fue suficiente para volver a ponerme en movimiento. Y la constancia obtuvo su fruto transcurrido un tiempo prudencial, en abril de 1998.

Paseaba aquella jornada de tibio sol por la inmensa biblioteca de los padres Dominicos de Arcas Reales, a seis kilómetros de la capital vallisoletana. Antonio Felices, un religioso dedicado en cuerpo y alma a la investigación OVNI desde que en los años cuarenta tuvo la fortuna de observar uno de estos aparatos, me dio, casi por casualidad, una nueva pista tras la que seguir como un sabueso. Me encontraba en esas tierras para elaborar un reportaje sobre «investigadores con sotana», una idea curiosa que quería plasmar en la revista a partir de entrevistas con varios sacerdotes que llevaban en su sangre la pasión por los no identificados. Finalizando la entrevista con el padre Felices, me fue inevitable el referirme a la historia del «Niño de Tordesillas»; no en vano me encontraba a menos de treinta kilómetros de donde se produjo aquel insólito caso. Y, para mi sorpresa, me di de bruces con la evidencia de que «algo extraño» había ocurrido en un solar de dicha localidad en los setenta, pero sin el menor atisbo de datos concretos. Y una mezcla de rabia e impotencia se apoderó de mí al coger el todo terreno para regresar a Madrid. Cuando ya metía la primera, vi por el retrovisor a Antonio Felices con su blanco atuendo dominico corriendo a través del patio. Tras hacerme varias señas con los brazos me hizo parar...

—*Maeso, José Maesa se llamaba el chico...* —me gritó a través de la ventanilla...

—*¿Ese es el niño agredido por un ovni*—pregunté emocionado.

—*No. Es un muchacho de Tordesillas que estudió aquí. Por el hecho de ser del pueblo y tener más o menos la edad de aquel charol es el mismo que puede saber algo...* me indicó sudoroso mientras el cielo desplegaba sus primeros tonos oscuros.

Menos da una piedla —pensé para mis adentros—. Al menos había un nombre por el que pelear. Y así, mientras las nubes encapotaban el rectilíneo paisaje, recorrí a tocia prisa los kilómetros que me separaban de Tordesillas. No tenía ni un teléfono, ni una dirección... tan sólo una identidad perdida en un laberinto de casi veinte mil almas y una extraña e inexplicable sensación al encontrarme con algo objetivo tras cuatro años de andares de ciego. No podía dudar y una vez más decidí abandonarme a la aventura... era lo único que podía hacer para aproximarme a la increíble historia del «Niño de Tordesillas».

Tordesillas, Valladolid, 6 de abril de 1998, 20:59 horas

Dos relámpagos iluminaron toda la calle, y por enésima vez me pregunté qué demonios hacía en aquel lugar. Varios asuntos de urgencia me reclamaban en Madrid esa misma tarde, pero, como si fuese manejado por una fuerza absolutamente indescriptible, volví a iniciar una frenética carrera entre los charcos sin mirar atrás hasta perderme por las callejuelas ya oscuras de la barriada de San Vicente. Algo me indicaba que esta vez no iba a fallar, que la gran aventura de encontrar al que durante años se había convertido en mi más anhelado testigo, iba a hacerse realidad esa noche en que Tordesillas se encogía por el frío. Un paso de semana Santa, flanqueado por los alargados capirotes de los nazarenos, rompió por unos instantes el silencio en el que llevaba inmerso unos minutos. La oscuridad reinaba hace ya un tiempo, y las vueltas y revueltas en aquel laberinto simétrico de ladrillo se prolongaban lo indecible. Buscaba, aunque parezca increíble, a un niño que a punto estuvo de «irse al otro barrio» tras un nada agradable encuentro ovni. Entrada la noche, y gracias a las fortuitas indicaciones que obtuve tras hablar con José Maeso, un «milagroso» amigo con el que este periodista siempre estará en deuda, pude dar con el modesto hogar donde se vivió hace veinte años el caso más increíble y alucinante del que jamás he tenido noticia. José me confesó en su domicilio que la historia que se rumoreaba era absolutamente real y que él llegó a conocer al infor-

tunado muchacho. *Se llamaba Ángel, o Martin... ahora no recuerdo bien. Pero sí que es cierto que caminaba por el pueblo siembre con heridas y vendajes. Estuvo a punto de morir varias veces. Creo que los podrías buscar en un barrio del pueblo. Es una zona que no conozco bien... pero se le podría localizar preguntando por la familia de «el churrero». Su padre tuvo una churrería bastante popular aquí...*

Dicho y hecho. Con la adrenalina hasta las cejas, confiando en que el muchacho cada vez estaba más cerca después de tanto tiempo dudando acerca de su existencia, me puse a caminar hacia el lugar indicado hasta dar con la sombría y solitaria a aquellas horas calle Valencia.

No pude, al colocarme frente a la puerta del número 22, mientras la lluvia me calaba por completo, sino recordar los cuatro años de falsas pistas, errores y ganas de abandonar transcurridos antes de llegar hasta allí. La historia del «Niño de Tordesillas», por derecho propio, se había convertido en una auténtica cruzada personal. En un reto clavado en lo más hondo de mi orgullo como periodista. Durante mucho tiempo pedí ayuda e intenté aproximarme por todos los medios a la agresión ovni más espectacular e impresionante ocurrida en nuestro país, pero el silencio y la ausencia total de datos fueron las únicas respuestas. Quizá por eso, una emoción intransferible me recorrió de arriba abajo cuando se abrió la puerta y me encontré de frente con las miradas adustas de un hombre y una mujer que, visiblemente extrañados, debían preguntarse sin hablar por las extrañas intenciones de aquel individuo que había llegado hasta su puerta tantos años después. A aquellas horas y en medio del violento temporal lo lógico era desconfiar...

«¡A Martín le atacó un "coche volador"!»

Después de cuatro viajes y muchas horas en compañía de Antonio Rodríguez y su esposa, Feli Rodríguez, una sincera amistad se ha abierto entre nosotros. ¡ Pero qué diferentes fueron aquellos primeros minutos! Al preguntarles si ellos eran los padres del niño que según se rumoreaba fue «atacado» por un misterioso objeto volador, sus rostros cambiaron y se tintaron de ira. les faltó un segundo para darme con la puerta en las narices o para soltarme a los perros... pero quizá también les sobró humanidad para consentir que aquel forastero preguntón agarrase una gratuita pulmonía. Me hicieron pasar y comprendí que ya no había lugar a la duda. Esta era la misma vivienda adonde llegó el desvanecido «Niño de Tordesillas» tras su alucinante encuentro.

Ya en la estrecha galería donde los Rodríguez tenían instalado su cuarto de estar noté cómo a Feli se le humedecían los ojos. Tras bajar la mirada exclamó: *¡A nuestro Martín le atacó aquella cosa... y desde entonces ya nada ha vuelto a ser igual para nosotros!* Era algo que llevaba muchos años esperando escuchar. La confirmación definitiva de que la historia que perseguía no era ninguna leyenda ni macabra fábula. Ante mí estaban las dos personas que aquella inolvidable noche del jueves primero de octubre de f 977 vieron cómo su hijo llegaba inconsciente, en volandas y transportado por otros compañeros de juegos que no cesaban entre llantos de gritar: *¡A Martín le ha atacado un coche volador!...*

Feli y Antonio, personas hechas a sí mismas en las más duras labores, han tenido una vida de esfuerzo y lucha para sacar adelante a sus ocho hijos. Por fortuna, todos viven hoy sin problema alguno, pero eso estuvo a punto de cambiar aquel maldito día en que Martín Rodríguez Rodríguez, de siete años de edad, entró súbitamente en estado de coma tras tener un insólito encuentro con un aparato metálico que, semioculto, había aterrizado en un viejo pajar sin techos situado a unos cien metros del hogar.

Emocionado, escuchaba a los progenitores del para mí ya mítico niño, mientras el viento azotaba las arboledas oscuras del patio y mi bolígrafo echaba humo anotando datos y datos de una historia que se me antojaba alucinante, apasionante y absolutamente real.

Poco a poco, los padres de Martín fueron abriendo sus sentimientos para recordar con nitidez algo que nadie les logrará jamás borrar de la memoria. *Esto ha sido un auténtico calvario*—me decía Feli, mientras miraba una y otra vez uno de los dibujos que Martín hizo en su día para retratar al misterioso «coche volador»— *me he pasado seis años sentada junto a la cama del hospital viendo cómo mi hijo se iba para el otro mundo por culpa de aquello. Eso sólo una*

madre puede saber lo que es. 'Toda nuestra vida la destrozo aquel maldito «coche volador». Y me pregunto, ¿por qué a nuestro hijo?, ¿por qué nos tuvo que pasar a nosotros?...

Estaba sobrecogido. En la mesa camilla comenzaron a aparecer los dibujos y los recuerdos de aquella fatídica noche de octubre. Ya había dado el primer paso, pero quedaba el definitivo salto mortal. Según me confesaron los padres, Martín Rodríguez, el niño al que habían operado catorce veces a vida o muerte tras ser atacado por un OVNI, había sufrido lo indecible. Al parecer, no quería recordar ni que nadie le hiciese revivir aquel infierno. . y por eso no me iba a ser nada fácil llegar hasta él. En aquellas jornadas de Octubre fueron varios los curiosos y periodistas locales que se «colaron» en la casa de los Rodríguez dispuestos a comprobar por sí mismos la verdad sobre el rumor que había conmocionado al pueblo. Fueron jornadas de molestias, de disputas y prácticamente de enfrentamientos directos entre la avidez morbosa de algunos y el intento de una humilde familia por preservar su intimidad.



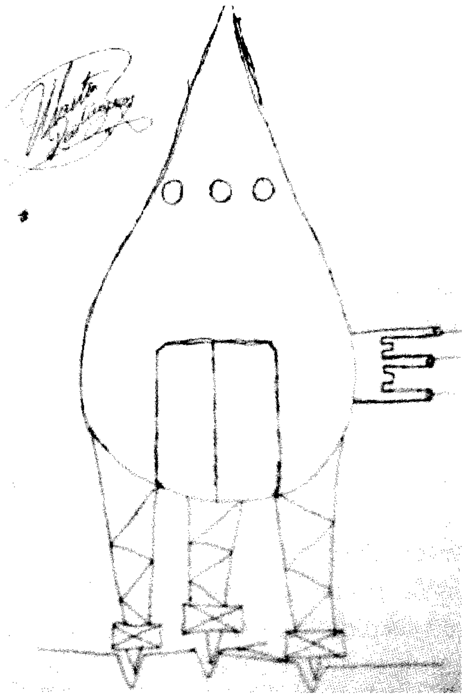
Martín Rodríguez Rodríguez en una foto de la época en la que sufrió el fatal encuentro.

Las horas transcurrieron lentas, y quizá, temiéndose que jamás me iría de aquella casa sin antes alguien no me decía dónde podía encontrar a aquel muchacho, Feli y Antonio me mostraron un arrugado papel donde aparecía una dirección de Valladolid capital. *Tú verás lo que haces,* me dijeron casi al unísono. Y la verdad es que poco más pudieron añadir. Confiando totalmente en que esa misma jornada iba a tener delante al «Niño de Tordesillas», me lancé sobre las carreteras de la vieja Castilla dispuesto a hacer aquella entrevista por la que desde hacía años hubiera dado todo lo que tenía. No había un segundo que perder...

Paseo de Zorrilla, Valladolid, 23:40 horas

LA voz de Martín Rodríguez Rodríguez, natural de Tordesillas y de 28 años de edad, sonó clara y segura a través del auricular. Mentiría si no reconociese que los nervios me estaban devorando. Con sumo cuidado intenté comunicarle que mi intención iba más allá de publicar su caso. Y era cierto. Esta aventura se había convertido con el paso del tiempo en algo mucho más importante que todo eso. Desde la perspectiva periodística y humana, la historia de Martín representaba para mí una gran evidencia. Una de esas con las que es difícil toparse. Y quizá por eso me desarmó el aplomo del que hizo gala mi interlocutor. Un silencio prolongado y un enérgico *voy para allí me* dejaron con el teléfono pegado al oído y más rígido que el mejor de los mimos. «El niño de Tordesillas» había aceptado de buena fe el envite y parecía dispuesto a hacerme partícipe de todo aquello que vio y sintió como protagonista de una de las más insólitas aventuras acaecidas en nuestro país.

Cuando llegó y se sentó frente a mí no pude disimular la emoción. Su sinceridad, su amabilidad y, por encima de todo, su inmensa humanidad, me atraparon por completo. Y así, mientras en el exterior silbaba el helado aire castellano y las luces de la ciudad se iban apagando, periodista y testigo nos quedamos, con una pequeña mesa de por medio, reviviendo detalle a detalle aquella trágica tarde del 1 de octubre de 1977.



El ovni escondido

Martín Rodríguez Rodríguez, de siete años de edad, salió aquella tarde del colegio comarcal de Tordesillas y, en compañía de otros tres amigos, se dirigió hacia la calle de Valencia, en la barriada de San Vicente, donde vivía. Vestía pantalón vaquero y un jersey «de ochos» que su madre le había tejido hacía pocas fechas. Tras dar una vuelta en bici por los descampados que rodean la zona, Martín penetró de nuevo en el hogar para pedirle la merienda a su madre. Feli, que lo ve sudoroso y agitado, le indica que descanse un poco y le prepara una rebanada de pan con crema de cacao. Inmediatamente, y siendo las ocho menos cuarto de la tarde, regresa a la calle donde le esperan varios amigos con los que comienza el juego del «bote la malla», una especie de suerte del «escondite» muy popular en la región. Pasan las horas y la diversión se prolonga con la noche estrellada sobre la barriada. El clima es templado y el aire apenas perceptible. Martín Rodríguez y Fernando Carabelos, un vecino de la misma calle y compañero de clase, corren hacia el viejo corral próximo a la carretera N 122. Valladolid-Zamora, en busca de un refugio lejano para no ser descubiertos. Las voces del resto van alejándose y los dos amigos doblan la esquina de la calle, linde natural de Tordesillas, reduciendo su marcha poco después convencidos de que va a ser prácticamente imposible que «el que la lleva» dé con ellos.

Caminan los muchachos en paralelo a la pared de un inmenso corral ya en desuso y cuyas tapias de adobe aún se alzan firmes en medio de la llanura. Era bastante común que algunas personas con dudosas intenciones se refugiasen en él cuando caía la noche, por eso Martín cogió una piedra del suelo y la lanzó con fuerza por encima del muro. Un sonido seco y semejante «a la chapa de dos automóviles cuando chocan» se escuchó ahogado al otro lado. *Aquello sonó a algo metálico* —recordaba Martín—, *y lo que nos dejó con la mosca detrás de la oreja era que el sonido no era el mismo que surgía cuando a veces le dábamos a una antigua máquina de labrar que allí estaba aparcada desde bacía años.*

Haciendo gala de gran arrojo, Martín se adelantó a Fernando y, casi a tientas, penetró en la negrura del corral dispuesto a ver contra qué clase de «hierros» había impactado su pedrusco. No le hizo falta caminar mucho para descubrir que, junto de las paredes, como agazapado y escondido, un misterioso artefacto parecido a una gran «lágrima de metal» estaba esperándolo. Sostenido sobre tres gruesas patas, la misteriosa máquina parecía envuelta en mil y un colores que llegaban a hacer visibles las vigas y recovecos de aquel corral sin techo...

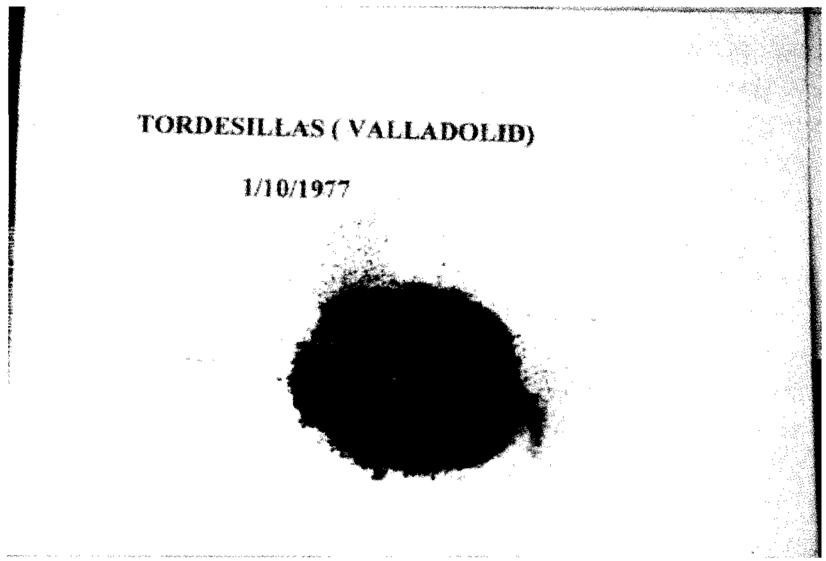
Coma profundo

La historia del «Niño de Tordesillas» me ha obligado a viajar en muchas ocasiones hasta este bello rincón de la Ribera del Duero. La primera vez que pisamos juntos el lugar de los hechos resultó inolvidable. Los ojos se volvieron cristalinos y el desasosiego se apoderó del rostro. En el mismo sitio, con las paredes del viejo corral como derruidas testigos de aquella historia, Martín revivió lo sucedido con claridad sorprendente. Me agarró firme del brazo y mirando al frente me dijo *"allí estaba»...*

Y efectivamente, un objeto de unos 2.80 metros de alto y 1,95 de ancho se encontraba posado en tierra emitiendo un sonido muy tenue. Tres ventanas circulares a modo de «ojos de buey» por las que surgía *una luz muy parecida a los colores rosas y azulados de las pompas de jabón* parecían escrutarlo desde la oscuridad. La forma del ovni, según los testigos, era *como una pera metálica o como el gorro típico de Semana Santa pero más ancho por su base.* Las patas, aferradas al suelo, tenían una serie de líneas en zigzag que las recorrían de arriba abajo. En pleno centro de su estructura, una puerta dividida en dos *como las de los ascensores,* se dibujaba cerrada y con un color metálico brillante. Asimismo, y en el lateral derecho, una especie de tobera formada por varios cilindros sobresalía envuelta en una especie de vapor condensado.

La escena, absurda e incomprensible, se prolongó unos instantes hasta que el artefacto comenzó a elevarse con un movimiento de balanceo, observándose entonces una especie de «pinchos» en la base de las patas que habían permanecido hasta ese instante clavados en la tierra. Fernando fue el que saltó hacia atrás a la desesperada e intento agarrar a Martín para apartarlo de un halo de luz que surgía del centro del objeto. Pero no pudo hacerlo. El muchacho había quedado atravesado por un haz fino y semejante *a las líneas de luz solar que se ven a través de las persianas* que cruzaba la estancia y le traspasaba el abdomen. Fernando, visiblemente asustado, intentó un y otra vez «quitar los rayos» del cuerpo de su amigo, pero fue en vano. Acto seguido salía al exterior gritando para avisar a los demás preso de una gran histeria. Dentro del viejo corral, Martín continuaba con las manos aferradas al estómago, pero sin poder zafarse de una daga de luz que lo mantenía allí sujeto. *La sensación que tuve* —me confesaba en la posición exacta en la que recibió el impacto—*fue de que algo se me metía en el interior de la tripa. Algo que me dejaba enganchado sin permitir moverme adelante ni atrás. Fue entonces cuando comencé a marearme y a sentir que se me iba el sentido. Esa fue la última imagen que tuve. Creo que caí hacia atrás al tiempo que aquello aceleraba recto y en vertical hacia el cielo mientras las patas se metían dentro del aparato.*

Efectivamente, el grupo de muchachos alertado por Fernando encontró a Martín tambaleándose, semiinconsciente y sin poder articular palabra. Su color se había vuelto amarillo, y las pupilas habían quedado totalmente dilatadas. Temiéndose lo peor, la comitiva transporta en volandas el cuerpo de Martín y suben con él por la calle Valencia en una dramática procesión. A su paso por las viviendas, diversos vecinos salen al exterior asustados ante el griterío que se está formando. Antonio Rodríguez se encontraba colocando unos azulejos en la cocina cuando oye» alboroto al otro lado de la puerta. Al abrirla se encontró con la gente transportando a un Martín irreconocible. La tonalidad de la piel y el hecho de que no respondiese ante ningún estímulo exterior provocó el pánico en la calle y en el hogar de los Rodríguez. A pesar de todo, Antonio, en compañía de un viejo amigo de nombre Eloy, logran llegar al lugar del aterrizaje y comprueban asustados como han quedado en el suelo tres marcas humeantes en posición triangular donde la tierra parece haber sido abrasada por algo. Tras rellenar una bolsa de plástico con cierta cantidad, regresan a la casa a toda prisa para atender al enfermo. Ya en el domicilio, la tierra negruzca será observada por un minero profesional, Olegario García Vega, quien asegura no haber visto nunca nada parecido dado el tremendo olor a azufre que aquello despedía.



El autor consiguió la tierra que presuntamente abrasó el ovni y que la familia tuvo guardada durante dos décadas en el interior de una bolsa de plástico. Los primeros análisis demostraron que estuvo sometida a 600' C.

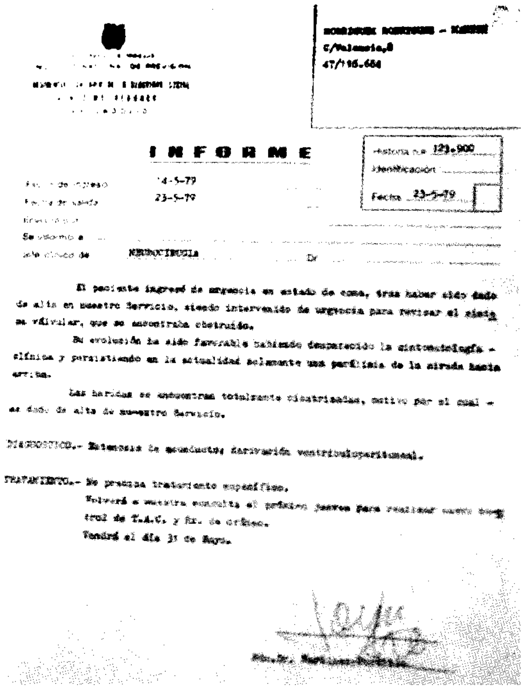
Las primeras observaciones médicas realizadas por los médicos de Tordesillas no logran averiguar el motivo de su estado, por lo que se le ingresa en el hospital Onésimo Redondo de Valladolid. En un primer momento, los doctores Blanco, Llorente y Medrano consideran que la recuperación puede efectuarse en el domicilio, pero el agravamiento progresivo de las dolencias, la perdida de visión y los vómitos constantes, hacen que finalmente el «Niño de Tordesillas» pase a quirófano y se le efectué la primera operación. En los informes médicos a los que he tenido acceso no se deja lugar a la duda. La gravedad es extrema y las intervenciones quirúrgicas se suceden una detrás de otra. El doctor Martínez Portillo, jefe clínico de neurocirugía, deja plasmado en el historial médico que Martín ingresa en estado de coma. Es el inicio de un calvario que nadie esperaba en un muchacho que hasta el momento había disfrutado de una salud a prueba de bomba.

Catorce operaciones

Con tan sólo siete años, Martín Rodríguez sufrirá en su cuerpo varias operaciones a vida o muerte. Gracias al buen hacer de los doctores Martínez Portillo y Jesús Estévez, se salva la vida del muchacho, pero las «recaídas» constantes hacen que se convierta en triste rutina el observar al chico ingresando de nuevo en estado de coma por los pasillos del hospital. Precisamente el doctor Estévez, totalmente destrozado, declaró a los padres de Martín en una de las operaciones su casi seguridad de que sería imposible sacarlo con vida del quirófano. Pero, de modo igualmente sorprendente, el enfermo se recuperaba en cuestión de días ante la sorpresa generalizada. Martín me aseguró que *en el colegio se llegó hacer una colecta para comprarme orlas de flores. Cada niño puso cinco duros. Cuando llegué a Tordesillas me di cuenta de que me habían hecho la mortaja. Aquello no se puede olvidar. Lo que ocurre es que había vuelto a salvarme... y esta vez nadie lo esperaba. Todos me daban ya por muerto...*

En este rosario de dramáticas operaciones, el cuerpo de Martín comenzó a verse surcado por decenas de costuras y cicatrices. El cráneo, abierto en trece ocasiones por el modo de trepanación, y un sistema valvular, colocado tras advertirse «estenosis a nivel del acueducto en su tercio superior», convierten su cuerpo en un lugar marcado por los bisturíes. Posteriormente se le harán pruebas diversas, como la implantación de una válvula artificial «Shunt» —intervención obligada por el extraño desarrollo prematuro que habían sufrido algunas partes del cuerpo— o la inclusión de aire a través de vía lumbar. A pesar de todo, las cefaleas, la perdida de visión y los vómitos volvían a sorprender al chico en cualquier lugar transcurrido un periodo de tiempo, haciéndose inevitables nuevas intervenciones para revisar todo el sistema valvular.

Antonio, su padre, recordaba amargamente cómo *llegaba a tener las maletas preparadas en una de las habitaciones. Lo imprescindible para salir a toda prisa en el momento que nos dijeran que Martín volvía a entrar en coma. Aquello fue un infierno, hubo una semana, en abril de 1979, que hasta tuvieron que operarlo tres veces. Lo increíble es como el cuerpo del chiquillo aguantaba aquello. Eso era lo inexplicable...*


INFORME

Historia n.º 121.900
Fecha 23-5-79

14-5-79
23-5-79
NEUROCIRUGIA

El paciente ingresó de urgencia en estado de coma, tras haber sido dado de alta en nuestro Servicio, siendo intervenido de urgencia para revisar el sistema valvular, que se encontraba obstruido.

Su evolución ha sido favorable habiendo desaparecido la sintomatología clínica y persistiendo en la actualidad solamente una parálisis de la mirada hacia arriba.

Las heridas se encuentran totalmente cicatrizadas, motivo por el cual se le da de alta de nuestro Servicio.

DIAGNOSTICO.- Estenosis de acueducto; derivación ventriculoperitoneal.

TRATAMIENTO.- No precisa tratamiento específico.
Volverá a nuestra consulta el próximo jueves para realizar nuevo control de T.A.C. y Rx. de cráneo.
Vendrá el día 31 de Mayo.

Un documento sobrecogedor. Uno de los muchos informes médicos en los que los facultativos afirmaban que el niño llegaba en coma al hospital. Hubo catorce operaciones a vida o muerte.

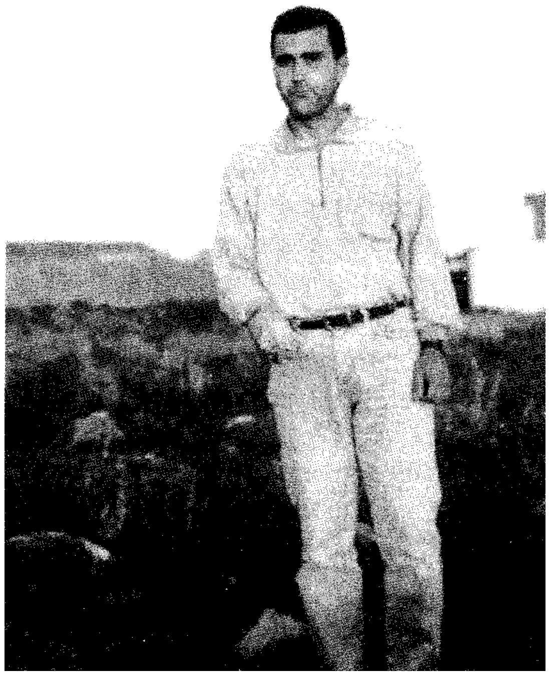
En el hospital Onésimo Redondo el pequeño Martín se hizo eon el cariño de todos. No sólo de los doctores que en diversas ocasiones lo intervinieron y que llegaron a interesarse, según me confesó Antonio Rodríguez, por la «historia del ovni», sino incluso de personas como la enfermera Estefanía Esteban, que durante meses se convirtió en permanente amiga del «Niño de Tordesillas».

Catorce intervenciones quirúrgicas marcadas en el cuerpo del muchacho hicieron que Martín tuviese una infancia difícil. Con aparatosos vendajes y no menos espectaculares cicatrices se le veía caminar por el pueblo ayudando a su padre, que con un carro de madera vendía caramelos a las puertas de los colegios. Y fue precisamente allí, en el centro escolar, donde descubrí otra de las claves de tan increíble historia...

Insólitas facultades

Don Anselmo, don José Luis y don Tertuliano, profesores del colegio comarcal de Tordesillas, nunca consideraron a Martín un buen estudiante. Casi siempre más preocupado por echar una mano a los suyos, no disponía de mucho tiempo para los libros. Las constantes operaciones a las que fue sometido tras su encuentro con el ovni hicieron que su asistencia fuese disminuyendo hasta hacerle perder el ritmo de todas las asignaturas. Sin embargo, en uno de los periodos entre intervenciones en quirófano, nuestro protagonista sufrió un extraño cambio que, de la noche a la mañana, lo convirtió en un aplicado estudiante que aprobaba los exámenes sin la menor dificultad. Como un tesoro, abrí el libro de escolaridad de Martín Rodríguez y entre sus páginas descubrí que lo que me decían era absolutamente cierto. El «Niño de Tordesillas» parecía haber despertado al mundo del conocimiento, y absorbía conceptos con una rapidez y claridad que dejaba perplejos a los profesores. Aprobaba todas las asignaturas y, además, ganó varios diplomas de dibujo y poesía cuando nunca anteriormente había sentido mayor interés por estas temáticas. Llegó hasta un punto que comenzó a resolver problemas matemáticos de otros cursos y acabó aprobando dos años en uno sin el menor esfuerzo, cuando antes tenía serios problemas en cada una de las materias.

—*No se que ocurrió en esa etapa*— me indicaba Martin junto a las verjas del colegio—, *pero la verdad es que tenía interes por cualquier cosa; cogía barro y me ponía a hacer increíbles esculturas. Y lo mismo con las matemáticas, el lenguaje, la lectura... Recuerdo que cuando apenas empezábamos a dividir, yo salía a la pizarra y hacía divisiones por cuatro cifras. Era como si de repente tuviese la necesidad y la urgencia de aprender todo tipo de cosas...*



Veintiún años después Martín regresó al lugar de los hechos y cogió una piedra semejante a la que lanzó al otro lado del muro en 1977.

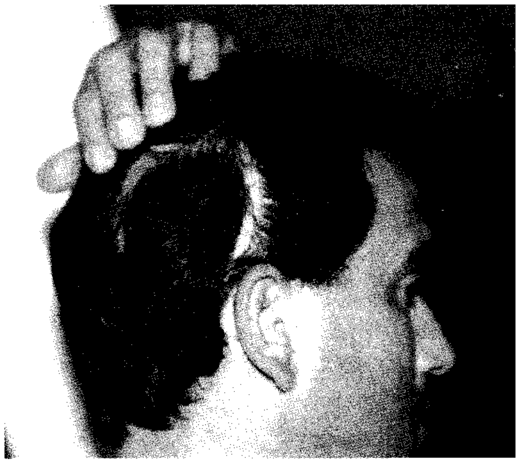
Caminamos juntos en paralelo a la nacional 122 para regresar, una vez más, al lugar de los hechos. Ni él ni yo sabíamos a qué clase de energía había estado sometido, qué intenciones tenía aquel aparato ni cuál era su verdadera naturaleza. La única seguridad que compartíamos en aquel momento es que algo inexplicablemente real había ocurrido en el descampado.

Apreté fuertemente la bolsa donde Antonio Rodríguez me había depositado parte de la tierra calcinada que durante dos décadas había sido guardada como el mayor de los tesoros, y volví a escuchar las palabras de Martín abriéndose paso en la noche...

Iker, a mí me gustaría volver a verlo otra vez... ¿por que no? Pero por nada del mundo querría pasa r el calvario de aquellos días. Esa «cosa» marcó mi vida. Alguna gente me creyó y otros se rieron de mi. Eso fue lo doloroso. Pero yo sé la verdad... y es como si lo estuviese viendo ahora... Mientras viva ya no lo podré olvidar. Sé que es difícil de entender... pero me gustaría tanto volver a verlo y saber de dónde vino.

—De verdad que te entiendo. A mi también me gustaría verlo —le respondí clavando la mirada en el suelo.

Y allí, en aquel mismo lugar, me sorprendieron las sombras a la vera de Martín Rodríguez, que tiene 28 años y trabaja como albañil para sacar dignamente adelante a su mujer e hijo. A pesar del tiempo transcurrido, en su cuerpo y recuerdos aún permanecen frescas las cicatrices que le dejó aquel misterioso objeto que también parecía jugar al escondite. Su entereza y su fuerza interior le han hecho superar todos los obstáculos y encauzar una vida plenamente normal. Pero, según pude comprobar, hay algo que le ha sido imposible dejar atrás: la curiosidad y la imperiosa necesidad de saber qué tuvo delante aquella jornada de 1977. Un interrogante que tantas madrugadas le ha hecho despertarse envuelto en sudores y angustia. Una duda que esa fría noche, en aquel paraje desolado, perseguíamos con la misma ansia y nos hacía sentirnos, a testigo y periodista, absolutamente unidos por unos lazos imposibles de describir con palabras...



Martín Rodríguez Rodríguez, natural de Tordesillas (Valladolid), muestra una de las múltiples heridas craneales efectuadas en las catorce operaciones a vida o muerte que tuvo que soportar tras ser «atacado» por un ovni.

El desastre de Torrejoncillo

Ficha: **Un fenómeno inexplicable estuvo a punto de acabar con la vida de una familia de cabreros y guardeses de una solitaria finca extremeña. La Guardia Civil y el Ejército ordenaron cercar el lugar ante el dantesco espectáculo que allí se podía contemplar. Un misterioso embudo de fuego de 50 metros de alto había carbonizado y fundido verjas, cercas, animales, pasto y enseres a su paso antes de dividirse y alejarse hacia las alturas. El «fuego imposible» fue constatado además por los estamentos científicos que extrajeron muestras para su pertinente análisis.**

AQUELLA TARDE, LA DEL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1981, estaba siendo más calurosa de lo normal. El termómetro sobrepasaba los 30 grados con holgura y el aire se hacía irrespirable en el exterior. Las chicharras entonaban un cántico monocorde y, en aquel momento, hasta lo más fieros perros guardianes dormitaban en las sombras.

En mitad de un océano de tierra ocre, y alejada de cualquier núcleo urbano, se extendía la finca «Cuatro Cuartos», el primer lugar donde se escuchó un penetrante zumbido que venía del cielo.

Eran las tres y media en punto y, en aquel mismo momento los ojos del cabrero Benito Salgado se abrieron como un resorte, dejando atrás y de golpe lo que había sido una tranquila siesta estival. Dando un salto se incorporó del camastro para mirar instintivamente hacia arriba a través del ventanuco que daba a los campos, pero la tarde estaba limpia, clara y sin rastro de tormenta.



Toirejoncillo, Cáceres, 6 de septiembre de 1981. Un cono ígneo de 50 metros arrasó toda la zona y estuvo a punto de acabar con la inda de cuatro personas.

Escamado, el pastor despertó a su hermano Felipe y, casi arrastrándolo, lo condujo al exterior para intentar averiguar la proceden cia de un tronar que poco a poco se iba alejando. Repentinamente, los dos quedaron mirando al frente como autómatas sorprendidos por el más extraño fenómeno que jamás hubiesen imaginado. Por el valle se acercaba en pleno silencio un «embudo de fuego» que alcanzaba y abrasaba las copas de los árboles más altos, mostrando una forma perfectamente triangular y una especie de orificio por donde expelía una sustancia de apariencia líquida que iba calcinando terrenos, cercas y animales según contactaba con ellos.

Para los Salgado no cabía la menor duda. Aquel 6 de septiembre había llegado el fin del mundo...

Esta escena, dantesca y surrealista, vivida en un rincón de Extremadura hace ya 17 años representaba para mí un reto al que prometimos hacer frente, dispuesto a demostrar a la opinión pública que lo ocurrido en Torrejoncillo iba mucho más allá de lo que se afirmó en su día. Estaba seguro de que en la solitaria finca «Cuatro Cuartos» ocurrió algo de dimensiones excepcionales que fue quebradero de cabeza para nuestras fuerzas de seguridad, para supuestos estudiosos enviados por la NASA y, sobre todo, para los asustados habitantes de la comarca.

Las explicaciones peregrinas dadas en su día con el fin de explicar el fenómeno resultaban ciertamente ridiculas, pero hicieron posible que el más absoluto silencio se adueñara de la situación. Eso era lo sospechoso y, en definitiva, lo que me hizo enfilar las rectas que conducen hacia la tierra de los conquistadores, dispuesto a desempolvar el «Expediente Torrejoncillo» del inmenso archivo del olvido en el que la sociedad «clasifica» todo aquello que en su día resultó demasiado molesto.

«Podíamos haber muerto todos»

Torrejoncillo (Cáceres), 31 de enero de 1997, 12:14 horas

Recortado entre un cielo plomizo y unos campos rectilíneos y solitarios apareció ante mí el todoterreno del cabrero Benito Salgado. Mucho menos tiempo había pasado desde aquel "susto" pero, según pude comprobar, el recuerdo del artefacto devastador había quedado tan vivo que ningún detalle se le había podido borrar de la memoria.

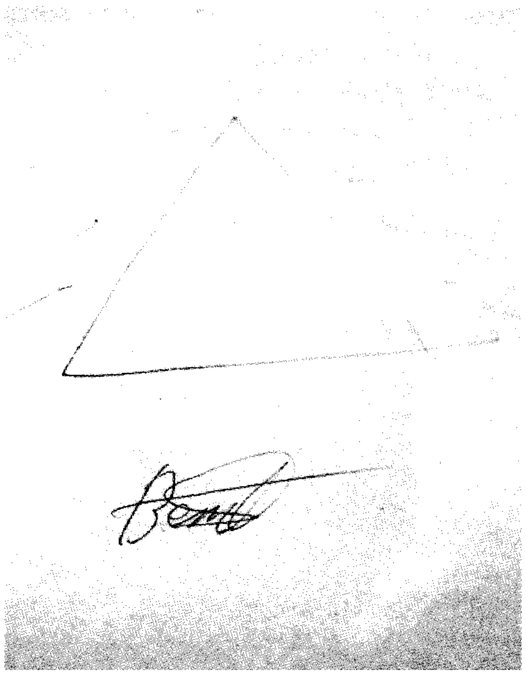
El vehículo se abrió camino entre las veredas hasta adentrarnos en la linca «Cuatro Cuartos». Allí pude ver, perdido entre laberintos de caminos vecinales, el aislado chamizo donde aquella tarde se refugiaban los pastores. Seguía exactamente igual que la tarde del 6 de septiembre de 1981, con sus humildes paredes como testigo muelo de lo excepcional.



Benito Salgado muestra una de las ventanas donde aún son visibles las marcas dejadas por el extraño fuego.

—*Por esta ventana miré yo cuando empezó todo* —irrumpió Benito dispuesto a revivir aquella lejana jornada de verano—, *era como «un avión raro» lo que se oía. Por eso me quedé sorprendido al no ver nada en la primera ojeada, así que levanté a mi hermano que estaba en un camastro junto al mío. «Mira eso que viene para aquí", le grité cuando vi un triángulo rojo que se acercaba muy despacio viniendo desde los montes. Aquello era grandioso, enorme... jamás se había visto cosa parecida.*

Efectivamente, un cono de fuego de cincuenta metros de altura y casi cien de ancho se había asomado entre las penas distantes a unos tres kilómetros de la finca. En aquel momento , y desde otros puntos de la comarca, otros testigos observaron una luz resplandeciente que se adentraba por las lomas.



Así vio Benito Salgado el artefacto que se aproximó a su vivienda. Aquello no era un meteorito. ni un torbellino de fuego. Se trataba de un aparato perfectamente triangular.

—*Nos entró el miedo* —prosiguió Benito situándose frente a la casa y señalando al cielo—, *aquello comenzó a descender y le vimos la forma muy claramente. Iba volando, no a ras de tierra, y las encinas se iban abrasando a medida que pasaba junto a ellas. Y todo era rápido, muy rápido. Tanto que vimos cómo los conejos eran «atrapados" sin tiempo de escapar de las madrigueras. Aquello los abrasó al instante, como si el torbellino fuese «carbonizando» todo lo que tocaba. A la vez. decidimos despertara nuestra madre, que dormía en otro cuarto de la casa, para sacarla de allí. Y nos costó convencerla. Ella gritaba y se agarraba a lo que fuese. No quería dejar su casa... pero le dijimos «vamonos, mamá, que esto nos mata».*

Estábamos seguros de que aquello nos iba a llevar por delante. No dudamos de que si aquello nos coge nos abrasa. Allí hubiéramos muerto todos... seguro.

En aquellos momentos se produjeron las escenas de mayor tensión y nervios en el apartado pago. La anciana y ya fallecida Celia I< >renxo se resistió a dejar su hogar a pesar de que el cono de fuego avanzaba en línea perfectamente recta hacia ellos. Entre aspavientos, tuvieron que meterla en el coche de Domingo Jaralero, un guarda de la finca que se había visto sorprendido por el objeto y que raudo llegó hasta el cobertizo ele los pastores dispuesto a prestar ayuda. Forzándola, los dos pastores lograron meter en el vehículo a su madre y posteriormente montar prácticamente de un salto en la motocicleta para emprender la huida a gran velocidad.

Al fijarse en la veterana Bultaeo. que aún mantenía el tipo tras veinte años de sol a sol, notamos cómo Benito se sobrecogía al tiempo que sus vellos se erizaban. Por eso permanecimos en silencio oyendo su sincero relate) mientras se aferraba a una ele las empuñaduras...

—*En esta misma tuvimos que tirarnos monte abajo. Y menos mal que atrancó a la primera. Aquello no lo olvidaré mientras viva. El embudo aquel, justo al llegar frente a la casa, comenzó) a echar como unas «manchas» o gotas de un líquido. Era como un ácido. Aquello tocaba el campo, las cercas, los animales y los quemaba al instante. Salía todo por el agujero de la parte de arriba y caía como la lluvia.*

A algunas gallinas vi cómo prácticamente las asaba. Me acerqué a algunas y vi que estaban como «cocidas» pero con las plumas. Como si las hubiesen achicharrado vivas. Por eso corrí vereda abajo hasta la cerca donde teníamos unos cuantos cerdos y decidí soltarlos echando las trancas abajo. Los anímales, como por instinto, salieron hacía el monte dejando el fuego tras de sí. Así los pudimos salvar.

—¿Todo ardió en cuestión de segundos? le pregunté mientras me mostraba un pequeño habitáculo anexo a la casa.

— *Vaya que sí. Aquí mismo teníamos ciento setenta kilos de queso curado para vender y todo se fundió según cayó el «ácido» aquel. Gallinas murieron las veinticuatro en cuestión de un par de según-*

dos... y los perros sueltos no pudieron ni escapar de aquello. ¿Cómo podía ser? Aquello parecía que iba coi/Ira los animales y las cosas... pero no contra las personas.

Después miré hacia atrás varías veces y comprobé cómo se había parado frente a la puerta y luego daba la vuelta muy despacio, como si girara todo el rato y muy deprisa. Después ya no recuerdo más que llegar al pueblo y ver a toda la gente alarmada. Era eso un sinvívír en todo el mundo. Todos querían saber qué pasaba y qué no pasaba. Que si una bomba, que si lo nuclear, que si un meteorito estrellado... Total, que la Guardia Civil y todo el mundo sabía del desastre de Cuatro Cuartos. Y para allí que volvimos dispuestos a apagar el fuego...

Espectáculo dantesco

Decenas de hombres de Torrejoncillo se armaron de valor y subieron hasta el lugar del siniestro en sus propios vehículos. La imagen que se les presentó fue algo tan impactante que no podrán olvidar mientras vivan.

En ese nutrido grupo iba el corresponsal de Radio Nacional de España en Coria, Pedro José Yerpes, que, grabadora en mano, realizó *in situ* una inolvidable crónica de todo lo que allí ocurría. Según me confirmaba en la propia ciudad cauriense, *aquello era un espectáculo dantesco.* Y es que afable el periodista ya jubilado, como todos los que subieron aquel día a los «Cuatro Cuartos», tampoco había perdido detalle de aquella dramática escena:

Comprobamos que el fenómeno había surgido exactamente a 1.800 metros en línea recta a la casa —declaraba, al tiempo que dibujaba un croquis de los movimientos que supuestamente realizó el artefacto—. *Seguimos el propio rumbo del fuego» y constatamos que aquello iba elevado a unos palmos del propio suelo, abrasando todas las encinas que se encuentran en aquel lugar. Luego, en la llanada que existe frente a la casucha. descendió y abrasó la tierra por dentro en varios palmos. Lo misterioso es que había varios cortes perfectos producidos por el fuego que demostraban que éste había hecho extrañísimos giros sobre el terreno. Eso sí que era en verdad desconcertante. Luego, ya dentro de la finca, vimos aterrorizados como había decenas, centenares de conejos completamente carbonizados. No habían podido escapar ni reaccionar. Y eso sí que parecía sobrenatural. ¿A qué velocidad podían ir aquellas llamas?*

—¿Vieron *ustedes otros animales afectados?*—volví a preguntar igualmente interesado.

—Sí, *desde luego, había también una perra preñada completamente asfixiada con el lomo despellejado por el fuego, con los cachorros abrasados a su lado. Recuerdo además un pequeño gato que había sobrevivido, pero que llevaba las orejas y parte de un ojo completamente chamuscados. ¿Le habría pasado la energía justo por encima?*

Avanzamos hacia la casa y vimos cómo unos bidones de los típicos del gasoil, de una capacidad de 200 litros, habían sido agujereados por aquellas golas que al parecer expulsaba el artefacto. Estaban, además, desplazados unos doscientos metros de su lugar de origen. Era como si algo los hubiese lanzado por los aires. Y lo mismo ocurría con grandes piedras que habían sido como arrancadas y depositadas en otros sitios. Recuerdo que incluso recogí varios tro



Una imagen impresionante: Un gato se salvó por milímetros. El fuego pasó justo por encima de él calcinándole las orejas, lomo y uno de los ojos. Murió a las [tocas horas.

zas de madera y los llevé al instituto donde ejercía como profesor para enseñárselo a todos mis alumnos. Parece que ahora estoy viendo su cara de asombro y su sorpresa al ver aquellas enigmáticas salpicaduras de fuego. Aquello fue temblé. Dios mío, ¿Qué clase de energía calórica provocó aquel desastre?...

Todas las personas que contemplaron el campo arrasado confirmaron que la mayoría de las quemaduras eran sectoriales, producidas al azar y en pequeñas áreas... como si se hubiese producido una tremenda lluvia de fuego. Empalizadas, cercas, e incluso la tierra de los caminos de acceso, aparecían salpicadas por la misteriosa sustancia. Eso es lo que impresionó, entre otros, al reportero local del diario *Hoy* de Badajoz, Julián Rodríguez, para quien aquellas marcas eran *como auténtica metralla. Parecían miles de pequeños disparos de un líquido corrosivo. Era realmente incomprensible. Eran impactos perfectamente verticales que deformaban todo lo que se encontraba a su paso. Algo que, en los treinta y cinco años que llevo en las labores informativas en Torrejoncillo, no be oído jamás que se haya producido ni aquí ni en ninguna otra parte del mundo. La verdad es que quien vio aquello no lo podría olvidar nunca...*

El veterano cronista, tras contemplar el espectáculo, decidió echarse sobre la vieja máquina de escribir y teclear impulsivamente hasta pergeñar la primera información escrita sobre el incidente. Una columna que hizo correr a su vez chorros de tinta y que comenzaba así:

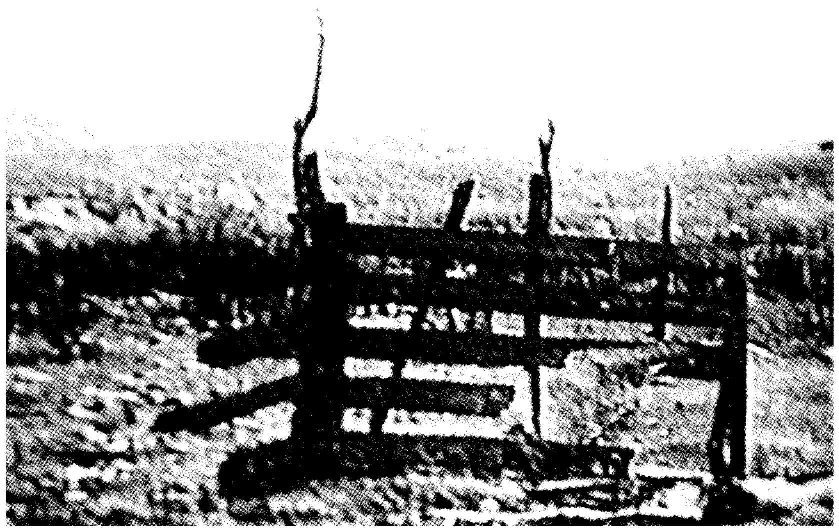
—En una extensión de 25 hectáreas de la finca Cuatro Cuartos, la vegetación y las peñas presentan un aspecto lunar, las piedras calcinadas, y el suelo como si fuera un mosaico, presenta pequeños cráteres orientados de arriba abajo y con la tierra completamente carbonizada alrededor...

Era la viva expresión hecha crónica de este veterano profesional que, a la vera de la lumbre de su vieja estufa, parecía ahora revivir con nitidez aquellos inolvidables momentos. Allí mismo, en el solitario bar de su propiedad, narró con detalle todo cuanto pudieron retener sus ojos. Según me confirmó en la despedida, diecisiete años después aún se podían ver los zarpazos de fuego en las maderas y paredes de los "Cuatro Cuartos", ya que ni disolventes ni pinturas las habían logrado arrancar. Y según pudimos comprobar al regresar al lugar, su comentario era absolutamente cierto. Allí estaban las muescas de la energía ígnea que un día bajó de los cielos, resistiéndose a abandonar la triste choza.

El «cicerone» Benito Salgado, sorprendiéndose como si fuese la primera vez que las veía, señalaba las marcas negruzcas que en puertas, dinteles y ventanas había dejado el misterioso cono. Ahí seguían, desafiantes, sin que nada ni nadie haya podido determinar quién las produjo.

2.000 grados

¿Qué clase de energía había producido aquel desastre? ¿Proveniente de dónde y con qué intención?, me cuestionaba junto al bueno de Benito en aquel abrasado rincón de Extremadura. Y con esas dudas aferradas al cuaderno de campo e imposibles de despejar por el momento, volé más que rodé hacia la capital cacereña dispuesto



El fuego de Torrejoncillo destrozó puertas, ventanas y rallas, y como un huracán devastador mató a cientos de animales calcinándolos sin darles tiempo para huir.

a encontrar al prestigioso geólogo Juan Gil Montes, profesor en dicha ciudad y anteriormente docente en la Universidad Laboral de Zaragoza. Él había tenido una experiencia singular sobre el terreno que demostraba a las claras cómo aquel vasto paraje había sido sobrevolado y «atacado» por algo poco convencional. Y para él no había vuelta de hoja.

Según me narraba al amparo de uno de los más antiguos cafés de la monumental ciudad cacereña, y con la emoción de quien desde la visión científica se encuentra ante un verdadero enigma físico, la tarde del 6 de septiembre se encontraba en su hogar cuando por la radio llegaron los ecos de la primera crónica de Pedro José Yerpes en el boletín de Radio Nacional de España. El impacto que le produjo aquel escueto informe fue tal que, sin dudarlo un instante, arrancó a la primera su viejo Citroen Dyane 6 y se plantó en un santiamén en el lugar de los hechos. Allí, sin que en ningún momento se borrara de su faz la mueca de asombro, fue comprobando paso a paso los daños que el artefacto había provocado. El inventario del desastre era, según se desprende de sus palabras, simplemente sobrecogedor:

—-*Jamás vi nada igual... aquello era realmente prodigioso. Existían junto a las ventanas unas encimeras con platos y vasos de los de duralexy ¡se habían fundido todos! Aquello era una pasta uniforme que se extendía por los suelos. Lo mismo que las botellas de cerveza. Escuchad lo que os digo... botellas de cerveza de litro que se habían retorcido sobre sí mismas hasta convertirse en una espiral de cristal semejante a las jaras del campo cuando se queman. Era alucinante aquella visión... Algunos de los envases de cristal se habían fundido completamente y sólo quedaba una inmensa torta esférica con el orificio del tapón en medio. Se habían derretido por completo al paso de un calor que apenas estaría en la zona un par de minutos. Realmente prodigioso. Como prodigioso fue encontrarme con cuarzo y mármol semifundido y las cercas de espino metálico goteando completamente deshechas. Jamás habíamos visto cosa igual!*

—Como geólogo y profesor de universidad, ¿qué explicación pueden tener estos hechos? —le pregunté ansioso.

Mira, no se puede sentenciar respecto a lo que allí ocurrió, pero lo cierto es que yo recogí cuarzos de este tamaño —indicaba cogiendo una copa vacía— *completamente vitrificados. Esto es muy fuerte. Los cuarzos del terreno, que allí son abundantes y rodean toda la casa, habían alcanzado en un tiempo determinado tal calor, que se habían fundido y vitrificado. Aquella manga de fuego inexplicable se centró en dos kilómetros cuadrados de terreno y concentró más de dos mil grados centígrados para provocar aquello. Dos mil grados... yo recogí una de las piedras y, como geólogo, me quedé minutos mirándola absorto... ¿cómo era posible aquello?*

—¿Y qué ha sido de ese material? —le dije.

—*Bueno, aquellas horas iniciales se especuló con todo. Y he de ser tremendamente sincero, pero a pesar de que esto era digno de llevara un museo de geología, tuve un profundo miedo. Tuve temor a aquellas piedras. Sobre las que se decía absolutamente de todo en aquellos primeros momentos. Una bomba incendiaria que cayó de algún avión accidentalmente, un experimento nuclear... nadie sabía nada. Yo pensé en mi familia, en mis hijas... y la verdad es que no me quise arriesgar a llevarme aquellas piedras conmigo. Estaba casi convencido de que podían estar contaminadas con algún tipo de radiactividad. Todo eran suposiciones, desde luego, pero el ver aquellas rocas y aquel suelo que se había llegado a abrir, a agrietar por el calor, le dejaba a uno sin muchas ganas de aventurarse. Y la verdad es que ahora me arrepiento... pero comprended que fueron momentos de expectación y de incertidumbre incontenible. Nadie sabía cómo actuar aquel día.*

Los datos, claros y precisos, están ahí para quien quiera comprobarlos. Tras consultar a diversos institutos de física se llegaron a a las siguientes conclusiones: los trozos de mármol habían alcanzado un temperatura superior a 1.713", alterando su estado, y las botellas de cristal y las alambradas habían superado con creces los 1.710º. El cuarzo, que según los testigos se disolvía como «polvo de talco en las manos», había rondado los 2.000°.

Cifras concisas y analizables para un enigma palpable y accesible. Pero ¿qué clase de científicos se interesaron y viajaron hasta allí

para analizar in situ el interesante asunto? Respuesta fácil, triste y previsible: ninguno.

Intervención oficial

Las palabras del geólogo Juan Gil me dejaron, nunca mejor dicho, absolutamente petrificado. Pero si en algo no estaba de acuerdo era en su última sentencia. Hubo alguien que sí supo muy bien cómo actuar. Las fuerzas de seguridad, y más en concreto la Guardia Civil, realizaron un despliegue rápido y rotundo dispuestas a que aquello no alarmase a la opinión pública. Lógicamente no lo consiguieron, ya que el pueblo entero se encaminó en procesión hasta la finca «Cuatro Cuartos» nada más oír lo narrado por la asustada familia Salgado. Verlos llegar a las cuatro menos veinte de la tarde, con el alma en la garganta y el horror pegado al habla, fue suficiente para que hombres, mujeres y niños siguiesen en comitiva a la primera «avanzadilla» de valientes que había subido hasta el lugar del desastre.

Ante tal expectación, la Benemérita tomó sus particulares medidas. En la misma entrada de la finca se colocaron varios números y se impidió el paso a cualquier persona. Así, durante unas horas, se produjo una imagen digna de un «Roswell hispano» en el corazón de la profunda Extremadura. Y, naturalmente, durante ese tiempo nadie supo absolutamente nada de lo que allí ocurrió.

La documentación oficial sólo hace alusión a que cuatro miembros, encabezados por el jefe de puesto de Torrejoncillo, Antonio Rollán Martín, subieron hasta la finca dispuestos a inspeccionar la zona del incidente. Habían acudido presurosos tras presentarse, completamente alterado, en el cuartelillo del pueblo el guarda Domingo Jaralero, el hombre que salvó la vida de la madre de los Salgado subiéndola en su coche a toda prisa mientras la masa rojiza avanzaba. Su testimonio fue breve y conciso. Pero no hizo falta más. *Un cono de fuego ha estado a punto de abrasarnos vivos junto al chamizo de los Cuatro Cuartos, arrasando con todo cuanto se ponía por delante,* soltó a la primera y como declaración ante los sorprendidos números. Un argumento convincente para que a los pocos minutos un nuevo dispositivo del Cuartel General de la Guar-



El espectáculo que se encontró la Guardia Civil fue dantesco. Decenas de salpicaduras habían abrasado los campos de modo sectorial.

dia Civil de Coria y varios miembros de extinción de incendios de 1CONA se pusieran en marcha para acudir al terreno ya cercado y realizar un expediente-atestado cifrado con los dígitos del número de orden 17/8 del 9 de 1980, en el que se limitaron a redactar lo poco que sabían. «Incendio de extrañas características en terrenos de la finca Cuatro Cuartos-Arroyomolinos», decía la escueta notificación oficial. Y no faltaban a la verdad ni un ápice. Según sus cálculos, quince hectáreas habían resultado inexplicablemente devastadas.

Pero, como siempre sucede al poco tiempo de que ocurran incidentes «imposibles», una riada de presuntas hipótesis vino a aumentar el nerviosismo y la tensión de los convecinos.

El ovni destructor, la bomba incendiaria «despistada» de algún caza de la Base Aérea de Talavera la Real, una explosión tras experimentación nuclear... los rumores que recorrían veloces las callejas de Torrejoncillo eran variopintos... y ninguno le hacía la más mínima gracia a las autoridades. En aquel momento se demandaban respuestas. Y alguien las tenía que ofrecer.

Quizá por eso, y siendo un tanto mal pensados, no es de extrañar que a los pocos días se presentaran en el lugar «expertos enviados

por la NASA», que jamás se acreditaron pero que, escoltados por la Benemérita, convencieron a los testigos de que lo que habían visto era «un simple meteorito». Pero hasta los menos lúcidos del pueblo dieron con el «quizá» de la cuestión... ¿Dónde diablos se hallaban los restos de aquella colisión de la roca espacial?, se preguntó la voz popular. Y evidentemente nadie respondió... y el experto desapareció para siempre como si se lo hubiese tragado la tierra.

Después de esta intentona de tranquilizar al personal llegaron otras igual de cómicas e irrisorias. La desintegración de un satélite artificial, una lluvia repentina de chatarra espacial, un rayo en bola...

El tedio de las presuntas explicaciones, unido al paso de los días, hicieron que poco a poco «el desastre de Torrejoncillo» fuera diluyéndose en el olvido más absoluto. Un olvido que seguro sería jaleado por muchos científicos de este país.

Y es que hoy, tan sólo los que vivieron en sus carnes la dramática experiencia, y las muchas gentes de bien de aquella comarca, saben que el enigma continúa pendiente y vivo. Un misterio que, nunca mejor dicho, quemaba demasiado para ser analizado con rigor y seriedad.

Rabioso, al comprobar que nadie quiso profundizar en su día y de verdad en este delicado asunto, tomé el camino de regreso dejando atrás a Benito Salgado y al solitario chamizo de los «Cuatro Cuartos» envueltos en las sombras.

Pasé los kilómetros y las horas pensando en el último comentario que me hizo el noble cabrero antes de partir. *¿Algún día, antes de irme bajo tierra, podré saber yo quién nos visitó aquella tarde y por qué nos eligió a nosotros?*, nos preguntó como reclamando un humano derecho a saber, mientras se aferraba a la vieja Bultaco con la que escapó de la muerte segura.

Aquella pregunta, aquella impotencia y aquella sinceridad la sentí bajo la encapotada noche como una punzada en el fondo de nuestro ánimo. Y la sentí así porque estaba seguro de que el bueno de Benito jamás hallaría su anhelada respuesta.

Curiosas coincidencias

En una ardua labor de rastreo hallamos, en las fechas próximas al incidente de Torrejoncillo, referencias en la prensa de todo el mundo de casos muy semejantes. Fueron sucesos que después no se prodigaron en la historia ufológica y que misteriosamente se concentraron en el otoño de 1980. Los más destacados fueron:

20 de septiembre de 1980: En La Calera (Sevilla), un artefacto cónico se aproxima a un campo con ganado produciendo diversos efectos y quemaduras a los animales *(Pueblo,* 27/10/80)

28 de septiembre de 1980: En Catamarca (Argentina) Un cono luminoso causa un incendio en un arrabal. Apareció emitiendo un gran zumbido *(Efe Argentina,* sep. 1980)

20 de octubre de 1980: En Dakar (Senegal), un objeto cónico destruye 50 chozas de un suburbio al aproximarse a ellas. La Gendarmería, el Ejército y la Escuela Politécnica de Thies elaboró un extenso informe al respecto.

22 de octubre de 1980: En Tianjin (China) un cono de varios colores aparece despidiendo calor y quemando la vegetación para posteriormente introducirse en el mar *(Pueblo,* 22/10/80)

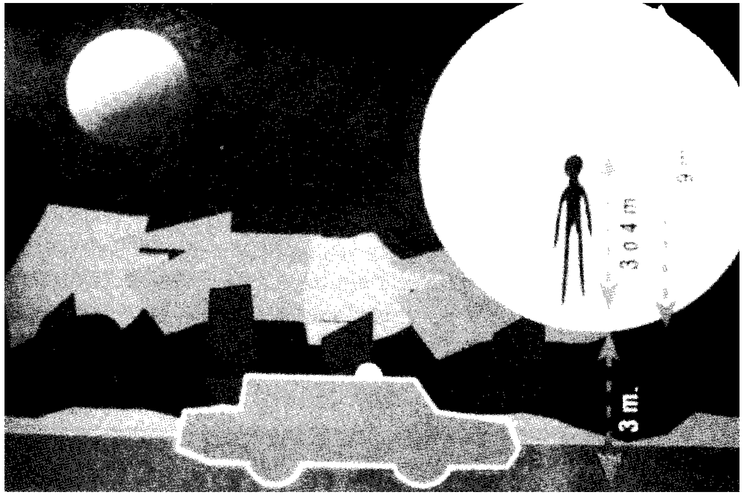
Policías españoles ante un ser de cuatro metros

Ficha: **El 19 de marzo de 1997, dos policías del municipio gerundense de La Escala se toparon con una inmensa esfera de luz que se colocó frente a su coche patrulla mientras circulaban por un apartado camino rural. Dentro del objeto apareció durante unos instantes un gigantesco ser que, según las mediciones efectuadas, superaba los cuatro metros de altura. Además de ser constatada la aparición del ovni por otros policías destacados en la zona, uno de los agentes tuvo graves dolencias físicas tras exponerse a las supuestas radiaciones del extraño aparato.**

DURANTE AQUELLA CLARA MAÑANA de julio todo parecía transcurrir con una parsimonia poco común en la redacción de *Enigmas*. Sentado en mi caótica mesa planeaba futuros viajes en busca de nuevos misterios, buceando entre listines, agendas y fotografías. No podré olvidar que fue a la una de la tarde exactamente cuando una inesperada llamada rompió en mil pedazos el transcurrir bucólico y amable de la jornada. Al otro laclo del auricular, uno de mis preciados amigos-informantes, me daba uno de esos «soplos» que hacen que saltemos como impulsados por un resorte y atraigamos en segundos la mirada del resto de los compañeros de redacción.

Cuando supe, por el nervioso pero detallado informe que me transmitía el colega Jordi Oliveres, lo ocurrido en la costera localidad gerundense de La Escala no me lo pensé ni un minuto. Eran citas importantes las que me esperaban en el cénit de aquel abrasador verano madrileño, pero aquella bomba de relojería las reventó todas y de una vez.

«Todo lo demás puede esperar», dije antes de colgar el teléfono mientras el doctor Jiménez del Oso clavaba su peculiar mirada en mi rostro. Alzando una de sus cejas, mueca predilecta del «maestro» para preguntar sin hablar, se quedó varios segundos esperando una respuesta. Pero la verdad es que no le di tiempo a hilvanar una sola palabra. De sobra es conocida en el mundillo de la investigación mi capacidad para apasionarme hasta el límite con los sucesos que lle-



Croquis de lo sucedido en L 'Escala el 19 de marzo de 1997.

gan hasta mis manos, y en esta ocasión consideraba que los casi mil kilómetros que me separaban del bello rincón de la Costa Brava eran simplemente «pecata minuta». Si unos policías españoles, tal y como me aseguró mi informante gerundense, habían estado frente a un ser de cuatro metros, enfundado en un mono negruzco y rodeado de una inmensa aura volante, yo tenía que ser el primero en saberlo de su propia voz. Tenía que ser el primero en estar allí con ellos y el primero en informar a los lectores. Y de nada sirvieron las recomendaciones de nuestro «jefe» para que diez minutos después abandonase la gran urbe dispuesto a llegar de mañana hasta la misma L'Escala.

Con el inseparable Jean Michel Jarre y sus cósmicas melodías en el casete del Frontera, recorrí parsimoniosamente las carreteras disfrutando de cada palmo de la ruta. Los cielos, encapotados y envueltos en la luz del atardecer estival, jugaban con las primeras gotas de lluvia que en ocasiones humedecían algunos tramos del camino.

Parecerá tontería, pero era uno de esos momentos en los que, como tantas otras veces, me sentí verdaderamente privilegiado y feliz. Ajeno a todo y a todos rodaba en busca de un misterio que, a nivel profesional y personal, significaba un nuevo reto.

Embelesado con las notas musicales del genio francés atravesé en diagonal la Península con una sola pregunta en la mente: ¿Qué habían visto aquellos dos policías? Pero las respuestas sólamente esperaban al final del trayecto; allí donde el blanco pueblo de L'Escala besa las olas de la Costa Brava.

Un susto de muerte

Tras serpentear durante varios minutos por las calles encaladas entre casitas de una sola planta, di con el domicilio de uno de los policías testigos del sobrecogedor incidente. Minutos antes, en la entrada del pueblo, me esperaba impaciente el siempre leal Jordi Oliveres que visiblemente nervioso volvió a relatarme a grandes rasgos lo que, sin lugar a dudas, era uno de los casos más impresionantes de cuantos habían sucedido en territorio nacional. Las palabras de Jordi no fueron sino un resorte que hizo que el particular termómetro que mide nuestras emociones saltase hecho añicos.

—¿Me estás diciendo que uno de los policías ha quedado medio ciego? —pregunté alucinado mientras giraba rumbo al domicilio donde habíamos pactado nuestra cita con los protagonistas.

—Pues sí, eso es lo que tengo entendido, aunque lo bueno será verificar todo cara a cara... pero eso es lo que se rumorea en el pueblo, respondió Oliveres mientras afilaba su mirada y me indicaba que estacionase en un rincón de las afueras del pueblo. Habíamos llegado a nuestro destino.

Nadie nos recibió, pero sin pensarlo un minuto nos tomamos todas las confianzas y penetramos por un estrecho pasillo. Un *les esperábamos* sonó cercano desde la habitación del fondo. Allí, sentados junto a una mesa-camilla y vestidos con ligeras camisas y bermudas propias del calor que azotaba en el exterior, nos miraban fijamente las dos personas que quién sabe si habían recibido la visita en plena noche de un ser ajeno a este mundo.

Encontré al policía Manuel Delgado francamente abatido. Al apretar su mano lo noté apagado, a pesar de que sus labios trazasen una cordial sonrisa de bienvenida. *Este aparato se dispara en cuanto me llevo un pitillo a la boca*—exclamaba señalando la cinta plástica y azul que rodea su brazo—. *Cada día me encuentro peor y la verdad es que yo no sé qué me está pasando desde aquella noche.*

La presión arterial había ido subiendo día tras día hasta hacerse absolutamente necesaria la aplicación del medidor que aferrando a su bíceps derecho, tantas molestias le causaba, Una repentina trombosis ocular, que le había obligado a abandonar indefinidamente su trabajo, completaba un cuadro médico extraño e inesperado. Una patología que se había ido agravando desde el día del misterioso incidente. *Es increíble* —me confesaba Manuel Caballero, compañero que aquella noche era pareja policial de Delgado— *este hombre jamás ha tenido una baja laboral, ¡si siempre ha estado hecho un toro! Esto es inexplicable*—prosigue con tono preocupado—, *«aquello» nos hizo algo... y te lo digo porque yo, también de manera asombrosa, me he recuperado de todas las graves dolencias que sufría desde hacía años. El médico es que ni se lo cree, pero no podemos explicar lo que ocurre. Yo me reía de todas estas historias, cosas de los chalados de la lele, pensaba. Y ahora, mira, aquí me tienes, recordando «aquello» noche tras noche e intentando responderme a miles de preguntas...*

Y ese «aquello» que tan difícil les resultaba describir lo estaban dibujando al unísono en mi viejo cuaderno de campo. Eran las 17:01 horas del 10 de julio y el calor convertido en húmedo bochorno apretaba en el exterior. He de confesar que una disimulada emoción me embargó en aquella casita gerundense, a un tiro de piedra de la frontera con Francia, al comprobar cómo estos dos fornidos agentes de la policía con más de veinte años de hoja de servicio iban esbozando poco a poco una siniestra silueta negra, con largos brazos que colgaban hasta las rodillas, flotando en el interior de un objeto esférico. Cuando terminaron me extendieron las dos hojas con un garabato lleno de significado, lleno de realidad. Eso era lo que habían tenido sobre sus cabezas aquella inolvidable madrugada ele tardío invierno. Eso era. en definitiva, lo que les había marcado la vida.

Y es que Manuel Caballero Parra y Manuel Delgado Ruiz, con el calendario rondando el medio siglo y con decenas ele intensas experiencias en sus muchos años al servicio ele la policía, jamás habían visto algo parecido. Y esa sorpresa, esa inquietud, ese miedo los sentí muy cercanos cuando los dos bravos agentes del orden volvieron a hacer una crónica sosegada ele lo sucedido aquella oscura noche en un camino forestal de las cercanías.

la /< ¡i i lililí i habn i sido Iri nú ¡i i ¡la. no había problemas comen 11 Manuel helgado, natural de Almendralejo (badajo/), S_! anos, robusto, tocado con lacio y particular bigote, mientras se sirve el enesiiiH > \ ase > de agua fresca—, *así que decidimos acercarnos hacia un rerledero donde habíamos visto una serie de maderos idóneos para la cásela del perro que tenía pensado instalar Delgado. El cielo estaba muy encapotado y no había un alma por las afueras de La Escala. Cogimos el Patrol y nos dirigimos a poca velocidad hasta la carretera que va hacia Torroella de Montgrí, allí nos adentramos por una pista sin asfaltar que va hacia el campo y donde hay diversos huertos. Al pasar por detrás de la pista de karts, que por supuesto estaba cerrada y en plena oscuridad, yo le dije a mi compañero de ronda-, ¡mira que luna más grande!, gritándole e indicándole hacia el lado derecho...*

—*Pero aquello no era la luna* —intervino Manuel Delgado, jienense, 48 años, hombre fibroso y ele expresión taciturna—, *a mí se me encogió el alma cuando vi la luz redondeada e inmensa que aparecía flotando junto a los campos. Yo ya sabía qué era eso...*



Manuel Delgado y Manuel Caballero señalan el lugar por donde apareció la inmensa bola de luz.

Ese presentimiento estaba bien fundamentado. No en vano, a Manolo Delgado le sobrevinieron en aquel momento varias imágenes que aún guardaba frescas en el cajón de la memoria. Hacia siete años, en ese mismo lugar, observó durante cinco minutos «una esfera luminosa» idéntica que se colocaba encima del coche patrulla en completo silencio, iluminando todos los alrededores como si hubiese salido el sol de medianoche. En aquella ocasión, en el asiento del conductor se encontraba el cabo Nicolás, un hombre que, muy impresionado por la experiencia sufrida, no quiere ni recordar el insólito encontronazo. Era lógico, por lo tanto, que el agente Delgado tuviese un inquietante augurio.

—*Aquello nos pareció inmenso, gigantesco... como una plaza de toros* —proseguía el policía mientras dibujaba con sus manos en el aire un círculo perfecto—, *estaba casi pegado al suelo destellando un color como anaranjado o rojo. En ese momento decidimos proseguir hasta un cruce de caminos donde podríamos encontrarnos con aquella cosa frente afrente, pero yo ya sabía que lo que íbamos a tener delante era lo mismo que se me apareció hace siete años...*

A las 2:55 horas el Nissan Patrol de la policía local, con los dos agentes de servicio en el interior, se detenía junto a la explanada donde una esfera de luz inmensa, de tamaño incalculable a primera vista, permanecía estática y en silencio...

No se oía ni el aire azotando las ramas de los árboles. Eso era el silencio total. Ni perros, ni zumbidos de aquel objeto... nada—exclamó Caballero levantándose del sofá—. *En un momento dado llegué a pensar que aquella esfera podía tocar los cables de la línea de alta tensión que cruzan por allí. «Ya verás como esto pegue un petardazo», le dije a mi compañero. Lo más extraño es que intenté meter varias veces la marcha atrás pero no había forma, era imposible... el coche parecía que se había bloqueado...*

—¿*Y* usted qué hacía en esos momentos? —le pregunté a Delgado—. *Mira* —respondió lanzando el paquete de cigarrillos sobre la mesa camilla—, *en aquel instante lo que se me ocurrió fue poner los pivotes», las luces del coche patrulla. Aquello se empezó a iluminar y yo le comenté a Caballero «ahora verás cómo esto se acerca. Y dicho y hecho, aquello comenzó a moverse lentamente hacia nosotros, muy despacio...*

Yo no sabía qué hacer- irrumpió Caballero, señalando a su compañero de ronda , -*aquello se venia hacia nosotros y el Patrol parecía no responder: Fue un momento de tensión, incluso tuve que decirle a este: ¿Quita eso de ahí, coño, páralo ahora mismo!".*

—¿*Qué* sintió en ese momento en el que el supuesto ovni se coloca frente al coche? —volví a inquirir al agente Caballero.

—*Pues la verdad, y mira que no me tengo por un cobarde y lo he demostrado a lo largo de muchos años con el uniforme, lo cierto es que en aquel instante yo sentí miedo, verdadero miedo...*

No pude resistir la tentación de acudir al lugar de los hechos, y no fue difícil de convencer a los dos valientes policías, a la mujer e hija de Manuel Caballero, que ya hacía bastante tiempo nos acompañaban en silencio en el salón de la casa, para que me acompañaran.

Al volver a pisar aquel recóndito paraje, los recuerdos, las imágenes y las sensaciones acudieron como relámpagos a las mentes de los dos protagonistas. Cuando mi todoterreno enfiló aquella pista pedregosa, la emoción de los dos agentes se desbordó. Circulando lentamente, escrutando cada palmo de terreno, volvieron a revivir la aparición del ovni, pero esta vez con más datos, con más viveza. *¡Allí surgió al principio!*, exclamaron al unísono sacando el brazo por la ventanilla para indicar una frondosa arboleda. *Y en aquel lugar nos paramos nosotros*, reiteraron indicándome el cruce de caminos. Cuando detuve el vehículo, los dos agentes giraron sus cabezas hacia una explanada que se dividía en huertecillos preñados de diversas hortalizas. Mientras Caballero mostraba un antebrazo donde el vello se había puesto de punta, Delgado me decía en voz baja: *Y ahí fue donde apareció aquel tipo...*

Un gigante que flotaba

—*¡Manolo, vámonos, vámonos de aquí ya, que eso se nos viene encima!», le grité como un desesperado a Delgado*—el agente Caballero adelanta unos pasos y me señala un poste de la luz de unos cinco metros de alto—, *y como esto, midiendo casi como esto se aparece aquella silueta tan grandiosa...*

Bueno—interrumpe Delgado, situándose junio a la puerla del todoterreno—, *lo cierto es que mientras Caballero miraba aquella esfera gigante que había cambiado al azul muy claro yo me puse aquí, aquí mismo, dispuesto a «enchufar» a aquello con la cámara de fotos que llevamos siempre encima.*

—¿Y usted no se bajó? —pregunté a Caballero.

—*No pude*—me respondió de inmediato—, *estaba bastante tenso, sólo quería huir. Y más cuando de repente se apareció aquella sombra enorme, aquel ser negro, ¡que estaba flotando dentro de la luz! Yo gritaba como loco para que Manolo volviese al coche, pensaba que nada bueno podía ir ahí dentro...*

—¿Era una forma humana la que estaba dentro del ovni?

—*Más o menos* —exclama Caballero, encorvándose y extendiendo sus brazos—, *pero tenía unos brazos finísimos y larguísimos, yo creo incluso que le llegaban por debajo de las rodillas... y eso me espantó. Aquello no era humano. Era oscuro, no le podría decir qué facciones tenía, ni le vi dedos o movimiento en las manos... aquello estaba estático, con los brazos separados como en posición de duelo, como si fuese a sacar un arma... Ese hombre, o lo que fuese, tenía un cuerpo finísimo y estrecho y permanecía volando en el interior inmenso de aquella luz...*

—¿La postura del ser les pareció amenazante?

—*Sí*—prosigue Caballero, reviviendo la experiencia con total nitidez—, *aquello sé que nos miraba, que nos estaba vigilando. Y también sabía que nosotros lo estábamos mirando. Esa actitud suya parecía inquietante, como si nos quisiera decir que iba a ocurrir algo. En aquel momento volví a insistir a Delgado para que subiese al coche, pero él estaba colocando la cámara empeñado en retratar al intruso...*

—¿Cuándo observa usted al humanoide? —le inquiero a un Manuel Delgado, que continúa en la misma posición que ocupó aquella noche inolvidable.

—*Pues, mire, estaba esperando que se activase el pilotillo verde del fotómetro de la cámara para enfocar aquello. Era importante fotografiarlo para demostrar que era verdad lo que estábamos viendo. Aquello, como ha dicho mi compañero, se tornó a un azul muy claro, como el del cielo en pleno día. Luego, en total silencio, hizo acto de presencia esa sombra gigantesca, una silueta humana, un cuerpo que flotaba en el interior de aquel círculo luminoso. Me estremecí. Aquello debía superar los tres metros y medio de altura...*

— *Yo* —irrumpe Caballero—, *comparándolo con el poste del tendido eléctrico y a primera vista, le calcularía no menos de cuatro metros de altura. El tipo era un auténtico gigante... creo que incluso superior a lo que podríamos medir dos personas como yo una subida encima de la otra.*

—*Me quedé frío* —continúa Delgado, haciendo el ademán de sujetar una cámara invisible entre sus manos—, *pero aún me mantuve en el exterior, a unos veinte metros de aquella figura increíble que no se movía un ápice. Estaba dispuesto a acercarme aún más hacia el objeto, pero los gritos de mi compañero me alertaron de nuevo, así que decidí disparar a toda prisa...*

—*Yo le juro que doy la vida por un compañero*—me comenta Caballero visiblemente excitado—, *pero en aquel momento le volví a gritar sacando la cabeza por la ventana. ¿Estás loco o qué?, ¡vámonos ahora mismo de aquí! Y le grité porque todo se volvió rojo. Un rojo intenso que penetró desde el exterior hasta dentro del coche. Todo el cuerpo de Manolo Delgado se volvió de ese color. Menos los ojos. Y te digo que, en esos momentos, si hubiese podido girar con el coche lo hubiese dejado allí...*

—¿Una luminosidad que surgía del propio ovni? —les pregunté.

—*Bueno* —me responde Caballero—, *realmente no sé bien de dónde surgió, pero de veras que todo, la tierra, los campos, el traje y cuerpo de Delgado, la porra, el arma reglamentaria... absolutamente todo se inundó de un color rojizo intenso durante unos instantes. No había ruidos. Ni siquiera silbaba el viento... en aquel momento sentí verdadero miedo y frío, un frío que me recorría el espinazo y que me hacía castañetear los dientes. Creía que lo que fuese ahí dentro «nos iba a llevar pa'arriba»...*

—*Bueno, pues en ese mismo instante* —prosigue Delgado— *aquello cambia, se transforma en cuestión de milésimas, se vuelve como «un pepino alargado», pasa de nuevo al rojo y se aleja a toda velocidad. Los disparos que hice apenas me sirvieron de nada. Apenas vi unos instantes a la «figura», y en el mismo momento que pulsé el mecanismo de la cámara aquello saltó de un modo increíble, como*

jamás hemos visto, hacia el firmamento... fue imposib/e que una cámara tan modesta como la que llevamos pudiese captar nada.

—En apenas dos segundos aquello ya era una estrella como las demás, pero antes había una persona ahí dentro. De verdad que quien no haya tenido delante eso no puede saber cómo es exactamente. Aún me pregunto cómo demonios hizo para salir de allí acelerando de ese modo. No se puede imaginar cosa igual.

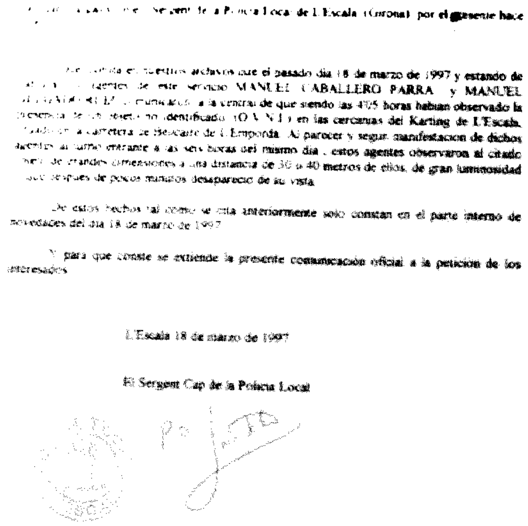
Los dos agentes han quedado absortos mirando y señalando hacia el lugar donde aquello se transformó y desapareció de su campo de visión. Mientras me señalan, separando las manos, la forma ovoidal que adquirió el objeto aprovecho para preguntarles por su arma reglamentaria. Caballero responde sin titubeos:

—Hombre, allí dentro había una persona. Había algo que parecía humano. De veras que tuve la tentación de desenfundar para defenderme de aquello desconocido, pero me contuve unos segundos. Yo no sabía si aquello podía ser bueno, malo, o qué intenciones eran las que llevaba. Como agente de la policía no podía liarme a tiros a la buena de Dios. Otra cosa hubiese sido si aquello continúa allí o se sigue aproximando. Yo no sé qué hubiera podido pasar...

Cegado por un ovni

A las tres de la madrugada del 19 de marzo la pareja de policías enfilaba de nuevo la carretera hacia L'Escala. Desde el mismo vehículo conectaron por radio con el puesto de la Guardia Civil, pero allí nadie había visto nada, hecho que extrañó sobremanera a los dos experimentados agentes. El artefacto desconocido tenía proporciones gigantescas y debía haber sido divisado desde otros puntos, pero nadie en aquella desapacible madrugada parecía haber estado mirando al firmamento.

Con los nervios a flor de piel, los agentes Delgado y Caballero dan parte de lo sucedido en la Central de Policía Local. Un informe en el que, a modo resumido, se comenta la aparición del extraño efecto luminoso, al que se le califica como O.V.N.I., aunque no se menciona la presencia del «ser».



[illegible] Sergent de la Policia Local de L'Escala (Girona) por el presente hace [illegible]

[illegible] en nuestros archivos que el pasado día 18 de marzo de 1997 y estando de [illegible] agentes de este servicio MANUEL CABALLERO PARRA y MANUEL [illegible] comunicaron a la central de que siendo las 4'05 horas habían observado la presencia de un objeto no identificado (O.V.N.I.) en las cercanías del Karting de L'Escala, [illegible] en la carretera de [illegible] de L'Empordà. Al parecer y según manifestación de dichos agentes al turno entrante a las seis horas del mismo día, estos agentes observaron al citado [illegible] de grandes dimensiones a una distancia de 30 a 40 metros de ellos, de gran luminosidad que después de pocos minutos desapareció de su vista.

De estos hechos tal como se cita anteriormente solo constan en el parte interno de novedades del día 18 de marzo de 1997.

Y para que conste se extiende la presente comunicación oficial a la petición de los interesados.

L'Escala 18 de marzo de 1997

El Sergent Cap de la Policia Local

Parte oficial de la Policía de L'Escala dando fe de los hechos ocurridos en la noche de autos.

Demasiados problemas podía acarrear el declarar en un primer momento, debieron pensar los agentes, «que allí había alguien dentro».

Así, esa misma noche, el sargento de policía don Juan Vargas Gómez hace constar en un documento oficial el extraordinario suceso.

A pesar de las mil y unas trabas que en un principio se nos puso para poder acceder a tan valioso expediente, nuestra tenacidad logró que en la propia central de Policía nos entregaran esa hoja en la que de modo oficial se informaba a la alcaldía de los extraños incidentes acontecidos. Todo un expediente X español que abandonaba un silencio al que seguro se vería sometido de no ser por que «unos locos» habían llegado dispuestos a conocer toda la verdad.

Ya con el documento en mis manos, no pude evitar el preguntar a los dos agentes por el estado de salud en el que se encontraban. La trombosis ocular aparecida en Manuel Delgado, unida a su decaimiento general, le habían proporcionado un tiempo indefinido de baja en sus labores dentro del cuerpo de Policía. Los médicos lo atendieron en el servicio de urgencias y decretaron la imposibilidad de su regreso al trabajo.

—Aquí *tienes los papeles que certifican lo dictado por el facultativo* —me elijo Delgado mientras me señalaba resignado las gafas que le habían obligado a llevar desde que se produjera la enfermedad—, *nunca he tenido problemas con la vista, ni de presión arterial, ni de nada... y lo cierto es que cada día estoy peor.*

— *Yo, sin embargo*—me indica Caballero mientras me reta a una especie de pulso que, por supuesto, gana sin dificultad—, *cada día estoy mejor. Es increíble. Mi médico no se lo pude explicar. Ahí se lleva usted los partes en los que se me dijo que tras la puñalada con la que me abrieron la barriga de arriba abajo hace unos años se me produjeron diversas dolencias cardiacas. Tenía una deformación bastante grave a nivel coronario, y me tuvieron que operar siete veces... pero, fíjese, ahora estoy como un toro. El médico se quedó helado, confirmándome que de modo inmediato e incomprensible había tenido un 50 por 100 de mejoría. Yo estuve once meses de baja, ¡once meses!, y ahora, sin ninguna medicación, tras esta historia, he recuperado el tono vital, la presión... todo. Levanto pesas, he pintado varias casas, hago ejercicios... e incluso me han salido músculos de nuevo en los brazos. Aquí, antes, de músculo nada* —se señala los bíceps—, *esto es extraordinario, y nadie lo entiende... yo tampoco, por supuesto.*

Preguntándome qué había ocurrido en aquel solitario cruce de L'Escala volví a las carreteras. Atrás quedaban una extraordinaria vivencia humana, protagonizada por miembros de la policía española, y decenas de preguntas a las que nadie, por el momento, está capacitado para responder. Una de ellas estaba clara: ¿tenía algo que ver con estos hechos la súbita e inexplicable desaparición de Josep Font, acaecida, según constataban las huellas de su motocicleta, en ese mismo lugar?

Y es que no dejaba de ser inquietante que en el cruce donde los agentes vieron el ovni y el extraño ser fuese Josep Font protagonista de este otro insólito suceso. Josep Font, campesino de la cercana localidad de Albons, desapareció, «como si hubiese sido absorbido por el aire», repentinamente mientras viajaba en su Mobylette de 49 c.c., cuando iba a regar unos huertos de su propiedad. Tras varios meses de investigaciones, y según me confirmaron los propios agentes de la Benemérita, la Guardia Civil no había encontrado ni rastro de la moto y su ocupante. El infortunado, según confiesan los vecinos, era una persona absolutamente normal y sin ningún tipo de problema. El depósito de su motocicleta no le hubiese permitido recorrer más de cuarenta kilómetros. Poca distancia para que nadie haya encontrado la más mínima pista sobre su paradero. La investigación, a pesar de todo, continúa confiando en que las huellas que se cortaron dramáticamente en aquel solitario cruce arrojen nuevas pistas.

Tras regresar del cuartelillo hice tocio lo posible para que la despedida fuese lo más breve y rápida posible. Nunca me han gustado, y es algo que, lógicamente, será difícil de cambiar. No sabía si algún día volvería a ver a estos dos valientes, pero en aquel momento su arrojo, su sinceridad y su miedo los sentí a flor de piel. Era como si una verdadera amistad, quizá trabada por los invisibles lazos que unen a quienes persiguen ciertas cosas y a los que las han contemplado a diez metros, se hubiese forjado en apenas unas horas. Dos abrazos sentidos y un «nos veremos» bajaron el telón de aquella jornada, histórica para el alma y los recuerdos de este periodista.



En septiembre de 1997 Lorenzo Fernández e Iker Jiménez emitían el primer reportaje a nivel nacional en el que miembros de la Policía Española afirmaban haberse topado con un humanoide.

En aquellos momentos no sabía que, como encargado de los reportajes de un programa de la cadena Tele-5, volvería al lugar de los hechos y grabaría, por primera vez en la historia de la televisión, el relato directo de dos policías españoles que se habían topado con un presunto ser extraterrestre.

Envuelto en miles de dudas sobre «el teatro de los ovnis» y sus increíbles puestas en escena, recordé algunos otros casos donde los testigos habían sufrido dolencias oculares idénticas a las del bravo policía gerundense. Sin ir más lejos, me vino a la mente el insólito suceso protagonizado por el agricultor Agustín Cercas Valles, en el pueblo riojano de Cuzcurrita en el lejano julio de 1971. Tras aproximarse a una extraña «tinaja volante» que había aparecido flotando muy cerca de un cobertizo, cayó al suelo afectado por un «fogonazo» que le impactó de lleno. Después, los médicos confirmaron que sus ojos habían sido afectados por una fuente lumínica de gran potencia que a punto estuvo de dañarlos muy seriamente.

El manto de una lluvia de verano comenzaba de nuevo a salpicar el todoterreno mientras retornaba a Madrid, dispuesto a arribar a la redacción con las primeras luces del día. El caso, la exclusiva, estaba servida. Y ni el sueño ni el hambre me hicieron parar un momento. A las 5 de la madrugada la impaciencia por mostrar a los compañeros de *Enigmas* los importantes documentos periodísticos obtenidos se quebró al irrumpir la lejana voz de la radio. La barbarie asesina del terrorismo llegaba nítida desde mi tierra natal a pesar de las interferencias. El doloroso mazazo me obligó a detenerme junto a las solitarias llanuras de los Monegros, y la tristeza, incontenible, hizo que la esencia mágica de esta última investigación quedara borrada de un plumazo en mitad de aquel desierto. El aparato eléctrico de la tormenta quiso entonces esconderse, sabedor de que un despiadado e irracional ultimátum iba a hacer de aquella la más oscura de todas las noches. La banda terrorista ETA había puesto fecha y hora a la vida del joven concejal de Ermua Miguel Ángel Blanco Garrido, motivando que los días más intensos a nivel popular de la última década convirtieran aquélla en una dramática semana para la historia. Un triste colofón para el que había sido un viaje repleto de búsqueda y aventura.

III. Seres extraños

LOS MAS ANTIGUOS EXPEDIENTES X españoles nos hablan de seres insólitos que despertaron el asombro y la expectación en multitud de científicos y religiosos. Tal fue el caso de Francisco de la Vega Casar, el llamado «Hombre Pez de Liérganes», que supuestamente vivió cinco años en las profundidades marinas y, según la documentación oficial hallada al respecto, fue atrapado en la bahía de Cádiz en 1679 tras ser dado como ahogado desde hacía un lustro en el mar Cantábrico. Hombres de ciencia como el padre Feijoo no dudaron de la historia y la consideraron real a todas luces ciadas las autoridades implicadas en el suceso. Otros, como el célebre doctor Gregorio Marañón, también investigaron el caso del prodigioso anfibio humano. Ahora, el autor muestra las actas oficiales que confirman la existencia de ese prodigio de la naturaleza. Unos expedientes X que estuvieron guardados bajo secreto durante tres largos siglos.

Habría que remontarse varios miles de años para demostrar que los expedientes insólitos son tan antiguos como el propio hombre. Ejemplo pétreo de ello es el llamado «extraterrestre del Casar» una pieza arqueológica excepcional hallada en Extremadura, en un enclave muy concreto, y que representa una especie de astronauta. Un ser extraño y único en nuestro país, idéntico a otros aparecidos en las mismas fechas en algún otro rincón del mundo. Profesores de universidad, geólogos e historiadores siguen sin poder catalogar la pieza con exactitud. Sus misteriosas inscripciones, su aspecto futurista y sus «hermanastras» halladas en una franja de nuestra geografía abren la puerta para aventuradas teorías e hipótesis. ¿Fuimos visita-

dos por otras civilizaciones hace miles de años? Estos hallazgos mantienen viva la polémica.

Lo grabado en tiempo remoto es semejante, y a veces idéntico, a lo observado por muchos testigos españoles en un año muy concreto: 1976. Aquél fue un periodo convulso como ningún otro, donde personas de toda condición se toparon con insólitos seres. La Guardia Civil, el Ejército y las autoridades intervinieron en la mayoría de los sucesos, corroborando la existencia de extrañas huellas, marcas y la absoluta veracidad y seriedad de los testigos. Después ya nada volvió a ser igual como en aquel 1976, un año que los estudiosos bautizaron como «el de los humanoides». Aquí mostramos los sucesos más impresionantes, con los documentos y testimonios de aquellos que tuvieron a unos palmos a estas criaturas imposibles.

El Hombre-Pez de Liérganes

Ficha: **En el siglo XVII ocurrió un hecho prodigioso cuya fama dio la vuelta al mundo. En el mar Cantábrico desapareció un muchacho que fue hallado cinco años después en aguas gaditanas tras haber permanecido todo ese tiempo viviendo como un animal marino y habiendo sufrido su cuerpo mutaciones características de los habitantes de las profundidades. Su existencia quedó certificada y demostrada por los documentos a los que tuvo acceso el autor en exclusiva.**

ERA MUY PEQUEÑO cuando leí por primera vez la fantástica historia del humano que vivió cinco años en las profundidades marinas como si fuese un mítico tritón.

Nunca olvidaré la lectura de un grueso y viejo libro en el que se detallaba *grosso modo* la historia del prodigiosos sujeto que escapó en 1674 a través de las aguas de la negra ría ele Bilbao y apareció, convertido en auténtico monstruo marino, un lustro después en el puerto de Cádiz.

En aquel escrito, que me tenía embebido en la soledad del cuarto, se decía que jamás se habían encontrado datos concluyentes para dar por cierta la historia, pero que los personajes que intervinieron en ella eran de tal renombre y prestigio que incluso el padre Feijoo no elueló en referirse a ella como «un gran y real misterio».

Años más tarde, cuando supe del escéptico talante del benedictino, recordé su afirmación y la busqué, con ojos llenos ele curiosidad, en su obra maestra, el *Teatro crítico universal.* En ella el religioso daba auténticos varapalos a toda la superchería de aquella España que poco a poco perdía su imperio y se sumía en difíciles tiempos. Curiosamente, sólo daba como absolutamente cierta la historia ele Francisco de la Vega, el Hombre-Pez de Liérganes. Y lo hacía rotundamente y sin titubeos. Algunos nombres y datos sueltos los copié en mi cuaderno con prisa y emoción, preguntándome si habría algún modo ele «certificar» aquella historia con documentos oficiales... con las pruebas definitivas ele que aquel prodigio ele la naturaleza vivió en nuestro país.

La aventura no era fácil. Nadie hasta el momento, y muchas eran ya las intentonas, había logrado demostrar la verdadera historia del hombre pez. Y, como tantas veces, eso fue motivo más que suficiente para que, con los primeros rayos de una primavera adelantada, montase en mi fiel «Frontera» y emprendiese rumbo hacia los valles y montañas donde hace tres siglos ocurrió una de las más fascinantes historias que se pueden imaginar.



Detalle del monumento al Hombre-Pez de Liérganes (Santander), mostrando la captura de un supuesto tritón humano en 1679.

Y convencido de que había alguna probabilidad de descubrir aquella verdad, sorteé las cerradas curvas del puerto del Escudo para adentrarme en la mágica Cantabria, siempre repleta de misterios y sorpresas para el viajero. Pero no todo iba a ser fácil...

7 de marzo de 1997, carretera comarcal Liérganes-Pámanes, 4:05 de la tarde

Hundí mis ríñones en el asiento del todoterreno y reflexioné por enésima vez. Estaba a punto de abandonar la búsqueda que me había llevado hasta aquel bello rincón, intentando convencerme a mi mismo de la dificultad del objelivo. Conseguir unas actas de bautismo del siglo XVII para demostrar la existencia real de un personaje que se había instalado en la leyenda me empezaba a parecer imposible. La cosa se agravaba si, hasta el momento, nadie había publicado jamás aquellos documentos de cuya existencia había comenzado a dudar seriamente. Era peor que buscar una aguja en un pajar. Sobre todo si los despropósitos continuaban produciéndose con la misma insistencia desde mi llegada a la perdida aldea.

Y es que tras dos jornadas de intensa búsqueda, el párroco, Antonio Fernández, no había hecho acto de presencia. Comencé a sospechar que me rehuía. Medio pueblo sabía que un forastero lo buscaba ansiosamente para preguntarle algo del «hombre pez», una fascinante historia que había ciado la vuelta al mundo otorgando fama universal a la remota aldea, pero sobre la que se dudaba en diversos e importantes aspectos. Y era precisamente don Antonio quien mejor podía indicarme el paradero de unos legajos vitales para dar luz a la historia de Francisco de la Vega... el tritón humano que, al parecer, vivió cinco años sumergido en las profundidades marinas.

Decidí, en un último intento, plantarme de nuevo en el acogedor paseo de Liérganes, que precisamente estalla dedicado al mítico personaje que provocaba mis desvelos.

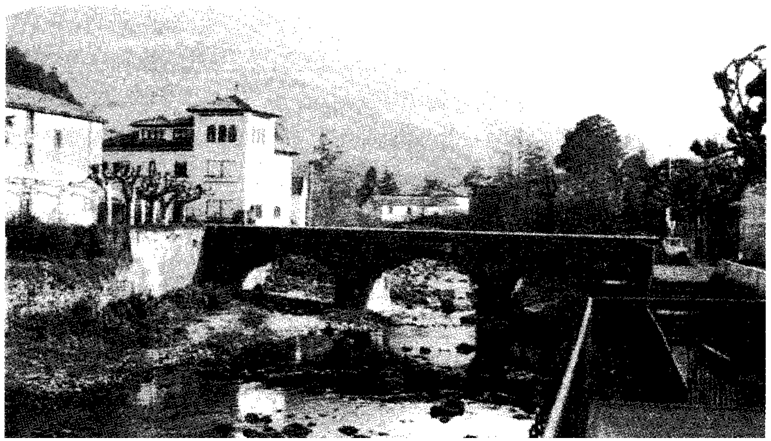
Caminando hacia la iglesia de San Pedro Advíncula me topé por fin con el esquivo párroco. Una casualidad que no podía desaprovechar. Creo que la mirada desconfiada que se escondía tras la montura de sus gafas traslucía la poca ilusión que le hacía el encuentro. Pero la documentación que le mostré, extraída de los estudios de diversos historiadores santanderinos del pasado siglo, le obligaron a permanecer atento. En aquellos escritos se indicaba la posible existencia de unas partidas bautismales que demostrarían la realidad del Hombre-Pez, una posibilidad negada posteriormente por ilustres intelectuales que no encontraron el menor atisbo de ellas. Así, a caballo entre la leyenda y la realidad, se había mantenido el relato. Y le hice comprender a don Antonio Fernández la importancia de encontrar aquellas pruebas mientras iba preparando el entierro de un vecino fallecido hacía unas horas. Indudablemente no era un buen momento, pero estaba seguro de que la última oportunidad para acercarse a los documentos estaba en esta conversación bajo el

pórtico de la iglesia. Muchas fueron las intentonas realizadas en los últimos siglos pero nunca habían visto la luz aquellos avales históricos. Y quizá, comprendiendo lo inviable de la empresa, el párroco me indicó con tono resignado que en Liérganes no quedaba rastro de aquellos papeles, y que posiblemente el único lugar donde pudieran encontrarse era entre las húmedas paredes de un lugar poco apropiado para las indagaciones de un reportero... las celdas de un monasterio de clausura.

Y apostando por aquella remota posibilidad de dar con las actas, como el que se aterra al último clavo cuando se ve naufragar, pisé a fondo el acelerador intentando devorar los kilómetros que me separaban de un lugar al que hipotéticamente no podría acceder, recordando una vez más la increíble historia que me había absorbido en los últimos meses convirtiéndose, más que en un reportaje, en todo un reto personal...

Desaparición y Captura de Francisco de la Vega

Las profundas y negras aguas del río Miera a su paso por Liérganes fueron el lugar predilecto para sus juegos infantiles. A los cinco años de edad, Francisco de la Vega Casar mostraba unas aptitudes



Río Miera a su paso por Liérganes. En él se bañaba desde niño Francisco de la Vega Casar.

nalali ii i.is fuera de lo común que asombraban a los muchos vecinos que se arremolinaban en el viejo puente para contemplarlo. En 1672, cuando contaba con 16 años de edad, fue enviado a la población vizcaína de Las Arenas para que aprendiese el oficio de carpintero. Así transcurrieron dos años en las serrerías vascas, de donde el joven salía siempre al atardecer para sumergirse en las profundidades de la ría.

Fue la víspera de San Juan de 1674 cuando, en compañía de otros carpinteros, decidió emprender una excursión al recodo donde el mar penetraba en la costa vizcaína para disfrutar de las frescas aguas que tan bien conocía. Pero aquel sería su último baño. Tras desnudarse y sumergirse mar adentro fue dejándose llevar por la fuerte corriente hasta desaparecer. Las gentes del pueblo, dada su fama de fabuloso nadador, pensaron que pronto regresaría... pero no fue así. Esa misma madrugada, su madre, María de Casar, recibía la funesta noticia de la desaparición de su hijo, engullido para siempre por el embravecido mar Cantábrico.

El trágico incidente llené) de desesperación a Tomás, Juan y José, hermanos del infortunado Francisco, que no repararon en gastos para explorar los abruptos montes y playas intentando hallar su cadáver. La búsqueda fue inútil, y el recuerdo del vigoroso nadador fue olvidándose poco a poco con el lento transcurrir de los días.

Cinco años después, durante el mes de febrero de 1679, unos pescadores que faenaban en la bahía de Cádiz vieron merodear a poca profundidad un ser acuático extraño que en un principio les llené de sorpresa y temor. El rumor recorrió veloz por los muelles de la capital andaluza y pronto se ingenió un rudimentario dispositivo a base de recles de arrastre y cebos de carne y pan para intentar atrapar al enigmático merodeador. En varias ocasiones una silueta de gran envergadura devoré los diversos trozos huyendo después a gran velocidad. Tras varios días en que se le pudo observar nadando muy cerca de las embarcaciones, se le atrapé y trasladó hasta la costa. Los pescadores no salían de su asombro. La presa era en realidad un hombre joven de 1,80 metros, muy corpulento, de tez pálida, casi translúcida, y cabello rojizo como el fuego. Una cinta de escamas idénticas a las de los peces atravesaba su tronco desde la garganta hasta el estómago, y otra hacía lo propio a lo largo de su

columna vertebral. Los dedos de las manos permanecían unidos por una finísima membrana parduzca dando un aspecto parecido a las palmas de patos. El monstruoso apresado bramaba y rugía como los animales y tuvo que ser reducido por más de media docena de trabajadores del puerto pesquero. El destino asignado a la asombrosa captura fue el convento de San Francisco, lugar donde el misterioso Hombre-Pez iba a ser retenido durante tres semanas.

Exorcismos en Cádiz

El secretario del Santo Oficio, don Domingo de la Cantolla, se quedó de piedra al recibir la noticia. Inmediatamente ordenó que se realizaran diversos exorcismos para expulsar los posibles demonios y espíritus malignos que pudieran residir en aquel extraño cuerpo. Al convento llegaron expertos en lenguas extranjeras como fray Juan Rosende, quien interrogó durante días y noches al Hombre-Pez, intentando obtener una respuesta que se demoró lo indecible.

Al final, de la boca de aquel anfibio humano surgió la palabra «Liérganes», un vocablo completamente desconocido en el lugar. Pero la solución al enigma llegó un par de jornadas más tarde cuando un mozo natural de Santander, que se encontraba trabajando en los astilleros de la ciudad andaluza, afirmó sin titubear que era el nombre de una pequeña pedanía cántabra perteneciente al Arzobispado de Burgos, y que se alzaba sobre el río Miera.

Las dudas y el asombró se apoderaron de don Domingo de La Cantolla, quien no dudó un instante en mandar diversos mensajeros hasta la localidad de Solares, próxima a unos diez kilómetros de Liérganes. para ponerse en contacto con el noble Dionisio Rubalcaba, Gaspar Melchor de la Riba, caballero de la Orden de Santiago, y el Marqués de Valbuena, personas de toda confianza que se encargaron personalmente de recorrer y encuestar a los lierganenses a la búsqueda de una historia que pudiera tener algún nexo de unión con la sorprendente aparición de Cádiz.

A los pocos días, Dionisio Rubalcaba recibía la confirmación directa de la desaparición de Francisco ele La Vega Casar, acaecida hacía un lustro en la ría de Bilbao, y así lo hizo saber en el convento de San francisco, provocando una inusitada expectación. En los primeros días de enero ele 1680 se convenía el traslado del Hombre-Pez hasta el pueblo cántabro, sospechándose seriamente que aquel hombre-bestia fuera en realidad el desaparecido carpintero dado por muerto tiempo atrás.

Fue Fray Juan Rosende quien se encargó de dirigir la peculiar comitiva hasta tierra montañesa. Llegando a una vereda conocida como «La Dehesa», el sujeto custodiado decidió poner pie a tierra, y por su propio instinto, pareciendo conocer perfectamente el terreno, fue guiando a los sacerdotes. A grandes zancadas hizo su entrada en Liérganes y fue a pararse ante la casa de la familia De la Vega. La vieja María de Casar lo reconoció instantáneamente como el hijo que había perdielo en Bilbao y se abrazó a él entre sollozos, geste) al que se unirían como una piña sus dos hermanos, Tomás y Juan. El tercero de ellos, José, había partido hacía dos meses hacia Cádiz tras enterarse por una conversación con el Marqués de Valbuena de la captura de quien podría ser su hermane. Ya jamás regresaría al hogar.

Extrañe') sobremanera a quienes le acompañaban el hecho de que el Hombre-Pez no hiciese gesto alguno que denotara alegría por el reencuentro con sus parientes. Y así se mantuvo su carácter introvertido durante los casi dos años (nueve según algunos cronistas) que permaneció en el domicilie) natal bajo estricta vigilancia y observación del ilustrado Dionisio Rubalcaba.

Jamás Francisco de la Vega recuperaría el sentido. Su vida en Liérganes se limitó a ver pasar los días en silencio, una actitud que sólo rompía al mascullar algo parecido a «pan» y «tabaco», aunque dichas palabras las vertía sin guardar relacie3n directa con las acciones de comer o fumar. Paseaba con unexs harapos como único ropaje, devorando pescado y carne cruda durante horas, para luego pasarse varios días sin probar bocado. Como un vegetal permanecía la mayor parte del tiempo estático y echado boca abajo sobre el suelo. Nunca mostraría el menor interés por nada ni por nadie.

Fue en un atardecer de 1682 cuande) se le oyó gritar como un animal herido dirigiéndose a las aguas del río Miera. A pesar de que varios campesinos intentaron impedirle), logré) zafarse con habilidad de ellos y sumergirse de nuevo y para siempre en el mismo lugar donde transcurrió gran parte de su infancia. A velocidad antinatural

dejó atrás su hogar para desaparecer en la nebulosa lejanía. Desde ese mismo instante. Francisco de la Vega, el Hombre-Pez de Liérganes, permanecería en paradero desconocido, dejando su fuga marina una estela misteriosa que pronto recorrería el mundo entero.

Feijoo *versus* Marañón

El benedictino Fray Benito Jerónimo Feijoo fue un ilustrado que arremetió duramente contra el mundo supersticioso y mágico de la España del siglo XVII. Su enciclopédica obra *Teatro crítico universal*, realizada entre 1726 y 1740, fue un pilar literario básico con el que se combatió la superchería que por aquel entonces se extendía en todos los estratos sociales. A lo largo de varios centenares de páginas henchidas de su espíritu racionalista, Feijoo fue «reventando» milagros y creencias de cualquier índole. Lo hizo en todos los casos que trató excepto en uno... precisamente el del joven Francisco cicla Vega. Una, según Feijoo. insólita pero real demostración de adaptación al medio acuático. No dudó del extraño incidente dadas las personas de altísima cultura y preparación que habían actuado en las distintas etapas de la historia. Los clérigos, nobles e ilustrados que fueron testigos de las andanzas del hombre-pez componían para Feijoo un marchamo de autenticidad indiscutible.



El padre Feijoo confirmó en su obra Teatro crítico universal *que la historia del hombre-pez era absolutamente real.*

Las misivas personales que puntualmente recibió de algunos implicados le hicieron tomar interés por el extraño asunto, dedicándose a él con fervor y relatándolo con amplitud en el tomo VI, bajo el título «Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos».

El prestigio que le otorgó la mordaz pluma de Feijoo, intransigente para muchas otras materias, hizo que la historia cobrase una gran relevancia a finales de siglo, provocando incluso la llegada a la villa de Liérganes de multitud de zoólogos venidos de distintas naciones europeas. A partir de ese instante, los intentos por conseguir datos y pruebas que avalasen la odisea del hombre-pez se sucedieron sin éxito hasta bien entrado el siglo xx.

A mediados de los años treinta fue el insigne doctor don Gregorio Marañón quien intenté) atajar las riendas de la supuesta leyenda, dedicándole todo un capítulo de la obra *Las ideas biológicas del Padre Feijoo.* En él exponía una particular teoría que fue aceptada por la mayoría de sus colegas científicos. Para Marañón, Francisco de la Vega era en realidad un joven aquejado de cretinismo (una disfunción en el tiroides muy extendida en las montañas cántabras en aquella época), «idiota y casi mudo», «que abandoné) su hogar, siendo visto por última vez cerca de la ría de Bilbao, difundiéndose después el rumor de su ahogamiento. La circunstancia de que fuese encontrado en Cádiz cerca de la playa y una portentosa capacidad respiratoria originaron la mítica historia del hombre-pez. Su terrible aspecto, según el ilustre doctor, no estaba producido por su hipotética condición de tritón humano, sino que se debía a una enfermedad llamada ictiosis que sería el principal motivo de la descamación de la piel. Este conglomerado de dolencias, y la incapacidad del hombre-pez para explicar su verdadero origen, hizo que los pescadores y frailes de la ciudad andaluza estuviesen convencidos de haber atrapado a un ser imposible.

Las teorías de Marañón generaron en su día una fuerte polémica, no exenta de manifestaciones totalmente contrarias que se apoya-

ban en lo rebuscado de una explicación que prescindía de los testimonios de los pescadores gaditanos y de las muchas personas que convivieron con el infortunado Francisco.

Años más tarde, el propio Marañón acabaría convencido de que toda la historia del ilustre lierganense no fue más que una burda invención, una leyenda surgida de los valles cántabros en la que ni siquiera existían pruebas para demostrar que el hombre-pez existiera realmente. Así lo confirmaron también antiguos alumnos suyos que, tras realizar una intensa búsqueda de las actas de bautismo, concluyeron con la convicción de que el polémico sujeto jamás había existido. Las partidas oficiales del municipio de Liérganes, que desde el siglo xv se archivaban en la parroquia de San Pedro, no hacían referencia alguna al misterioso personaje.

El rumbo de la historia hizo que el asunto acabase olvidado por el polvo del tiempo, sumiendo en un mar de dudas al propio pueblo donde hoy se venera a Francisco de la Vega Casar. Una incertidumbre que se ha mantenido durante siglos y que pervive de un modo gráfico en la cita grabada en el monumento que preside el paseo central de la tranquila villa cántabra. Bajo la escena pétrea de la «Recuperación de Francisco en Cádiz» se puede leer: *Su proeza atravesando el océano de norte a sur de España, si no fue verdad mereció serlo. Hoy, su mayor hazaña es haber atravesado la memoria de los hombres. Verdad o leyenda, Liérganes lo honra aquí y le da así la inmortalidad.*

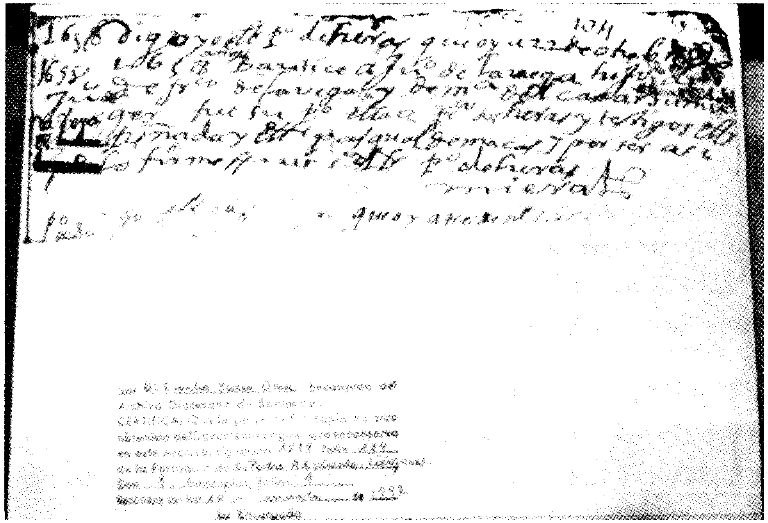
Convento de clausura de las Clarisas. Santillana del Mar, Cantabria, 5:54 de la tarde

Aquel era el único modo para salir de dudas. Mis reiteradas súplicas debieron hacer efecto en el ánimo de sor Emilia Sierra. Era poco usual que un joven lleno de cámaras y blocs hubiese llegado hasta donde me encontraba. Pero mi visita era de sobra necesaria y así lo intentaba hacer saber, dialogando casi a gritos a través de un pequeño círculo en la pared de madera. Tras haber superado la primera «aduana» noté cómo las rejas se cerraban a mi espalda hasta dejarme en una sobria salita a tan sólo unos centímetros del preciado tesoro. Una joya en forma de acta que intuía permanecía multa entre aquellos legajos desde hacía mucho tiempo. El objetivo fundamental para avalar una historia fascinante que me había hecho recorrer varios cientos de kilómetros por toda la cornisa Cantábrica.

Mi nerviosismo emocionado acabó convenciendo a la resignada archivera, que fue tornando su inicial mueca de desconfianza hacia la comprensión. Varios misioneros vieron rota la reunión que mantenían en una estancia contigua. Hacía falta ponerse manos a la obra para remover la gran biblioteca, y no tuve reparos a la hora de solicitar ayuda. Era un momento histórico en el que, estaba seguro, se haría justicia en torno a la controvertida historia de Francisco de la Vega Casar, el carpintero del siglo xvii que se convirtió en leyenda inmortal.

Si mis pacientes pesquisas no andaban muy desencaminadas, precisamente en aquel viejo archivo debían encontrarse una serie de documentos que hacían directa referencia al Hombre-Pez. Actas que un día ya lejano fueron secretamente trasladadas desde la parroquia de San Pedro Advíncula. Ese era el motivo por el que muchos rastreadores del viejo enigma habían fracasado en el intento.

Pero el ánimo iba decreciendo proporcionalmente al ritmo que marcaban las agujas del reloj, y la poca confianza acabó por resquebrajarse cuando logramos localizar uno de los antiguos libros parroquiales de Liérganes de aquellos años... en el que no había el menor atisbo de Francisco de la Vega. Una figura legendaria que inconscientemente ya comenzaba a aparecer ante mí como un mito fabricado por las ancianas voces de la verde Cantabria. Y en esas cavilaciones me encontraba, maldiciendo que aquella inigualable historia fuese un simple invento, cuando una exclamación me devolvió al mundo terrenal. El dedo índice de sor Emilia Sierra temblaba apuntando una serie de garabatos casi incomprensibles que aún eran más difíciles de identificar en aquel oscuro salón. Pero no cabía duda, al acercar aquel libro hacia la lumbre comprobé emocionado que efectivamente aquellas letras habían sido plasmadas por el puño y letra de don Pedro Heras Miera, párroco de Liérganes en los inicios del siglo xvn, y aquel legado de valor incalculable era

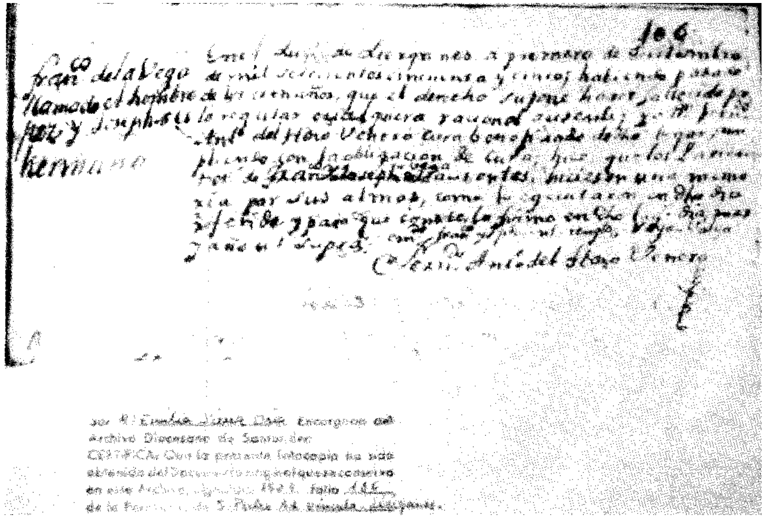


Acta de Bautismo de Francisco de la Vega. En ella se puede leer: "Digo yo el B rPª de beras que oy a 22 de octubre de 1658 anos Bautice a Franco de la Vega y de m." de Cassarsu muger fue su P. - el tal Frco de heras y testigos el SR Refiada y el Sr. Pasual de Macas y por ser así lo firmo Hurs ffr P. - de beras miera.-

la partida de bautismo de Francisco de la Vega Casar, el Hombre-Pez.

Mi expresión de alegría irreprimible contagió a la afable Emilia Sierra, que, inasequible al desaliento, continuó hurgando con soltura entre aquellos libros de bautismos, matrimonios y defunciones para poner de nuevo ante mis ojos otro documento excepcional. En el libro de finados de la parroquia de Liérganes, comprendido entre 1722 y 1814, en el folio 106, aparecía con toda nitidez la confirmación oficial de fallecimiento de Francisco de la Vega, denominado «Hombre-Pez» por el propio cura firmante, don Antonio Fernández del Hoyo Venero, y de su desaparecido hermano José. En aquel viejo papel quedaba otro reto para la historia. Y conscientes de ello nos sentimos dichosos al haber puesto sobre el tapete unas pruebas que el tiempo y las malas investigaciones habían querido relegar a la categoría de fábula.

Los datos irrefutables estaban en mis temblorosas manos y ya nadie los podría negar. Y quizá en aquellos momentos todos los esfuerzos y fracasos previos quedaron definitivamente olvidados. El hombre Pez visto en aquellas remotas tierras y lo habíamos demos------. Eso era lo único que importaba. Y así lo meditaba al abandonar aquel silencioso convento mientras caían las sombras de la noche. Sabía que la verdad sobre su odisea en las profundidades del mar se convenía a partir de este instante en un nuevo desafío, en un auténtico enigma pendiente que ya jamás podrá ser visto únicamente con los ingenuos ojos de lo legendario.



Acta del libro de finados. Su transcripción dice: 'Francisco de la Vega, llamado el Hombre-Pez. y Joseph su hermano.-' En el lugar de Liérganes, a primero de diciembre de mil setecientos cincuenta y cinco, habiendo pasado de los cien años, que el derecho supone haber fallecido por lo regular cualquier racional ausente; yo, el P- Fernando Ant.'-' del Hoyo Venero, cura beneplácito de dicho lugar, cumpliendo con la obligación de cura-, hice que los parientes de Francisco Joseph de la Vega hiciesen una ceremonia por sus almas, como o egecutaron en dicha día referido y para que conste lo firmo endicho lugar y año ut supra. Fernando Ant." del Hoyo Venero."

Lo que Von Däniken olvidó en Extremadura

Ficha: **La astroarqueología, disciplina que investiga las evidencias de una presencia de tecnologías desconocidas en la Antigüedad, nació hace tres décadas. Desde entonces la humanidad se viene preguntando si seres de otros mundos llegaron hasta nuestro planeta en tiempos remotos dejando su particular impronta en las viejas piedras de los cinco continentes. En España, a pesar de ser una de las grandes olvidadas por los astroarqueólogos, existen indicios de que alguien nos pudo haber visitado hace milenios. Un ejemplo clave son algunas misteriosas piezas halladas en Extremadura que ya han suscitado expectación en diferentes organismos científicos y culturales.**

EL VIEJO VILKSWAGEN frenó en seco frente a la puerta de la pequeña editorial alemana Econ. F.ra la vigésimo quinta vez que el escritor la visitaba, portando unos papeles tan revolucionarios como arriesgados. Hasta aquel momento todos los editores, haciendo gala de su eterno y anquilosado conservadurismo, le habían animado para que «no intentase publicar tonterías sobre viejas piedras y visitantes extraterrestres». Sólo en Econ apostaron por su audaz manuscrito. Se planteó una tirada pequeña, de unos 3.000 ejemplares, casi como un favor ante el entusiasmo de aquel joven suizo. A los pocos meses esa obra denostada por tantas «mentes privilegiadas» se convertía en un fenómeno sin parangón en los países de habla alemana. Durante 1968 y parte de 1969 se mantuvo en el primer lugar de las listas de ventas, alcanzando la cifra récord ele trece millones de ejemplares. El libro se titulaba *Recuerdos del futuro y* el autor era Erich von Dániken*. Aquellas páginas, plagadas de inexactitudes pero también de anticipación y genialidad, constituían todo un desafío que daba origen a la astroarqueología, término que

* Sobre Erich von Daniken, puede verse *El retomo de los dioses,* publicado por Edaf en 1997.

definía el estudio de los posibles vestigios que civiizaciones extraterrestres hubieran dejado a lo largo y ancho de nuestro planeta...

El «fenómeno Dániken», un terremoto devastador que hoy se traduce en cuarenta y seis millones de ejemplares vendidos en 34 idiomas, avivó polémicas de todo tipo. La ciencia oficial se enfrentó duramente a las arriesgadas teorías y, de fondo, la opinión pública se formuló la pregunta clave: ¿nos visitaron civilizaciones de otros mundos?... Una cuestión que sigue y seguirá viva en tanto continúen saliendo a la luz curiosos hallazgos como los surgidos, sin que apenas nadie se entere, en una franja de inexplorada tierra extremeña que, a buen seguro, Dániken hubiese añadido en sus libros y teorías.

Un misterioso hallazgo

Por una de esas extrañas casualidades que aderezan el mundo de la investigación de campo me puse rumbo a las llanuras extremeñas a toda prisa, obsesionado con algunas informaciones que me remitían a una misteriosa pieza arqueológica hallada hace algunos años. Nunca había sido la astroarqueología santo de mi devoción, pero he de reconocer que todo cambió en el preciso instante en que me topé de bruces con la enigmática estela funeraria del Casar de Cáceres, un sensacional hallazgo al que hacía algún tiempo le seguía la pista y que, olvidado por científicos y arqueólogos, parecía dormir el sueño de los «condenados».

En una oscura dependencia permanecía, algo desgastada, la inquietante y oblicua mirada de un ser que alguien grabó en una lasca de granito hace más de dos mil años. Un ser de cabeza o casco ovalado, misteriosa sonrisa, cuerpo desprovisto de brazos y rodeado de inscripciones indescifrables, y calzado con gruesas botas semejantes a las de los modernos astronautas.

No pude disimular mi sorpresa. Era el retrato robot idéntico que tantos testigos de la presencia de ovnis y humanoides habían plasmado en los últimos años en mis cuadernos de campo.

Sabía de buena tinta que un prestigioso especialista había realizado un arduo estudio al respecto, otorgando a la pieza el mayor de los misterios. Desde hacía más de veinte años nada se había sabido al respecto, lógicamente, la aventura de daqr con el descubridor de aquel hallazgo no iba ser tarea fácil.

Por alucinante que parezca, Juan Gil Montes, geólogo y profesor en las facultades laborales de Logroño y Zaragoza, atendió entusiasmado mi llamada y mi petición de información. Y digo esto, ya que era consciente de que este científico había estado apartado la friolera de veinte años de esa afición suya a indagaciones que se saliesen de lo común, como la astroarqueología. Me quedé de una pieza cuando Juan Gil me confesé) que apenas minutos antes de mi llamada, tras dos décadas de no oír hablar de este tipo de asuntos y rehuirlos incluso, condicionado por su posición social como profesor, había sabido de la increíble vivencia de los albañiles que estaban construyéndole una casa. Un incidente protagonizado por misteriosas luces que aparecían en los cielos y objetos absolutamente extraños atravesando una zona delimitada de indudable riqueza arqueológica. El profesor Juan Gil escuchaba esa historia que le hacía revivir otros tiempos de interés por estos asuntos, casi al tiempo que sonaba el teléfono. Al otro lado del auricular, este reportero le anunciaba su viaje inminente para indagar sobre la «figura del Casar». Ante la tremenda coincidencia, tras dos décadas sin que nadie le recordase este tipo de enigmas, atendié) mi petición, olvidándose de trasnochados condicionamientos y ofreciéndose como experto guía en una zona extremeña que guarda celosamente extrañas huellas de su pasado más remoto...

¿Cosas de la «casualidad»?...

El «extraterrestre» celtibérico del Casar

Para Juan Gil no cabía duda; aquella era una pieza extraordinaria.

—*Apareció un buen día* —me comentaba— *en el cementerio del Casar de Cáceres adornando una de sus tapias. Es un emplazamiento extraño, ya que ni siquiera estaba dentro del recinto, sino mirando hacia fuera en un lugar en el que sólo hay campo y cielo.*

El verdadero descubridor fue un escritor trujillense, Alfonso Naharro, que tenía un grupo de recogida de restos arqueológicos y fue informado de la extrañísima figura. Cuando yo la vi me llevé una impresión tremenda. Realmente era algo inusual y jamás visto

en la arqueología. Los restos romanos y celtibéricos, con los que se la asoció, son radicalmente distintos. Estas tradiciones culturales intentaron, en la provincia, reflejar lo más fielmente a los retratados. Las estelas funerarias antropomorfas son de otro tipo, no existen de cuerpo entero... y menos con esos ojos, ese cráneo, esas botas... y esa inscripción misteriosa aún no traducida.



Una imagen del «extrateirestre del Casar- en su emplazamiento original en la tapia del cementerio, tal y como lo halló el explorador Nabarro.

Efectivamente «el extraterrestre del Casar» posee unas letras grabadas y grotescas, ilegibles para el profano, a lo largo del «traje». Son caracteres que aún no han logrado ser descifrados y que representan otro gran enigma.

A la búsqueda de respuestas acudí al *Corpus de inscripciones latinas,* elaborado por el infatigable Ricardo Hurtado de San Antonio, profesor del Seminario Mayor de Cáceres, que fue otra de las contadas personas que vieron al «ser» enclavado en la pared del cementerio. Así se refería al extraño «ídolo cósmico»:

—*En el inicio del pasado curso académico, recogiendo material para mi tesis en la rama de Historia, me informaron de la existencia de una piedra con una figura parece un extraterrestre, en frase* literal del casareno que me proporciono la noticia.

Se trata de una estela antropomórfica de granito gris que representa, simétricamente enmarcada, una extraña figura humana, desnuda, frontal, de cabeza abombada, ojos orientales sonrientes, largo cuello, hombros levantados, piernas desproporcionadas y musculosas, y pies calzados con unas gruesas botas.

Está tallada a bajorrelieve. Su conservación es perfecta y milagrosamente intacta a pesar de hallarse durante muchos años empotrada en el muro. Habría que datarla en el apartado de las estelas de la Edad del Bronce y fecharla en el siglo la. de C.

Acerca del significado de las inscripciones existen diversas teorías, pero todas confluyen en una... no se sabe qué quiere decir lo escrito en la piedra. La única palabra completa que se ha podido analizar es «ILUCIA», la cual aparece a la altura del pecho, y que según el geólogo Juan Gil puede tener su raíz en «Lux-Lucis», o dicho de otro modo, luz.

El profesor de epigrafía Hurtado de San Antonio se extrañó de que esa pieza jamás hubiese sido catalogada. Al estudiarla pacientemente descubrió que podría tratarse de un texto redactado en una lengua indoeuropea céltica influida por corrientes íberas. Ante su extrañeza, afirma que: *Aunque nos encontramos ante letras latinas, nos vemos imposibilitados de emplear los clichés de las transcripciones romanas a las letras de la estela que nos ocupa. Pudiéramos haber hecho combinaciones para que nos encajaran en algunas de las fórmulas, pero hubiera sido falseando la historia. Es una inscripción intraducibie, tan sólo semejante a las existentes en Arroyo de la luz.*

—¿Quién hizo esa figura hace dos mil cien años? —me preguntaba en la soledad de aquel lugar—, ¿qué o a quién pretendía retratar?, ¿acaso era el reflejo en piedra de lo observado en ese tiempo remoto en las cercanías de aquellas poblaciones?, ¿qué papel jugaba la palabra «luz» con aquel ser futurista plasmado antes del nacimiento de Cristo?...

Mirando fijamente a aquel insólito y desestabilizador personaje no pude evitar recorrer 11.000 kilómetros con la mente hasta situarme sobre la célebre Pampa Colorada de Nazca, en los desiertos sure-

ños del Perú, donde una remota civilización asentada allí hace unos 2.500 años dibujó las célebres figuras y «pistas» que hoy son ya Patrimonio de la Humanidad. Recordé en aquella sombría sala cómo, en uno de mis vuelos en avioneta sobre las enigmáticas y gigantescas formaciones peruanas, realicé varias fotografías de una figura antropomorfa de más de 80 metros de largo y situada sobre una loma, que la voz popular bautizó como «El Astronauta». Esta imagen dibujada en el desierto reflejaba en las ardientes arenas a un ser tocado con escafandra, grandes ojos circulares, una especie de traje ceñido y gruesas botas de caña alta. Las coincidencias eran sobrecogedoras, y no me resistí a preguntarme si esos seres, los «astronautas del pasado», pulularon por algunas regiones del planeta y los artistas, a su modo y estilo, los reflejaron con los materiales más familiares. Mirando la estela del Casar, la sospecha, inevitablemente, era cada vez más grande.



Imagen tomada por el autor desde una avioneta sobre la pampa colorada del desierto de Nazca, Perú. Una figura de 80 metros de largo muestra similitudes asombrosas con el "extraterrestre del Casan". ¿Se tratan de retratos diferentes de. un mismo ser?

No deja de ser curioso, regresando de nuevo a nuestro protagonista pétreo extremeño, que únicamente en el poblado de Arroyo de la Luz (de nuevo el mismo término) se dé este estilo excepcional en la epigrafía. Este lugar, donde se registra una inmortal leyenda sobre apariciones de entidades divinas que en 1134 ayudaron a los cristianos en una de las batallas de la Reconquista y en el que se han registrado diversos casos de ovnis y humanoides en torno a unos conjuntos sepulcrales de la edad del bronce, alberga también numerosos misterios. Hay una conexión estremecedora entre ambos puntos geográficos. Tanto en el Casar como en Arroyo de la Luz existen las mismas y toscas colmenas de tumbas donde desde tiempo inmemorial los vecinos vienen observando luminarias inexplicables. La observación de unos artefactos luminosos muy concretos es masiva en ambos pueblos. En las correrías por la zona descubrí que el aluvión de sucesos extraños en torno a los conjuntos sepulcrales me desbordaba por completo. Y, caso a caso, testigo a testigo, descubrí que existía una especie de triángulo perfectamente definido donde ruinas e incidentes inexplicables compartían el protagonismo.

El triángulo de los muertos

Estoy seguro de que pocos lugares de nuestra geografía tienen mayor densidad de casos ovni que la que se viene produciendo en el terreno que une las poblaciones de Arroyo de la Luz, Malpartida y Casar de Cáceres. La particularidad de este enclave es que todo él puede considerarse un inmenso yacimiento arqueológico de carácter funerario. Son decenas los siniestros sepulcros de piedra que rodean estratégicamente la zona. Tumbas excavadas en el granito donde quién sabe si aún yacen los restos de aquellos que retrataron al extraño visitante del Casar.

La increíble casuística concentrada en este triángulo es sobrecogedora y está vinculada precisamente a estos yacimientos. Las luces que ven las nobles gentes del lugar siempre parecen merodear los lóbregos y antiquísimos cementerios.

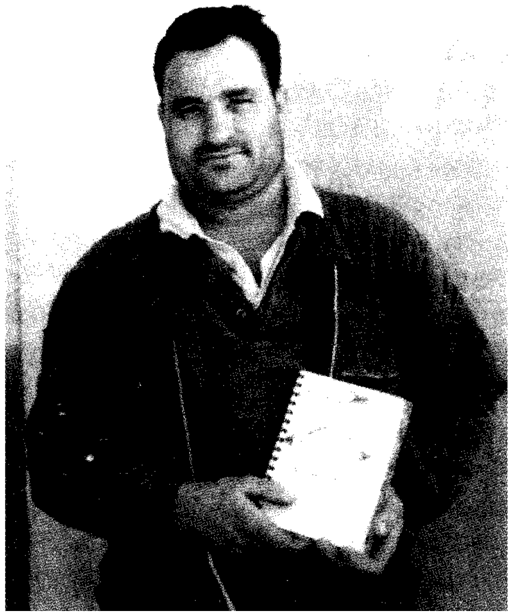
Luis Monteiro y José Alonso Gómez, los albañiles que trabajaban en la casa del geólogo Juan Gil fueron sinceros conmigo: *Aque-*



Una -colmena de sepulcros" en Arrayo de la Luz, en el epicentro del -triángulo de los muertos-.

llo no parecía de este mundo, me dijeron. Así hablaban de la aparición que les había mantenido intrigados en los últimos tiempos. Según me confesaron, un objeto gigantesco, de color aluminio brillante, apareció a las cuatro de la tarde sorprendiéndolos sobre un paraje conocido como «Los Barruecos». De aquel artefacto se desprendieron dos pequeñas piezas triangulares que «escrutaron el lugar» y, tras realizar varias cabriolas en el aire, volvieron a ensamblarse en el aparato de gran tamaño que pocos segundos después desaparecía envuelto en el mayor de los silencios. Abajo, en el campo, las miradas atónitas de los dos compañeros que ni siquiera pudieron articular palabra. Horas más tarde supieron que otros vecinos del cercano pueblo de Las Minas también habían observado lo mismo.

Y no era el único caso ocurrido en este solitario lugar, junto a los infatigables investigadores cacereños Julio Barroso y Antonio Lancho, pude peinar pacientemente la zona y conocer de primera mano sucesos increíbles que siempre tenían como telón de fondo este lugar sepulcral. Muchos, según pude comprobar, relacionaban directamente a las extrañas luminarias con los cadáveres de los difuntos que allí reposaban desde hace más de dos mil años.



Luis Monteiro, con el dibujo del extraño artefacto que le sorprendió mientras faenaba en el campo.

Experiencias como la de Juan José Díaz, ganadero y propietario de la extensa finca «Los Camellos», no eran para olvidarlas fácilmente. En el verano de 1994, y junto a toda su familia, fue testigo del aterrizaje de una inmensa maquinaria flanqueada por una hilera de focos azules, rojos y amarillos sobre una pequeña charca. Tras unos minutos, el aparato ascendió hacia los cielos y, «como por arte de magia», ésta se había secado por completo, como absorbida por aquel artefacto desconocido.

También el joven Emilio Moreno García sufrió el mayor susto de su vida en este misterioso triángulo. Cuando regresaba en su vehículo de recoger a su novia, en agosto del 94, comprobó cómo un artefacto rectangular y muy luminoso hacía un giro brusco y casi lo empujaba fuera de la carretera, persiguiéndolo después en plena noche durante más de siete kilómetros.

Algo ocurre en este lugar rodeado de silencio y prehistóricos difuntos. Y, si no, que se lo pregunten a personas como José Manuel Iglesias, que circulaba en plena noche de julio de 1987 por esa zona

y se topó, para su infortunio, con un misterioso ser envuelto completamente en túnicas oscuras que se situó en el centro de la calzada, flotando a dos palmos del suelo, y precedido de un fúnebre sonido «de cascabeles». Los testigos que han vivido extraños fenómenos en estas tierras se cuentan por decenas. Uno de los testimonios más impactantes fue sin duda el del oficial mecánico conductor de la Diputación Provincial, Ángel Benito Silveiro, quien también estuvo durante varios minutos «escoltado» por una gigantesca luminaria que despedía diversos colores y que parecía seguir sus pasos muy de cerca. El susto y la sorpresa han sido el común denominador de las gentes que en el interior de este «triángulo de los muertos» se han encontrado con los escurridizos ovnis. Ante tal cantidad de datos recogidos en la zona, no me quedó más remedio que recorrer la célebre área palmo a palmo en busca de nuevas aventuras.

Al visitar el lugar, prolijo en arácnidos y alacranes, comprobé que el aislamiento y la soledad eran totales. Tan sólo restos desperdigados de antiguos poblados pastoriles eran lejano reflejo de lo que debió ser una zona donde diferentes civilizaciones se fueron asentando desde el más remoto megalítico. Allí por donde discurría nuestro caminar iban apareciendo sepulcros vacíos como inmensas hileras de muerte, conformando una auténtica necrópolis alzada en tiempos inmemoriales. Recintos mortuorios idénticos a los que se desperdigaban por Arroyo de la Luz o Casar de Cáceres, envueltos en una bruma de misterio que los conecta directamente con sucesos inusuales y extraordinarios. Las luces, hoy, continúan observándose algunas noches, merodeando silenciosamente y sin que nadie sepa por qué han elegido este triste lugar.

Son hechos singulares que podrían extrapolarse a otros lugares «escogidos» de la tierra extremeña. Existían más piezas misteriosas, más retratos aparentemente absurdos corno reflejo de enigmáticos personajes que quizá algún día lejano en el tiempo visitaron estas tierras.

Y había una persona que desde el escepticismo, pero con el absoluto rigor que lo distingue como uno de nuestros más laureados «buscadores del pasado», había profundizado como nadie en esta «extraña arqueología». Por supuesto que los kilómetros, la lluvia y la noche no fueron óbice para rodar a toda prisa en busca de nuevas respuestas...

Una época oscura

Antonio González Cordero, arqueólogo y profesor de Historia en Navalmoral de la Mata, me esperaba impaciente. En su despacho, rodeado de libros, fotografías y publicaciones especializadas donde se reflejaban los descubrimientos que él mismo había protagonizado, nos envolvía un ambiente digno de los filmes sobre Indiana Jones.

Con las imágenes de la «figura del Casar» entre las manos y la oscuridad y la tormenta retumbando detrás de las ventanas, no dudó en confesarme sin el menor tapujo que *esta pieza es rara, desde luego. Está realizada con una increíble ingenuidad.... y el autor no puede decirse que fuese un genio del realismo. Yo no soy partidario de teorías arriesgadas «tipo von Daniken», pero lo indudable es que, entre las más de mil y pico inscripciones latinas no hay una igual a ésta. En ese aspecto es extraordinariamente extraña. Debió ser la representación de alguna deidad desconocida... y la palabra RUCIA en su relación con lux o luz podemos considerarla una especie de teónimo indígena que también aparece en una inscripción de Arroyo de la Luz. Es cierto que existe un periodo oscuro, inexplorado, casi desconocido, que nos llevaría basta los ídolos-estelas más antiguos.*

—Parece que Extremadura es un lugar especial donde han surgido representaciones de seres que no se parecen a nada conocido —le comenté intrigado.

—Sí, esta comunidad, arqueológicamente hablando, es extraordinaria, excepcional me atrevería a decir. Sólo aquí existen esas estelas o ídolos menhir que representan figuras tocadas con una especie de coronas. Son significativas, sobre todo, en la zona norte colindante con Salamanca. Aparecen aquí y nadie sabe por qué... no tenemos constancia de que en otras partes de Europa hayan surgido. Tan sólo en una zona muy concreta de Francia, en Languedoc, hallamos unas piezas más o menos semejantes, pero en ninguna otra parte. Lo cual ya es de por sí muy curioso.

Lo que parece que está muy claro es que todas tienen un carácter funerario, están relacionadas con la muerte y aparecen en sepulcros por lo general.

—¿Podremos descubrir algún día a quién representaron estos antiguos pobladores? —le pregunté mientras me mostraba otra impresionante figura.

—*Estamos «en mantillas» en cuanto a la investigación arqueológica. Queda mucho por descubrir y por indagar. La época de estas figuras es un periodo sobre el que poco a poco iremos sabiendo cosas, pero que permanece brumoso y oscuro. Es remontarnos cuatro mil años en las primeras aparecidas en Las Hurdes u otras zonas del norte. Las hicieron los pobladores por algún motivo concreto, adorando a sus dioses lo más probable. Existen auténticos misterios que hay que ir resolviendo haciendo arqueología de campo y no de gabinete.*

Así, comentando que aún exista esa distinción en la arqueología y en el periodismo, y celebrando que todavía queden personas dispuestas a recorrer kilómetros y campos para buscar y para informar mientras los demás quedan en sus aposentos teorizando, pasamos las horas entre figuras francamente impresionantes. Algunas descubiertas por mi propio interlocutor en sus muchas jornadas de trabajo, y otras, desaparecidas misteriosamente en los últimos tiempos, que conformaban un conjunto enigmático de formas humanoides, con enseres extraños, cinturones, diademas, cascos... todo un mundo de incógnitas que me sedujeron en el acto.

Y pensando en lo que esas crónicas de piedra podrían representar, y en la posibilidad de que el criticado suizo von Dániken tuviese razón en muchas de sus arriesgadas teorías, me puse en marcha de nuevo en busca de otros misterios rodeado por la solitaria llanura, sin poder olvidar aquella mirada perdida del ídolo de piedra. Una mirada que inconscientemente me trasladaba a lejanísimos rincones cósmicos a los que ni siquiera las más aventuradas mentes son capaces de llegar...

El año de los humanoides

Ficha: **1976 fue considerado por los investigadores como el año de los humanoides. Decenas de intrigantes encuentros con extrañas entidades antropomorfas llenaron de miedo a muchos pueblos españoles. Niños y adultos tuvieron el raro privilegio de estar a muy pocos metros de los supuestos extraterrestres. En algunas zonas la alarma saltó y obligó a las autoridades a tomar inesperadamente cartas en el asunto.**

¿QUÉ OCURRIÓ AQUEL AÑO? Decenas de personas de toda condición aseguraron haberse topado con «humanoides» de siniestro aspecto y no menos intrigantes intenciones. Jamás en la singular historia de nuestros fenómenos inexplicables había ocurrido algo semejante. ¿A qué se debió tal densidad de observaciones?, me preguntaba pegado a la mesa de redacción. No era de extrañar, como así me lo confirmaban las decenas de entrevistas que había realizado con integrantes de grupos de contactados muy en boga en aquella época, que miles de personas esparcidas por todo el país creyeran que ya había llegado la hora del «definitivo encuentro».

La influencia del libro *OVNLs SOS a la humanidad,* que narraba la insólita aventura del audaz reportero J. J. Benítez con un grupo de peruanos que afirmaban estar en contacto con otras civilizaciones del espacio, fue demoledora y definitiva. Centenares de grupos, casi siempre relacionados con la llamada misión RAMA iniciada por los hermanos Paz en Lima, surgieron de la nada convirtiendo nuestro país en un lugar abonado para estos nuevos mesías. Al mismo tiempo, las noticias de los periódicos regionales daban buena cuenta de algunos sucesos insólitos que llegaron a generar verdadero pánico en algunas remotas poblaciones. Algo estaba pasando, y si bien la descripción general de aquellos seres protagonistas de los encuentros no diferían mucho de lo que promulgaban los polémicos contactados, sus intenciones sí parecían estar totalmente alejadas de la «bondad cósmica» que algunos les suponían.

Veinte años después de aquellos sucesos, y mientras colocaba sobre mi mesa, como en un ritual parsimonioso, los recortes que en su día fueron noticia, me brotó una idea en lo más profundo del

cerebro. Recorrer los lugares donde lo imposible había ocurrido, hablar con los testigos y pisar aquellos rincones donde habían caminado los supuestos entes de otro mundo se convirtió, más que en un deseo, en una auténtica necesidad.

Y tras trazar lentamente una ruta por las regiones donde tuvieron lugar aquellos fascinantes incidentes decidí echarme a las carreteras dispuesto a «revivir» el más extraordinario periodo de cuantos integran nuestro particular almanaque de los misterios españoles. Sin concertar citas previas, confiando plenamente en la suerte y sus demás hermanastras, me lancé hacia una laberíntica rata que me llevaría, en primer lugar, a los soleados campos de olivos de Andalucía. Allí, en un rincón de la provincia de Sevilla, se produjo el primer «susto» de aquel año prodigioso...

Abrasado por un OVNI

Miguel Fernández Carrasco, peón albañil de 26 años, regresaba aquella fría noche por la zona de obras situada entre los pueblos sevillanos de Sanlúcar la Mayor y Benacazón.



Miguel Fernández Carrasco en el lugar donde se le aparecieron los dos extraños «buceadores- horas después del incidente.

Caía una intensa lluvia, y el suelo estaba completamente embarrado. Al iniciar su camino, con cuatro kilometros de recorrido por delante, observó algo parecido a una estrella que se movía en el horizonte. No le prestó atención y prosiguió, hasta que a poco más de mil metros de la entrada a Benacazón notó cómo algo le iluminaba la espalda. «La estrella» había descendido considerablemente y, realizando una pasada sobre el testigo, se había colocado de frente y a la derecha del camino.

Sonó un gran estruendo, al tiempo que la misteriosa luz se fue apagando y se perfilaba una nave extrañísima, rectangular y muy semejante a «las cabinas de teléfonos». Instantes más tarde una portezuela frontal se abrió ciando paso a dos seres de considerable estatura, cabello lacio y blanquecino hasta los hombros y traje ceñido de color aluminio. En los cinturones portaban una ancha hebilla que despedía haces rojizos pulsantes, y las botas de caña alta también relucían en aquel paraje oscuro.

Miguel quedó paralizado por el terror, a menos de cien metros de aquella nave, posada en el barro sobre un trípode, y de sus dos ocupantes que hablaban «un idioma extraño que no era el español».

Los seres señalaron al joven que, haciendo de tripas corazón, comenzó a correr alocadamente, intentando alcanzar la entrada del pueblo. Acto seguido los dos humanoides volvieron a penetrar en la cabina de teléfonos y ésta comenzó a elevarse y a situarse en horizontal, persiguiendo al aterrado Miguel Fernández.

A pocos metros de Benacazón, el testigo notó cómo un fortísimo haz de luz lo alcanzaba de pleno, sintiendo como si su cuerpo entero se abrasara ante aquel fogonazo. Después nada más... Tan sólo oscuridad.

Miguel, con la chaqueta y el cuerpo manchado por una espesa grasa negruzca y con el bigote y los pelos de la barba chamuscados, sólo recuerda que apareció) aporreando la puerta de su domicilio, presa del pánico y gritando en plena madrugada: «La estrella, la estrella viene a por mí».

Tras ser internado en el hospital sevillano de San Lázaro, lugar donde se le sanaron las diversas heridas producidas supuestamente por el ovni, el hoy presidente de la sala quinta de la audiencia de Sevilla, Santos Bozal Gil, levantó acta de lo sucedido y engrosó toda

la información en el expediente 2-H-76. del 2-I/0-. 7(>. el primero que un juez levantaba en la historia de la ufología española.

En Benacazón, a pesar del tiempo transcurrido, nadie podía olvidar lo ocurrido. En aquellos días el pueblo alcanzó gran notoriedad en toda la prensa regional y nacional. El propio *ABC de* Sevilla, una institución en las letras andaluzas, se hizo eco durante varios días de la odisea del peón y el extraño artilugio volante. Toda la vecindad lo recordaba como «el del ovni», y así, haciendo uso de tan peculiar mote, fue como pude llegar hasta él. En un sombrío colmado que ganaba terreno a la acera desplegando mil y un productos pude dar por fin con Miguel Fernández, al que encontré francamente desmejorado. Tras pulular sin rumbo por el pequeño pueblo perdido en las entrañas del Aljarafe sevillano, nos encontramos de modo casual a dos palmos de su hogar, enclavado en la callejero, una estrecha avenida donde hacía veinte años se arrodilló exclamando de terror ante la supuesta luz que se le echaba encima.

Tal y como me indicó su hermano Antonio, *nadie de Benacazón podrá olvidar aquella escena del pobre Miguel en el suelo, gritando como loco y presa del pánico.*

Pero este insólito encuentro con humanoides tan sólo era el «pistoletazo de salida» de aquel irrepetible año 76. Apenas veinte días después, en el lado opuesto de la Península, cinco niños eran testigos de la aparición de otro «gigante» que se paseó impunemente por un pequeño monte navarro. Otro suceso extraordinario que suscito comentarios, polémicas e incluso enfrentamientos en el pueblecito de Mañeru, un lugar remoto y tranquilo donde nunca pasaba nada especialmente importante. Pero aquella jornada del 18 de febrero, concretamente a las cuatro y cuarto de la tarde, todo iba a cambiar, quién sabe si para bien o para mal...

En las húmedas veredas de la comarca estellesa comprobé, como en todos los casos de 1976, que nadie quería ni podía olvidar. Los testigos de aquel incidente son ya adultos y recuerdan la sobrecogedora historia como algo absolutamente real que perturbó durante algún tiempo la vida cotidiana de los lugareños. La prensa, los curiosos y hasta los propios vecinos los marearon con sus preguntas, con sus indirectas... e incluso con una desconfianza impropia de aquellas gentes que tan bien los conocían.

El lento discurrir de los años ha hecho que en la conciencia de todos los habitantes de Mañeru quede el suceso como algo genuino, veraz a todas luces, y que tuvo como observadores casuales a cinco muchachos que exploraban un monte cercano, obedeciendo las indicaciones de sus profesores. Nadie lo esperaba, pero aquella clase de ciencias naturales se convirtió, por derecho propio, en uno de los más espectaculares incidentes de la ufología mundial.

El hombre del espacio

Natividad Salvador, Carmenchu Santesteban, Miguel Ángel Martínez, Javier Lizarri y Alfredo Arbeola, todos de diez años de edad, formaban parte del grupo escolar del pueblo que aquella tarde marchaba de excursión a un monte de las cercanías conocido como «El Ristro». Eran aproximadamente las seis de la tarde, con el cielo comenzando ya a cubrirse de sombras, cuando decidieron regresar hacia la escuela tras haber cogido diversas muestras de flora y fauna de la comarca. Acompañados por la profesora, Dorotea Apesteguía, subieron un alto y comenzaron a otear el cielo para observar las numerosas aves rapaces que surcaban la zona.

El grupo, extasiado ante la visión de los pájaros, se vio sorprendido por un objeto desconocido, de forma ovoidal y rematado con una cúpula acristalada, que descendía lentamente en un campo de cebada próximo a donde se encontraban. La extrañeza y las preguntas se entremezclaron rápidas y nerviosas. ¿Qué podía ser aquello? Pensando en la posibilidad de que pudiera tratarse de un helicóptero de los servicios forestales, y dispuestos a entablar conversación con los pilotos, se aproximaron hasta el lugar exacto del aterrizaje. Allí, apiñados y algo escamados con la situación, observaron el absurdo aspecto de aquel «plato volador». De la parte posterior del aparato aparecieron tres ruedas semiocultas que tomaron contacto con la tierra al tiempo que «alguien se movía» en el interior transparente del ovni.

El terror se apoderó de los cinco chiquillos al ver cómo, a menos de cien metros de donde se encontraban, aparecía una figura alta y oscura que se ponía en pie junto al artefacto. Era un ser muy robus-

to y que parecía caminar con gran dificultad. «Parece un astronauta-, gritaron algunas al tiempo que las lágrimas aparecían en su rostros impulsadas por el miedo. Tras caminar unos pasos en dirección a los niños el ser, provisto de una cabeza desproporcionadamente pequeña respecto al resto del cuerpo, dio media vuelta sin hacer caso alguno a los observadores. Dando la espalda a los testigos se dirigió a grandes y torpes zancadas hasta la nave. Llevaba un mono «como de plástico» y sus espaldas eran anchas. El objeto, que permanecía con la compuerta abierta, volvió a elevarse en los cielos tan lentamente como lo hizo para aterrizar. Sin hacer el menor ruido, el ovni fue ascendiendo con un leve balanceo hasta confundirse con el rojizo atardecer.

No pasaron apenas cinco minutos hasta que gran parte del pueblo, comenzando por los padres de cada uno de los integrantes de aquella excursión, supo con pelos y señales lo ocurrido en el alto de «El Ristro». El grupo, todavía bajo los efectos de un fortísimo choque emocional, describió a la máquina y el ser observados con gran nitidez, señalando a los reporteros de la prensa local que *el «hombre» era mucho más alto que el más alto de los vecinos del pueblo. Tenía un traje negro y parecía que los pies le pesaban mucho.*

Días después, y de modo casi accidental, se encontraron en la zona del supuesto aterrizaje tres huellas de 45 centímetros de largo, así como un círculo en el terreno de ocho metros de diámetro. El descomunal pie había quedado impreso en el terreno reblandecido por las recientes lluvias. Un simple cálculo hizo saber que el peso ejercido sobre aquellas huellas, posiblemente las únicas que habían sobrevivido a los continuos torrentes de agua que por allí se deslizaron las dos noches posteriores al avistamiento, era semejante al que hubiese imprimido una maquinaria de más de doscientos cincuenta kilos.

La historia de Mañeru era francamente apasionante. Así lo pensaba mientras escribía unas líneas acerca de tan extraño asunto en un balcón de un cercano pueblecito navarro. Desde ese mismo lugar casi era perceptible el campo de cebada de Mañeru donde, según relataron sin contradicción alguna, cinco niños y una profesora, un ser aparentemente ajeno a este mundo, había realizado un corto y absurdo paseo.

Pero es ese componente, el que roza en ocasiones lo ridículo, el que le da auténtico marchamo de verosimilitud a algunas historias. Pocos días después del suceso de Mañeru, tan excepcional por la cantidad v calidad de los testigos, el infatigable Juan José Benítez recogía un caso en las tierras levantinas que no me resisto a relatar muy brevemente. El aspecto del ser observado no difería sustancialmente del de quien deambuló ante los chicos de Mañeru. El comportamiento, una vez más, totalmente absurdo, casi esperpéntico. Y el susto de los dos testigos, imborrable. Esas constantes formaron un puzzle asombroso que se repitió hasta la saciedad durante el prodigioso año de 1976. Daba igual el lugar, el clima, la condición de los testigos... la cuestión era aparecer. Aparecer por doquier y quién sabe si generar un estado de expectación como nunca antes había ocurrido en nuestro país. Ya no hablábamos de los tan traídos y llevados «platillos volantes», lo que ahora se denunciaba era la presencia de extraños seres antropomorfos junto a solitarios campos y caminos. La carretera, por lógica, resultó ser uno de los lugares ideales para este tipo de encuentros. Da fe de ello el afable matrimonio Corell, que en las cercanías de Museros (Valencia) se encontró con un hombre que flotaba junto al arcén de un apartado camino. J. J. Benítez estuvo con ellos y comprobó incluso que el vehículo que conducían quedó seriamente dañado tras el incidente. Era una prueba más de que algo se estaba fraguando en aquel «año de los humanoides»...

Una figura entre la bruma

En el anochecer del 14 de marzo, Vicente Corell y su esposa, Carmen Civera, regresaban hacia el domicilio de los familiares de esta última en la localidad valenciana de Museros. Al detener el viejo Renault-4L en un stop de la carretera, el matrimonio observó una extraña luz a su derecha que de inmediato les llamó la atención. *Era ovalada y brillaba con una luminiscencia blanquecina tirando a rosa...pero en unos instantes dejamos de verla,* afirmó la señora Civera.

A doscientos metros del cruce, con la tercera puesta y circulando a sesenta kilómetros por hora, los Corell se dieron cuenta de que un torbellino de polvo se elevaba junto a la cuneta. Al poner las «largas»

observaron, algo asustados, cómo entre la densa bruma se dibujaban poco a poco los trazos de una silueta humana; allí había un hombre, una figura que flotaba en el aire balanceándose nerviosamente de izquierda a derecha.

—*Era alto, con los brazos pegados al cuerpo, y con los dedos de las manos perfectamente visibles y cerrados en un puño. El traje era de un pieza, como entubado por diferentes llantas hinchadas... y la cabeza aparecía lisa, demasiado pequeña y con dos lucecillas encima...*, afirmaron ambos testigos al periodista J. J. Benítez.

Al pasar por delante del ser comprobaron como éste tomaba tierra y se quedaba «en posición de firmes» como una auténtica estatua entre la bruma. Cuando el Renault-4l, pasó junto al humanoide, las luces se vinieron abajo, apagándose totalmente al cabo de cinco a seis segundos y dejando a los Corell en la más absoluta oscuridad a pesar de que el motor continuó en funcionamiento y la batería no se descargó.

La señora Civera miró por el cristal posterior y descubrió que la figura también había apagado las dos «perillas luminosas» que portaba encima de su cráneo. Después, poco a poco, la noche fue envolviendo al «enllantado» hasta que desapareció por completo.

El miedo y la tensión acumulada hicieron que los Corell llegaran a su destino con un auténtico ataque de nervios.

Al día siguiente se comprobó en un taller de la población castellonense de Almenara, lugar donde residían los testigos, cómo el cableado del automóvil había sufrido extrañísimas averías, siendo esa la causa aparente del apagón de los focos. Los mecánicos, hombres acostumbrados a reparar toda clase de fallos eléctricos, afirmaron asombrados no haber visto nada parecido a lo largo de sus muchos años de profesión. «Algo» parecía haber absorbido toda la energía del viejo automóvil. Pero los mecánicos, claro está, no supieron jamás la auténtica causa de la fortuita avería.

Y la extraña apariencia de aquel ser que vagaba en la noche, aunque parezca mentira, poco tenía que envidiar a lo observado en otro rincón de nuestra Península jornadas más tarde. Otro insólito encuentro con seres desconocidos, muy bien documentado y que, como en todas las ocasiones, suscitó una expectación inigualable en la remota aldea donde se produjo...

El caso, con toda seguridad,, era uno de los mas apasionantes de toda la historia.

Aterrizaje en la llanura

Siguiendo la ruta cronológica de aquel año prodigioso e insólito, dejé las fértiles tierras del campo navarro y me interné en las siempre solitaria Castilla. En sus campos, concretamente en Valladolid, tuvo lugar otro fascinante encuentro con humanoides que fue denunciado ante las autoridades.

Un mes después del incidente del Renault-4L de los Corell, un joven, Fidel Hernández Rolla, iba a protagonizar otra historia sorprendente e increíble. Y siguiendo su pista recorrí los caminos que van a parar a la populosa Valladolid, deleitándome con las sabias palabras de un dominico valiente que responde al nombre de Antonio Felices. El padre Felices, un audaz recopilador de noticias ovni desde los años cuarenta, tuvo la oportunidad única de observar a través de su telescopio un inmenso objeto metálico con forma de ala delta que se mantuvo suspendido cerca de tres horas sobre las provincias de Valladolid y Palencia. Todo el colegio dominico de Arcas Reales fue testigo de aquel triángulo volante. A partir de entonces, Antonio Felices, uno de los muchos religiosos apasionados con el fenómeno ovni que poseemos en España, doblegó sus esfuerzos en conocer los sucesos de esta tipología que se habían dado en su provincia. En la misma biblioteca, donde aquel lejano 1965 se observó lo que la prensa bautizó como «gran nave sobre Castilla», discutíamos sobre la casuística vallisoletana acompañados por el inigualable sonido de la llanura cuando es peinada por el viento. El esforzado dominico, integrante destacado de una prodigiosa quinta de «ufólogos con sotana», entre la que también destacaron el sevillano Enrique López Guerrero, o el ya fallecido Severino Machado, siempre había tenido como predilecto el caso de Fidel Hernández. Una auténtica odisea que, ¡casualidad!, aconteció en plena primavera de aquel 1976. Y es que no podía ser de otro modo, pensaba mientras recorría la estirada carretera que muere en Matapozuelos, un rincón de la inmensa planicie que se agitó como nunca aquel 23 de abril, cuando un obje-

to rojizo y ovalado fue observado por la mitad del pueblo emergiendo tras unos tejados. Las gentes se arremolinaron junto a la carretera, en plena oscuridad, y discutieron vivamente sobre lo que acababan de presenciar sus ojos. ¿Un satélite?, ¿un helicóptero?, ¿un ovni de los que tanto hablaba la prensa?...



El *joven Fidel Hernández Rolla copó algunas portadas de los periódicos regionales tras su insólito encuentro en Matapozíielos, Valladolid.*

Las voces fueron dispares hasta que se conoció la historia de Fidel, un muchacho de 14 años que, en el mismo instante en el que todos miraban al aparato, se encontraba jugando tranquilamente al otro lado de una zona de solares. Es decir, justo en el punto en el que aquel enigma volante descendió para tomar tierra.

Según narró el propio Fidel Hernández Rolla en el cuartel de la Benemérita, fue hacia las once y cuarto de la noche cuando se percató de que «una bola roja» se posaba suavemente en el apartado lugar. El grupo de niños que lo acompañaban no aguantaron el pavor y, como movidos por un resorte, corrieron al unísono en diferentes direcciones, dispuestos a avisar a sus padres.

El muchacho, con una mezcla explosiva de miedo y curiosidad en su cuerpo, decidió caminar unos metros con cuidado, como sabedor de que «alguien» había aterrizado al otro lado del murete de piedra. Tras flanquear la derruida pared se coloca en cuclillas y aguzó la mirada, dispuesto a no perder detalle de aquella fantástica maquinaria que permanecía majestuosa en la oscura parcela.

1 n zumbido sordo y constante se oyó entre la negrura, y repentinamente varias hileras de luz descubrieron una compuerta corredera que dejaban ver con nitidez la forma ovalada del aparato. A través de dicho orificio de entrada a la nave se observaban decenas de *botones de colores,* pantallas y demás enseres que no encontraron nombre en el magro vocabulario de Fidel. El objeto estaba coronado por una cúpula acristalada donde se recortaban varias figuras de gran tamaño que recorrían el habitáculo de un lado a otro. Acurrucado en su escondrijo, el muchacho notó cómo la respiración se le cortaba cuando tres personas gigantescas aparecían tras el ovni, situándose a muy pocos pasos del muro ele piedra.

Los humanoides, vestidos con un mono blanquecino ceñido por tobilleras y cinturones, sobrepasaban los dos metros de altura y llevaban el cabello albino sobre los hombros. En fila inelia, los tres individuos se dirigieron a un pequeño huerto donde varias patatas se amontonaban en forma piramidal. Tras observarlas durante unos segundos, los enigmáticos personajes quedaron mirando fijamente al sorprendido Fidel. Fue un tiempo que pasó largo y denso, lleno de extraños mensajes entrecortados, de voces inconexas que retumbaban en el interior del único testigo. *Era como si esos hombres me hablaran, pero nada se oía,* indicó Fielel en su relato ante las autoridades. Un detalle que se repite hasta la saciedad en decenas ele sucesos repartidos por los cinco continentes. LJn sistema de comunicación presuntamente telepática en la que, según algunos ufólogos y estudiosos del fenómeno, existe un lenguaje que se codifica con resortes desconocidos en el propio cerebro del sujeto receptor.

Tras la hipotética «conexión mental», los humanoides desaparecieron como por arte de magia y el artefacto comenzó a elevarse emitiendo un zumbido constante. Fidel, con los ojos clavados en la panza del aparato, fue incapaz de moverse hasta el mismo instante en que los compañeros, testigos iniciales del descenso del ovni, llegaron acompañados de una grey indefinible de agricultores, tahúres de partida interrumpida en el bar, ancianas tertulianas de brisa primaveral y vecinos de la plaza que dejaron la cena en la mesa para

bajar al solar a toda prisa. Algunos, señalando con el dedo hacia los cielos, siguieron la trayectoria del artefacto que ya tan solo era un punto rojizo cada vez más lejano.

La noche cerrada sobre Matapozuelos pasó rápida aquella jornada. Hasta las luces del alba todos quisieron saber con detalle qué le había ocurrido al bueno de Fidel. Así, a la mañana siguiente, antenúmeros de la Guardia Civil del puesto de Medina del Campo, se producía el insólito atestado de una persona que afirmaba haber visto a aquellos tripulantes imposibles...

Dos gigantes en la carretera

Superar el incidente vivido por Fidel Hernández Rolla, que aún vive y trabaja en el pueblecito de Matapozuelos, parece tarea harto difícil. Pero el verano trajo sorpresas aún mayores. Y creo adivinar la sonrisa incrédula del lector... y lo comprendo. Fue en el norte de la Península, en las mismas entrañas de Cantabria, donde se produjeron, sin lugar a eludas, algunos de los hechos más extraordinarios que este humilde reportero ha escuchado jamás. Los encuentros de Escalante e Isla rebasan todo lo que la mente humana pueda diseñar. Pero, para pasmo de los escépticos, aquellas visiones tuvieron nombre, apellidos y documentos fiables y contrastables. Personas como ustedes o como yo habían vuelto a ser testigos de algo increíble. Y a pesar de conocer bien ambos sucesos, e incluso haber mantenido largas charlas con algunos de los implicados en estos casos, puse el todoterreno a toda máquina para trenzar la ruta hacia los campos de Burgos y saludar así, tras varias horas de viaje y deleite, a la mágica tierra de los cántabros y en el ya familiar puerto del Escudo; sentado junto a los ventanales que miran a las cordilleras verdes del norte, saqué del cuaderno de campo los recortes de prensa del suceso que ocurrió en días previos al incidente de Escalante. Era como una premonición, o quizá un aviso. Dos semanas antes de que en el pueblecito cántabro se produjera una escena digna de las películas de terror, en el archipiélago canario, a casi tres mil kilómetros de distancia, otro testigo de excepción volvía a toparse con los escurridizos «gigantes» que tanto y tan bien se dejaron ver a lo largo de todo el año. La vieja crónica de *La Gaceta del Norte* no dejaba lugar a la duda. El 22 de junio, el doctor Francisco Julio Padrón se introdujo a toda prisa en el taxi que lo esperaba a las puertas de su domicilio de Rosas. Eran las diez de la noche aproximadamente. En el interior lo esperaba ansioso Dámaso Mendoza Diez, un vecino del municipio de Galdar (Gran Canaria) que tenía su madre gravemente enferma.

En compañía del conductor, Francisco Estévez, los tres decidieron ponerse en camino y recorrer los seis kilómetros de camino secundario que los separaban de la casa de la anciana.

Minutos después, en el ascenso del desvío hacia la población de Las Rosas, los focos del automóvil reflejaron algo inmenso que parecía estar posado en una pequeña llanura. Era una esfera *como acristalada y de un azul eléctrico que dejaba ver las estrellas a través de ella.*

En la parte inferior del objeto aparecía una especie ele plataforma color aluminio, y sobre ella, de perfil, dos figuras humanoides de inmensa estatura y trajes ajustados.

Los dos seres, que en ningún momento hicieron ademán de girarse hacia el coche, vestían monos entallados de color rojizo, con el tórax y las extremidades anormalmente alargadas y el cráneo de volumen absolutamente desproporcionado. La cabeza de las dos figuras parecía estar cubierta con una escafandra que impedía ver las facciones y que estaba realizada con un material idéntico al del resto del traje.

El nerviosismo y el miedo se extendieron con rapidez entre los ocupantes del taxi, sobre todo cuando la esfera comenzó a crecer y a elevarse sobre la noche emitiendo un tenue silbido. En el interior, los dos gigantes continuaban en la misma posición.

El doctor Padrón, visiblemente excitado, penetró en la casa de la paciente y obligó a varios campesinos a salir al exterior. Allí, en el firmamento, la gran esfera azulada se alejaba lentamente.

Otra vecina, situada a unos kilómetros de la zona, aseguró haber visto el ascenso *de una gran esfera con dos manchas rojas que podían ser hombres* a la misma hora del incidente. Por otro lado, minutos antes de la observación, la corbeta militar *Atrevida* avistaba en las proximidades de Fuerteventura una luz blanquecina que pro-

yectó una cortina de luz en forma de cono hacia las aguas, y tras la que se dividió en dos partes, siendo una de ellas una esfera de color azulado.

Un «sacerdote» de tres metros

Con estos datos, y con la reconfortante puesta a punto a base de los recios manjares de la comarca, volví a enfilar las tierras santanderinas convencido de que el verano de aquel año fue el elegido, no me pregunten por quién, para realizar las grandes «puestas en escena» ante aterrorizados testigos de toda condición social.

Escalante, una población minera perdida en el corazón de aquella comarca, apenas había cambiado un ápice desde que se produjo el aterrador encuentro. Fue el 9 de julio de 1976, y, a pesar de que exactamente habían transcurrido dos décadas, puedo asegurar que sentí a ñor de piel la veracidad que emanaba aquella historia. Los dos testigos seguían siendo sujetos respetados, cabales y sobre los que todo el vecindario tenía excelente opinión. Caminé lentamente, observando con mil ojos cada rincón y cada grieta de la lóbrega calleja donde apareció aquel ser dantesco que aquella noche los sorprendió. Y percibí en los ojos de ambos la angustia y el miedo marcado perpetuamente en el ánimo tras la imborrable escena vivida.

Con un metro comencé a deslizarme por el lugar de los hechos mientras mis acompañantes me detallaban, una vez más, cómo se desarrollaron aquellos momentos previos al encuentro. Tras observar por enésima vez la pared donde quién sabe si se rozó un ser ajeno a este mundo, pulsé la grabadora y, con los lejanos ladridos de un perro solitario que intentaba resguardarse de la fina lluvia, me dispuse a escuchar uno de mis casos favoritos, entre todos los que he conocido, mientras la bruma nos envolvía poco a poco.

Y es que Miguel Ángel Ruiz Samperio y Margarita Cagigas, ambos de 28 años de edad, naturales del pueblecito cántabro de Escalante y trabajadores de la empresa de Magnetos Femsa, se quedaron petrificados aquella noche en plena plaza. Cómo olvidarlo. Ni aunque pasaran mil años se borraría de su mente aquella dantesca aparición. La oscuridad los recibió, como cada madrugada desde hacia más de una década. Frente al Seat 850, propiedad de Miguel Ángel, con el que recorrían como en una procesión monótona los kilómetros que los separaban del conjunto fabril. Pero aquella noche todo fue distinto.

Miguel .Ángel ya se encontraba dentro del vehículo, en el asiento del conductor y un tanto extrañado al comprobar que su acompañante no hacía lo propio. Le gritó varias veces, pero no obtuvo respuesta alguna, ante lo cual volvió a salir para darse de bruces con la mueca desencajada de Margarita.

Sus ojos miraban al frente, justamente allí donde una calle estrecha y oscura se introducía en el casco urbano. Sobre el margen derecho de la acera aparecía una descomunal y monstruosa figura que caminaba muy lentamente alejándose del lugar. Una silueta impresionante que les daba la espalda y que iba adentrándose en la neblina del pueblo.

El dantesco humanoide, según el testimonio de ambos, alcanzaba con su pequeña y ovalada cabeza una de las ventanas que flanquean toda la pared derecha de la calle. Unas ventanas que, según pude medir encaramándome a trancas y barrancas, se alzaban 3,27 metros sobre el suelo. Tocado con un casco semejante a un tricornio reluciente o una «palangana vuelta del revés», y embozado en un traje oscuro hasta la cintura, la silueta se colocó unos instantes de perfil y prosiguió su rumbo.

Margarita Cagigas pudo apreciar entonces *unos rasgos monstruosos y horribles.* En el lugar exacto donde aquel ser los sorprendió me volvía a detallar, llena de una angustia que no la ha dejado desde entonces, cómo aquel «hombre» tenía la cara completamente oscura, la nariz afilada y ganchuda y unos ojos pequeños y tan negros como botones de color azabache.

Una capa extensa y recia, de un color más claro y brillante, que el paseante llevaba a modo de pañolón amarrado al cuello, aún le proporcionaba un aspecto más absurdo y sobrecogedor.

Aferrados a las manillas del automóvil, los dos testigos siguieron, atenazados por el miedo, las evoluciones del personaje. Según me confesaron, las piernas eran de un color blanquecino, y en ningún momento se apreciaron manos o brazos... simplemente las extremidades «se borraban» antes de finalizar en estos miembros.



Miguel Ángel Ruiz Samperio y Margarita Cagigas calculan la altura del humanoide de Escalante. La calveza del ser llegaba hasta la ventana.

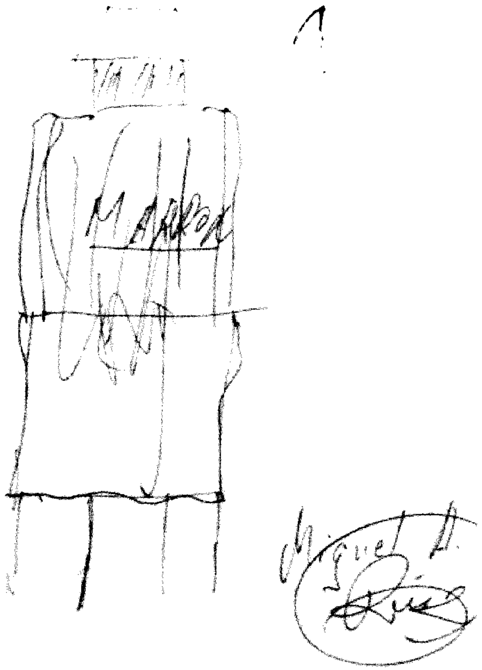
Una de las cosas que más impresionó a los dos trabajadores fue el movimiento ingrávido, lento y pausado, *como a cámara lenta o como las imágenes de los astronautas en la Luna,* de aquel solitario caminante.

Transcurrido un tiempo, el ser dobló una esquina y salió de nuevo hacia la carretera comarcal desapareciendo del ángulo visual de los jóvenes. Éstos, aunque atravesados de arriba abajo por el miedo, caminaron unos pasos en dirección al esquinazo, comprobando que tan sólo la mortecina luz de las viejas farolas iluminaba sectorialmente algunos trozos del descampado que daba a la comarcal. Unos campos donde no quedaba nada ni nadie...

Esta circunstancia los alarmó aún más. Aquel gigantesco humanoide embozado con una especie de sotana se había disuelto en la noche sin explicación aparente. Quizá aquella madrugada nada era lógico ni tenía razón aparente. Incluso el silencio parecía apoderarse de todo el entorno. A esas horas, tan familiares para los dos testigos, algunos pajarillos silvestres ya cantaban, y el sonido de la madre naturaleza comenzaba a desplegarse. Eso ocurrió todas las noches... menos aquella. En una apreciación que me puso los vellos de punta. Eran decenas de ocasiones en las que los testigos de encuentros cercanos ton entidades desconocidas me afirmaban exactamente lo mismo. El sonido había cesado por completo mientras duraba la observación. En algunos sucesos, incluso carreteras frecuentemente transitadas quedaban vacías y solitarias mientras el conductor observaba aterrado algunos de estos seres. En el cuaderno de campo, apoyado en la misma esquina donde aquella figura dejó de verse, remarqué con fuerza estos datos. Una vez más. sea cual sea la naturaleza de estas visiones, parecía deformarse el entorno en el que se producía el incidente. Como si alguna puerta remota y desconocida, quién sabe si de alguna dimensión real pero ajena a nosotros, se abriese ante los ojos del testigo, obligando al tiempo y a los sonidos a permanecer suspendidos ante su aparición. Ni los pájaros entonaron sus cánticos, ni los camiones de reparto y coches que ya comenzaban a circular por algunos caminos vecinales aparecieron en todo el tiempo, quizá más de dos minutos, en los que transcurrió la absurda escena. Ni los insectos se oían, me llegó a indicar el bueno de Miguel Ángel mientras clavaba sus ojos en unos cielos cada vez más llenos de amenazadores grises. Aquella ausencia total de sonidos los confundió aún más. ¿Estaban siendo víctimas de alguna broma? Pero ¿quién era capaz de hacer todo ese montaje?, ¿con qué medios? y, sobre todo, ¿con qué objetivo? La imposibilidad de que se tratase de algún tipo de truco quedó puesta de manifiesto cuando otros testigos, muchos años después, me confirmaron que ellos también habían sido testigos de aquel fúnebre paseo del siniestro «sacerdote».

Habían transcurrido unos minutos de aquella noche eterna, y tras reflexionar en silencio, los dos, de pie en medio de la plaza y sin poder articular palabra, decidieron montarse en el automóvil y enfilar en una frenética carrera el camino hasta la factoría de Treto, lugar donde sin poder controlar los nervios detallaron los sucedido a sus compañeros del trabajo. Dado su prestigió y reconocida fama de gente honrada en la comarca, nadie dudó de su alucinante historia.

Fueron algunos miembros de la prensa regional, plumas tan torpes como la mente de quien las maneja, las que se tomaron en un principio el asunto con cierta guasa. Y es triste comprobar que otros



Así dibujaron los testigos al ser descomunal que se paseó por Escalante en julio de 1976.

testigos, cruciales en aquella historia y absolutamente demostrativos de que un ser de descomunal tamaño y absurdo aspecto se había paseado aquella noche del 9 de julio de 1976 por las calles de Escalante, callaron por el miedo a ser ridiculizados por esta banda de columnistas de fin de semana. Y, tengo que admitirlo, al volver a leer aquellas crónicas con títulos tan sugerentes como «Escalante; primera localidad montañesa visitada por el turismo extraterrestre», sentí náuseas por la actitud de algunos compañeros de la profesión. Si se hubieran molestado un poco más, si hubiesen despegado el culo de la confortable silla de la redacción a la que tanto gustan algunos de aferrarse ocurra lo que ocurra, hubiesen comprobado por ellos mismos que otras personas habían observado al mismo gigante sobre el que tanto frivolizaron, extasía dos en su propia estupidez. ¿Y en cuántos lugares ocurrirá lo mismo?, ¿en cuántos pueblos de España las gentes callan ante el tratamiento que algunos sujetos le otorgan a estas temáticas? Un ejemplo flagrante y doloroso era este de Escalante. Fueron muchas las rondas que realicé siguiendo los pasos de aquella mole con negra capa. Unas veces en solitario y otras con la agradable compañía de investigadores llenos de ilusión como Fernando Bustamanle. En una de esas visitas tuve la fortuna de descubrir otros sucesos idénticos que nos transportaban en el tiempo hasta el lejano 1912. Justo Tomás Rey, el dueño de las prósperas minas de Escalante, se las tuvo que ver con una aparición gigantesca y fantasmal que bien parecía la hermana gemela de la observada en 1976. Su propio hijo me contaba en el lugar de los hechos, frente al pc')rtico de la bellísima iglesia del pueblo, cómo su padre llegó a sacar el machete ante aquel ser que, «caminando hacia atrás», se le apareció flotando a poco menos de diez metros. Eso no lo sabían los periodistas de los diarios santanderinos. Como tampoco conocían, ni se molestarían en hacerlo aunque el testigo estuviese enfrente de sus narices, el testimonio de una persona que selló su voz durante demasiado tiempo. Fue el antiguo alcalde de la localidad, don Ventura Lusares, máxima autoridad del pueblo durante doce largos años, quien vio con sus propios ojos cómo una figura alta y desgarbada que portaba negros y largos ropajes se alejaba por la carretera secundaria que parte de Escalante hacia otras pequeñas aldeas. Al mismo tiempo, y desde un balcón próximo, otros testigos que prefieren permanecer en el anonimato observaron el cercano paso de esta «torre humana» que emitía una tenue luz a través del pecho.

Periodistas honestos como J. J. Benítez, de *La Gaceta del Norte,* cubrieron la información objetivamente. Pero otros medios más provincianos ofrecieron titulares tan representativos de su nivel cultural como el que hemos señalado. Un hecho representativo de aquellos pequeños inquisidores que prefieren, con la vergüenza añadida de representar a esa forma de curiosidad constante que es el periodismo, reírse de lo que les parece imposible. Reírse antes que intentar acercarse a ello y comprobar cómo, en ocasiones, ese «imposible», puede ocurrir de vez en cuando.

Un monstruo en el campanario

Por desgracia para algunos «chupatintas», los extraños sucesos no iban a abandonar Cantabria tan fácilmente. A unos kilómetros de

Escalante se abría al mar la histórica población de Isla. Allí, en el mismísimo campanario de la localidad, tuvo lugar otro encuentro con humanoides que llenaría de terror a todos los parroquianos. Recorriendo las empedradas calles de este bello rincón recordé con pelos y señales aquella increíble historia del sacristán y el extraño visitante que decidió alojarse en la torre sin avisar a nadie. Un hecho insólito que, enmarcado en la oleada de extraños avistamientos semejantes producidos a lo largo de un año, nos demostraba muy a las claras que algo o alguien de origen desconocido estaba mostrando sin tapujos su desconcertante naturaleza. Quizá pensando en el susto que proporcionaban a unos, el regocijo de otros y el revuelo de la mayoría.

Don Pedro Higuera Pérez llevaba más de treinta años realizando las labores de sacristán en Isla (Cantabria), y a sus 77 años ya estaba acostumbrado a la humedad que cada madrugada reinaba en el viejo campanario de la localidad.

Sin embargo, aquella jornada subió decidido la enroscada escalinata portando una pequeña linterna y barruntando algo. Quizá un extraño pensamiento que lo perseguía desde hacía varias horas y que apenas le había permitido conciliar el sueño. No sabía cuál era la causa, pero al llegar arriba tuvo la extraña sensación de que no estaba solo.

Junto a uno de los arcos de piedra que se abrían al exterior notó con espanto cómo un bulto grueso se colocaba frente a la tenue luminosidad que penetraba en el recinto.

Al dirigir el chorro de luz hacia ese ángulo, don Pedro Higuera creyó desmayarse de la impresión. Le temblaron al unísono el corazón y las piernas. Y es que «aquello» que tenía frente a sus ojos no podía ser. Tendido en posición horizontal, una criatura humanoide de grandes dimensiones permanecía flotando a un metro del suelo, ajeno, al parecer, al susto de muerte que había provocado en el noble sacristán.

A pesar de que la tenaza del pánico lo tenía atrapado por completo, el testigo aún mantuvo el pulso para seguir enfocando al intruso y comprobar que su atuendo lo componían unas galas o túnicas amplias de un color oscuro y una parte superior que cubría pecho y cuello, *como de un naranja fuerte y resplandeciente.*

El ser, que según los cálculos efectuados posteriormente, llegaba a los 2,80 metros de altura, permaneció constantemente con los finísimos brazos pegados al tronco y con las piernas ligeramente arqueadas hacia el suelo. En la cabeza, de forma almendrada y desproporcionada por lo pequeña respecto al cuerpo, no se apreciaban ojos, boca, ni facción alguna.



Don Pedro Higuera, el sacristán cántabro que se topó con un ser de pesadilla en el interior del campanario.

Tras quince segundos de observación, Pedro Higera soltó la linterna y bajó en estampida la escalera de caracol, a tiempo de observar por el rabillo del ojo cómo el ente volvía a desvanecerse en la oscuridad reinante.

Aquel día, después de más de treinta años, no hubo campanadas en el bello rincón cántabro de Isla, y este motivo suscitó el que muchos vecinos se acercasen hasta la casa de don Pedro Higuera. Allí, sentado junto a la lumbre, encontraron a un hombre abatido, nervioso y consciente de que había tenido a dos palmos a una de esas figuras que tanto habían dado que hablar en la región en los últimos meses.

Al recorrer lentamente la cornisa cantábrica fui anotando otros lugares donde, entre el verano y otoño de 1976, se observaron estas

extrañas apariciones. Frente a las playas de Langre o Lieneres, e incluso en solares de industriosas y gigantescas urbes como la vizcaína Baracaldo, donde un grupo de niños observaron el descenso, aterrizaje y extrañas maniobras de dos gigantescos humane >ides que mane jaban lo que parecía ser *una barra que emitía un chairo de potente luz;* estas siluetas habían puesto los vellos de punta a más de un vecino.

Y si extraña fue la «puesta en escena» realizada sin descanso en varios rincones de la Península durante ese año, no menos curioso fue el modo en que este tipo de observaciones dejaron de ocurrir hasta pasado un buen periodo de tiempo. Grupos de niños, agricultores, trabajadores de diversas industrias, ancianos, profesores, médicos, taxistas... decenas de personas fueron testigos aquel «mítico« 1976 de lo más excepcional que podamos imaginar. Fueron observaciones en las que intervinieron muchas veces diferentes individuos al unísono, desde distintos puntos, y que en ocasiones requirieron una exhaustiva investigación por parte de las autoridades. La más significativa, sin lugar a dudas, fue la realizada por el Ejercito del Aire con motivo de los incidentes canarios del 22 de junio. Un grueso expediente, repleto de declaraciones, testimonios y comprobaciones, daba fe de que algo anómalo había ocurrido aquella noche. Y hojeando esas páginas que durante casi veinte años habían permanecido bajo el sello del secreto oficial, volví a otear el brumoso cielo cántabro intentando reflexionar con casi cinco mil kilómetros a la espalda.

Y, con bastante impotencia, creí que, por muchos datos, pruebas o bellas palabras con las que quisiera adornar estas líneas, ningún lector podría hacerse verdadera idea de lo que aquellos hombres y mujeres sintieron, si no es poniéndose frente a ellos, en el lugar mismo donde los hechos ocurrieron, dispuestos a escuchar el sincero relato de aquellos que, de un modo u otro, ya no eran como los demás. Quién sabe si «elegidos» por algo que se escapa a nuestra lógica y azar, habían tenido la fortuna o desgracia, que esto nunca está muy claro, de ser testigos excepcionales de algo que parece reservado a unos pocos. En sus ojos noté un brillo especial en el momento en que pisábamos el solar, campo o camino donde los seres grotescos y absurdos habían hecho acto de presencia. Como una constante en todos los casos, percibí que a aquellas personas,



J.J. Benítez observa un árbol desgajado tras la aparición de dos extraños humanoides en un descampado de los suburbios de Barakuldo. Vizcaya, en aquel 1976.

como en una oleada irreprimible, les llegaban en aluvión los detalles, las sensaciones, los recuerdos de algo que, a pesar del tiempo transcurrido, los había marcado para siempre.

Ajenos a las burlas y suspicacias de muchos, estos «testigos de 1976» continúan en su mayoría haciendo su vida como cualquier otro vecino. No quieren ver ninguna revelación en lo que tuvieron ante sus ojos por espacio de unos segundos. Ejerciendo sus respectivas profesiones, han proseguido sus trayectorias vitales relegando al recuerdo íntimo aquellos momentos que nunca han sabido etiquetar ni explicarse. Curiosamente, ninguno de los testigos que entrevisté en esta larga ruta en busca del misterio mencionó la palabra «extraterrestre». Y eso, aunque no lo parezca, es realmente importante. Indicador, sin duda, de que las preocupaciones de este grupo de personas están totalmente alejadas de la temática ovni, o cualquier ramificación de ocultismos y mesianismos tan en boga hoy en día en putrefactos programas de televisión.

Seguramente a ninguno de estos testigos los seamos jamas en ninguno de los espacios-espectáculo abonados para contactados y dementes. Ellos no tienen que defender la veracidad de lo que vivieron. Simplemente saben que así fue. Y ni pretendieron ni pretenderán sacar tajada de un suceso tan serio y profundo que ha ocupado sueños y pensamientos durante miles de horas.

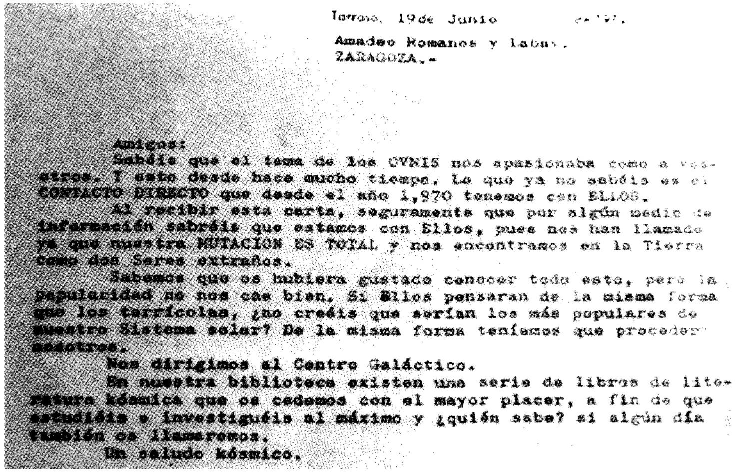
Son testigos de una verdad que no requiere publicitarse por ningún medio. En Escalante, en Baracaldo, en Isla, en Benacazón, en Mañeru y en tantos otros sitios, estos ciudadanos continúan su cotidiana existencia sin ningún tipo de problema. Y todos, absolutamente todos los que hoy siguen en pie, estarán dispuestos a relatar al viajero sincero lo que les ocurrió en aquellos días ya añejos de 1976. Sólo hace falta emprender camino y saber escuchar. Ellos son el vivo reflejo de una realidad que acontece de vez en cuando y sobre la que no quieren siquiera divagar. Quizá fuese demasiado complejo, y las conclusiones obtenidas destrozarían muchos de los parámetros en los que toda nuestra realidad se maneja a trancas y barrancas. Pensar sobre lo que todo esto implica no es tarea fácil. Y así lo afirmo, ya que ni me veo capacitado para hacerlo, ni creo que esa sea mi misión. En mi interior queda el mosaico de las sensaciones que me transmitieron personas y paisajes a lo largo de una extensa ruta satisfecha con esos momentos en los que me sentí tremendamente partícipe de la profunda verdad que se encierra en estos sucesos. La reflexión, con todas las pruebas a su alcance, les corresponde a ustedes. Y eso, se lo aseguro, es otra increíble y apasionante aventura.

IV. Contacto con otra realidad

EN EL INVIERNO DE 1955 el rotativo *El Alcázar* publicaba una sorprendente noticia. Un enfermero madrileño aseguraba haberse topado con un ser de otro mundo en las cercanías de la Ciudad Universitaria. Un individuo que le dio un extraño regalo; una roca rectangular con nueve inscripciones grabadas. Así comenzaba la apasionante aventura de Alberto Sanmartín Comes y la llamada «piedra del espacio». Un suceso que fue el primero referente al «contacto con otras realidades» que se hizo público en nuestro país. A la búsqueda de una respuesta que jamás llegó, catedráticos de mineralogía, químicos, directores de museos y todo un rosario de científicos se fascinaron con el misterioso «regalo de las estrellas» que durante algunos días copó las portadas de los diarios para sucumbir en el olvido transcurrido un tiempo. Un insólito expediente al que seguimos la pista por España y Brasil para obtener sobrecogedoras conclusiones de la aventura de un hombre, un sueño... y un legado de las estrellas.

Esta historia dio paso a otras en la «prehistoria» del fenómeno contacto en nuestro país. Sucesos insólitos donde los protagonistas fueron las supuestas «pruebas» materiales que los «visitantes» dejaron en tierra. Un suceso espectacular ocurrido en 1996 en Jaén, en el que el autor y el escritor J. J. Benítez tuvo un especial protagonismo, nos demuestra que la senda de acontecimientos sensacionales iniciados con «la piedra de Sanmartín» aún continúa.

El afán por entablar un «contacto» con realidades desconocidas o con seres de otros mundos inundó el viejo Madrid de finales de los cincuenta. A raíz de la historia del enfermero surgieron otras que



Tarrasa, 19 de Junio de 1972.

Amadeo Romanos y Labat.
ZARAGOZA.-

Amigos:

Sabéis que el tema de los OVNIS nos apasionaba como a vosotros. Y esto desde hace mucho tiempo. Lo que ya no sabéis es el CONTACTO DIRECTO que desde el año 1,970 tenemos con ELLOS.

Al recibir esta carta, seguramente que por algún medio de información sabréis que estamos con Ellos, pues nos han llamado ya que nuestra MUTACION ES TOTAL y nos encontramos en la Tierra como dos Seres extraños.

Sabemos que os hubiera gustado conocer todo esto, pero la popularidad no nos cae bien. Si Ellos pensaran de la misma forma que los terrícolas, ¿no creéis que serían los más populares de nuestro Sistema solar? De la misma forma teníamos que proceder nosotros.

Nos dirigimos al Centro Galáctico.

En nuestra biblioteca existen una serie de libros de literatura kósmica que os cedemos con el mayor placer, a fin de que estudiéis e investiguéis al máximo y ¿quién sabe? si algún día también os llamaremos.

Un saludo kósmico.

Carta postuma de dos «mártires del misterio, Juan Turu y José Rodríguez, que se suicidaron el 20 de junio de 1972 en la vía férrea de Tarrasa (Barcelona) al estar convencidos de que iniciaban un viaje cósmico hacia otros mundos habitados.

durante años estuvieron ocultas bajo el velo del secreto. Aquí las rescatamos a sabiendas de que son ejemplo flagrante del peligro que guardan las obsesiones extraterrestres». En la sombría calle Luna, en el centro de la capital de España, ocurrió un crimen estremecedor en el que siete personas perdieron la vida. Era la primavera de 1961. Una espiral de sangre y misterio con un sastre enloquecido que aniquila a su familia por una «orden de arriba», unas inmolaciones aparentemente rituales, unos mensajes anónimos supuestamente emitidos por extraterrestres y varios protagonistas del «contactismo» involucrados en toda la trama.

Con esos ingredientes, el expediente de Luna, 16 fue un misterio al que la policía dio carpetazo casi inmediato por lo incomprensible y molesto. Ahora, despertado de su letargo casi cuarenta años después, nos muestra su rotunda, dramática y misteriosa realidad. Una historia de supuestos contactos con extraterrestres y de manipulación mental de la que nadie quiso hacerse responsable.

Lo peor es que el delirio cósmico prosiguió con otros involucrados en la trama que, en diferentes puntos de España, continuaron recibiendo órdenes tajantes. Algunas llevaron al suicidio a jóvenes de Tarrasa y Lérida. Un ritual sangriento al que ellos acudían sin reparos, confiando en los -hermanos cósmicos». Ellos los recogerían en su viaje hacia las estrellas. Una historia negra y sobrecogedora que nos muestra el otro laclo, el más oscuro, del mundo del contactismo en España.

¿Materiales de otros mundos?

Ficha: **Hace cuarenta y cinco años las portadas de los diarios nacionales reflejaron la crónica de uno de los más insólitos expedientes X españoles. Un enfermero madrileño aseguró que un extraño ser procedente de un ovni le había dado una piedra con nueve extraños símbolos. A raíz del análisis de aquel «regalo cósmico» y de otros sucesos similares ocurridos en diferentes puntos de la Península, comenzó una odisea apasionante que el tiempo logró acallar. Pero su misterio, pese a quien pese, continúa tan vivo como aquel primer día y refrendado por otros increíbles sucesos donde los protagonistas son los supuestos materiales procedentes de otro mundo.**

LA NOCHE DEL 17 DE NOVIEMBRE de 1954 fue una auténtica pesadilla para Alberto Sanmartín Comes. No se podría calificar de otro modo a la extraña aventura que llevó a las primeras páginas de los periódicos de la época a este anónimo enfermero de la Residencia «Las Flores», de 37 años de edad, y que sobre las tres de la madrugada se revolvía en su cama quebrantado por un inoportuno e intenso dolor de muelas.

En el exterior, el viento de la madrugada azotaba las persianas de algunos comercios que se desperdigan por la vieja calle Dulcinea ululando en el oscuro dormitorio del solitario personaje.

Al poco tiempo entre las callejas del vacío barrio de Argüelles se recorta una figura espigada vagando entre las sombras y poniendo rumbo a ninguna parte con el fin de calmar su insoportable molestia.

Era un remedio que ya había utilizado muchas veces, una larga caminata por el desierto Madrid que siempre era efecto balsámico y reponedor. Curioso método para un no menos curioso enfermero que compaginaba sus tareas en el hospital con esporádicas intervenciones en el celuloide. No era raro que los serenos se lo toparan alguna de esas frías noches de invierno. Lo saludaban cortésmente y, como intuyendo su ruta, proseguían la ronda sabedores de que Alberto Sanmartín acabarían tras unos minutos su caminata. Pero esta vez, según rezan las añejas e históricas crónicas, el dolor y las punzadas no se mitigaban, haciendo que el paseo nocturno se fue-

se alargando hasta allí donde los edificios iban quedando lejos y tan sólo el campo aparecía en el horizonte. Sin pensarlo dos veces, el rabioso enfermero comenzó a apresurarse y se adentró en los caminos que se desperdigaban como una línea discontinua de montículos y poblados chabolistas iluminadas a lo lejos por la luz de los candiles...

La Ciudad universitaria, absolutamente despoblada en aquella época, permanecía envuelta en un viento frío y lastimero como la única testigo del andar nervioso de nuestro protagonista. La bajada de la calle Reina Victoria, la Avenida Complutense, la Casa de Velázquez... y el estrecho puente que desemboca en la antigua salida a la carretera de La Coruña, son las etapas que Alberto Sanmartín, envuelto en un grueso gabán oscuro, va atravesando inmerso en su insoportable dolor, con el eco de las pisadas resonando a su espalda.

Y es al final del puente donde descubre, para su sorpresa, una figura humana estática y mirando en su dirección. Aquel hombre permanecía apoyado en un mojón de piedra ya descolorido y muy próximo a los barrotes de un pequeño puente.

Por unos instantes, Sanmartín dudó frenando en seco ante aquel «sospechoso». En un acto instintivo apartó la mano de su inflamado carrillo y entornó los ojos para intentar distinguir el aspecto de alguien que parece caminar lentamente hacia él. Efectivamente, aquel siniestro personaje le había visto y, con una sonrisa hierática se acercaba dando grandes zancadas.

El regalo de las estrellas

Eran las 4 y 10 minutos de la madrugada y aquel hombre, aunque parezca inaudito, parecía estar esperándolo desde hacía tiempo..., mucho tiempo. O al menos así lo siente Sanmartín, quien se echa para atrás unos metros presa de un inicial temor pero posteriormente siente como una extraña sensación lo mantiene allí retenido incluso en contra de su propia voluntad.

El pelo largo y rubio del individuo ondea ligeramente, y su mueca extraña, quizá forzada por alguna inconfesable intención, alerta al enfermero que por un momento piensa en retirarse de aquel lugar como alma que lleva Natanas .Sanmartín, hombre que siempre hizo gala de valor y arrojo no podía evitar estar asustado. Asustado por la enigmática mirada de aquel hombre y por los dos ojos achinados y brillantes que se le habían clavado y que ya no era capaz de desviar de los suyos...

Pasan los segundos, y el espacio entre ambas figuras se estrecha irremediablemente. El enfermero, de amplia frente y lacio bigote recortado, se da cuenta de que una fuerza invisible lo estaba empujando hasta el extraño ser que continuaba sonriendo, parapetado tras la oxidada barandilla del puente.

Cuando estaba apenas a un par de metros de él, vio con nitidez la vestimenta. Según sus posteriores declaraciones: *Parecía un piloto enfundado en un traje ceñido y grisáceo. Era un mono como el de los aviadores, de una pieza y sin aberturas... parecía metálico. Y las manos eran extremadamente alargados y blanquecinas.*

No es un hombre normal, pero algo le atraerá a Sanmartín de aquel misterioso individuo. Algo indescriptible que le hizo quedarse clavado en el asfalto, sin intentar huir, mientras el «aviador» descendía por un terraplén que se abría en aquellos tiempos bajo la antigua Carretera de La Coruña.

La cara de aquel ser se dibujó de nuevo en la noche, elevándose desde el socavón que descendía a través de un barranco bajo el asfalto. En un momento dado, y según recordaba el asustado enfermero, un sonido difícil de describir, semejante al repiqueteo de alguna maquinaria, empieza a retumbar en el interior de su cabeza.

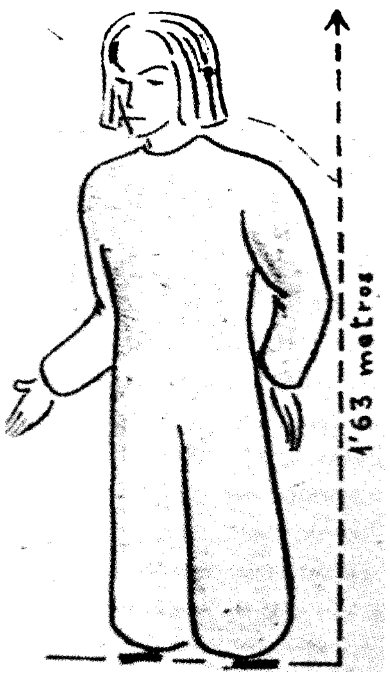
Con las manos en las sienes intentando mitigar aquella sensación, Sanmartín observa cómo el humanoide trae algo en las manos, concretamente un objeto rectangular, de no más de diez centímetros de largo.

Pensando en la posibilidad de que aquello fuese algún tipo de armamento desconocido, la inseguridad y el miedo vuelven a envolverlo.

El brazo del individuo se estiró con el objeto en la palma de la mano. Y la sonrisa forzada volvió a asomar en unos labios finos e inexpresivos. No hay palabras, pero el asustado Sanmartín vuelve, inexplicablemente, a recobrar la calma...

El ser parecía estar obsequiándolo con la misteriosa pieza rectangular, y Sanmartín no duda en cogerla, rozando con sus dedos la piel helada del enigmático hombre.

Así vióSanmartín al «hombre del espacio".



Apenas tuvo tiempo para mirarla, pero tras ponerla en su palma y cerrar la mano con fuerza, percibe que se trata de un material pesado, de una piedra gruesa y pulida de bordes cortados artificialmente. Tan embebido quedó Sanmartín analizando ese «regalo del cosmos» que apenas se percató de la huida rápida y silenciosa de aquel extraño personaje. A los pocos segundos un estruendo hizo vibrar el suelo, los árboles, el puente... y el enfermero se vio obligado a colocarse en cuclillas, temeroso ante lo que parecía ser un temblor de tierra. Repentinamente algo reclamó su atención en la negra vaguada que rodeaba la Casa de Velázquez. Es entonces cuando, ante su asombro, un objeto oscuro y ovalado apareció elevándose a gran velocidad. Era un «platillo», un disco metálico, que pronto se confundió con el resto de estrellas que alumbraban tenuemente el techo de la capital de España.

Encuentro con Sesma

De regreso a casa, olvidado ya el dolor de muelas y con el corazón latiendo desenfrenado dentro del pecho, el enfermero contempló la extraña piedra con la mortecina iluminación de las farolas. Fue parándose en cada una de las de la calle Dulcinea para observar mejor diversos signos escritos en la superficie del objeto, varias inscripciones misteriosas a modo de mensaje que no puede entender... pero que algo parecen decir.

Amanecía ya cuando Sanmartín sube a su habitación. Muchos amaneceres más aparecerá en la misma posición, mirando fijamente el extraño obsequio de las estrellas y copiando en las hojas de un cuaderno los nueve símbolos que allí había grabados. En la soledad de aquel cuarto, y sin que nadie fuese partícipe del gran secreto, intento darle mil y una vueltas a la historia. ¿Qué clase de ofrenda era aquélla? ¿Qué sentido y significado tenía aquel mensaje de piedra? ¿Cómo podía llegar a saber la verdad acerca de lo que le había sucedido?

Al final, y tras no pocas cavilaciones interiores, Alberto Sanmartín Comes contacta con Fernando Sesma Manzano, un personaje peculiar al que volveremos obligadamente a referirnos en esta obra y que fue una de las personas clave en la historia de los supuestos extraterrestres en nuestro país. Por aquel entonces, Sesma, empleado de Correos y Telégrafos y aficionado a estos extraños asuntos, comenzaba una breve sección en el popular diario *Madrid* bajo el título «Los platillos volantes vienen de otros mundos». Una serie de artículos que tuvieron gran aceptación del público por ser absolutamente innovadores y por tratar un asunto que era desconocido en aquella España de mediados de los cincuenta.


MARTE COLOCA EN MADRID SU PRIMERA PIEDRA

"YO HE VISTO UN PLATILLO VOLANTE Y UN SER DE OTRO MUNDO EN LA CARRETERA DE LA CORUÑA"

La noticia del incidente de alberto Sanmartín fue la primera de estas características aparecida en la prensa española: Causó un revuelo sin precede} ites.

Las coincidencias entre Fernando Sesma y el portador de la ie-dra del espacio» no fueron pocas. Los dos debieron quedarse mudos cuando descubrieron que en la misma noche en la que Sanmartín tenía su encuentro, el «profesor» Sesma, que así se hacía llamar por sus incondicionales, fundaba en un café madrileño la «Sociedad de amigos del Espacio BURU», la primera creada en nuestro país que aglutinaba a interesados en el vanguardista y polémico asunto de los «platillos volantes», y en la que figuraban personajes de la talla del dramaturgo Buero Vallejo o del escritor Alfonso Paso. La «increíble» casualidad hizo que Sesma le otorgase una importancia fundamental a aquella piedra, una, para él, *evidencia de comunicación de civilizaciones cósmicas con los habitantes de la Tierra.*

Así, a través de Sesma y su curiosa sociedad, la «Piedra del espacio» fue pasando de mano en mano entre los integrantes de aquellas históricas reuniones que en un principio tuvieron como emplazamiento el Café Gijón de Madrid y tras pasar por otros como el Gambrinius, finalmente recalaron en los sótanos del Café Lión. Una oscura dependencia llamada «La Ballena Alegre» fue el lugar donde durante años se discutió de estos asuntos en una España que acaba de dejar atrás la dura posguerra y que no otorgaba ningún trazo de libertad para con estas temáticas.

A pesar de todo, las ingenuas charlas y los delirantes debates que se producían en los bajos del Lión no convencieron a Sanmartín. Éste, cansado de que todo el mundo interpretara libremente aquellos símbolos pero sin otorgar una solución al enigma, decidió poner en manos de un reportero la codiciada pieza. Y a través de este periodista de raza se hicieron las primeras pruebas serias y lógicas en torno a aquel material supuestamente procedente de lejanos planetas habitados.

Sensacional noticia

En febrero de 1955 el rotativo *El Alcázar* abría su portada con un sorprendente titular que originó un inolvidable revuelo en la ciudad. En grandes letras de imprenta se podía leer: «Marte pone en Madrid su primera piedra». El excepcional reportero Arcadio Baquero había convencido a Sanmartín,, tras no pocas horas de reunión, para que contase su odisea. A cambio, utilizaría sus contactos para, en un plazo corto de tiempo, tener datos fidedignos de la naturaleza de aquel rectángulo rosado y grabado en una de sus caras.



Alberto Sanmartín charla con Arcadio Baquero mientras le muestra su -regalo de las estrellas-.

El joven y audaz periodista creyó a Sanmartín. Y quizá por eso, con la piedra del espacio en los bolsillos de su desgastado chaquetón, recorrió universidades e instituciones científicas con el fin de que alguien arrojase un dictamen.

El primer reportaje de Baquero agotó las tiradas. Que en aquellos primeros días del 55 un ciudadano asegurase en titulares que *yo be visto a un ser de otro mundo en la carretera de La Coruña,* creó una expectación sin precedentes. Era, probablemente, la primera vez que en España una noticia de estas características tenía tal cobertura informativa. No es extraño, por lo tanto, que *El Alcázar* decidiese indagar en aquel asunto hasta dejar satisfechos a su legión de seguidores. Por eso, Arcadio se hizo cargo de la aventura y se encaminó a los lugares donde poder hallar respuestas concretas a un misterio tan tangible como era aquel de doce centímetros que portaba en sus manos.

En el instituto de Mineralogía, el reputado catedrático Pedro Bayón García Campomanes analizó la piedra. Con abierta extiañeza, la sometió a varias pruebas y dictaminó asombrado que aquel material no era común. Así le dijo aquella mañana al reportero:

Es rara esta piedra, desde luego, parte de ella es soluble y otras no lo son, tiene sabor salado y no contiene sales... ¿qué cosa más extraña?, ¿de que estará hecho esto...?

A las pocas horas, y buscando descifrar el hipotético mensaje de otro mundo, el infatigable periodista se reunía en un amplio despacho del Museo Arqueológico con el doctor José María de Navascués, director de dicho centro y catedrático de Epigrafía en la Univesidad. Nadie mejor que él podía interpretar el significado de aquellos símbolos grabados en la piedra, pero tras toda una tarde de indagaciones, el voluntarioso profesor sólo pudo adivinar ciertos signos de las culturas egipcias y helenísticas. Eran trazos simples, profundamente grabados en aquel material de color violáceo y que, según él, tenían algo que ver con la muerte o la visión de ésta según la visión de antiguas civilizaciones.



Fotografías de los análisis de Pedro Bayon García Campomanes.

Y Así lo escribió Arcadio Baquero esa misma noche, tecleando con fuerza en su vieja maquina de escribir. Era consciente de que que quizá se encontraba ante la noticia de su vida... y, deseando que el papel no se acabase nunca, plasmo otro excelente articulo donde se reflejaban los descubrimientos en torno a aquel material.

El rotativo vendió muy por encima de sus previsiones durante aquella semana, pero los días pasaron y la búsqueda personal en la que Arcadio y Sanmartín se habían enfrascado no dio los frutos previstos. Ambos recorrieron mil y un centros en busca de solución al enigma de aquel regalo del cosmos. Una solución que no llegó jamás, va que nadie se ofreció para analizarlo en profundidad. El portazo sistemático fue la única respuesta, una reacción que caló hondo en aquellas dos personas que juntas habían iniciado una curiosa cruzada.

Así, la noticia, la sensacional exclusiva de aquel año 1955 en los rotativos madrileños, se fue diluyendo con el paso de los días... y poco a poco la bruma y el olvido hicieron que «la piedra de Sanmartín» pasara a mejor vida, relegada al rincón más oscuro del archivo de enigmas pendientes y muy lejos de aquellas mañanas de invierno en las que medio Madrid se preguntaba en corrillos, en las aceras y en los viejos colmados, si efectivamente los marcianos ya habían llegado hasta nuestro mundo.

Rumbo a Brasil

Desconsolado ante aquellas respuestas que nunca aparecieron, Sanmartín se embarcó en la aventura de «cruzar el charco» rumbo a Sudamérica. Concretamente, Brasil era el destino elegido tras escuchar la voz sabia de un familiar directo que allí había logrado amasar cierta fortuna. A pesar de las amistades que dejaba en Madrid dentro de la Sociedad de Amigos del Espacio BURU y de la expectación que había generado su piedra en todos los ambientes «iniciados» de la capital, el enfermero y actor ocasional no dudó un instante en plantarse, al otro lado del mundo, en la populosa ciudad de Sao Paulo. Allí, en una urbe de dieciocho millones de habitantes, arribó el madrileño con un modesto equipaje y su legado de las estrellas. Todos sus compañeros españoles pensaron durante años que la necesidad imperiosa de mejorar su situación económica fue lo que decididamente lo motivó a tomar esa determinación. Pero esa

no era toda la verdad. Lo cierto es que Alberto Sanmartín, desde el primer momento que pensó en el país carioca de una forma clara y concisa. Allí se encontraba la pieza clave de su insólita experiencia iniciada en las afueras de Madrid. Por eso se embarcó, en la primavera de 1956 en su particular, obsesiva y secreta aventura...

El motivo real del viaje del enfermero a Brasil siempre estuvo envuelto en un halo de silencio. Las personas que conocieron y departieron con Sanmartín en las tertulias del Lión, como el comisario de policía Dionisio Garrido o la secretaria de aquella sociedad, la germana Hilde Menzel, nunca tuvieron claro por qué la piedra y su propietario los abandonaron de un modo tan súbito. Por fortuna, las indagaciones del sagaz reportero hispano-brasileño Pablo Villarrubia Mauso desempolvaron el secretismo que rodeaba aquella historia. Siguiendo la pista del legado de Sanmartín en el país sudamericano, Villarrubia consiguió una serie de excepcionales informaciones que demostraban que el primer «contactado» español buscaba su «panacea extraterrestre» en Brasil.

Por eso no dudé un ápice en reunirme con Villarrubia, buen periodista y mejor amigo, bajo el calor asfixiante de aquel mes del junio madrileño. Parapetados por los toldos de uno de los familiares restaurantes que rodean la redacción de *Enigmas y* donde tantas veces coincidimos los «locos por lo insólito», comenzó nuestro improvisado cambio de ideas.

Recién llegado de su país natal, Villarrubia, me soltó la primera en la frente. Sonriendo, y con su irónico y genial sarcasmo, me dijo: *Ya descubrí lo que Sanmartín buscaba en Brasil. ¡Por fin!... y la verdad es que el hombre era ambicioso.*

Y, como no podía ser de otro modo, escuché intentando no perderme ni un detalle de aquella fascinante odisea que, cuatro décadas después, había llegado hasta la capital de España en un particular retorno. Cuarenta años más tarde, Pablo Villarrubia había obtenido nuevas claves de este gran expediente X español:

—*Sanmartín murió en 1982 allí, en Sao Paulo* —comenzó a explicarme mi colega mientras sorbía de un golpe el café helado—, *y lo hizo de un modo dramático e inesperado. No podía ser de otra forma. En este último viaje a mi país pude seguir su pista y adentrarme en el barrio de Santo Amaro, un lugar humilde y muy peli-*



Una réplica realizada en 1995 que refleja con exactitud la recibida por Sanmartín cuarenta años antes.

groso hoy en día. Allí vive aún Encarnación Zapata, una burgalesa de 74 años que fue la esposa de Sanmartín hasta su último día.

—O sea que el pobre Sanmartín no logró hacer realidad su sueño, murió en un suburbio y olvidado de los demás —le pregunté intentando imaginarme aquel lugar en el que concluyó la existencia de tan singular personaje.

—*Efectivamente, compañero. Santo Amaro es un lugar conocido por sus índices de pobreza y criminalidad. Sanmartín no logró el objetivo de hacerse rico, pero igual logró otros. Según pude saber, su auténtica intención no era hacer fortuna, sino buscar las bases extraterrestres enclavadas en la selva de Mato Grosso, de donde quizá provenía su regalo cósmico. Él. en conversación privada con el «jefe» de las tertulias del Lión, Fernando Sesma, aseguro que tenía el pleno convencimiento de que exactamente en ese lugar se hallaban los seres de otro mundo.*

¿Bases extraterrestres en la selva brasileña? —mi confusión y fascinación caminaban parejas escuchando la historia que Villarrubia me traía en su faltriquera.

—*Pues sí, querido amigo*—prosiguió mi contertulio—. *Según pude saber de boca de su propia esposa, Pacita, Sanmartín realizó*

una increíble expedición en busca de una base subterránea extraterrestre acompañado de tres amigos en aquel invierno de 1956. Estuvieron durante varios días remontando el Río Verde y, al parecer, su mutismo fue total al regreso. Su mujer creyó que nada bahía sucedido, pero ele aquí que un gran explorador)' conocedor de toda esa zona me dijo algo absolutamente distinto.

—O sea, que sí descubrió algo —le corté ansioso.

—Eso parece. Así me lo afirmó sin titubear Walter Bülhet; que supo que el día 2 de enero de 1956 Sanmartín y su expedición, conformada además por varios amigos excépticos en los asuntos de platillos volantes, partieron del puerto de Santos con destino al inexplorado Mato Grosso. A su regreso el madrileño confesó a Bíilher haber descubierto una de esas grandes bases, pero que por orden directa de los propios extraten-estres estaba comprometido a no decir absolutamente nada. Era un Sanmartín aterrorizado y mudo el que llegó de esa aventura de la que hasta hoy no sabíamos nada.

—¿*Y* su muerte? —volví a preguntar a un Villarrubia que me iba ilustrando la alucinante historia con fotos inéditas de aquel explorador ele lo imposible.

—Bueno, como te dije, fue en 1982. Al salir de un supermercado de Santo Amaro comenzó a sentirse mal y sufrió un mareo en el coche cuando viajaba al hospital. Se estrelló contra un árbol. Es curioso, ya que gozaba de buena salud. Lo que nadie sabía, y me confesó muy afectada Pacita, es que, el día del encuentro con «el hombre del espacio», Sanmartín se levantó tras haber visto extrañas imágenes de cúpulas y ciudades como de otro mundo. Pacita fue la primera en saberlo, y el propio enfermero la llamó por teléfono para relatarle lo sucedido. A lo largo de su viaje a Brasil, esas « visiones» se repitieron en momentos concretos. Quizá era la propia fotografía» de lo que andaba buscando... pero todos los secretos se los llevó a la tumba de ese modo tan misterioso e inesperado...

De nuevo en las carreteras, esta vez poniendo rumbo a la vieja Castilla a la caza y captura de un sacerdote que llevaba la friolera de medio siglo investigando el asunto de los ovnis, recordé algunos sucesos, absolutamente excepcionales, en los que algunas personas afirmaron, tal y como hizo en su día Sanmartín, haber recibido un curioso regalo de seres de otro mundo. Mientras atravesaba los eternos páramos de la tierra de campos intenté rebobinar en el archivo de la memoria hasta detenerme en una fecha clave: 6 de diciembre de 1951, días antes de que el enfermero diese a conocer la noticia a través de *El Alcazar*...

¿Maquinaria de un OVNI?

No me fue difícil recordar otra de las más increíbles historias relacionadas con el hallazgo de insólitos objetos en nuestro país. Siendo justos, habría que afirmar que la insólita experiencia de Juan Martínez Portóles, natural de la localidad fronteriza de Irún (Guipúzcoa) y obrero de la constaicción empleado en el pueblo de Rentería, fue la primera de estas características en saltar a las páginas de los diarios. Aquella jornada de madrugada invernal, el testigo se dirigía a su trabajo en una vieja bicicleta que conducía con sumo cuidado debido a la lluvia fina que comenzaba a empapar las subidas a los llamados Altos de Gainchurizqueta. Según confesó el testigo al corresponsal de *La Voz de España* en Irún, Juan Antonio Lekuona, *en el centro de la calzada surgió un foco potentísimo y una forma rectangular que lo abarcaba todo. Tuve miedo y procuré pedalear hasta la cuneta pensando que aquello se me echaba encima. Al final me detuve en una curva bastante pronunciada y allí lo vi parado y en total silencio...*

Elevado sobre un pequeño barrizal y con la lluvia cayéndole encima, Portóles tuvo que frotarse varias veces lo ojos para asegurarse de que aquello no eran visiones. Junto al camino asfaltado y frente a un caserío conocido como Loidi-Berri se había apostado tin objeto semejante a una cabina telefónica con una luz circular en su parte superior que iluminaba a intervalos toda la zona con un resplandor amarillento. El supuesto ovni tenía unos tres metros de base y cuatro de altura. Totalmente fuera de sí y preso de una gran excitación, el obrero descendió el puerto y en una bajada digna elel «Tour» acabó declarando ante su capataz. Este, absolutamente convencido ele la honestidad de Portóles, emprendió el camino hacia los Altos ele Gainchurizqueta acompañado ele otros trabajadores, pero al llegar al lugar señalaelo por el testigo comprobaron que no había ni rastro elel

fantástico aparato. Eso si, al aproximarse a la superficie donde este estuvo posado, hallaron con sorpresa una gigantesca pisada de un zapato cuya talla sobrepasaría el 52 con creces, y dos objetos realmente extraños: un muelle negruzco y grasiento de unos veinte centímetros de largo, que se podía estirar con facilidad hasta los dos metros, y cinco piezas oscuras formadas por algo semejante al aluminio, de forma curva y unos seis milímetros de espesor.

¿De dónde provenían esas piezas? se preguntaron tanto los obreros como el popular periódico *La Voz de España.* El vocablo ovni ni siquiera se conocía en aquella época y. como los hechos condenados al olvido, este suceso «maldito» para la época acabó diluyéndose tras gozar de un par de días de popularidad. En la historia de nuestros hechos insólitos será recordado como uno de los pocos en los que se hallaron pruebas físicas tras un aterrizaje ovni. Algo que volvió a repetirse, y de un modo mucho más sobrecogedor y espectacular, cuarenta y tres años después y en el lado opuesto del país. Y en busca de las primeras lomas de Valladolid recordé con cierta añoranza una historia donde la clave también estaba en los supuestos materiales de otro mundo y que, por fortuna o desgracia, me tocó vivir muy de cerca. Quizá demasiado...

El enigma de Los Villares

21 de julio de 1996, 14:15 horas
Redacción de Enigmas *del hombre y el universo*

Ángela Díaz, la coordinadora de la revista, nos dejó el recado como habitualmente suele hacerle) cada vez que una pista interesante llega hasta estos lares. En su mesa un post-it pegado junto al ordenador reflejaba un nombre y número de teléfono. Tras ellos una escueta nota: *Para Iker y Lorenzo: avistamiento ovni en provincia de Jaén.*

No imaginábamos, desde luego, la repercusión futura que iba a tener ese primer «soplo», y quizá porque llegábamos a la redacción tras haber recorrido cada uno por su lado distintos puntos de la piel de toro en busca ele misterios varios, no le concedimos demasiada importancia a lo escrito en aquel papel fluorescente. Solo pensabamos en drsi ánsar, pero aquella nota no nos lo iba a permitir en las siguientes jornadas ya que, electivamente, algo excepcional había ocurrido en las llanuras del Santo Reino de Jaén.

Tras teclear aquellos dígitos, una voz atropellada sonó al otro lad< > del aurieular: *Los be llamado al ver en la primera página de su revista una cosa muy parecida a la que hemos grabado aquí hace sólo unos días,* nos confesaba el empleado de almacén de la capital jienense que respondía al nombre ele Gregorio Avila. Rápidamente comprendimos que se refería a la noticia de la espectacular filmación ele un ovni sobre la ciudad extremeña ele Trujillo que publicamos en primicia dentro de nuestra sección de actualidad y que Fernando Jiménez del Oso tuvo a bien reflejar en la portada de aquel número. Al parecer, durante la noche del 15 de julio, y en compañía ele otros testigos, el señor Avila había podido captar con su videocámara de aficionado una luz semejante a la avistada en mayo se)bre tierras extremeñas.

Cuando ya andábamos husmeando en el archivo para localizar el número de nuestros corresponsales en Jaén para que cubriesen la información, a la vista de que la noticia era importante pero no tanto como otras ejue nexs mantenían atareados aquellos días, algo inesperado hizo que nos quedásemos petrificados. Aquel hombre confesó entrecortado que «algo más» había ocurrido en la zona en esa intensa semana de julio. Y ya con los nervios repartidos por igual a ambos lados ele los teléfonos iniciamos un severo interrogatorio a aquel afable y humilde trabajador andaluz que nos ocultaba, quizá por miedo a ser ser tomado en serio, una preciosa parte de la información. Pero al final habló. Un extraordinario y doble encuentro con ovnis y tripulantes en pleno día se había producido justo horas después de la grabación del OVNI. Y, lógicamente, aquello nos hizo cambiar la mueca. La gran noticia se había producido allí, entre solitarios olivos del campo jienense, confirmando la regla invisible pero real de que son esos lugares apartados del mundanal ruido los que de repente se convierten en escenario para este tipo de hechos extraordinarios.

Una llamada crucial

Y así, mientras escrutábamos el mapa de carretelas la ruta a seguir hasta el encalado pueblo de Los Villares, nos vino a la mente realizar otra llamada. En esta ocasión no era nada «aparentemente» importante, y a pesar de que siempre acudimos a la máxima reporteril de no difundir jamás estos embriones de primicias hasta haber peinado el lugar, agradecimos oír la voz cálida y siempre amiga de Juan José Benítez al otro lado del hilo telefónico.

La verdad es que a él le extrañó tanto como a nosotros la inesperada comunicación. No era normal que a esas horas le contásemos nerviosos lo que nos acababan de confirmar desde Jaén. Lo lógico era esperar al día siguiente, con la primera investigación ya realizada, para valorar los hechos y entonces transmitirlos a uno de nuestros más apreciados colegas. Y lo más coherente, ¡qué demonios!, era no decir absolutamente nada a nadie hasta que no se publicase el posible reportaje sobre los hechos. Pero, la verdad, nada en esta historia parecía tener lógica.

Juanjo tomó buena nota de lo que le contábamos repitiendo lo que le íbamos diciendo al tiempo que escribía en su cuaderno: *Un ovni con forma semiesférica, una grabación nocturna, tres tripulantes embozados en trajes plateados, una huellas en el terreno...* En apenas cinco minutos le pasamos el parte saltándonos nuestra particular y prudente ética periodística, aliviándonos como si hubiésemos realizado una operación necesaria. ¿Necesaria para qué y por qué?...

Los cuadernos de campo, las cámaras y las grabadoras volaron y aterrizaron con precisión en las bolsas ele viaje a la misma velocidad que el coche emprendió rumbó a Andalucía por la N-IV a la mañana siguiente. La primicia no se nos podía escapar. Inmersos en esa vorágine y con un manojo ele nervios atenazando el estómago iniciamos una Rita alternativa por carreteras secundarias que mostraban el singular esplendor ele las tierras que unen la llanura manchega y Andalucía. Por ese itinerario solitario serpenteamos hasta desembocar en la barriada ele la Salobreja acompañados de cuarenta y tres inmisericordes grados a la sombra. Allí, con camisa blanca y pantalón vaquero, nexs recibió Gregorio Ávila como si hubiese estado esperándonos toda la vida. Ya en su casa, agradeciendo infinitamente la sombra protectora del interior, observamos la cinta de vídeo donde una esfera luminosa danzaba impunemente sobre el cielo de Jaén. Al mismo tiempo. Mari Carmen García, esposa ele Gre------ nos detallaba como se toparon casi ele frente con el aparato a las 2:25 horas del 15 de julio, dándonos además los nombres de otros vecinos que habían observado la extraña formación desplazándose a baja altura hacia Los Villares.

Tras confirmar los diversos testimonios que daban fe del extraño fenómeno, nos centramos en el episodio c]ue realmente nos había llevado hasta allí. Y no pudimos evitar sobecogernos de nuevo cuando a bordo del Renault 21 ele Gregorio Ávila atravesamos los montes ele Jabalcuz siguiendo la misma ruta realizada por el OVNI hasta llegar al encalado pueble) ele Los Villares. Allí encontramos, aún presa del temor, a un hombre que había recibido el mayor susto ele su vida horas después ele tomarse la filmación. El testigo no era otro e|ue el propio padre ele Gregorio, Dionisio Ávila, de 66 años, jubilado y con una increíble experiencia que contar a estos dos sorprendentes forasteros...

Tres «hombres desnudos»

A las doce del mediodía del 16 ele julio ele 1996, en un paraje próximo al pueblo, Dionisio se topó con un artefacto semiesférico provisto ele ventanas ovaladas y oscuras semejantes a los ojos ele buey ele lo barcos que permanecía aterrizado. Nadie lo vio llegar. Simplemente, allí estaba. El artilugio, que parecía hacerse transparente o desaparecer en determinados momentos, parecía unido a una torreta ele alta tensión por un cable grueso que partía ele su parte superior. Esta circunstancia despejó las iniciales eludas ele un Dionisio que en el primer momento llegó a pensar que aquello se trataba *de un contenedor de los de JCONA.* Acto seguido se plantaron frente al objeto tres seres de alta estatura enfundados en monos plateados tan ceñidos que *parecía que fuesen desnudos.* A la intemperie tan sólo aparecían unos rostros huesudos de rasgos orientales. Fue entonces, al ir alejándose ante la severa mirada ele aquellos seres, cuando el testigo se percató ele que en el «fuselaje» ele la nave había un símbo-



J. J. *Benítez. Dionisio Ávila e Iker Jiménez en el lugar exacto que ocupaban los tres seres aparecidos en Los Villares.*

lo grabado que alternaba círculos y barras. Algo que nos dibujó posteriormente en nuestros blocs de notas como «IOIOI».

Al iniciar la huida campo traviesa, mientras miraba a aquellos misteriosos individuos que permanecían impertérritos frente al artefacto, Dionisio Ávila notó como si *extrañas noces empezaran a hablarme dentro de la cabeza.* Acto seguido, del OVNI surgieron una serie de haces de luz dirigidos al testigo que espantado comprueba cómo «un lucerillo» se convierte en una piedra totalmente esférica que cae al suelo tras impactar en su pecho. Detrás de ésta vendrían otras dos. Al agacharse a recogerlas, antes de salir corriendo del lugar preso del pánico, comprueba que en una de ellas aparece grabado el enigmático signo IOIOI.

Una casualidad imposible

A grandes rasgos, éste fue el incidente acaecido en Los Villares en la noche del 15 y mañana del 16 de julio de 1996 y del que informamos exhaustivamente en su día en la revista *Enigmas.* Quizá el más espectacular de la «fiebre de ovnis» que invadió la península Ibérica de cabo a rabo durante aquel 1996. Pero, a pesar de ser los primeros en publicar la noticia y las fotografías del lugar donde permanecen aún visibles varias huellas circulares supuestamente correspondientes al tren de aterrizaje de aquel artefacto, nos quedamos con un regusto amargo.



Una de las piedras de Los Villares (Jaén), que reproduce el símbolo LOLOL.

Lo cierto es que Dionisio no quería enseñarnos las piedras, y eso nos provocaba un mar de dudas. Sabíamos que las tenía en aquella casa, probablemente escondidas en algún rincón más que previsible, pero no quisimos insistir más y nos «conformamos» con publicar un reportaje previo sobre el caso «a secas». El enigma de las piedras decidimos postergarlo para resolverlo en compañía de Juan José Benítez, confiando plenamente en su destreza y olfato periodístico como si supiésemos que algo muy importante se escondía detrás de aquella historia.

El porqué volvimos a querer que él estuviese allí, con nosotros, es algo que aún me parece confuso y al que no doy todavía una explicación lógica. Pero así fue.

A la llegada a Madrid nos recibieron nuestro director, Eernando Jiménez del Oso, y el periodista Julio César Iglesias, alertados de lo fundamental del suceso y dispuestos a informar en primicia en el

programa que este último dirigía en las tardes de Radio Nacional de España. A través de esa emisora los oyentes supieron por primera vez del Caso Villares, aunque partes fundamentales de él las hubiesemos «invernado» premeditadamente en los más oculto del archivo a la espera de nuevas investigaciones.

Al regresara la redacción, dispuestos a ponernos manos a la obra con el reportaje, recibimos una nueva llamada. La más nerviosa y emocionante de aquellas jornadas. Era, cómo no, Juanjo Benítez, que se adelantaba «casualmente» por segundos al telefonazo que nosotros le íbamos a dar. Su mensaje, tras hacer que le repitiésemos en diez ocasiones los símbolos que tenía el fuselaje del ovni (detalle que se nos «escapé)» en nuestra primera conversacióm y del que dimos cuenta en el programa de Julio César), fue claro y rotundo: *Mañana mismo cambio todos mis planes y voy para allí. Quedamos en el Meliá Castilla de Madrid, tengo algo muy importante que deciros.*

Y no le faltaba razón. Juan José Benítez se planteó en dicho lugar con puntualidad británica acompañado de su esposa, Blanca. Y ambos nos contaron una de las historias más alucinantes y curiosas que habíamos oído nunca. Horas antes del aterrizaje de Los Villares, nuestros dos contertulios se encontraban en una ruta por Egipto, concretamente en la costa del mar Rojo. Y allí Juanjo daba rienda suelta a una de sus grandes pasiones ocultas: el submarinismo. Según nos contaba absolutamente apasionado, Blanca lo llamó a gritos tras hacerse una herida bastante profunda. Con pena, y ya en el exterior, comprobé) que un anillo de oro de gran valor sentimental se había perdido en las aguas en ese intervalo en que fue ayudado a salir hasta la orilla. El desconsuelo de Blanca fue tal que Juanjo, como quien busca una aguja en el pajar más grande del mundo, intenté) sumergirse para otear el fondo marino con la remotísima esperanza de encontrarla preciada pieza. Tras varias inmersiones se cercioré) de lo lógico; era absolutamente imposible encontrar aquel anillo entre las arenas sumergidas. Al salir al exterior, y muy cerca de la orilla, Benítez noté) que algo brillaba a varios palmos de profundidad. Y así, albergando una última esperanza buceó hasta comprobar que ¡un anillo! parecía estar esperándolo reposando en una pequeña loma submarina. Emocionado corrió hasta el lugar donde su esposa reposaba, casi sin darse cuenta de que no se trataba del objeto que buscaba. Era en realidad otro anillo de las mismas dimensiones pero de plata. . Y en su reverso la gran sorpresa. Unos símbolos compuestos de barras y círculos exactamente iguales a los que Dionisio vio en Jaén con pocas horas de diferencia. IOIOI. Efectivamente, ahí estaba la clave. Según nos confesó Juanjo, estuvo a punto de salirse de la autopista cuando oyó la voz de Lorenzo detallando el «barra, circulo, barra, circulo, barra... ¡Era exactamente lo mismo que venía grabado en el anillo milagrosamente encontrado en el interior del mar!



¡El anillo encontrado por J.J. Benítez en el Mar Rojo (foto J.J. Benítez).

Pero las casualidades no acababan ahí. J.J. Benítez nos afirmé) sin tapujos que en esa época del viaje por Egipto y el caso de Los Villares sufría una tremenda incertidumbre por un caso muy especial al que estaba siguiéndole la pista desde hacía mucho tiempo. Y así, mientras brindábamos los cuatro por el inmediato viaje en busca de las «piedras de otro mundo», nos confesé) que esa misma noche del 16 de julio, momento de la filmación y visión por parte de varios vecinos del «ovni de Los Villares» él pedía de un modo muy particular al cielo de la tierra de los faraones «una prueba contundente» que demostrase la veracidad del suceso extraordinario que perseguía con tanto ahínco.

Lloras después, bajo el sol abrasante de la sierra de Jaén, pude ver con mis propios ojos las presuntas piedras que el ovni y sus ocu-

pantes «regalaron» a Dionisio Axila. La impresión fue tremenda. Juan José no pudo apenas sacar una fotografía. Le temblaban las manos. Comparamos sobre la mesa-camilla de aquel jubilado el anillo de Blanca y las piedras y no pudimos llegar a otra conclusión, el símbolo grabado en ambos era exactamente el mismo. Con las mismas medidas, proporciones, separaciones...

Todo un enigma ante nuestros ojos. Un misterio que , he de reconocerlo, nos dejó a los tres bastante tocados. No era cuestión de creer o no en los ovnis. El reto era analizar la tan increíble coincidencia en la que todos habíamos sido partícipes. Y rodando por los caminos de la Andalucía Oriental Lorenzo, Juanjo y yo nos hicimos miles de preguntas a las que nadie podía responder. Y es que, si uno analiza este suceso desde el momento en que realice la primera llamada a Benítez, no le queda más remedio que pensar que la graciosa y ocurrente casualidad estaba empeñada en que esa historia nos relacionara a los tres de un modo indisoluble.

A este apasionante incidente Juan José Benítez se refirió con profusión en su obra *Ricky B,* mostrando los mil y un enigmas que lo rodeaban. Algunos tan sugerentes como el propio significado de los símbolos «raya» y «punto» en el código morse. Ambos son los únicos que representan una letra por símbolo de todo el alfabeto. Y juntos, como estaban en el anillo y las piedras, no tienen más que un significado: E.T.

Unas siglas que me hicieron esbozar una tibia sonrisa, quién sabe si para intentar ocultar un profundo desasosiego. Habíamos sido partícipes de algo que se escapaba al mero periodismo, y, he de confesarlo, aquello me asustó. Como se asusta un niño cuando se pierde por primera vez. Una sensación de vacío y de interrogantes que martillean mis sienes siempre que recuerdo esta aventura todavía inconclusa. La misma que, quién sabe, debieron vivir otros hace mucho tiempo. Otros como Portóles o Sanmartín, que se enfrentaron sin quererlo a unos materiales desconocidos en los que quizá se encuentre codificado un mensaje que todavía no podemos comprender... pero que está ahí.

Mensajes asesinos

Ficha: **En 1962 un atormentado sastre aniquila a toda su familia haciendo una extraña ofrenda a los cielos. Desde hacía ocho meses otros personajes relacionados con los primigenios movimientos españoles de contacto con extraterrestres estaban recibiendo misteriosos anónimos donde se detallaban en clave los sucesos que se iban a producir precisamente en el lugar de la matanza, el número 16 de la madrileña calle Luna. Esos mensajes proféticos fueron de mano en mano recalando posteriormente en otros grupos de interesados en los ovnis que acabaron poniendo fin a sus vidas del modo más dramático que se pueda imaginar.**

SUCESOS COMO LOS OCURRIDOS en la calle Luna, 16, de Madrid, y posteriormente en otras localidades españolas, demuestran a las claras lo peligrosa que puede resultar la «obsesión extraterrestre».

Antes de que los grupos investigadores se pusieran de moda, y de que la televisión y las ondas hertzianas difundiesen a nivel popular los entresijos del mundo del misterio, existían núcleos de interesados en estas temáticas que, en la más pura clandestinidad, intentaban saber algo de unos «hermanos del cosmos» de los que estaban seguros recibían directas comunicaciones. Así fue la prehistoria de un movimiento que ha degenerado en una buena ristra ele aprovechados, sinvergüenzas y «chupacámaras» profesionales.

Antes de todo esto, al iniciarse la década de los sesenta, los primeros interesados en el mundo de los ovnis ya habían dado que hablar. Y lo hicieron por una historia oscura y amarga que durante décadas se ha considerado el mayor tabú ele la ufología patria. Algo intocable y que no merecía la pena remover. Y la pregunta, al menos en mi caso, surgió repentinamente: ¿Por qué ese mutismo? ¿Qué ocurrió en aquellos años de expectación y desmedida fe por los visitantes del universo?... con el tiempo, y con el lento proceso de la investigación que ahora tienen ante ustedes, fui respondiéndome a tantas interrogantes.

Durante muchos años, nuestra peculiar «comunidad ufológica» silenció, disimuló o enmascaró lo sucedido en una vieja casa de

Madrid. Aterrada por las inmediatas repercusiones que podían originarse en la opinión publica al saberse que destacados personajes del llamado «contactismo» y diversos investigadores del fenómeno ovni, estaban involucrados en uno de los más horrendos crímenes múltiples habidos en nuestro país. Un suceso luctuoso que copó las portadas de todos los vespertinos españoles y sobre el que revoloteó insistente la sombra de la duda. Ni la policía ni los investigadores privados llegaron jamás a ninguna conclusión. Aparentemente, un loco homicida había exterminado a su familia una soleada mañana de primavera. Sin más. Pero eso era tan sólo parte de la verdad, lina verdad que, como diría el célebre agente televisivo Fox Mulder, *estaba ahí fuera,* y sobre la que se rumoreó durante demasiado tiempo.

Sospechas de que determinados mensajes habían provocado la matanza, y la implicación directa de uno de los más importantes investigadores ufológicos de la época, daban otro cariz al asunto. Pero, como tantas otras veces, nadie estaba dispuesto a coger el toro por los cuernos. Podía «ensuciarse» demasiada gente.

Fue en una agradable cena junto al monasterio barcelonés de Montserrat donde se me encendió la particular lucecilla de alarma periodística. Y he de confesar que fue el querido amigo y director de la revista *Más Allá,* Javier Sierra, quien soltó unas frases demoledoras en aquella velada: *Habría que investigar toda la verdad en torno a los crímenes de la calle Luna, 16, y su relación con el contactismo. Hay cosas que, simplemente, no encajaban.*

Como sabedor de que de un momento a otro me pondría como un galgo sobre la remota pista, Sierra me sostuvo la mirada durante unos segundos y cambió de tema. Pero aquella breve historia, de la que ya había tenido referencias vagas y sueltas, se quedó grabada en lo más profundo de mi cerebro.

Cuando enfilé las hemerotecas en busca de la primera documentación veraz sobre el asunto, comprobé que lo que realmente no encajaba eran los rumores que durante años se habían lanzado a los cuatro vientos. Todos los datos que se indicaban como «verdaderos» eran una completa farsa, una deformación, quizá plenamente consciente de lo que realmente ocurrió. Y la historia, la verídica, hacía enmudecer una vez más a la seudoficción.



En el número 16 de la calle Luna, en Madrid, aconteció uno de los expedientes X más sangrientos e inexplicables.

Destapar todo lo que de verdad sucedió en torno a la espiral de sangre y locura generada en algunos criptogrupos españoles tras la aparición de determinados «anónimos» no era tarea fácil, pero el afán periodístico y humano por saber que ocurrió en aquel viejo Madrid del desarrollismo pudo, una vez más, con todo.

Esta es la crónica de una increíble historia envuelta en sangre y pretendidas comunicaciones con los «hermanos cósmicos», un reflejo vivo de lo que fueron los albores de nuestro genuino y peculiar contactismo. Sin duda, nuestro más triste y crudo expediente X.

Madrid, diciembre de 1961:

El frío del recién iniciado invierno serpentea por las estrechas calles de la parte vieja de la ciudad. Las luces multicolores y los adornos navideños de los comercios han ido apagándose conforme anochecía. En una esquina, junto a un colmado con las persianas a medio bajar, aguarda un hombre de pelo cano y grueso abrigo gua-

reciéndose del viento que silba a lo largo de la calle Lama. A la altura del número 16 el individuo se detiene unos segundos y mira hacia los balcones que adornan la lachada. Un el tercer piso hay un cartel en el que se puede leer «Sastrería Ruiz». Ya casi reina la oscuridad y el bullicio de la tarde ha dado paso al completo silencio. Clon paso firme, el individuo se dirige hacia el viejo portal. Parece dispuesto a llamar, pero algo le hace detenerse. Un presentimiento, una intuición... o quizá el miedo, obligan al hombre del abrigo a huir apresuradamente, confundiéndose con las muchas sombras que ya deambulan por el centro de la capital. Mientras avanza por la acera masculla algunas frases... convenciéndose a sí mismo de que jamás volverá a intentarlo.



El sastre Ruiz en una de las últimas fotos que se le realizaron. Aparecía con gesto atormentado.

Misteriosos mensajes

El misterioso personaje del abrigo no era otro que Fernando Sesma Manzano, el padre del «contactismo español». Nacido en Ceuta en 1908 este empleado de Telégrafos fue una de las primeras personas en interesarse por el enigma de los platillos volantes. Esta afición le vino a Sesma tras publicar una serie de capítulos abordando el novedoso enigma en el desaparecido y muy popular por aquel entonces diario *Madrid.* Aquellas breves crónicas, repletas de ingenuidad y donde se respetaba a rajatabla el lema de «creerse todo mientras no se demuestre lo contrario», encandilaron a miles de lectores de la capital de España. Lo inusual de aquellos escritos, donde se hablaba sin tapujos de visitantes extraterrestres y espectaculares encuentros con ovnis, conformaron la fórmula maestra de la fulgurante popularidad que Sesma adquiriría en aquellos meses. El éxito de estos artículos, difundidos al tiempo que los primeros satélites artificiales merodeaban por el espacio, hizo que aluviones de cartas dirigidas al «profesor Sesma», que así se hizo llamar a partir de entonces motivado quizá por una nada disimulada vanidad, inundaran diariamente la redacción del periódico. Y fue precisamente a raíz de establecer algunos contactos con remitentes que confesaban tener las mismas inquietudes «cósmicas», cuando Sesma decidió fundar la Sociedad de Amigos del Espacio BURU, una asociación de sujetos con pensamiento heterodoxo que se reunían en los sótanos del Café Lión para embeberse con las noticias sobre los platos voladores.

Las hipótesis más arriesgadas afloraban en aquel grupo de iniciados entre los que se contaban personalidades como las de los dramaturgos Alfonso Paso y Buero Vallejo. En ese ambiente críptico y clandestino, digno de las reboticas de posguerra, se leían todos los martes y jueves algunas de las cartas que Sesma recibía de los miles de lectores que seguían sus secciones en la prensa.

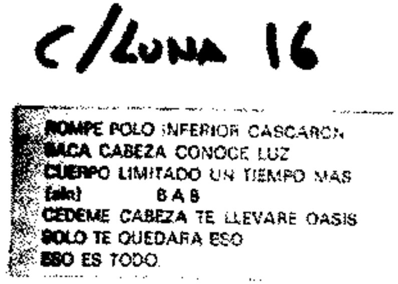
El clima que allí se generó constituyó un pequeño baño de masas para nuestro «profesor», que extasiado comenzaba a pulir su particular doctrina sobre los extraterrestres. El resto de los participantes de aquellas curiosas tertulias eran simplemente comparsas al son de lo que dictaba un autoritario, bondadoso y peculiar líder.

Pero aquellas felices jornadas cambiaron la tarde en que Sesma recibiría en su domicilio una misiva que le produjo cierto desasosiego y que no quiso leer ante sus seguidores. No era normal que a su propia casa llegasen cartas. Algo lo escamaba.

Concretamente, el 4 de septiembre de 1961, había aparecido en su buzón un sobre en cuyo remite se pocha leer "E. Sesma. C/ Luna, 16". En su interior había una tira de papel con un enigmático mensaje en letra de imprenta:

Rompe polo inferior cascarón..
saca cabeza conoce luz.
cuerpo limitado por un tiempo más.
(sin) BAB
cédeme cabeza te llevaré oasis
sólo te quedará eso
eso es todo.

Aquel «cédeme cabeza» fue motivo suficiente para que Sesma rompiese el papel en un acto nervioso e instintivo y lo hiciese desaparecer por el retrete. Pero aquella carta parecía tener vida propia y tremenda malicia. Al parecer, y según confesó en uno de sus libros, al dar un paseo por la Casa de Campo, unas horas después de la recepción de la epístola, se encontró de modo inexplicable con los dos trozos de la misteriosa carta en un camino vecinal. Lo más increíble es que los húmedos pedazos de papel se habían vuelto a unir por arte de magia y aparecían desafiantes ante el asustado Sesma, reflejando la luz del día su siniestro mensaje.



El primer mensaje recibido por Sesma con remite Luna. 16.

Aquella casualidad le espantó en un primer momento, pero finalmente optó por llevarse la carta y estudiarla a fondo en su domicilio, convencido de que aquello «podía ser el simbólico mensaje de bienvenida de otras civilizaciones extraterrenas». Así, esa misma y tibia tarde de otoño, comenzó una obsesión que jamás decrecería con respecto a los extraños envíos de Luna, 16. Envíos que con tenebrosa insistencia se sucedieron hasta bien entrado el mes de noviembre.

En tocios ellos se translucían claras alusiones a la muerte y el suicidio. Frases como «Caos psíquico reciente», «Seguirá caos conducta y cuerpo». «El plomo avanza», «Angeles de las tinieblas harán retroceder cabeza. Fuego del dolor purifica», «No lo abandonéis (el cuerpo) lo recuperaremos» generaron cierta inquietud en el atormentado receptor, que barajaba varias hipótesis para solucionar el enigma. O eran extraterrestres haciéndole llegar mensajes de contenido sincrético y de gran importancia para su búsqueda personal, o algo estaba ocurriendo precisamente en Luna, 16. Quizá, pensó, alguien en ese lugar estaba recibiendo las misivas y haciendo al mismo tiempo de segundo correo para darle a conocer el asunto al propio Sesma. Todo era en aquel momento un laberinto lleno de incógnitas que hacía fabular al atribulado «profesor» con las más increíbles teorías.

Sea como fuere, lo cierto es que poco a poco los envíos de Luna, 16, fueron haciéndose más espaciados en el tiempo hasta casi desaparecer. Pero la intriga de Sesma no se mitigó un ápice. ¿Qué ocurría en Luna, 16?, se preguntaba noche tras noche... e insomnio tras insomnio.

La intentona que anteriormente he dramatizado de llegar hasta el portal, casi en las Navidades de 1961, no cuajó. Algo instintivo y que jamás supo definir le hizo alejarse del lugar como alma que lleva el diablo el mismo día que decidió enfrentarse al enigma plantándose en la estrecha calle de Luna. Pero el miedo más profundo, desconocido e irracional, le pudo en esta ocasión. Y allí mismo juró que no habría más envites para desfacer el entuerto que se ocultaba en aquel sombrío portal, perdido en un barrio degradado y gris. Así se lo confesó a dos estudiosos, Víctor Zalbidea y José Lizar, que plasmaron estas importantes declaraciones en un grueso e importante informe * publicado en la recta final de la existencia de Fernando Sesma.

* V. Zalbidea y J. Lizar: *Análisis de un contacto,* Tropos, 1975.

Tras un periodo de relativa tranquilidad, y después del regreso de un viaje a Alemania, nuestro protagonista aribe una nueva y breve misiva con el misterioso remite. Con las manos temblorosas rasga el pequeño sobre y extrae una tirilla de papel donde se puede leer: «Enhorabuena, enhorabuena, enhorabuena». Sin más.

Con el nerviosismo galopando en las venas tras comprobar que los misteriosos mensajeros se ponían de nuevo en contacto, se acerca a una taberna del barrio de Chamberí y pide al camarero el diario. Así, esa misma y nublada mañana se desayuna con la espantosa noticia que aquella jornada llenaba las portadas de los periódicos. Algo que le dejará petrificado, con el alma atenazada por el pánico. Un suceso que le encogió el alma y que hábilmente silenció en todos los libros que posteriormente escribió sobre sus supuestas experiencias de contacto con seres del cosmos. Un incidente macabro que se convirtió en la bestia negra y particular calvario de Fernando Sesma Manzano. Un molesto tabú que ha ensombrecido durante años la primigenia historia del contactismo español... y que ya era hora de sacar a la luz. Era mayo de 1962.

«¡Los he tenido que matar a todos!»

José María Ruiz Martínez, propietario de la sastrería que ocupaba gran parte de la finca de Luna, 16, era un marido y padre ejemplar, un hombre afable y querido en la vecindad. Su negocio, con los lógicos vaivenes, le proporcionaba una vida sin apreturas. El segundo y tercer pisos del edificio estaban alquilados por el señor Ruiz, que contaba entre su clientela a parte de los empleados de RENFE en la estación de Atocha. En los bajos y primera planta se ubicaba «Casa Pascual», un restaurante de los llamados «económicos» que se dividía en comedor y chacinería. Al llegar la noche nadie habitaba el lugar, excepto Juana Ríos Román, la anciana portera que residía en el ático.

Casi en la prolongación de esta esquina de la calle Luna partía la calle de Antonio Grilo. En el número 3 vivía el sastre con su numerosa familia.

Según declararon a los medios de comunicación algunos vecinos: *Últimamente el señor Ruiz se había transformado. Algo le estaba pasando. Pasaba mucho tiempo solo y se volvía histérico e irascible. Estaba cambiando...* Y eso extrañó, ya que el sastre era persona equilibrada que repartía el día entre su negocio y su hogar. Nada hacía presagiar el espantoso crimen que se produciría en esa misma casa al llegar el primero de mayo de 1962.

A las 8:15 de la mañana, el señor Ruiz envió a la criada, Juana García, a por unas medicinas y cápsulas a la farmacia del barrio. El ser día festivo obligó a la muchacha a regresar sin el pedido y a toparse con la mirada desencajada del sastre. Tras intercambiar algunas palabras, Ruiz Martínez logró disuadir a Juana para que abandonase el piso. Así, siendo él el único en pie de la familia, comenzó por matar a martillazos a su esposa, Dolores Bermúdez, que reposaba en la alcoba. Sigiloso, deslizándose como una sombra, penetró en la cocina de donde descolgó un viejo e imponente cuchillo. Con su empuñadura de madera entre las manos continuó una delirante procesión con el objetivo de acabar con la vida de sus cinco hijos: Mari Loli, de 14 años; Adela, de 12; José María, de 10; Juan Carlos, de 5, y Susana, de apenas 18 meses, sucumbieron ante la vorágine asesina de su enloquecido progenitor, que los sorprendió por la espalda sin hacer apenas mido alguno.

Acto seguido, siendo las nueve en punto de la mañana, se presentaba en el balcón del edificio con el cadáver ensangrentado de uno de sus retoños en los brazos. En la calle un gentío expectante y miembros de la Policía Armada obligaban al vecindario a desalojar la zona. El criminal llevaba en su mano izquierda una pistola del calibre 6,35. Tras ponérsela en la sien, gritó varias veces, mirando hacia arriba, algo que nadie logró comprender: *Tenía que hacerlo hoy, tenía que hacerlo hoy, hoy era el día... los quería a todos, pero he tenido que matarlos.*

Instantes después, el sastre Ruiz penetraba de nuevo en la penumbra del dormitorio. De nada sirvió que la portera y un sacerdote llegaran al otro lado de la puerta, a través de la cual mantuvieron una espeluznante conversación con el enajenado padre de familia:

—*¿Qué ha pasado?*—preguntó la anciana portera.

—*Los he matado a todos*—respondió Ruiz entre llantos.

—*¡Abra, a lo mejor pueden salvarse!*—replicaron al unísono la portera y el sacerdote.

—*Nadie puede salvarlos. Me tienen que confesar. Después debo matarme yo también.*

—*¡Déme la pistola!*—interrumpió el clérigo.

—*No. Sólo confiéseme..., tengo que matarme, debo matarme... ¡lisos canallas!*

—Entonces, si deseas quedar libre de pecado, tienes que arrepentirte y darme esa pistola... vamos... dámela.

—*¡Nopuedo entregársela... es una orden... tengo que matarme!*

A las 9:11 horas se escuchaba una detonación en el interior del inmueble. La policía violentaba la puerta principal y se topaba de bruces con el dantesco espectáculo de los seis cadáveres y el cuerpo moribundo del sastre. Éste se había levantado la tapa de los sesos... pero aún respiraba arrítmicamente.

A los pocos minutos fallecía al ser trasladado en una vieja ambulancia que a toda prisa enfilaba la calle Luna haciendo sonar la estridente sirena, mientras el vecindario en pleno comentaba la tragedia en las aceras. Todo el país se estremeció con la noticia. Los periódicos vespertinos como *Informaciones* y los semanarios de sucesos como *El Caso* hicieron ediciones especiales ante lo que ya consideraban como «uno de los más misteriosos sucesos de la historia del crimen español». Y eso, añado yo, que no tenían remota idea de los curiosos «anónimos» que algún siniestro personaje (de aquí o de allá) estaba distribuyendo sabiamente entre algunos «elegidos».

A lo largo de toda la semana apenas se habló de otra cosa. Nadie lograba explicarse el porqué de tan macabro crimen. La policía y los periodistas fueron, con el paso de los días, interrogando a todas las personas que conocían estrechamente al sastre... pero no se logró dar con la menor pista. Las primeras pesquisas se centraron en descubrir las posibles «mafias» con las que el sastre pudiese estar sujeto por deudas. Pero esa vía quedó en punto muerto dada la excelente marcha del negocio.

El establecimiento iba viento en popa, no había conflictos familiares ni económicos y fiel muestra de ello era la finca «Los Luceros» que el señor Ruiz comenzó a edificar con sus magros ahorros en la localidad serrana de Villalba.



Así escenificó el semanario El Caso *el Inste suceso de Luna, 16.*

Curiosamente, este recinto, ideado como vía de escape y relax, se transformó, según se declaró a la prensa, en un motivo de continuo desasosiego para la familia. Las obras iban más lentas de lo que el dueño deseaba, hasta el punto de producirle verdaderos quebraderos de cabeza. Incluso los obreros que trabajaban en aquella construcción decidieron, a finales de diciembre, abandonar al angustiado patrón. Así pues, «Los Luceros» se había convertido para el sastre criminal en una especie de sueño inconcluso. En algo que, a pesar de todo y de todos, tenía que alzar en un tiempo récord. El porqué de esa insólita premura lo mantuvo en secreto hasta que una soleada mañana de primavera decidió acabar con los suyos. Nadie llegó a comprender jamás aquella repentina obsesión. Parecía «otra orden» que alguien le hubiese dictado. Al parecer, a raíz de emprender el ambicioso proyecto, se había vuelto furioso, inestable... como preso de una gran y constante angustia. Y este cambio de carácter progresivo no paso desapercibido por un vecindario extrañado que denunció a los medios que desde finales del verano de 1961 algo le estaba ocurriendo al inestable sastre.

¿Estaría dando comienzo el «caos psíquico creciente» del que por aquellas mismas fechas estaba siendo informado Fernando Sesma Manzano? ¿Era acaso el preludio de lo que ocurriría semanas después?...

Lo cierto es que ni la policía ni los periódicos se fijaron en el «profesor Sesma», una pieza clave en todo el entramado y con cuya ayuda quizá se hubiesen podido establecer nuevas vías de investigación. Pero Sesma calló. Todo aquello le estremecía lo suficiente como para desterrar la hipótesis de la espantosa casualidad. Era consciente de que los mensajes que habían ido llegando a su buzón describían escenas macabramente premonitorias... como si hubiesen sido escritas por un ente todopoderoso que fuese capaz de realizar la crónica de un crimen anunciado. La frase «el plomo avanza» rápidamente la relacionó con el suicidio, a base de un balazo en el cráneo, del atormentado Sastre Ruiz. Aquello fue demasiado para un Sesma que había comenzado a notar bruscos cambios en su interior. Él mismo, según confesó años después, se notaba diferente, cambiado. Quizá ante el temor de que algo escapara a su control decidió, una tarde del mismo mes de mayo de 1962, quemar la mayor parte de los mensajes de la calle Luna. Junto a las cocinas, en un cubículo húmedo y oscuro, amontonó los «papeles malditos» y los roció con alcohol. La pira, como radical medio para olvidar todo de una vez, ardió en uno de los patios interiores del Café Lión. Presente en aquella escena estaba una mujer que no comprendía la ira de Sesma. Era Hilde Menzel, una afable mujer que hizo de secretaria durante años de la «Sociedad de Amigos de los Visitantes del Espacio BURLJ». Ella también recordaba cómo Sesma agrió su carácter durante aquella etapa. Según muchos de sus seguidores había cambiado radicalmente, volviéndose más reservado y arisco. Justamente como si el «caos psíquico creciente» anunciado en los mensajes de Luna, 16, le estuviesen afectando demasiado.

Tras la quema de los mensajes, y por deseo expreso de Sesma, se dejó de hablar de aquel asunto trágico en las reuniones del Lión. El veto impuesto por el líder y el tiempo, que trajo consigo nuevos mensajes de presuntos y extravagantes extraterrestres, encerraron en el cajón del olvido aquellas epístolas manchadas de sangre. A pesar de todo, el drama personal y la obsesión con el significado de estas cartas le acompañaron hasta su último día.



Fernando Sesma, promotor del contactismo español, estuvo implicado en la oscura trama de los "mensajes asesinos"..

Sobre el papel este fue el fin de aquella historia esperpéntica y delirante. Durante años se mantuvo la hipótesis de que algún bromista cercano al círculo del psicólogo industrial José Luis Jordán Peña, representante del «sector crítico» que se reunía en las tertulias del rancio café madrileño, hubiese realizado toda la trama para amedrentar y ridiculizar a Sesma. Entre otros, el antropólogo social Ignacio Cabria afirmó en su día que varios desaprensivos pudieron realizar las macabras cartas tras conocer la matanza. Sería, según Cabria, el inicio de una broma demasiado pesada que continuaría con los mensajes del extraterrestre procedentes del planeta Auco llamado Saliano, y los célebres ummitas con su mundo tecnificado y aséptico. Mensajes que convirtieron durante toda una década al sótano del Lión en un auténtico «café de los prodigios».

Las hipótesis de Cabria serían válidas si el crimen hubiese sido posterior a las cartas, y así pensaron hasta el momento de la presente investigación la mayoría de estudiosos. Pero lo cierto e innegable es que éstas fueron llegando a Sesma con ocho meses de antelación.

Doscientos cuarenta días antes de que se produjese la extraña masacre «alguien» ya enviaba las cartas con el remite de Luna, 16. Por otro lado, todos los posteriores y extravagantes contactos que se servían del medio epistolar para llegar a este círculo de iniciados tuvieron un final concreto. En el casodle los ummitas, unos seres que decían proceder de un astro situado a 14,6 años luz de la Tierra y que durante muchos años trajeron en jaque a la policía y servicios de inteligencia, José Luis Jordán Peña confesó haber elaborado una longeva trama para observar la conducta y credulidad de los grupos fanatizados por estos temas, y con Saliano, un grotesco personaje que se autodenominaba extraterrestre a través de breves notas, otras tres personas, entre ellas un astrólogo y un pintor asiático, declararon haber gastado una monumental broma a Sesma, recreando incluso fenómenos paranormales en el interior del sótano donde se reunían...

Todos henchían su pecho al haber engañado al crédulo «profesor»..., sin embargo, nadie alzó jamás la voz en torno a las cartas de la calle Luna. Nadie se hizo responsable de lo que parecía otra burda broma. Una broma que resultó mortal como el cuchillo de doble filo y que todos decidieron obviar. La tétrica historia quemaba en las manos.

Han pasado 35 años y se han amontonado las preguntas respecto a un tabú ufológico al que nadie ha querido acercarse. ¿Qué había ocurrido realmente? ¿Se había puesto en marcha un experimento de control mental con algunos sujetos como el malogrado sastre Ruiz? ¿Alguien estaba calibrando las reacciones de dos personas sometidas a los «anónimos de otro mundo»? ¿Fue todo ideado por un grupo o sociedad secreta contraria a los grupos de crédulos que se expandían hace tres décadas en nuestro país? ¿Hubo más víctimas de los mensajes asesinos? ¿Se esperaba la fatal reacción en los «cobayas humanos» asediados por las enigmáticas cartas? ¿Quién había sido el culpable? ¿Acaso los extraterrestres estaban haciendo pruebas psicológicas a «cobayas humanos» de la capital? ¿O quizá algún servicio de inteligencia realizó experimentos que se fueron de la mano y de la legalidad?...

Las respuestas nunca han llegado y probablemente no lo hagan jamás. De lo que estamos seguros es de que las dramáticas secuelas de esos mismos anónimos continuaron produciéndose. Como si todos aquellos que tuvieran contacto con el misterioso remite de Luna, 16 quedaran malditos por algo o alguien que jamas dio la cara.

Acontecimientos posteriores que envolvieron las reuniones del Calé Lión parecen continuar que lo que se cocía entre aquellas cuatro paredes era, efectivamente, algo más que una simple reunión de crédulos y contactados. El reguero de sangre y delirio cósmico continuó como una trampa mortal a la que ya no se podía poner fin.

Doble suicidio en Tarrasa

José Félix Rodríguez Montero nació en Aguadulce (Sevilla) el 21 de febrero de 1925. A principios de 1946 se trasladó a Tarrasa (Barcelona) para trabajar como pesador en una empresa textil. Su vida transcurría monótona hasta que, a principios de los años sesenta, se topó de bruces con el fascinante, y por aquel entonces incipiente, enigma ovni. Quizá fuese exagerada la descripción que de él hizo el cronista de sucesos del *Noticiero Universal* en su edición del 22 de junio de 1972 al afirmar que: *Era una especie de don Quijote del espacio, que en lugar de libros de caballerías leía textos de astronaves y extraterrestres, hasta llegar a la aventura en la que su molino fue un tren,* pero lo cierto es que alguna anomalía inexplicable debió ocurrir en la mente de este obrero para que convenciese al joven Juan Turú para viajar hasta el planeta Júpiter. Turú, de 22 años de edad y natural de Tarrasa, fue un activo investigador en grupos como el CEI (Centro de Estudios Interplaneterios) que había conocido a José Félix hacía apenas un mes mediante un anuncio de prensa publicado en la revista *Algo* en mayo de 1972. Su interés por los ovnis, como el de tantos miles de personas, se convirtió en una desenfrenada pasión a raíz de la oleada de avistamientos que sufrió todo nuestro país en el verano de 1968. Nadie sabe a ciencia cierta cuándo su pasatiempo se convirtió en fe o en delirio, pero lo cierto es que apenas un mes después de estrecharse la mano por primera vez ambos aparecieron decapitados en el kilómetro 335,950 de la vía férrea que une Mas Cornet y Torre Alavedra, a pocos metros del destartalado apeadero de Torrebonica. Fue un suceso sonado que volvió a llenar portadas de los periódicos como diez años antes había

ocurrido con el crimen múltiple de la calle Luna. Nadie sabía, por aquel entonces, que quizá las dos tragedias tuviesen más de un nexo en común.

Los dos cuerpos, según rezan los informes policiales, fueron encontrados a las 5:30 horas del martes 20 de junio de 1972 con la cabeza separada del cuerpo, sesgada por las metálicas ruedas del tren. Habían decidido dejar esta triste existencia y viajar en el éter hasta un mundo anhelado y lejano, dejando para ello su cuerpo físico en este valle de lágrimas. Su vida era el «peaje» que demandaron insistentemente los amigos cósmicos. Como tarjeta de despedida apareció una hoja manuscrita con la frase «los extraterrestres nos llaman, pertenecemos al infinito», que alguien, quizá un grupo de seguidores presentes en la dantesca escena, colocaron encima de uno de los cuerpos.

El mazazo que provocó la dramática noticia estuvo a punto de hacer desaparecer la ufología hispana. Divulgadores como Marius Lleguet, que recibió una carta postuma de los suicidas y que no les



El doble suicidio de Tarrasa provocó un escalofrío generalizado en todo el país. Era el primero de esas características ocurrido en España.

prestó atención cuando éstos se acercaron hablándole de su próxima misión horas antes de la «Hora H», estuvo a punto de acabar con su vida v fue recluido en un psiquiátrico. Y no era para menos. La frialdad de los dos amigos de Tarrasa quedó patente en este último y dramático comunicado con el que querían hacer saber a sus allegados lo inminente de su decisión. Gracias al veterano investigador Ignacio Darnaude Rojas Marcos, auténtico archivero mayor de los misterios ufológicos españoles, y al querido colega Javier Sierra, tuve acceso a estas últimas comunicaciones de los suicidas. LJna de ellas me impresionó sobremanera. Era la escrita el día anterior a su «viaje cósmico», y en ella se decía, entre otras cosas, lo siguiente:

> *Amigos:*
>
> *Al recibir esta carta, seguramente que por algún medio de información sabréis que estamos con Ellos, pues nos han llamado, ya que nuestra MUTACIÓN ES TOTAL y nos encontramos en la Tierra como dos seres extraños.*
>
> *Nos dirigimos al centro galáctico. En nuestra biblioteca existen una serie de libros de literatura Kósmica que os cedemos con el mayor placer, a fin de que estudiéis e investiguéis al máximo y ¿quién sabe? si algún día también os llamaremos.*
>
> *Un saludo Kósmico.*

Con la misteriosa rúbrica W.K.T.S. los dos ufólogos estampaban su conformidad para trasladarse a otro plano. Y así lo hicieron, arrojando sus cuerpos a los fríos raíles, esperando con la mirada puesta en Júpiter a que el convoy les arrancase la vida.

El mazazo brutal impactó de lleno en una comunidad ufológica no acostumbrada a la barbarie. Durante meses, los estudiosos del país se cartearon preguntándose si merecía la pena seguir adelante en la divulgación de los enigmas del espació ante sucesos tan tristes como el de Tarrasa. El sentimiento de culpabilidad entre los que informaban sobre los ovnis produjo una de las mayores escisiones en la historia de la investigación española. A partir de este instante no serían pocos los que arremetiesen duramente contra el fenómeno, convencidos del peligro que ocultaba la pasión por lo extraterrestre.

En los gruesos informes sobre el caso Tarrasa había importanles puntos de unión con el enigma de Luna, 16. Claves que fui poco a poco desgranando sin disimular mi asombro ante lo que parecía una espiral de locura y muerte con los ovnis como telón de fondo.

Del evangelismo a la mutación

José Félix Rodríguez se hizo evangelista a su llegada a Tarrasa. Era una forma de canalizar unas inquietudes espirituales absolutamente inusuales que pronto le reclamaron un nuevo rumbo en la búsqueda interior. Así, peregrinando en busca de la verdad, el sevillano llegó hasta el fantástico mundo de los platillos volantes a través, precisamente, del grupo UMMO de Madrid. El mismo que en su día recibió los mensajes de Luna, 16 y otros delirantes contactos. De las supuestas «enseñanzas» que llegaban semanalmente a aquel café, entremezcladas con anónimos, mensajes de extrañas entidades y algún que otro sobre con remite Luna, 16 bebió insaciable José Félix Rodríguez, que ya era conocido en estos círculos de iniciados como «El Venusino».

Tras años de concienzudo estudio llegó a algunas conclusiones sorprendentes que sólo se traslucen en las cartas privadas que envió a algunos allegados y estudiosos del tema. Eran teorías que presagiaban un trágico desenlace. Algo semejante a lo ocurrido en el caso del Sastre Ruiz y Fernando Sesma, incluso aderezado con las mismas sentencias y aseveraciones. Una filosofía mortal extraída de muchos de aquellos mensajes supuestamente extraterrestres que lo convencieron para continuar en solitario su desesperado tránsito cósmico.

Cuando tuve privilegiado acceso a esas cartas personales, comprobé que «El Venusino» y su infortunado compañero utilizaban una dialéctica que encajaba perfectamente con las reacciones que se produjeron en las «víctimas» del caso Luna, 16. El caos psíquico, la mutación brusca y total del pensamiento aparecían también en estos escritos elaborados una década después de los sucesos del centro de Madrid, ya no como amenaza, sino como medio de aproximarse a la única verdad.

José Félix y Juan Turú, los suicidas de Tarrasa, protagonistas del otro gran tabú de la ufología española, se expresaban del siguiente modo para explicar lo que estaba aconteciendo en su interior:

> *El muíante es «regado» con el polen cósmico. Ya no es un hombre como los demás. Sentirá en sí los efectos cósmicos (...). Jamás podrá ya volver atrás. La mutación puede originarse lentamente, o, por el contrario, de manera BRUSCA Y ESPONTÁNEA. Más espontánea aún si el muíante topa con seres de «estados» superiores.*

Esa mutación brusca la sufrieron en sus carnes. Así se lo confesaron a un grupo de estudiosos zaragozanos abanderado por las siglas SEPIC, dos de cuyos miembros decidieron intentar poner fin a sus vidas lanzándose al vació por un patio interior tras conocer lo ocurrido con Turú y Montero. ¿Era un acto programado? ¿Cuántas personas podrían estar involucradas en esta inmolación por los extraterrestres? ¿Y cuántas se echaron atrás?...

Según parece, el caos psíquico por el que pasó el sastre Ruiz diez años antes había llegado a su apogeo. Quizá por esa alteración inesperada en la conducta y pensamiento, José Félix fue llevado casi en volandas al psiquiatra en varias ocasiones por su asustada esposa, Antonia Aroca. Ella sabía que a su marido le estaba ocurriendo algo en el cerebro, pero no pudo llegar a encontrar el remedio. La vía férrea a su paso por Torrebonica fue el pasaporte cósmico que utilizó en su despedida. Con él se llevó a otro inocente al que había convencido con los postulados de una nueva filosofía mística-extraterrestre, construida a través de las «enseñanzas» aprendidas en las entrañas del viejo Madrid, lugar simbólico en el que un grupo iniciatico comenzó su aventura recibiendo extraños anónimos. A buen seguro, y así lo afirman diversos investigadores, que también José Félix, «el Venusino», recibió, leyó o se entusiasmé) con alguno de ellos. Ese pudo ser el germen que inició su loca carrera por zafarse de la vida hasta que «cedió su cabeza» con la promesa del oasis extraterrestre, tal y como sentenciaban los anónimos de la calle Luna. Y quizá también pudo ser ese el eje, hecho papel, de una sórdida trama de manipulación mental con oscuros objetivos que se inició en nuestro país a

principios de la década de los sesenta y que se ha querido silenciar durante los últimos 35 años.

La muerte de otros inocentes, como Juan José Vargas, de 18 años, y Francisco Saureo, de 16, encontrados muertos el 2 de abril de 1978 en la vía férrea de Lérida, en posición idéntica a la de los suicidas de Tarrasa, fue otra de las piezas de un puzzle caótico pero común. Ellos quisieron imitar a sus ídolos y no tuvieron reparos en posar sus nucas a la espera del próximo tren hacia Júpiter. Así, la densa tela de araña iniciada con los enigmáticos anónimos de Luna, 16, se acabó convirtiendo en un éxodo mortal hacia otros mundos.

Lejos de saber quién planteó este juego macabro, la única certeza que poseo es que esta espiral delirante, sedienta de sangre y fe, aún no ha finalizado.

Como enfermos de un virus fanático y letal, son muchos los contactados españoles que están esperando el momento para alejarse de un mundo en el que se sienten naufragar. Tristemente, y no hace falta ser vidente para indicarlo, en el próximo fin de milenio puede estar oculta la ansiada hora H.

Ellos, elegidos para unos pocos y locos para la mayoría, continúan en la sombra esperando la ansiada señal para partir hacia otro mundo mejor.

V. Desapariciones y apariciones inexplicables

EXISTEN PERSONAS QUE UN MAL DÍA nos dejaron de un modo absolutamente inexplicable. Desaparecieron, en ocasiones ante testigos, como si hubieran sido aspirados por el aire. Desde 1880, en Estados Unidos, se tiene constancia policial de este tipo de hechos que nos hacen pensar en espacios interdimensionales y otras arriesgadas teorías.

En España existen algunos expedientes X que refrendan este tipo de insólitos sucesos. No son muchos, pero sí lo suficientemente documentados e impresionantes como para referirse a ellos en esta obra. En cuanto a desapariciones, a esas personas que se esfumaron repentinamente y de las que nada se ha vuelto a saber, existen dos casos que, con diferencia, están considerados entre los más extraños de la casuística policial mundial. Uno es el del accidente del puerto de Somosierra (Madrid), en el que el niño Juan Pedro Martínez Gómez, natural de Los Cánovas (Murcia), desapareció sin dejar rastro. Las características del incidente hicieron pensar en mil y una posibilidades que, con el paso del tiempo, fueron diluyéndose. Hoy, transcurridos doce años, nada sabemos ni podemos decir en torno al muchacho que, ante testigos, se volatilizó en el interior de una cabina de camión. No se encontró un solo rastro orgánico, ni una sola huella de una presumible huida... ni un dato de un niño de nueve años «absorbido por la nada» en un accidente múltiple con casi quince personas involucradas.

Poco después de este suceso, David Guerrero Guevara, «El Niño Pintor de Málaga» prolongaba la triste secuencia desapareciendo súbitamente en una parada de autobús. Algunos de los allí presentes confirmaron que David se esfumó «en un abrir y cernir de ojos». Dos suce-

sos en los que intervinieron jueces, policías, el Ejército, investigadores privados, científicos... y cuyo único veredicto es uno: absolutamente inexplicable.

La misma etiqueta no desentonaría con el llamado expediente del «joven que no existe». Un caso único en el mundo y que tuvo como marco la solitaria vía férrea a su paso por la barriada santiaguesa de Boisaca. Un misterioso ser, de gran cráneo y características físicas anómalas, apareció en actitud extraña caminando por los raíles y sin reparar en el convoy de Renfe que lo arrolló. A raíz de la recogida del cadáver comenzó un rosario de misterios e incongruencias que hacen de este un caso apasionante y un verdadero desafío para la Policía Científica de nuestro país. No existe un documento, una huella ni un indicio sobre la identidad de ese individuo. Nadie lo ha reclamado en diez años. Nadie sabe cómo apareció ni de dónde vino. Ni tampoco se explican jueces y policías la aparición de unos extraños símbolos en el lugar mismo donde fue arrollado. Es el único caso de estas características en la policía europea. Otra serie de misterios y el secretismo en torno al paradero actual de ese cadáver, del que el autor consiguió en exclusiva las impresionantes imágenes, hacen de la historia del «Caminante de Boisaca» uno de los más increíbles expedientes X habidos jamás en nuestro país. Las propias fuentes policiales confirmaron que todo parece indicar que el sujeto «apareció de la nada»...

La desaparición de Somosierra

Ficha: **La noche de San Juan de 1986 se produjo en los límites entre las provincias de Madrid y Segovia la más extraña desaparición ocurrida en España. Juan Pedro Martínez Gómez fue «absorbido por la nada» mientras viajaba en la cabina de un camión cisterna junto a sus padres. Ha transcurrido más de una década de investigaciones oficiales y nadie, ni las autoridades ni los testigos presentes, pueden explicarse qué ocurrió realmente con «el niño de Somosierra».**

Diputación Provincial de la Comunidad de Madrid,
26 de noviembre de 1996, 13:05 horas

NO OLVIDARÉ JAMÁS aquellos ojos. En el inmenso despacho se hizo un silencio denso y violento cuando Rafael Noja, jefe de Protección Civil de la Comunidad de Madrid en las últimas dos décadas, clavó la mirada en la fotografía que extendí sobre la mesa de caoba.

—No *voy a negarlo. Este caso nos dejó una profunda huella... en el centro del corazón* —murmuró mientras colocaba la imagen del niño de nueve años Juan Pedro Martínez Gómez en el chorro de luz solar que inundaba la gran ventana que se estiraba tras su sillón.

—*Hemos conocido miles de casos dramáticos*—prosiguió—, *pero ninguno, te puedo asegurar, ha dejado tal poso de desesperanza y tristeza en este cuerpo de Protección Civil. No sé, quizá influyó el hecho que fuese un niño, quizá aquel paraje agreste... y quizá, estoy seguro, lo incomprensible y antinatural del suceso.*

Era curioso, aquellos ojos humedecidos reflejaban exactamente el mismo desconsuelo captado en mis anteriores entrevistas con los jueces, policías y testigos que vivieron aquel enigmático suceso. Y lude confesar que me aturdió tanta pesadumbre en personas que, por fortuna o desgracia, se encuentran cotidianamente con la fatalidad ajena como compañera. Pero esto, como siempre ocurre cuando nos aproximamos a los auténticos enigmas españoles, era diferente a todo lo anteriormente conocido. Precisamente por eso, por salirse del patrón clásico de las más de 1.000 desapariciones que se producen

al año en nuestro país, nadie podía olvidar aquel extraño accidente en lo alto de un puerto madrileño. La expresión de sus rostros al volver a toparse con la imagen de Juan Pedro era el vivo reflejo del sufrimiento interno con el que cargaron.

La reacción de todas y cada una de las personas con las que hablé fue unánimemente sobrecogedora. En Madrid, sin lugar a dudas, había quedado un poso de impotencia tras la desaparición del célebre «niño de Somosierra», un recuerdo amargo que nadie podía ni quería borrar. Había transcurrido una década, pero ni siquiera el tiempo parecía capaz de curar las profundas heridas que provocó uno de los incidentes más extraños acaecidos en nuestro país.

Peregrinando por los pasillos de las más diversas instituciones, flanqueado por el zumbido sordo de conversaciones lejanas, comprendí, al mirar de nuevo la imagen de aquel chaval de nueve años vestido de primera comunión, que a todos les había desaparecido alguien desconocido pero tremendamente cercano.

Juan Pedro Martínez era, desde hacía diez años, un poco de toda aquella gente. Por desgracia, él fue el protagonista principal de un expediente X que volvía a recordar, como si de una vieja película se tratara, proyectándose en mi mente...



Juan Pedro Martínez, en un cartel de los que se distribuyeron por toda España para su búsqueda.

(Murcia), 24 de junio de 1986, 19:00 horas

El camión Volvo F-12 arrancó a la primera con su característico bramido. Al volante iba el conductor profesional Andrés Martínez dispuesto a transportar una cisterna con 20.000 litros de ácido sulfúrico óleum prestos a ser desembarcados en la otra punta del país, concretamente en una empresa petroquímica de Bilbao.

Al llegar a una modesta vivienda de la pedanía el vehículo se detiene. A él suben, portando varios equipajes, Carmen Gómez, esposa del conductor, y el hijo de ambos, Juan Pedro Martínez Gómez. Este último había logrado convencer a su padre, tras aprobar todas las asignaturas de segundo curso de EGB, para que le llevase hasta los verdes prados de Vizcaya. Un lugar donde cumpliría su sueño infantil de ver las vacas y su entorno. Algo que dibujaba desde muy temprana edad lamentándose siempre de que jamás en su pequeño pueblo había visto una.

Situado en el asiento central de la cabina, Juan Pedro se despidió de sus abuelos agitando la mano alegremente. Aquella sería la última sonrisa que dedicó a alguien.

Tras repostar en la Venta del Olivo, a pocos kilómetros de Cieza (Murcia), el pesado Volvo emprendió la marcha hasta la localidad conquense de las Pedroñeras. Allí, siendo las 0:12 horas de la noche fueron vistos los tres por el personal de la gasolinera. Tras aparcar en una zona de descanso y echar una cabezada volvieron a la carretera nacional 301 hasta entrar en la capital de España. A las cinco y media de la mañana, con la claridad adivinándose en el horizonte, realizaron su última parada. Eligieron para ello el apartado mesón Aragón, dentro del término municipal de Cabanillas y en las mismas faldas del puerto de Somosierra.

En el interior del local les atendió el joven camarero Felipe Alhambra, que sirvió dos cafés, un vaso de leche y una bayonesa para el pequeño Juan. La familia se sentó en una de las mesas que dan al exterior y allí pasó un agradable cuarto de hora. Tras pagar las consumiciones y despedirse amablemente de los camareros volvieron a penetrar en la cabina.

A partir de este momento todo es una auténtica incógnita. El pesado camión se pone a 140 kilómetros por hora sin motivo apa-

rente y en una de las variantes de la antigua carretera nacional I derrapa chocando frontalmente con otro vehículo de gran tonelaje saliéndose de la calzada e impactando contra otra hilera de vehículos que circulaban tras él. El Volvo F-12 se estrella contra una arboleda e inmediatamente un chorro letal de ácido surge por la gran grieta abierta en la parte superior de la cisterna. En apenas segundos el cilindro metálico se resquebraja esparciendo todo su contenido por la carretera, obligando a frenar a decenas de automóviles y provocando un descomunal caos circulatorio.

La inmensa caravana, que se prolonga durante más de nueve kilómetros, es iluminada tres minutos después por los pilotos giratorios de los coches patrulla. Tras desviar el tráfico se comprueba que la cabina está totalmente destrozada y los cuerpos calcinados de los conductores entre un amasijo de aristas de hierro.

Los miembros de la Guardia Civil reconocen a dos personas de mediana edad que yacen muertas en el interior del vehículo. Nadie sabía en aquel momento de la existencia de un tercer pasajero y por ello se centró la labor en detener la riada de ácido sulfúrico que amenazaba seriamente las aguas de los afluentes del río Duratón. Los titulares de los diarios vespertinos madrileños eras esclarecedores. En ellos se podía leer en grandes tipos ocupando la portada: «Desastre en Somosierra».

El tercer pasajero

Una de las primeras autoridades que se personaron en el lugar del incidente fue el juez de Paz de Somosierra Juan García Torres. Lo encontré una década después del trágico suceso, cuando yo dirigía el programa televisivo «Investigación Abierta»; era este un espacio que se centraba en aquellos misterios policiales que de un modo u otro habían quedado sin resolver a pesar del tiempo transcurrido. Aquella tarde invernal nos sentamos frente a él, en un recodo del amplio mesón que regentaba a un tiro de piedra del lugar de los hechos. Parco de palabras, tuvimos muchos problemas para que declarase ante nuestras cámaras. Tan sólo el paulatino y vivo recuerdo de los hechos le hizo arrancarse ante nuestro equipo de reporteros. Su rostro delataba un dolor y una tristeza que ya eran familiares. Lorenzo Fernández, codirector del programa, dio la orden de grabación y allí, en pleno alto de Somosierra, brotaron las primeras declaraciones de uno de los personajes claves de esta historia. *A mí me llamaron sobre las siete de la tarde* —afirmé)—; *según me comunicaron, un camión se hahía estrellado viéndose involucrados en el accidente cinco vehículos pesados. Recuerdo perfectamente que la atmósfera era insoportable. De vez en cuando se percibían pequeñas explosiones en la zona. Era la señal de que el ácido se estaba extendiendo por toda la ladera del ño. La verdad es que aquella situación era simplemente catastrófica.*

Los cuerpos de las víctimas estuvieron varias horas sin ser apenas tocados. El ácido cayó sobre sus rostros constantemente pero apenas produjo daños de importancia, tan sólo unas leves desfiguraciones en sus caras.

Fue al anochecer cuando un rumor recorrió como viente) gélido el alma de las más de cien personas que allí se encontraban...

El nombre de Juan Pedro Martínez, come) un latigazo, cruzó deboca en boca la larga hilera formada por los coches policiales y las grúas de rescate. Los abuelos del muchacho habían llamado desde Los Cánovas tras observar las primeras imágenes del accidente polla televisión. Su pregunta fue clara y rotunda: «¿Dónde está nuestro nieto?»...

Hacia las nueve ele la noche el cuerpo de bomberos abre con cortafríos la cabina del Volvo en busca de pruebas, pero el rastreo inicial demuestra que allí no hay ni una sola huella del joven viajero desaparecido. Las llamadas entre Somosierra y Los Cánovas se suceden para descartar cualquier posibilidad de que Juan Pedro Martínez no hubiese efectuado el viaje, pero el minucioso rastreo realizado por la Guardia Civil en la localidad murciana demuestra que decenas de testigos, desde familiares hasta los compañeros de clase, sabían que Juan Pedro montó en el camión cisterna de su padre.

Ante tales evidencias, Protección Civil despliega una red de efectivos por las provincias que el Volvo F-12 atravesó en su último viaje con el fin ele rescatar nuevos testimonios que confirmasen la sospecha. En esos rastreos surgen decenas de testimonios, sobre todo en las diversas estaciones de servicio donde se detuvo el vehículo,

que no dejan lugar a la duda: Juan Pedro Martínez iba en aquel camión.

Cuando la noche cae sobre Somosierra se intensifican las acciones para la búsqueda. 15.000 kilos de cal viva llegados desde la provincia de Toledo mitigan el desastre ecológico que la riada sulfúrica había producido en las márgenes del río, y todos los esfuerzos de los efectivos policiales y civiles se concentran en un único fin: encontrar a Juan Pedro. A esas horas, toda la alquería de Los Cánovas está en vilo, apiñada junto a los televisores de los bares esperando saber algo de la suerte del muchacho. Los poderosos focos de las linternas escrutan valles, matorrales y riachuelos... pero no se encuentra absolutamente nada. De madrugada todos los rotativos nacionales se hacen la misma pregunta: ¿Dónde está el niño de Somosierra?...

Tragado por la nada

En el interior de la cabina no había un solo pelo de Juan Pedro Martínez. Se inspeccionó durante horas el habitáculo y sólo se encontró la goma de una zapatilla deportiva que, según todos los indicios, sí pertenecía al joven. El vehículo fue trasladado hasta el depósito de Colmenar Viejo, municipio madrileño donde se instruirían todas las diligencias al respecto.

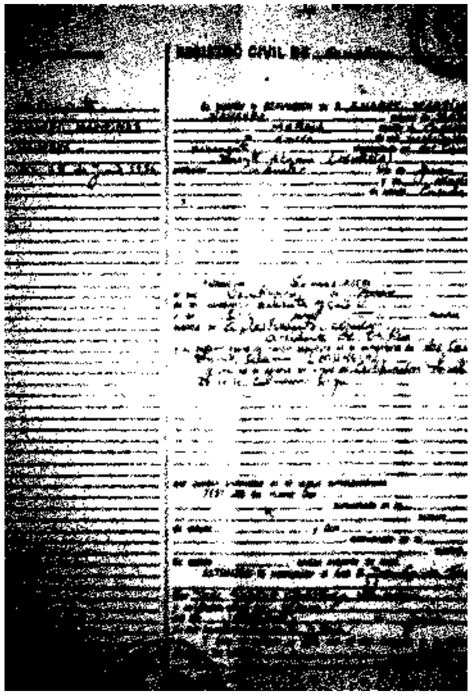
Allí, un equipo de la Policía Científica realizó varias pruebas con el ácido sulfúrico *óleum* de 90 por 100 de pureza que transportaba la cisterna con el objetivo de comprobar si una gran cantidad de sustancia podría haber hecho desaparecer el cuerpo del niño. Lógicamente los estudios preliminares descartaron por completo esa posibilidad. Una hipótesis que en seguida se barajó en todo el país ante lo inexplicable de la situación.

El prestigioso químico Alberto Borrás no tuvo reparos en confesar ante nuestras cámaras que: *Es totalmente imposible que el cadáver hubiese sido disuelto por el ácido en tan breve tiempo. Se tendría que haber generado una bañera artificial con los herrajes del camión y haber quedado allí atrapado el cuerpo, sometido a la acción de un ácido que se renovaría constantemente en su fluido. Además, siempre tendrían que haber quedado restos de los huesos, muy ligeros y convertidos casi en sulfato cálcico, flotando sobre el propio líquido.*

Pasados cinco días del accidente, y con carteles de Juan Pedro distribuidos por todo el país solicitando información, surgió un nuevo y extraño rumor. Al parecer, el tacógrafo del Volvo marcaba con nitidez que se habían producido varias y anómalas detenciones al bajar el puerto de Somosierra.

El tacógrafo, como si se tratase de la caja negra de los camiones, es un disco circular de papel que recoge con máxima habilidad el número de detenciones, aceleraciones bruscas y demás movimientos realizados por el conductor. Cuando se extrajo el del camión siniestrado, se comprobó que se habían efectuado doce paradas en los pocos kilómetros de ascenso al puerto. Después, y según indicaba el chivato de papel, Andrés Gómez había puesto el vehículo al máximo de velocidad...

El análisis de tan anómalo comportamiento desató la caja de los truenos. Persecuciones, asuntos de contrabando de drogas y demás extrañas historias se barajaron durante una semana de auténtico infarto.



Acta de fallecimiento de Andrés Gómez, el hombre que pilotaba el camión-cisterna.

Llamados a declarar, los testigos que circulaban aquel amanecer confesaron haber observado una furgoneta blanca que a toda velocidad precedía al Volvo F-12. La pregunta que quedó suspendida en el aire era clara y nítida: ¿Perseguía el camión a la furgoneta?, y si es así, ¿cuál era el motivo de ese descenso suicida?, ¿estaría ya Juan Pedro en el vehículo de unos hipotéticos secuestradores?...

A los pocos días, y mientras la confusión se apoderaba de todo lo relacionado con el niño de Somosierra, dos testigos presenciales, pastores que no quisieron facilitar su identidad, confesaron haber observado, nada más estrellarse el camión, como dos extraños individuos de altura muy considerable, tez blanquecina y batas entalladas y blancas hasta los tobillos salían de un vehículo y se aproximaban a los restos humeantes de la cabina. Entre el escándalo formado por el resto de camiones colisionados y la incipiente caravana, estos dos «extranjeros» recogieron algo parecido a un gran bulto y huyeron del lugar.

La sorprendente afirmación mantuvo en vilo a toda la Policía Nacional, que investigó y documentó en una semana a todos los dueños de furgonetas blancas marca Nissan Vannete. Una vez más, a pesar de los esfuerzos sobrehumanos de las fuerzas de seguridad, el asunto acababa en agua de borrajas, es decir, sin rastro del paradero del niño más buscado de España.

Una década de misterio

A pesar de los constantes esfuerzos de los medios de comunicación por obtener alguna pista acerca del muchacho, el primer mes de investigaciones fue francamente desolador. La jueza encargada del caso abandonó las pesquisas a pesar de que el expediente continuó abierto y en espera de posibles modificaciones. Pero nadie aportó jamás datos relevantes para esclarecer el asunto.

Decenas de personas, quizá afectadas por la «psicosis Juan Pedro» que recorrió el país de arriba abajo abanderada en los miles de carteles que se colgaron en cada esquina de cada pueblo solicitando información, denunciaron ante las dependencias policiales haber visto con sus propios ojos al «niño de Somosierra».

En Bilbao y en Alburquerque (Badajoz) se produjeron los testimonios sobre los que se albergaron más esperanzas. En la capital vasca varias personas aseguraron haber observado a un joven de pelo moreno y corto que caminaba despistado, casi dando bandazos, en una calle del extrarradio industrial. Al final, las autoridades personadas en dicho lugar no lograron llegar a ninguna conclusión. Lo lógico era pensar que se trataba de una mera confusión. Más polémicas fueron las declaraciones de una niña del pueblecito pacense de Alburquerque que aseguró haberse encontrado a un niño de unos diez años que se refugiaba en una vieja ermita derruida de las afueras de la localidad. Según se informó en el sumario oficial del caso, la niña, única testigo de la supuesta presencia de Juan Pedro en Extremadura, incidió en que durante tres jornadas entabló amistad con el muchacho e incluso le llevo comida ya que, según declaro, se encontraba hambriento y sucio. Los interrogatorios y las pesquisas pertinentes demostraron que la historia urdida por la niña carecía de cualquier fundamento. Probablemente la visión de un



David Guerrero Guevara, tristemente, también fue la imagen de los carteles de búsqueda. No ha habido respuesta en once años.

joven vagabundo, persona que sí debió existir al encontrarse restos de comida en el lugar señalado por la testigo, motivó una extraña fantasía que mantuvo confundidas a las autoridades durante bastante tiempo.

Casi un año después del accidente de Somosierra se produjo la también insólita desaparición de David Guerrero Guevara, el célebre «Niño Pintor de Málaga», que fue «tragado por la nada» una tarde a principios de Abril de 1987. Nadie volvió jamás a saber de él, y la sensación de que algún tipo de organizaciones dedicadas a la prostitución infantil o incluso de tráfico de órganos, operaba en esa época en nuestro país se hizo popular causando debates y polémicas a todos los niveles.

Los que jamás volvieron

Han pasado más de doce años desde la desaparición del «Niño de Somosierra», acaecida en aquella trágica noche de San Juan de 1986. Aunque este incidente, por las diferentes circunstancias que lo rodearon, puede ser considerado como absolutamente único, no se puede obviar que las historias de «desapariciones inexplicables» se han venido produciendo desde hace décadas. Datos concretos los tenemos desde finales del siglo pasado, cuando se produjo la increíble historia de Oliver Larch, un niño de once años protagonista de un caso escalofriante que dio la vuelta al mundo.

Según relatan los investigadores que conocieron la historia *in situ*, los hechos se produjeron en la Nochebuena de 1890 en la aldea norteña de Southbend, en las desérticas planicies de Indiana. Eran varias las personas influyentes que se reunieron aquella fecha señalada en casa de John Larch dispuestos a dar cuenta de una opípara cena. Sobre las once de la noche se le ordenó a Oliver, de once años recién cumplidos, transportar un enorme cubo de metal para llenarlo con agua del pozo. Con gruesas botas, abrigo oscuro y una bufanda, el muchacho dio varios pasos en la nieve en dirección al pozo situado a unos 75 metros de la vivienda. Apenas transcurrieron veinte segundos cuando las personas que disfrutaban de la cena en el interior de la casa escucharon la angustiosa voz de Oliver gritando y pidiendo auxilio. Al salir al exterior-, la familia y los invitados se encontraron con la desoladora imagen del cubo tirado en la nieve y unas quince huellas frescas que se cortaban en seco en la rectilínea llanura. Del niño no había ni rastro. Tan sólo el leve murmullo de lo que antes había sido su voz alejándose en las alturas. Hasta las huellas de Oliver no se había aproximado ninguna otra que pudiera clarificar que había sido atacado por algún animal del Bosque. Y la Policía Montada fue la encargada de descartar la presencia de alguna ave raptora que pudiese haber elevado hacia los cielos el cuerpo de Oliver. Así, el caso se mantuvo abierto y a la espera de nuevos datos durante casi un cuarto de siglo.

Los padres de Oliver y los testigos de aquella trágica noche jamás volvieron a tener noticia del pequeño. Y lo mismo ocurrió con un puñado de chiquillos, como el británico Toni Bowman, desaparecido en circunstancias parecidas en el verano de 1955, a lo largo el siglo xx.

Las hipótesis para explicar estas súbitas desapariciones se encuentran actualmente en un laberinto sin salida. Los OVNIs como posibles entes captores, el paso accidental a través de puertas que conducen a nuevas e inexploradas dimensiones, y todo tipo de más o menos arriesgadas teorías, han aderezado decenas de libros e informes que se han hecho cargo del problema.

Sea como fuere, los casos del «Niño de Somosierra» y del «Niño Pintor de Málaga» representan lo más sobrecogedor e insólito de esta fenomenología normalmente considerada «maldita» dentro de los expertos en fenómenos insólitos. Las casos continúan abiertos, como igualmente abierta continúa la esperanza de los familiares de ambos muchachos. A pesar de todo, la impresión que a uno le recorre el cuerpo cuando investiga de cerca estos sucesos es que ellos han sido elegidos, no sabemos por qué o por quién, para engrosar una lista de personas que han sido aparentemente arrancadas de nuestro mundo con extrañas intenciones.

Al escribir estas líneas en un paraje muy próximo al kilómetro 94 de la antigua Nacional I a su paso por Somosierra, es inevitable desear que, cualquiera que sea el lugar, se encuentren en el punto del espacio-tiempo donde se encuentren, algún día sepamos algo más de estos dos infortunados mártires del misterio...

El cadáver de Boisaca

Ficha- **En los archivos policiales de Santiago de Compostela se guarda celosamente el expediente del misterioso accidente y muerte de un hombre que no existe. Atropellado en la vía férrea, el asunto del misterioso muchacho que parecía perdido en el espacio-tiempo se convirtió en quebradero de cabeza para las autoridades. Un apasionante suceso que, tras diez años de investigaciones oficiales, continúa siendo un auténtico enigma pendiente. ¿Nos encontramos ante un caso de teleportación mortal?**

5 de mayo de 1988. Comisaría de Policía Nacional, Santiago de Compostela, 23 horas

LA NOCHE, DENSA Y SILENCIOSA, estaba repleta de brumas que rodeaban la pequeña vaguada que las vías del tren ocasionan a su paso por Santiago. El expreso Rías Altas se había puesto en marcha. Atrás quedaba la vieja estación, y el maquinista, José Aira Martínez, se acomodaba en la cabina de mando, consciente de las más de siete horas que quedaban para llegar a su última parada en Madrid. Era un viaje conocido y repetido hasta la saciedad, por lo que una mueca de suficiencia afloró en el funcionario al darse luz verde para iniciar el trayecto. El sonido de la maquinaria, tan cercano y familiar, no indicaba ni en lo más remoto que aquel viaje iba a ser inolvidable. Según reza en el expediente oficial, la eterna rutina de este experimentado conductor saltó hecha añicos al adentrarse en los boscosos parajes de San Lázaro, a unos seis kilómetros de la capital de Galicia. Al tomar la curva cercana al Puente de Paredes, y según se relata en los centenares de documentos que componen el dossier policial, una silueta surgió de la nada, rompiendo la oscuridad de la noche. Espantado, Aira Martínez hizo sonar las señales acústicas del tren ante la total indiferencia de aquel sujeto que deambulaba agitando los brazos por el interior de la vía, dando la espalda al convoy en una actitud inexplicable. Poco más pudo hacer. Fueron segundos, milésimas, tiempo suficiente para que en la retina de este empleado de RENFE quedara grabada la última mirada



5 de mayo de 1988, Santiago de Compostela. Imagen del expediente de la Policía Científica referente al atropello y muerte del «joven que no existe-'. Un caso sin parangón de aparición súbita e inexplicable en nuestro país.

de aquel desgraciado, que en el último instante giró la cabeza para observar la máquina que se le echaba encima.

El atropello Fue inevitable. Aira Martínez detuvo el expreso a unos cien metros y, sin dudarlo, se encaminó rápidamente hacia la cola del vagón dispuesto a auxiliar al accidentado. Pero esta utópica esperanza se truncó definitivamente al contemplar la dantesca escena que surgía ante sus ojos. En los raíles se encontraban las dos piernas, separadas del tronco por el abdomen y con algunos jirones de ropa. Junto a ellas, el resto del cuerpo con múltiples amputaciones y deformidades.

El maquinista no pudo reprimir un inmenso escalofrío al contemplar el rostro del finado. El muchacho había sido seccionado en dos partes, y las facciones de su cara aún permanecían agarrotadas en lo que parecía ser un último y lastimero grito de dolor.

Aira Martínez acumuló el valor necesario para, junto al ayudante Carlos Castro, apartar el cuerpo de la vía férrea y cubrirlo con una vieja manta. Acto seguido telefonearon a Luis Vázquez Graña, jefe de estación de Santiago para que informara a la policía del fatídico acontecimiento.

Minutos más tarde, las sirenas de los coches patrulla iluminaban la zona con sus luces intermitentes. La inspección ocular arrojó los siguientes datos: el fallecido era un varón de aproximadamente 1,65; raza blanca; complexión normal; pelo negro, corto y liso; ojos castaños; orejas muy separadas, rotadas hacia delante y sin circunvoluciones. Vestía una camisa gris muy azulada; jersey gris con hombreras de skay; pantalón negro y zapatillas deportivas blancas; éstas eran un 43 cuando realmente al pie le correspondía un 39. La vestimenta también era varias tallas mayor. En los bolsillos del pantalón portaba tres billetes de 5.000 pesetas cuidadosamente doblados, uno de 1.000 pesetas y dos monedas de cinco pesetas.

La autoridad judicial se desplazó al lugar del accidente y ordenó el levantamiento del cadáver y su ingreso en el Departamento de Medicina Legal del Instituto Anatómico Forense.

Todo parecía indicar que se trataba de un caso de suicidio, y una vez realizadas las diligencias pertinentes, el expreso Rías Altas continuó su rumbo hacia Madrid con el maquinista y su ayudante presos de un choque emocional. A duras penas llegaron a destino con el pensamiento puesto en la tremenda escena que les había tocado en aquel turno de noche.

29 de abril de 1996. Departamento de Investigación de la Policía Científica de Santiago de Compostela. 12:34 horas

Antolín Doval, jefe del Gabinete Técnico de la Policía Nacional, deja caer sobre la mesa el polvoriento expediente del «caso del joven que no existe». Han transcurrido ocho años desde aquel infortunado suceso y el misterio que rodea al atropello del paseante de Boisaca se ha concentrado en varios cientos de páginas. El paso del tiempo no ha proporcionado ninguna pista acerca de la identidad y procedencia del extraño personaje.

Doval, resignado, me confirma que jamás se han encontrado con un caso similar. Han hecho todo lo humana y técnicamente posible para lograr saber quién es el enigmático individuo que, como surgido de la nada, se plantó frente al tren la noche del 5 de mayo. Una noche difícil de olvidar.

Polémico cadáver

Antolín Doval extrajo de un viejo sobre la necrorreseña que la noche de autos fue realizada al cadáver de Boisaca, sabedor de que las huellas dactilares eran la pieza angular para identificar a un joven sin documentos.

—*Mandamos las huellas a toda la región gallega, con resultado negativo, y también se enviaron a la Central de la Policía Científica de Madrid arrojando el mismo resultado negativo* —me afirmó Doval mientras desplegaba en la mesa de madera aquellos añejos documentos repletos de indicaciones en rojo y sobre los que no era muy difícil observar los pertinentes sellos de confidencial.

Parecía increíble, pero oficialmente aquel hombre de aproximadamente veinte años de edad no estaba filiado en ningún documento nacional. Ante estas primeras dificultades, las pesquisas policiales fueron más allá ante un caso que comenzaba a ser incómodo. Además, se daba la agravante de que nadie reclamaba aquel cadáver.



Primer plano del Niño de Boisaca, extraído del expediente oficial. Sus dientes afilados y las orejas sin circunvoluciones generaron mil conjeturas entre los miembros de la Policía Científica.

Las notas de prensa y la publicidad que se le estaba dando al misterioso asunto no arrojaban la más mínima pista sobre el cada vez más célebre «joven de la vía». La fotografía del supuesto suicida fue publicada en medios de comunicación regionales y nacionales. En esta medida la policía albergó grandes expectativas, pero, una vez más, el fruto de las investigaciones fueron absolutamente nulos:

—*En diversas ocasiones se ha participado en programas de televisión nacionales. Como consecuencia de uno de ellos tuvimos cuatro llamadas, procedían de Icod de los Vinos en Tenerife, de Ceuta, del barrio madrileño de Carabanchel, y por último, de Filgueira, una aldea cercana a Santiago. Eran personas que decían que podría tratarse de algún familiar desaparecido. Tras realizar un cotejo dactiloscópico con las fichas de estas personas comprobamos, lamentablemente para la identificación y afortunadamente para estas personas, que ninguna de ellas se correspondía* —apuntaba el jefe del Gabinete Técnico.

Todos los resultados eran negativos, este joven no se encontraba en el archivo oficial de desaparecidos. Parecía una versión moderna de un «Raspar Hauser» hispano, un individuo que había surgido de la nada, apareciendo repentinamente en la caja de la vía sin que nadie lo hubiera visto rondando por el lugar.

Su inquietante rostro añadía más incógnitas al controvertido asunto. La cabeza era desproporcionadamente voluminosa, poseía dentición completa con algunas piezas afiladas y salientes. Pero el dato que más llamó la atención de los especialistas fueron las orejas; las tenía absolutamente planas, rotadas hacia delante y sin dibujo alguno en su interior...

Cuando Doval nos mostró algunas de las fotografías del expediente oficial, noté cómo el rostro del compañero Lorenzo Fernández, que me acompañaba en aquella nueva aventura reporteril, se transfiguraba por completo. Y no era para menos. Aquellas imágenes eran crudas de veras, y mostraban a las claras el brutal impacto y estado en el que quedó el individuo. Y es que uno, a pesar de haber trabajado en «lindezas» como las secciones de sucesos de determinada cadena radiofónica madrileña junto al «pura raza» del periodismo de acción que es el bueno del señor Fernández, nunca se acostum-

bra a esto. Juntos hemos visto, con menos de veinte años, cadáveres recién hallados como el de la tristemente finada Susana Ruiz, que apareció en 1993 en un descampado madrileño, o hemos estado transmitiendo en directo en algunos locales políticos cuando aún no habían sido desalojados ciertos explosivos que habían destrozado parte de la edificación. Todas esas locuras periodísticas que hacíamos y, afortunadamente, seguimos haciendo, siempre nos dejan la cara como se le quedó en esta ocasión a Lorenzo. Y es que las fotos del accidente, jamás hasta entonces mostradas al público, eran de lo más realista que habíamos observado nunca. Por eso, y a pesar de las indicaciones constantes del señor Doval, decidí hacer fotografías de todo aquel expediente. Oficialmente estaba absolutamente prohibido el reproducir aquellas imágenes del dossier secreto, pero una «milagrosa» llamada en el teléfono de la habitación contigua me permitió «fusilar» con rapidez aquellos documentos alucinantes que jamás habrían salido de las paredes de aquel cuartel general de la Policía Científica de otro modo. Cuando cambiaba el carrete en lugar seguro pensaba que Doval y a sus colegas no deberían enfurecerse. Al fin y al cabo, era por una buena causa. Y, sobre todo, mis lectores tenían derecho a saber.

Con el material gráfico en nuestro poder, no dudamos en mostrar la imagen del «Cadáver de Boisaca» a prestigiosos psiquiatras y doctores de la ciudad gallega. Su opinión fue unánime: los rasgos faciales y los pabellones auditivos sin marca alguna reflejaban primitivismo y oligofrenia propia de enfermos psíquicos profundos. Una teoría que también fue barajada por la propia Policía Científica, que durante años investigó en colegios de acogida y centros de deficientes mentales de Galicia y en colaboración con las fuerzas de seguridad lusas de todo el norte portugués. Pero, como todas las teorías hasta el momento, habían quedado hechas añicos ante la desconcertante realidad que envolvía el caso.

Símbolos en la vía férrea

Las numerosas peticiones de autorizaciones y permisos se sucedieron durante varias jornadas. Y he de confesar que el papeleo y la asfixiante burocracia a punto estuvo de hacernos desistir. Finalmente, el 28 de abril, el Gabinete de la Jefatura Central de Policía de La Coruña daba «luz verde» a nuestra insistencia para adentrarnos en el caso del joven de la vía. Tras mucho esfuerzo, teníamos por fin ante nosotros la documentación oficial del cadáver. Y con ella en la faltriquera nos pusimos de inmediato a trabajar una mañana en el que el sol de la recién iniciada primavera envolvía la bellísima capital santiaguesa. La crudeza de las imágenes y lo extraño del personaje nos hizo ser conscientes de que resultaba casi imposible que un joven de esas características hubiera pasado desapercibido en los alrededores y no tuvimos que indagar mucho para comprobar que los agentes tenían la misma inquietud.

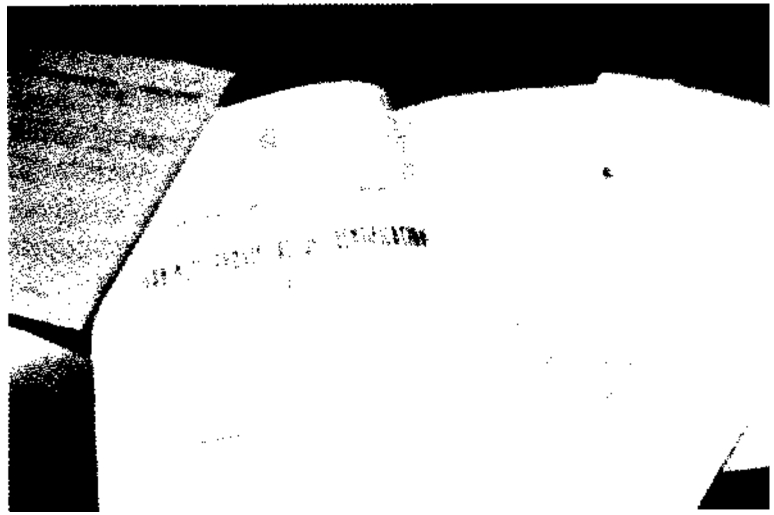
Echándonos nuestros macutos y cámaras fotográficas al hombro, decidimos realizar la supuesta ruta por la que la noche de autos caminó el «cadáver sin pasado». Recuerdo a las muchas personas que nos cruzamos en el trayecto y sus miradas nada indiscretas y en ocasiones inquisidoras. El día, espléndido y radiante, no quitaba, sin embargo, un ápice de tenebrosidad a los alrededores del cementerio y la vía férrea. Una zona común donde se produjo el extraño atropello. Andando y anotando pacientemente todos los detalles que pudiesen resultar de interés, enfilamos la llamada Rúa de Boisaca, una vereda recta, larga y casi interminable, que desembocaba en el solitario Puente de Paredes. Antes de llegar a él fuimos comprobando cómo existían innumerables viviendas de dos plantas donde, por lógica, debiera haberse observado al misterioso caminante. Incluso nos sorprendió el comprobar cómo la carretera nacional hacia Lugo pasaba por las inmediaciones y prácticamente se daba de la mano con uno de los tramos de vía por las que, según el testimonio oficial, debiera haber deambulado el individuo finado. Sin embargo, nadie lo había identificado. Tan sólo María González, vecina de una casa aislada de las proximidades, aseguró haber visto a un joven cerca de la vía sobre las cinco de la tarde, pero para la investigación oficial esto no representaba prueba alguna. Era, según dijo, un muchacho joven que realizaba «como equilibrios» muy cerca de las vías. Al mostrarle las fotos «oficiales» para la búsqueda del cadáver, que por supuesto no eran las del momento del accidente, la buena señora no supo muy bien qué decir.



Uno de los extraños símbolos aparecidos en el lugar donde el joven fue arrollado.

Lo cierto es que muy cerca de donde feneció el sujeto aparecieron una serie de extraños círculos concéntricos formados por pequeñas piedras. Estaban realizados con decenas de guijarros y guardaban una simetría perfecta. Varios psicólogos intuyeron que podría tratarse de algo semejante a los ejercicios que realizan los deficientes psíquicos en algunos procesos de aprendizaje. Y no nos quedó más remedio que preguntarnos si podía tratarse de algún mensaje o si aquello guardaba algún incomprensible sentido postumo. Eran datos que poco a poco íbamos recogiendo y que, en honor a la verdad, he de admitir, hicieron de aquella una trama policial y misteriosa que nos envolvió por completo durante largas horas.

Al observar las imágenes del archivo policial en el que se recogían estos símbolos nos vinieron irremediablemente a la memoria los mensajes manuscritos aparecidos sobre los cadáveres de los contactados que se suicidaron en Tarrasa el 20 de junio de 1972. Estas dos personas, José Félix Rodríguez Montero y Juan Turu Valles, pusieron fin a una vida repleta de pasión por los «guías cósmicos» colocándose una hoja de papel en la que se podía leer «pertenecemos al infinito, los extraterrestres nos llaman». Era su particular modo de despedirse del mundo terrenal antes de que sus cuellos fueran cercenados por las ruedas del tren. ¿Podría tratarse de un caso semejante protagonizado por un deficiente mental?, nos preguntamos mientras penetrábamos en las vías y comprobábamos algunas mediciones y distancias. Quizá, y así llegamos a pensarlo, aquel acto era plenamente consciente y perseguía algún fin concreto. La actitud de mantenerse erguido con total frialdad ante la llegada del tren nos llenaba de interrogantes y nos hacía sospechar; ¿acaso nos encontrábamos ante un extraño suicido de origen ritual o motivado por algún tipo de delirio?...



El dossier policial sobre el -joven que no existe-. Varios cientos de páginas e informes repletos de misterio.

La sepultura 7.621

Es una cosa rarísima, rara, muy rara... Así se expresaba Antolín Doval a la hora de hacer balance del «Caso Boisaca». Nunca se habían topado con un asunto de semejantes características y era especialmente sincero mostrándonos sus dudas. Este dato, esta extrañeza, ya nos la corroboró en Madrid el popular criminólogo y ex director de *El* Caso Juan Ignacio Blanco. Un buen amigo al que siempre acudíamos con este tipo de incidentes que se encontraban en un puente entre dos mundos; el de la criminología y el de la investigación de lo insólito. Flanqueados por humeantes tazas de café, con la

madrugada en el exterior de la redacción de Radio Voz, lugar donde compartimos amistad y micrófono durante más de un año, Juan Ignacio, ejemplo auténtico del periodista «de vuelta de todo» y conocedor como nadie del mundo de los sucesos, nos afirmó sin tapujos que: *Nunca se ha dado un caso de aparición repentina y muerte de estas características en la que no se haya llegado a identificar completamente a la víctima. Es, sin lugar a dudas, un caso muy extraño, único...*

Según nuestras pesquisas, el cadáver había sido enterrado en el cementerio de Boisaca. Sin embargo, casi nadie sabía el lugar exacto donde reposaban los restos de este «aparecido». De nuevo en ruta, persiguiendo la historia oculta del cadáver de Boisaca, llegamos hasta el Ayuntamiento de Santiago de Compostela. Y allí, tal y como esperábamos, continuó el festival de sorpresas. Tras agenciarnos la orden de entrada del cuerpo de un varón sin identificar fechada el día 25 de mayo de 1988, y comprobar la anómala tardanza, cifrada en veinte días, existente entre la fecha del levantamiento del cadáver y su orden de enterramiento, supimos que la sepultura municipal de beneficencia de segunda clase número 7.621 había sido la última morada del misterioso protagonista. En las dependencias municipales se nos informó que esos restos mortales habían sido trasladados el 14 de septiembre de 1995 a la fosa común tras prescribir el plazo asignado a las sepulturas de este tipo. En las mismas páginas del registro, y como colofón a lo dictado sobre esos restos mortales, aparecía una rotunda frase: «No se puede consultar», algo que ni el sorprendido funcionario de recias melenas que tan amablemente nos atendía logró comprender. ¿Qué significado tenía aquella orden? ¿Por qué tanto secreto en torno a este cuerpo?...

Ante tanto secretismo, decidimos encaminarnos al viejo cementerio municipal, distante varios kilómetros de la ciudad. Siguiendo meticulosamente los planos, logramos situarnos en la zona donde presumiblemente descansaba el cuerpo del «joven de la vía», pero tras un minucioso rastreo pudimos comprobar que se había perdido toda referencia acerca de la sepultura 7.621. En un mapa situado en una de las esquinas de lóbrego recinto observamos que precisamente esa sepultura faltaba. Simplemente no aparecía. La 7.620 y la 7.622 estaban perfectamente indicadas, pero la que albergó el cuerpo de difunto que perseguíamos parecía haber sido tragada por el aire. Intrigados ante la falta de cualquier indicio exterior, logramos convencer al único sepulturero municipal para que prosiguiera con nosotros la ardua búsqueda. Finalmente, logramos descubrir la pequeña parcela de terreno donde reposaban los restos del «Cadáver de Boisaca». En aquel pedazo de tierra no había lápida, numeración ni señal que indicara que allí yacía un difunto. Un triste rincón en un cementerio que comenzaba a envolverse en las brumas fantasmales del atardecer. Sin embargo, ahí estaba el «hombre sin pasado», a pocos metros de profundidad, ya que según nos informó el enterrador, única persona que realiza los traslados en dicho camposanto desde hace más de treinta años, jamás se habían movido aquellos restos. ¿Por qué, entonces, «oficialmente» el cuerpo ya no estaba en aquel lugar? ¿Quería alguien ocultar cualquier pista referente a un problemático cuerpo? Eran preguntas que anotamos al unísono en los respectivos cuadernos de campo pero que nadie supo o quiso respondernos

Temponauta

No son muchas las hipótesis que restan para dar una explicación convencional a este intrigante enigma. Las más «lógicas» quedan descartadas tras realizar un análisis minucioso de las características del caso. La policía y la investigación oficial no han tenido más remedio que ir eliminando las suposiciones elementales acerca del origen del paseante de Boisaca y el móvil que desencadenó el atropellamiento en la vía férrea.

La investigación conjunta realizada con la policía portuguesa desechó la posibilidad de que el sujeto hubiera huido de algún centro psiquiátrico o de acogida de personas con deficiencias. El minucioso rastreo hace que esa conjetura, la fuga de alguna institución de acogida, quede finiquitada por completo.

Queda también descartado que pudiera tratarse de algún mendigo. Sus manos, finas, cuidadas y sin callosidades, además del cuerpo aseado y la ropa cara y en perfecto estado, hacen realmente difícil la posibilidad de que nos encontremos ante el «último viaje» de un

desahuciado. ¿Quizá un sordomudo extraviado en alguna visita a Santiago accidentalmente arrollado?, se llegaron a preguntar muchos. La lógica aplasta también esta suposición. Existiría una denuncia y posiblemente una reclamación tras ser publicadas repetidamente las fotografías del cadáver. También es absurdo el hecho de que al emitir el tren sus señales acústicas y luminosas el andarín no se apartara de la vía. ¿Buscaba entonces la muerte? ¿Por qué caminaba de espaldas, al tren? ¿Desconocía acaso el peligro que entraña un expreso a toda velocidad? Si esto fuera cierto, es probable que nos encontremos, tal y como también ha supuesto la policía, con un caso de joven recluido durante dos décadas en algún habitáculo familiar ajeno al rodar del tiempo.

Desgraciadamente se han producido algunos sucesos en la región gallega de estas características. En determinados ambientes aislados y de bajo nivel cultural el temor a la respuesta de la vecindad ha hecho que algunos bebés con deformaciones hayan sido prisioneros de sus propias familias. Es, para estas gentes, la única forma de paliar el castigo divino, sortilegio o mal de ojo con los que creen estar hechizados. Pero la ropa cara y aseada que llevaba el individuo, y aún más las 16.010 pesetas que portaba cuidadosamente dobladas en uno de sus bolsillos, dinamitan por completo la teoría del «secuestro familiar». Es ilógico pensar que si sus progenitores querían deshacerse rápidamente de él lo dejaran varias horas junto a la vía, con dinero abundante, y sobre todo con la posibilidad de que retornara hacia Santiago por su propio pie y fuera visto por multitud de vecinos y miembros de patrullas de la policía, o incluso se acercara desorientado a alguna de las muchas viviendas que flanquean el lugar. Es difícil creer que los que allí lo abandonaron tuvieran la seguridad de que iba a encarar de ese modo al tren. ¿No es lógico suponer que a pesar de que no hubiera visto jamás uno, y por muy mermadas que se encontraran sus facultades, se hubiera apartado instintivamente ante la cercanía del peligro?

Las proximidades de Puente Paredes, por la carretera nacional cercana y la cantidad de transeúntes que pasean por los alrededores, no es el lugar más indicado para realizar la operación de deshacerse de un joven de veinte años sin que nadie se aperciba de la maniobra. Si el cadáver de la vía fue un desahuciado por su propio clan,



Iher Jiménez señala el lugar exacto de la vía ¡énea donde se produjo el atro/xllo del «Caminante de Boisaca».

¿cómo era posible que no existiera ningún testigo tras la publicidad dada al asunto en la regiém?

Las hipótesis lógicas fallan en su totalidad y, por tanto, se ha acudido incluso a otras que pudieran parecer más fantásticas. La posibilidad de que un muchacho en estado semisalvaje fuera arrollado por el tren también pasó por un riguroso análisis. La ropa, toda varias tallas mayor, podría ser robada, al igual que el dinero; no obstante, esta actitud del atraco no se corresponde, según los psicólogos consultados, con los parámetros de comportamiento de un ser agreste e irracional. La ropa y el dinero tampoco figuran en la denuncia que el afectado debiera haber cursado, con más motivo aún dada la divulgación que se dio al asunto y la constante petición de ayuda por parte de la policía. Además, el individuo tuvo que cruzar necesariamente por algún núcleo urbano hasta llegar al punto kilométrico del accidente. ¿Cé)mo es posible que nadie lo identificara?...

Ante el panorama tan enigmático, absolutamente único en un caso de esta índole, no podemos reprimir la tentación de añadir una hipótesis por aventurada que parezca: el salto en el tiempo y el espacio, ya que no son pocos los sucesos que se cuentan de personas

aparecidas repentinamente en un lugar sin saber ni de donde ni cómo han llegado hasta allí.

Un ejemplo clave y muy bien documentado de esa posibilidad lo encarna el suceso protagonizado en el verano de 1950 por el comerciante norteamericano Rudolf Fenz.

La policía encontró varias tarjetas y documentos pertenecientes a este hombre en los bolsillos del cuerpo que acababa de ser arrollado por un furgón en plena Quinta Avenida neoyorquina. Vestía traje impecable y muy anticuado, de telas demasiado gruesas para la época del año en la que se encontraba. La levita negra y los puntiagudos zapatos de hebilla le daban un aspecto de lord británico del pasado siglo. En el interior de los bolsillos, los agentes requisaron además varios billetes ya retirados de la circulación, y una carta perfectamente conservada dirigida a Rudolf Fenz con un matasellos... de 1876.

Ante tan extraño caso, las autoridades investigaron hasta el límite técnico y humano disponible. Las conclusiones fueron sobrecogedoras. Se localizó el nombre de Rudolf Fenz Jr. en un antiguo listín telefónico. Corroborados estos datos, se certificó que ese varón, fallecido hacía un tiempo, era el hijo de una persona del mismo nombre desaparecida inexplicablemente varios años atrás mientras paseaba por una vereda próxima a su domicilio. La sorpresa máxima de las autoridades judiciales se produjo tras el descubrimiento de que en las listas de desaparecidos de Norteamérica en 1876 aparecía ese nombre, el de Rudolf Fenz.

El punto final a este caso lo ponían las decenas de testimonios recogidos por la policía antes de llegar a los últimas indagaciones. Todas las personas presentes en el accidente aseguraron que aquel individuo fue atropellado repentinamente, surgiendo casi instantáneamente bajo el automóvil, sin dar tiempo a reaccionar al conductor. Para muchos era como si en medio de la calzada hubiera aparecido un despistado hombre dando la espalda al intenso tráfico de la Quinta Avenida. Las preguntas son inevitables: ¿Era el genuino Rudolf Fenz el infortunado difunto? ¿Qué clase de fuerza lo había transportado en el tiempo y el espacio depositándolo en medio de la concurrida calle? ¿Podría tratarse de un salto de semejantes características el que provocó el accidente de Boisaca? ¿Era el joven atropellado víctima de una «broma adimensional»? De momento, y aunque cueste admitirlo, es una de las pocas hipótesis aun no descartadas. Y es que el paseante de la vía, venido quién sabe de dónde o abandonado a saber por quién, caminó firmemente sobre la vía, dejó su último mensaje sobre la piedra y no dudó en dar el susto de su vida a un humilde maquinista al girarse estoicamente ante la llegada del expreso Rías Altas. Fue el particular modo de llevarse su secreto a la tumba, dejando cientos de interrogantes en un expediente maldito que aún tiene la esperanza de que alguien, en algún lugar, sepa la verdad...

VI. Los expedientes X del Ejército español

LA SECCIÓN DE INTELIGENCIA del Ejército del Aire de nuestro país es el organismo oficial que más información y documentos posee sobre el fenómeno ovni. La lucha entre los periodistas e investigadores y los miembros de la cúpula militar se ha prolongado desde 1968, momento en el que se clasificó el tema como «materia reservada», a la búsqueda de una mayor transparencia y objetividad.

Sobre el papel, las autoridades dieron «luz verde» al enigma ovni en 1992, mostrando al público, en un proceso de desclasificación que duró cinco años, 83 expedientes sobre avistamientos de objetos extraños en nuestros cielos.

Pocos de esos informes eran realmente extraños. La inmensa mayoría estaban «resueltos» con peregrinas explicaciones, algunas de ellas dejaban en ridículo a los propios pilotos de caza y demás miembros del Ejército que habían informado a sus superiores; en definitiva, algo olía mal en la actitud de los responsables de dicho proceso de desclasificación.

Los que han seguido el enigma ovni de cerca, sabían, por testimonios directos de los implicados y los propios documentos oficiales, que muchos de estos sucesos habían sido «transformados», cortados o manipulados para dar una versión más tranquilizadora de los hechos.

En este capítulo ofrecemos las investigaciones *in situ* de los casos más espectaculares, los sucesos que fueron un quebradero de cabeza para las autoridades militares de nuestro país y que aún están a la espera de una explicación. Los aterrizajes de los primeros días de enero de 1975 en Quintanaortuño (Burgos) y Bardenas Reales

(Navarra), con más de treinta militares y altos mandos involucrados, son el ejemplo definitivo de la extorsión ejercida sobre los propios soldados y la presión efectuada por las altas esferas para la completa deformación de la realidad.

Por otro lado, mostramos en estas páginas una serie de documentos oficiales excepcionales. La Instrucción General Confidencial IG 40/5, o lo que es lo mismo, la normativa secreta de obligado cumplimiento en nuestras Fuerzas Armadas en caso de aparición de un ovni. Adivinamos el rostro sorprendido del lector al descubrir que en documentos secretos nuestro Ejército habla de «aterrizajes ovni», «aparición de seres asociados al fenómeno», «efectos físicos y electromagnéticos provocados por ovnis» o «materiales y restos procedentes de un ovni». Una bomba informativa que demuestra a las claras el verdadero interés y conocimiento de la cúpula militar de uno de los grandes enigmas de nuestro tiempo.

Además, se muestran aquí algunos de los «expedientes» que aún permanecerán ocultos en los archivos del Ejército del Aire. Casos que continúan clasificados por poner en peligro la seguridad física de los militares que intervinieron en el suceso. Informes secretos como el tiroteo contra un extraño ser luminoso en el interior de la Base Aérea de Talavera la Real (Badajoz) o el «ataque» de un extraño óvalo volador a unos radaristas militares de Aitana (Alicante), son la prueba definitiva de una realidad que no puede seguir ocultándose por más tiempo. Aquí están los testigos, las fotografías secretas y los expedientes que oficialmente nunca verán la luz.

Cinco días de enero

Ficha: **En los primeros días de 1975 se produjeron los dos aterrizajes ovni más importantes de la casuística española. Decenas de militares fueron testigos de excepción de unos sucesos incomprensibles que generaron toda serie de recelos en la cúpula del Ejército. Las maniobras de ocultación de la información realizadas en esos cinco históricos días son clara muestra de la actitud de los militares ante el más apasionante y controvertido fenómeno del siglo xx.**

AL RECUPERAR de los más hondo de los archivos los recortes y viejas fotografías sobre lo ocurrido en aquellas jornadas de enero de 1975 no pude evitar que un escalofrío intenso me recorriese de pies a cabeza. Con caras de asombro y de expectación ante lo desconocido aparecían retratados en esas instantáneas dos decenas de militares españoles que fueron protagonistas directos de alucinantes encuentros con ovnis. En aquellos ojos, en aquellos rostros, se percibía nítido el reflejo que sólo irradian los que han estado ante algo fantástico e incomprensible.

Y es que en una carretera burgalesa preñada de curvas, y en el inmenso y desértico polígono militar de las Bardenas Reales de Navarra, habían ocurrido una serie de sucesos que hay que considerar, por fuerza, como los más importantes acaecidos jamás en nuestro país en torno a los escurridizos ovnis.

No estamos hablando de visión de luces en los cielos o captación en radar de ecos de procedencia desconocida. No. Lo ocurrido con un intervalo de apenas horas en dos puntos del norte de nuestra Península es un «problema» mucho más grave. Ante las narices y espantados ojos de miembros de nuestro Ejército, gigantescos aparatos, desafiando todas las leyes de la aeronáutica, habían decidido posarse en tierra, demostrando de un modo rotundo y desafiante su existencia.

Esas frías noches del recién bautizado 1975 serían claves para que los altos mandos del ejército mostraran sus verdaderas intenciones respecto al molesto enigma. El hecho de que artefactos de más de diez metros de diámetro sean capaces de internarse y besar el

arenoso suelo de nuestro más vigilado polígono de tiro, o incluso tengan la suficiencia de calcinar trescientos metros cuadrados de terreno poniendo en peligro la vida de cinco reclutas, fue sopesado con recelo por las autoridades.

Y fueron ellas, absolutamente convencidas de la extraña realidad que nos visitaba, quienes decidieron mantener en la más absoluta confidencialidad estos hechos, este brutal «toque de atención» de los ovnis a los militares españoles.

Fue una semana histórica que comenzaba con el impresionante aterrizaje de cuatro objetos desconocidos en la provincia de Burgos...

1 de enero de 1975, 04:31 horas

El bar «Lotus», en Torrelavega, ha sido designado como punto de encuentro para Manuel Aguera, Ricardo Iglesias y Felipe Sánchez que cumplen el servicio militar en la Academia de Ingenieros del Ejército en Burgos. Los tres montan en un Mini Morris 850 de color blanco y, con la helada nocturna como único testigo, emprenden camino en dirección a tierras castellanas con el objetivo de presentarse para acudir a la primera «diana» del año. El recorrido lo hacen a velocidad moderada, y en el cruce de la N-623 con el pueblo de Ontaneda recogen al cuarto soldado, José Laso, que llevaba ya algún tiempo esperando en penumbra.

Va al volante Manuel, camarero de profesión, junto a él Ricardo, carpintero, y en las plazas traseras, y prácticamente dormitando, viajan Felipe y José, chapista y ganadero, respectivamente.

Las continuas curvas les hacen ir muy despacio al pasar por el puerto del Escudo, a pesar de que apenas hay tráfico en ninguno de los dos sentidos de la vía.

Algo cae del cielo

El vaho se ha condensado en el parabrisas y los ocupantes deciden desempañarlo cuidadosamente mientras estiran un poco las piernas. Son las 0:25 horas de la madrugada cuando Manuel Aguera se apercibe de la presencia de una *estrella muy baja que* comienza a vibrar. Ricardo Iglesias apunta que aquello *parece desprender destellos azules y rosas y*, algo extrañados, vuelven al vehículo para proseguir su camino. Apenas transcurren tres minutos cuando Manuel vuelve a avisar a sus compañeros sacando una mano por la ventana señalando un punto en el cielo al tiempo que exclama: ¡mirad!, ¡mirad...!

Algo desconocido ha trazado una curva y ha caído a unos trescientos metros de donde se encuentran. El miedo se apodera de ellos... ya que la luz parece haber quedado a un palmo del suelo. Un foco que a Ricardo Iglesias le recuerda, por su intensidad, a los de las torretas del campo de fútbol del Sardinero.

En pleno silencio, sin nadie a la vista, los cuatro soldados cruzan la carretera y observan durante unos instantes, sin dar crédito a sus ojos, un cuerpo incandescente con forma de *tronco de cono* que se encuentra flotando sin hacer el menor ruido. Tiene dos metros de largo y tres de ancho, y emite una luminosidad amarillenta que termina en cuatro resplandores blancos estáticos en la parte inferior. Manolo y José están muy impresionados y deciden increpar a sus compañeros para regresar al vehículo y proseguir hacia Burgos; sin embargo, Felipe y Manuel están decididos a acercarse aún más al misterioso objeto. Su ímpetu y curiosidad les hace internarse por el campo y enfilar en línea recta la posición del ovni. Se encuentran a unos 200 metros cuando el artefacto se apaga repentinamente y todo vuelve a quedar bañado en oscuridad. Transcurren unos segundos, apenas diez, hasta que de nuevo, y de modo súbito, aparecen cuatro misteriosas formas idénticas a la primera iluminando con gran potencia todos los alrededores. Esto es más que suficiente para que la curiosa avanzadilla retroceda e inicie una carrera hacia el Mini presa del pánico. Entre los cuatro ovnis apenas hay separación, permaneciendo casi unidos y balanceándose a tan sólo unos centímetros del terreno. A unos 800 metros aparecen los focos de otro coche que también se detiene en seco. Dentro del Mini se producen escenas de histeria provocadas por el deficiente arranque, mientras que en el exterior las cuatro «campanas volantes» comienzan a desprender chorros de luz por su base. Tras varios intentos, el vehículo se pone

en marcha y los aterrorizados reclutas aceleran al máximo enfilando la entrada de Quintanaortuño. En el pueblo la soledad es absoluta, y el temor, que les impide volver a poner pie a tierra, les hace alejarse a gran velocidad en dirección a Burgos... dejando cada vez más pequeños a través de los retrovisores a los cuatro misteriosos objetos que continúan inmóviles sobre el campo alumbrando todo a su alrededor.

Una huella de 300 metros cuadrados

La llegada a la Academia de Ingenieros del Ejército fue precipitada. Los cuatro soldados penetraron en el despacho del comandante Francisco Llorente recelosos, pensando en las burlas que se podían difundir si contaban su historia. Tan sólo el temor les empujó a confesar lo vivido a la altura del kilómetro 14 de la carretera que une Burgos y Santander. Esa misma tarde el propio comandante Llorente interrogaba a los protagonistas y les acompañaba al lugar del incidente a la búsqueda de pruebas que verificaran la extraordinaria historia. Ya en el lugar, y acompañados por varios campesinos de la zona, comprobaron que en el punto exacto donde flotaban los cuatro objetos aparecía una huella de gigantescas proporciones. Eran casi trescientos metros cuadrados de terreno completamente calcinado que, según se comprobó, debía haber ardido hacía muy pocas horas. Los labradores consultados fueron tajantes: *Los últimos rastrojos se quemaron en enero... y esto ha sido hecho hace nada.*

El examen de la huella fue minucioso, descubriéndose la existencia de varios hoyos perfectamente visibles repartidos a lo largo de toda la marca de calcinación. Indudablemente aquel pasto había sido sometido a una altísima temperatura y se había quemado, tanto la hierba como gran parte de la tierra hasta una considerable profundidad.

A los pocos días, el investigador burgalés del CEI Malo Martínez descubría que no sólo los cuatro reclutas habían sido testigos del incidente. También el policía José Rivas Riaño, que a la misma hora circulaba en la carretera hacia Villarcayo, observó en compañía de tres personas cómo unos fortísimos resplandores con tonalidades



Los cuatro soldados v el comandante Llorente observan, al día siguiente del aterrizaje. la huella calcinada de 300 metros cuadrados. Oficialmente esta marca jamás existió.

rosáceas y blanquecinas teñían toda la loma que daba al lugar del aterrizaje.

Perseguido por la luna

Pocas horas después del aterrizaje de Quintanaortuño, y sin que ninguna publicidad se le hubiese otorgado al suceso, otro joven búrgales era aterrorizado por un objeto de semejantes características a los observados en la cuneta de la N-623.

Carlos Izquierdo es un humilde vecino del pueblecito de Solarana, lugar en donde, además de las duras tareas del campo, atiende el pequeño bar familiar.

En la madrugada del 2 de enero, aproximadamente a la una y media, regresaba desde la cercana Lerma a bordo de su viejo Renault-6. Iba confiado, ya que conocía perfectamente la ruta, hasta que algo *parecido a un fuego* apareció en el lado derecho del vehículo. Era un intenso resplandor que le acompañó hasta penetrar en el pueblo de Revilla Cabriada; allí, flanqueado por las edificaciones, la luminaria se perdía de vista. Pero cuando todo parecía haber pasado, y en

el trayecto que unía este pueblo con Castrillo de Solarana, el resplandor volvió a hacer acto de presencia colocándose encima de unas choperas situadas a unos 200 metros de la carretera. *Parece la luna... pero esto no es normal,* barruntó Carlos Izquierdo que, algo nervioso, pisó a tope el acelerador del R-6 hasta atravesar Castrillo de Solarana y situarse a la salida del pueblo. En ese lugar, en medio de la calzada, apagó las luces y comprobó que una *media luna rojiza* aparecía silenciosamente por detrás de una loma. Era un objeto sólido que había quedado flotando frente al coche como aguardando su previsible salida. En un alarde de valentía, el burgalés emprendió el solitario camino con aquel «invitado» detrás. El ovni se colocó en el lado izquierdo y así transcurrieron cuatro kilómetros de angustia, en los cuales Carlos optó por dejar atrás su propio pueblo y proseguir hasta una casa donde residía su primo, el agricultor Edelmiro Pozo. Pero aquel fue un gran error, ya que en las oscura carretera «la media luna» optó por aproximarse increíblemente al automóvil y comenzar a realizar pasadas a muy pocos centímetros de la baca. *El cabello se me erizaba y un sudor frío me recorría entero. Sentía verdadero pánico* —confesaba el testigo al reportero de *La Gaceta del Norte* J. J. Benítez—, *aquello cambiaba de color, unas veces al rojo y otras al amarillo... En un momento dado, viendo que aquel aparato se me echaba encima, decidí sacar el brazo por la ventanilla y comenzar a hacer gestos para hacerles comprender que era amigo...*

El coche ya no daba más de sí, a 110 kilómetros por hora se precipitaba por la comarcal con el objeto iluminando los campos *como si fueran las doce del mediodía.* Finalmente, el asustado testigo llegó hasta el domicilio de Edelmiro Pozo, quien no dudó en saltar de la cama y plantarse en la calle tras oír los angustiosos gritos de Carlos Izquierdo. El ovni, en actitud desafiante, había quedado estático a unos cien metros de la casa y así se mantuvo durante casi una hora y media ante la sorpresa de los dos burgaleses.

A la mañana siguiente toda Solarana sabía de la aventura vivida por Carlos Izquierdo... y lejos de dudar salieron nuevos testigos como Basilio Barbero y Máximo Delgado, que también habían observado la «media luna rojiza» sobrevolando los campos desde Castrillo de Solarana...

La intervención oficial

Los dos asombrosos sucesos acaecidos en tierras de Burgos y protagonizados por objetos muy similares habían corrido como la pólvora por la Vieja Castilla. Y quizá esa expectación popular fue un detonante para que el 9 de enero todos los periódicos del país reprodujeran una histórica nota oficial. Era, ni más ni menos, que un comunicado de la Capitanía General de la VI Región Militar donde se daban todos los detalles de la aparición del 1 de enero en Quintanaortuño. En ella, y con gran lujo de detalles, se relataba la vivencia de los cuatro soldados calificando de «OVNI» lo observado por los testigos.

La conmoción de ese comunicado oficial fue brutal en todos los sectores, y así, el 15 de enero, de las dependencias del Aeródromo de Villanía partía un informe confidencial en el cjue el teniente coronel y comandante militar aéreo de la primera Región Aérea hacía saber tres puntos esenciales para «comprender» lo sucedido. En esas tres conclusiones se dictaminaba que los soldados iban «sugestionados «tras la visión de la primera estrella y que era muy extraño que los cuatro testigos coincidieran absolutamente en las descripciones de los artefactos luminosos...

Ese extraño giro por parte de las autoridades militares coincidió con la publicación en *La Actualidad Española* de un artículo del entonces joven reportero Pedro J. Ramírez sobre el asunto del aterrizaje. Otros periodistas, a raíz de esa información, fueron invitados a desistir de sus indagaciones «porque ya se había aireado demasiado el asunto...»

Casi 20 años después, en octubre de 1993, se desclasificaban, es decir, salían a la luz de forma oficial, los papeles del «Caso Quintanaortuño», y en ellos lo que más llamó la atención de los investigadores fue el apartado de conclusiones en el que se reflejaba que: *El lugar donde supuestamente tuvo lugar el avistamiento fue inspeccionado al día siguiente, no encontrándose nada anormal en el terreno...* Una frase que obviaba las muchas imágenes de los soldados y del propio Comandante Llorente examinando las extrañas marcas en el lugar del avistamiento. Marcas que, según confirmaron otros investigadores, perduraron más de cinco meses perfectamente visibles.

El informe oficial, sin embargo, no consideró «anormal» esta circunstancia y así dio carpetazo a un asunto en el que se ponía en entredicho la honradez de cuatro reclutas de la Academia de Ingenieros, de un comandante y de un policía. Un informe que, en definitiva, intentaba a la desesperada ocultar cualquier atisbo de verdad en torno a dos jornadas inolvidables en las que algo desconocido decidió aproximarse a las solitarias llanuras castellanas.

Sobre las Bardenas Reales

El veterano y afable ufólogo Ignacio Darnaude no se corta un ápice al afirmar que *esto de los ovnis es como un inmenso teatro del cual sólo somos meros espectadores.* Totalmente de acuerdo con el buen amigo sevillano.Y más al recordar que en la «puesta en escena» que nos ocupa aún quedaba un segundo acto. El lugar elegido fue el Polígono de Tiro de las Bardenas Reales, en Navarra. Una auténtico fortín militar que horas después de los sucesos de Burgos iba a ser violentado por extrañas maquinarias que sembraron el pánico entre los soldados de guardia y sus superiores. Si el suceso de Quintanaortuño se produjo en pleno campo y junto a la carretera nacional 623, los osados ovnis quisieron hacer un «más difícil todavía» y penetrar en las mismísimas entrañas de un recinto militar dotado con las máximas medidas de seguridad...

2 de enero de 1975, Polígono de Tiro de Bardenas Reales, 22:55 horas

Aquella fría noche del jueves tan sólo el gélido viento quebraba la rutinaria monotonía. Un joven cabo prestaba servicio en el exterior de la torre principal, recóndito lugar diariamente usado como campo de bombardeo por los cazas americanos y españoles de la Base Aérea de Zaragoza. Sus prismáticos dominaban, como cada noche, los infinitos y oscuros desiertos de esa solitaria región navarra de forma pausada, sin nada anómalo que inmutara aquella silenciosa tranquilidad.

Eran las 22:55 horas cuando se incorporó súbitamente. Sin el menor sonido, una extraña luz roja, inmóvil, intensa, se estaba aproximando, cruzando rápidamente los montículos y desniveles cercanos al cuartel. Al cabo de cinco o seis minutos, con la única presencia de un testigo cada vez más inquieto, comenzó a elevarse lentamente, desprendiendo un tortísimo resplandor por la parte inferior. Alarmado, sabedor de que aquello no podía tratarse de ningún avión «despistado», el recluta avisó a los compañeros que pernoctaban en el interior de la torre. «Aquello» se estaba desplazando, atravesando el polígono en dirección a la torre auxiliar. Eran ahora cinco los soldados que se erguían en el puesto de vigilancia, atemorizados, aferrándose a los fusiles al ver cómo la luminaria rojiza se les colocaba frontalmente e iba recortando inexorablemente los metros que le separaban del eventual refugio. Cuando los reclutas esperaban el encontronazo súbito con aquel aparato llegado de ningún lugar, la misteriosa luz, como por arte de magia, realiza un brusco giro de noventa grados a velocidad de vértigo por encima de la torre principal, llenando de pavor a un quinteto que sólo acierta a observar cómo el ovni se eleva por encima de sus cabezas. Transcurrieron unos segundos. Aquel visitante inoportuno se había esfumado sin dejar rastro. Raudos, descuelgan el teléfono para informar de lo sucedido al sargento Aranda —suboficial de servicio— que se encontraba en el acuartelamiento. Según pudimos indagar, ésta fue la conversación exacta que se produjo en aquel confuso instante:

—*Oiga, mi sargento, hay una luz extraña que acaba de pasar por encima de nosotros. Debe ser un ovni de esos...* —comentó el cabo aún sin reponerse del susto.

—*¿Un ovni?, pues se lo cuelgan ustedes de los cajones* —espetó el marcial suboficial.

El asunto parecía zanjado. La negativa del mando superior había dado un simbólico finiquito a lo sucedido. Lo que no suponía la intrigada tropa es que a las 23:20 horas un nuevo y desconocido objeto volvería a aparecer en el mismo lugar. Ante la histérica insistencia de los soldados, el sargento decidió subir hasta un montículo cercano para, provisto de unos potentes prismáticos, comprobar las afirmaciones. Según reza el informe oficial, recientemente desclasificado por el Ejército del Aire, el artefacto tenía *forma de taza invertida con luces blancas en la parte inferior y superior, y luces ámbar y blancas intermitentes en los costados.* El objeto, con unas climen-

siones semejantes a las de un camión, permaneció en el lugar durante unos treinta minutos, emitiendo un chorro de luz intermitente que iluminaba el estéril suelo del polígono dirigiéndose después, como había ocurrido en la primera aparición, hacia la torre auxiliar, desapareciendo en dirección norte en el más absoluto de los silencios.

Todos los componentes de aquel destacamento estaban convencidos de lo que habían visto, y el pacto de silencio fue la primera medida tomada entre ellos para paliar lo que podría ser una auténtica psicosis en aquel alejado lugar.

A pesar de las precauciones y el tacto con el que se trató la espinosa información, los ovnis, sin pudor alguno y como queriendo mostrar su pública evidencia, volvieron a hacer acto de presencia, como veremos posteriormente, sobre el solitario polígono de tiro.

A las pocos días la prensa se hizo eco de los extraños sucesos, provocando un gran revuelo en la opinión pública. Ante esa tesitura, en un histórico comunicado oficial, la Tercera Región Aérea notificaba la apertura de diligencias informativas. Finalmente, el 8 de enero, y a través de la agencia Cifra, el Ejército del Aire afirmaba que *los fenómenos han sido provocados por el reflejo de la luna al atravesar la capa de nubes.* De esta forma se daba carpetazo final al



Torre de vigilancia del Polígono militar desde la que se dio la voz de alarma tras la aparición del ovni.

incomodo asunto. Aquel veredicto no convenció a casi nadie, y menos a Faustino Laborda, cronista del diario vespertino *Aragón Express,* que levantó la liebre. Según nos contó este veterano reportero, no sin cierta nostalgia, los militares habían querido echar tierra sobre el suceso: *Lo primero que hicieron fue taparlo todo; yo fui al polígono junto con un fotógrafo y no nos dejaron obtener nada. Nos dijeron que había algo pero que tenían terminantemente prohibido decir nada.* Todo parecía estar bajo la inquisidora mirada del secreto oficial. Ese silencio forzado fue el que hizo que las primeras crónicas de Faustino Laborda desataran todo tipo de rumores, no sólo en las poblaciones cercanas, sino en todo el país, provocando que en los días posteriores prensa, radio y televisión dedicaran parte de su tiempo a informar sobre lo acontecido en aquel desértico paraje.

Los años pasaron y poco más se supo de los ovnis de Bardenas Reales. La posibilidad de que un artefacto desconocido aterrizara en pleno campo militar pasó a mejor vida, engrosando, como tantas otras veces, los herméticos archivos del Ejército del Aire.

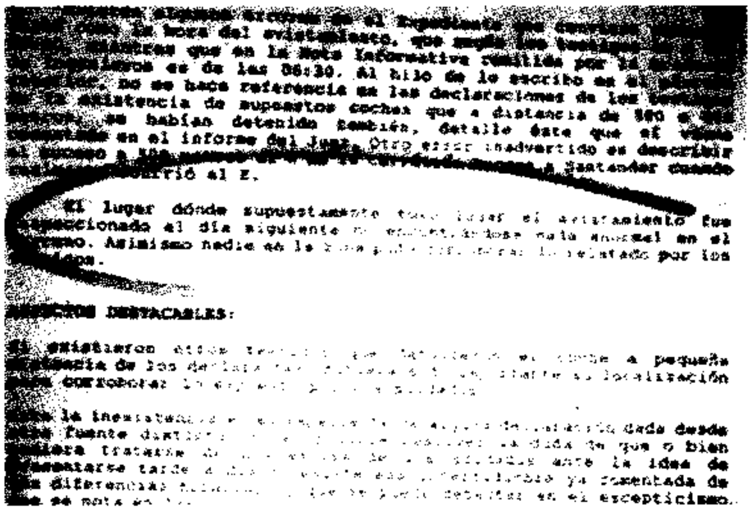
El Ejército rompe el silencio

Fue el 13 de julio de 1994 cuando el Mando Operativo Aéreo decidió dar fin a casi dos décadas de secretismo, poniendo a disposición de la opinión pública veintinueve folios que formaban el polémico expediente oficial del «Caso Bardenas». El informe está compuesto por dos investigaciones paralelas, llevadas a cabo por un teniente-juez informador del Sector Aéreo de Zaragoza y por un comandante-juez de la Tercera Región Aérea.

En el documento se analiza exclusivamente el caso del 2 de enero de 1975, recogiendo los testimonios de los soldados que presenciaron la aparición súbita del ovni incluyendo un croquis de la observación y la interpretación personal del teniente general jefe de la Tercera Región Aérea, para quien *las luces o efectos de luz observados pueden haber sido producidos por el balo de la luna, luz de alguna estrella, o de algún tractor cercano al atravesar algunas de las capas de niebla o bruma que intermitentemente pasaban sobre el polígono, provocando un efecto óptico que baga creer en la exis-*

tencia de un cuerpo iluminado. Esta desconcertante explicación aparece firmada el 11 de enero de 1975, antes de que las investigaciones hubieran concluido, ignorando el segundo aterrizaje acaecido durante la madrugada del 5 de enero y pasando por alto las desconcertantes maniobras efectuadas por la «taza invertida» en el polígono durante aquella larga noche. Son conclusiones que para nada corresponden a las explicaciones propuestas por la Tercera Región Aérea. ¿Cómo es posible que la luna hubiera provocado el fenómeno si aún no había hecho su aparición esa noche sobre el polígono, tal y como rezan las cartas astronómicas? ¿Desde cuándo una estrella es capaz de aterrizar y posteriormente sobrevolar el polígono efectuando bruscos giros en pleno vuelo? ¿Y acaso es un tractor capaz de elevarse vertiginosamente desapareciendo en cuestión de segundos?

Examinado minuciosamente el expediente, quedaban al descubierto numerosas incongruencias que era necesario desentrañar. La verdad sobre el «Caso Bardenas» parecía estar muy lejos de lo pretendido por los responsables del proceso de desclasificación. Expedientes tergiversados, informaciones falsas, sucesos ignorados, maniobras de disuasión y un largo etcétera de irregularidades mantenían el secretismo en uno de los sucesos clásicos de la ufología


... la hora del avistamiento, que ...
... que en la Nota Informativa remitida por ...
... de las 06:30. Al hilo de lo escrito en el ...
... no se hace referencia en las declaraciones de los ...
... existencia de supuestos coches que a distancia de ...
... se habían detenido también, detalle éste que ...
... en el informe del Juez. ... inadvertido es describir ...
... Santander cuando ...
... ocurrió al E.

El lugar dónde supuestamente ... fue ...
... el día siguiente ... en el ...
... Asimismo nadie en la ... por los ...

... DESTACABLES:

... existieron ... a pequeña ...
... de los ... localización ...
... corroborar ...

... la inexistencia ... dada desde ...
... fuente ... que o bien ...
... tratarse ... ante la idea de ...
... diferencias ... ya comentada de ...
... se nota en ... en el escepticismo.

Informe oficial desclasificado en el que se adviene que en el lugar de los hechos no se encontró nada anormal.

ibérica. Intentar rescatar la información «no contaminada» era el único objetivo que me propuse una fría mañana de enero junto al periodista y reportero Bruno Cardeñosa. Y la tarea no iba a ser, para nuestra desgracia, nada fácil.

21 años después: declaran los testigos

Las peripecias del destino hicieron que la misma noche del 2 de enero de 1996 —exactamente 21 años después del primer suceso de Bardenas— planeáramos una inminente visita a la franja navarro-aragonesa, dispuestos a entrevistarnos cara a cara con los hasta entonces anónimos protagonistas de aquellos increíbles aterrizajes.

Jamás habían aparecido en público, nadie sabía qué había sido de los soldados que fueron escoltados por la «media luna roja» durante aquella fría noche del 75. El hecho de que los nombres de estos testigos de excepción hubiesen permanecido en el más absoluto de los anonimatos nos hizo replantearnos, cuando nuestro coche rodaba ya al encuentro de las llanuras aragonesas, el desistir ante tan complicada aventura. Pero una vez más, como norma común por la que siempre acabamos apostando los «irresponsables» reporteros que a estos menesteres nos dedicamos en cuerpo y alma, decidimos confiar en... llamémoslo «la intuición». Con el cuaderno en blanco y muy pocas pistas que seguir, devoramos los 500 kilómetros que nos separaban de la histórica villa de Ejea de los Caballeros, deseosos de enfrentarnos al misterioso enigma y su posterior silenciamiento. Allí, y si nuestros datos no eran erróneos, podríamos toparnos con quienes vivieron todo aquello y visitar el lugar de los hechos.

Nuestros primeros pasos en la capital de las Cinco Villas transcurrieron en diversas barriadas apretadas ante el molesto y gélido viento que no dejó un minuto de acompañarnos. Las negativas sistemáticas de los vecinos hicieron que nuestro eufórico estado inicial sufriera un brusco mazazo.

Indudablemente, y nos dimos cuenta tras varias horas de paseo, estábamos persiguiendo a personajes que no existían... a identidades absolutamente erróneas que nos cercaban irremisiblemente en un callejón sin salida. Y tan cerca me sentí de ese negro túnel, que en

más de una ocasión quise regresar al coche para desanclar el camino, profundamente resignado y enfadado conmigo mismo.

Pero al fin, y tras muchas horas de intensa búsqueda, de un modo esperpéntico e increíble, llegó hasta nuestros oídos el nombre de un viejo local de Ejea, el recoleto Bar Brasil, emplazado en una de las más céntricas calles de la localidad. Y cuando casi dábamos por concluida nuestra primera jornada en aquellas gélidas tierras, nos encontramos en una de las mesas de aquel lugar con Vicente Martínez, de 39 años y que, según nuestros datos, podría conducirnos a algún testigo del legendario caso. Nada alentadora fue su inicial mirada de desconfianza; nadie, durante dos décadas, se le había acercado para preguntarle sobre semejante asunto. Pero sus primeras palabras casi nos hacen estallar de júbilo: *Sí, yo fui el primero en verlo, yo estaba en la garita cuando ocurrió. Pero aquello se intentó ocultar,* sentenció mientras apuraba su cerveza sin quitar ojo al monitor de televisión.

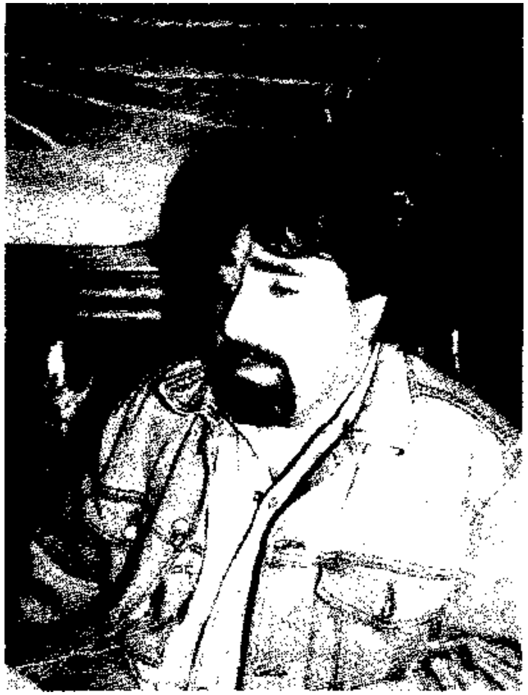
Y la alegría, incontenible, hizo que afinásemos todos los sentidos. Una vez más, mi grabadora se colocó ante uno de esos testigos que han estado a pocos metros de lo imposible y sentí una sensación, mezcla de emoción y nervios, al comprobar que habíamos dado con la pista correcta para profundizar en aquel apasionante misterio.

Vicente, testigo de excepción que ha permanecido en silencio hasta ahora, se encontraba cumpliendo el servicio militar en el citado polígono en aquellas señaladas fechas. Según nos relató, hacía guardia en el exterior de la Torre Principal la noche del 5 de enero de 1975, momento en el cual se produjo el segundo incidente, precisamente aquel que con más vigor se había intentado silenciar. Seguro de sí mismo, consciente de que lo que sus ojos vieron ni era fábula, ni era fácil de explicar, comenzó a relatarnos su particular vivencia tantos años mantenida en cuarentena:

> *Estaba en la torre, hacia la una de la madrugada, cuando la radio comenzó a oírse mal, con interferencias, con unos ruidos muy extraños. Eran radios que nos prestaban los americanos y era rarísimo que ocurriera esto. Intentaba arreglarla y fue entonces cuando vi en la «zona de blancos» un haz de luz «blanquinoso- perfectamente visible que salía del suelo, dirigiéndose hacia arriba. Estuvo allí cerca de tres cuartos de hora.*

El soldado Martínez llamó al cabo, que se encontraba en la parte inferior de la torre y que también pudo observar con gran nitidez el insólito fenómeno. A los pocos minutos llegaron en dos Land Rover hasta la misma torre otros soldados acompañados por varios de sus cargos superiores. Se estaba produciendo un increíble despliegue en plena madrugada con el fin de averiguar la procedencia de aquel extraño «merodeador». En ese momento, según nos comentaba Vicente Martínez, *el haz blanquinoso se volvió a levantar hacia arriba, convirtiéndose en una especie de esfera opaca de gran tamaño, anaranjada primero y luego rojo fuerte, que desapareció, acelerando de repente a gran velocidad perdiéndose por encima del acuartelamiento.*

Aquel foco de luz, nos aseguró Vicente, había dejado una huella sobre el terreno. Es más, tras desaparecer el «disco rojizo» hacia el este, los soldados y los superiores llegaron hasta el lugar del presumible aterrizaje del objeto descubriendo impresionados como una extraña huella circular de unos 10 metros de diámetro flanqueada todavía por las llamas. Los ocho expedicionarios tuvieron que afanarse para sofocar el enigmático fuego que brotaba del mismo suelo. Inexplicablemente la tierra había quedado calcinada hasta una profundidad de 10 centímetros, hecho que conmocionó a la asustada compañía. El descubrimiento de aquella misteriosa marca sobre el terreno, certificado a la mañana siguiente, puso en guardia a las autoridades militares del polígono y de la Base Aérea de Zaragoza: *Durante varios días nos hicieron patrullar alrededor del lugar para impedir que alguien se acercase a la huella. Ni tan siquiera a nosotros se nos tenía permitido acercarnos allí. Dos o tres días después, el teniente jefe nos reunió a todos los soldados, incluso a los que estaban de permiso, y bajo amenaza de arresto nos impidió hacer ningún tipo de declaración. Nos dijo que el caso estaba cerrado y que la huella había sido producida por unos cazadores furtivos, aunque esto era falso. Nos llegaron a registrar las taquillas y nos requisaron las cámaras fotográficas.*



Vicente Martínez: "Tras el suceso tíos encerraron en una. dependencia y los altos mandos nos confiscaron basta las cámaras-.

Antes de dar por finalizada nuestra reunión, Vicente Martínez —principal testigo del segundo aterrizaje en las Bardenas Reales— nos puso sobre la pista de otros dos soldados presentes la noche de autos. Vicente no sólo nos había puesto al tanto de lo acaecido durante toda la segunda noche, sino que nos proporcionó además datos concretos acerca de la huella. Y lo que es más importante, con su declaración las coacciones de los altos mandos habían quedado al descubierto. Nada de esto «curiosamente» aparecía en el informe oficial.

«Nos mandaron callar a todos»

Encontramos a Blas Pedro Gilabert en su comercio enclavado en el corazón de Ejea de los Caballeros. A pesar del tiempo transcurrido, aún guardaba nítido el recuerdo de la ajetreada noche del 5 de enero de 1975. Es algo que, según confesó, jamás podrá olvidar mientras viva. Él se encontraba en una de las habitaciones del cuartel y desde allí pudo divisar el inusual fenómeno. Los frenéticos gritos de sus compañeros exclamando: «El ovni !, ¡el ovni!» lo pusieron en guardia:

— *Yo ya lo vi subiendo hacia arriba* —nos confesaba convencido de que aquello que vio no podía ser ningún aparato normal— *era de un color rojizo, parecido al butano, desplazándose silenciosamente en dirección a Zaragoza. Yo no puedo decir a ciencia cierta lo que era, pero lo que sí que es seguro es que aquello se posó allí, dejando su marca sobre el terreno.*

Gilabert había confirmado punto por punto todo lo que nos había anticipado Vicente Martínez. Incluso el más delicado de todos y que confirmaba la existencia de órdenes estrictas para silenciar el caso:

—*Normalmente hacíamos todos los días recogida de materiales en el polígono, pero al día siguiente no lo hicimos, no nos dejaron acercarnos al círculo quemado. Yo estaba en aquella reunión en la que el teniente-jefe del polígono nos reunió a todos, incluso a los que estaban de permiso, para decirnos que lo negáramos todo, que silenciáramos el asunto. Éramos jóvenes y, lógicamente, ante la amenaza de quedar arrestados, preferimos seguir las órdenes estrictas. A pesar de todo, entre nosotros sí hablábamos de la aparición del ovni, que si podía ser aquello, o lo otro...*

Como pudimos comprobar, el paso del tiempo —más de dos décadas— no ha impedido que alguno de los testigos siga acatando las órdenes de sus superiores. Asombrados, pudimos ver cómo la orden del silencio a toda costa seguía calando hondo entre quienes vivieron aquellos extraños incidentes hace más de veinte años. Este era el caso de Roberto Bericat, a quien también pudimos localizar y que, visiblemente nervioso, desconfiando de nuestras intenciones, mantuvo su versión de los hechos:

— *Yo no creo en este tipo de cosas* —insistía una y otra vez—, *allí se veían cosas todos los días y luego resultaban ser reflejos, pero aquella huella fue causada por unos cazadores furtivos.* El testimonio de Bericat contradecía a la lógica: ¿Cómo iban a encender una hoguera unos cazadores furtivos? Además, según supimos, era prácticamente imposible encender fuego sobre aquellas estériles y secas

tierras. El relato de este testigo fue enredándose hasta hacerse increíble. Bericat, que, según coinciden sus compañeros, estaba en la centralita del cuartel durante la noche del 5 de enero, acabó confesando que aquello no era muy normal, y no era posible que hubiera sido provocado por cazadores furtivos, intentando convencernos de que estuvo de permiso durante aquellas jornadas para no tener que seguir dándonos más incómodas explicaciones.

Ricardo Campos Pecino: «Tuve que cortar con todo aquello»

Conforme avanzábamos en nuestro peregrinar a la búsqueda de las claves que desentrañaran el extraño asunto, más fuerte se hacía la necesidad de localizar al teniente jefe del polígono de Tiro de Bardenas Reales, uno de los personajes fundamentales de la trama, que, como el resto, había permanecido oculto tras una densa cortina de silenció. Era el hombre que, según todos los testimonios, ordenó mantener en secreto lo acontecido en aquellas noches.

Sus labios habían permanecido sellados hasta la mañana del 8 de enero de 1996. Cuando nos sentamos frente a Ricardo Campos Pecino, de rostro serio a la antigua usanza, en una céntrica cafetería de Zaragoza, supimos que era una oportunidad única. Nos encontrábamos ante un hombre que ordenó silenciar el aterrizaje de un objeto volador no identificado en un polígono de tiro del Ejército. El alto mando recordaba perfectamente la historia. Pocas veces, según nos confesó, se había vivido tanto ajetreo en la vetusta instalación.

—Fue un gran revuelo que yo siempre recordaré de mi vida como militar—nos aseguró. Guardaba perfectamente en la memoria cómo habían transcurrido aquellas ajetreadas jornadas—; *era jueves 2 de enero, estaba escuchando la radio en mi cuarto, cuando a las 23:30 horas me llaman y me advierten que hay extrañas luces en el polígono, me visto corriendo y salgo con unos prismáticos y subo hasta un montículo cercano. Pude comprobar que efectivamente había una luz, pero conforme se van disipando las nubes veo que se trata de la luna.* Ricardo Campos, tal y como dejó escrito en un informe que entregó en Zaragoza a la mañana siguiente, salió al



Ricardo Campos Pecino, teniente en jefe del polígono, fue el encargado de «frenar» toda la psicosis ovni generada en uno de los recintos más vigilados del país.

exterior cuando el ovni ya había desaparecido, pudiendo observar solamente el astro de nuestro satélite.

A lo largo de nuestra entrevista, el teniente jefe negó la existencia de un segundo caso y la presencia de huellas sobre el terreno. Sólo admitió que se había generado *una psicosis de luces que me obligó a cortar con todo aquello.* A pesar de que los soldados lo recordaban perfectamente, Campos Pecino no quiso declarar al respecto de cómo había silenciado a la revolucionada compañía. Sin embargo, mantenía fresco en su memoria el lento proceso de la investigación oficial:

—Primero enviaron a un teniente informador del sector aéreo, pero el ministro, Mariano Cuadra Medina, dijo que no, que quería que fuera hasta allí un instructor del Estado Mayor. Es cuando vino el comandante Fernando Zamorano. Él habló con los soldados y me espetó al salir: «¡oye, Campos, que a mí no me has contado todo, dicen los soldados que aquí hubo más luces otras noches!». Posteriormente me llamó Franco Iribarne-Garay, teniente general jefe de la Tercera Región Aérea, que estaba reunido con Zamorano, para preguntarme en qué se quedaba todo esto. Yo le dije: «Mire usted, mi

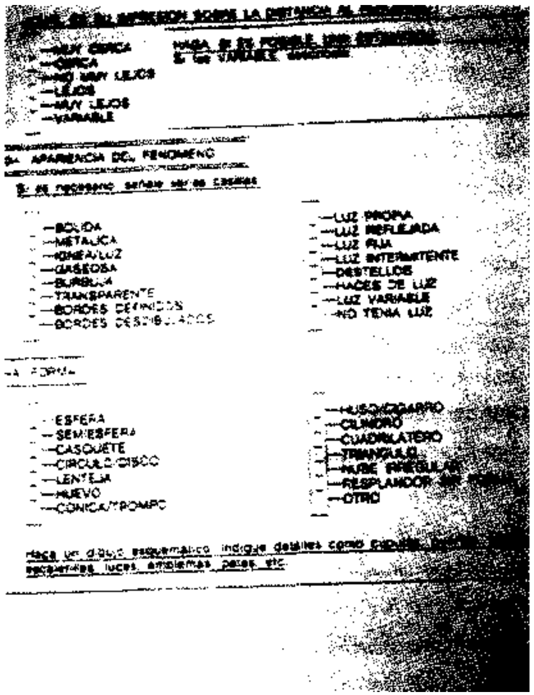
general, yo seguridad no iengo, pero uno de los soldados me llegó a decir que ojalá los hubieran matado para que así les creyeran». Lo cierto es que ellos perjuraban y perjuraban.

Coronel Fernando Zamorano: «Aquello era una tecnología desconocida»

Meses antes habíamos tenido la fortuna de poder charlar con el coronel Fernando Zamorano, encargado de la realización del informe oficial. Nos narró cómo había entrevistado a los testigos y nos dio su impresión personal sobre lo acontecido. Este hombre afable, de dilatada experiencia en el ámbito militar, no tuvo reparos en confesar que: *Por las maniobras que el objeto realizaba no podía corresponderá una tecnología conocida.* Era realmente inaudito oír semejantes declaraciones a un alto mando militar, pero Zamorano aún fue más allá al confirmarnos que: *Me limité a tomar declaración a los testigos, sin dar explicación a nada, pero la conclusión oficial que se dio de que "aquello» había sido la luna era para tranquilizar a los ciudadanos, pero todos sabíamos que era falsa.*

Era indudable, durante las noches del 2 y 5 de enero de 1975, que algo desconocido se había paseado impunemente por el inmenso y solitario Polígono de Tiro de Bardenas Reales, frontera natural entre Navarra y Aragón. Algo que, según describían los soldados, maniobraba de forma desconcertante y que se llegó a posar sobre el suelo calcinando una extensión de árida tierra.

Los increíbles sucesos acaecidos en aquellas dos largas jornadas parecían destinados a dormir el sueño eterno, engrosando como tantos otros el polvoriento y viejo archivo de las enigmas pendientes. Por fortuna, nuestra investigación iba a servir para algo; romper el silencio impuesto desde las más altas autoridades de la época. Y la información, una vez más, era el único modo de reflejar de nuevo una realidad maquillada, quién sabe si por miedo, por parte de nuestros mandos militares.


—MUY CERCA
—CERCA
—NO MUY LEJOS
—LEJOS
—MUY LEJOS
—VARIABLE

APARIENCIA DEL FENOMENO

—SOLIDA
—METALICA
—IGNEA/LUZ
—GASEOSA
—BURBUJA
—TRANSPARENTE
—BORDES DEFINIDOS
—BORDES DESDIBUJADOS

—LUZ PROPIA
—LUZ REFLEJADA
—LUZ FIJA
—LUZ INTERMITENTE
—DESTELLOS
—HACES DE LUZ
—LUZ VARIABLE
—NO TENIA LUZ

FORMA

—ESFERA
—SEMIESFERA
—CASQUETE
—CIRCULO/DISCO
—LENTEJA
—HUEVO
—CONICA/TROMPO

—HUSO/CIGARRO
—CILINDRO
—CUADRILATERO
—TRIANGULO
—NUBE IRREGULAR
—RESPLANDOR
—OTRO

Haga un dibujo esquemático indique detalles como ... luces, emblemas, patas, etc.

Otro revelador cuestionario secreto en el que se incluyen formas absolutamente inusuales para lo que, sobre el papel, se reduce a observaciones de Venus, a luna, etc.

Los expedientes ocultos del Ejército del Aire

Ficha: El Ejército del Aire español es el organismo oficial que más información posee sobre el fenómeno ovni A pesar de que en 1992 se decidió a desclasificar u ofrecer el contenido de sus archivos a la opinión pública, las dudas y el recelo acerca de si nos cuentan toda la verdad continúa entre los investigadores civiles. El autor nos ofrece las normativas secretas y varios documentos confidenciales que demuestran la existencia de una serie de impresionantes sucesos que jamás verán la luz.

NOS OCULTA EL EJÉRCITO información sobre los ovnis? Esa pregunta debe ser la más antigua y la primera que muchos se hicieron nada más conocerse el enigma de los «platos volaclores». Dar respuestas es complicado, pero ante esta cuestión uno puede exclamar sin ningún temor, rotundamente «SÍ».

Yo no lo tenía muy claro hasta que alguien puso en mis manos un dossier secreto donde se recogía la llamada Instrucción General, de carácter confidencial, IG 40-5. Después de leerla y releerla no me quedaron más dudas. Nuestro Ejército conoce de sobra el problema ovni y, es más, hace gala de estar al día hasta en los más mínimos detalles que conciernen a este enigma.

En 1992 el MOA (Mando Operativo Aéreo) declaró que comenzaba el proceso de ofrecer la información acumulada en los archivos durante las tres décadas en las que se clasificó el asunto de los ovnis como «Materia Reservada». Y los resultados fueron decepcionantes. Los investigadores civiles conocíamos sucesos, e incluso habíamos hablado con los propios protagonistas militares de éstos, que no aparecían por ningún lado. Curiosamente, algunos de ellos representaron un peligro físico para los propios testigos. Como muestra bien valen dos de ellos. La punta de un iceberg que imagino seguirá inmerso en los interminables archivos no desclasificados del Ejército del Aire. Accedí a sus documentos y fotografías en mayo de 1998 y se generó un gran revuelo cuando los di a conocer. Eran muestras

evidentes de que continuaría habiendo "expedientes malditos» que por un motivo u otro no verían jamás la luz. Un duro revés para aquellos militares e investigadores asociados que nunca se cansaron de repetir que «absolutamente hasta el último papel ha salido de los archivos». Difícil de creer cuando uno tiene delante documentos, imágenes y pruebas de sucesos como el de Talavera la Real (Badajoz) y el Radar Militar de Aitana (Alicante)...

Disparos contra un gigantesco ser

Lugar: Dependencias de almacenamiento de combustible de la Base Aérea de Talavera la Real (Badajoz).
Fecha: 12 de noviembre de 1976.
Hora: 1:45 horas.
Testigos: José María Trejo, Juan Carrizosa Luján y José Hidalgo.

Los soldados Trejo y Carrizosa se encontraban en sus respectivas garitas de vigilancia distanciadas en línea recta por unos 60 metros, cuando percibieron, de un modo nítido y al unísono, un extraño sonido que comenzaba a elevarse progresivamente. Lo describieron como un silbido agudo y penetrante que incluso llegaba a hacer daño a los oídos.

Tras cinco minutos en los que se escuchó ininterrumpidamente, el sonido cesó produciéndose un efecto de acercamiento hacia el puesto de vigilancia que ocupaba el soldado José María Trejo.

Hasta dicho lugar se desplazaron los dos soldados portando armas automáticas reglamentarias y munición, viéndose sorprendidos de nuevo por el extraño silbido, que comenzó a escucharse con gran estruendo, procedente de unos matorrales muy próximos a una tapia que delimita las instalaciones militares de la carretera general.

Al mirar hacia el cielo observaron ambos cómo una luminaria blanquecina semejante a una bengala se elevaba en silencio y partía con gran rapidez en dirección Badajoz. En aquel momento hizo acto de presencia el soldado encargado de vigilancia general, José Hidalgo, quien visiblemente nervioso preguntó a los dos soldados si habían observado el fenómeno luminoso.

Ante la concordancia en los testimonios, el grupo decidió llamar a las dependencias donde a aquellas altas horas ele la madrugada descansaba el cabo Pavón. Este, tras escuchar atentamente el relato, les ordenó que inspeccionasen minuciosamente la zona de los hechos para cerciorarse del cese de las anomalías.

Un espectro descomunal

En compañía de un perro-lobo adiestrado recorrieron las inmediaciones del lugar donde se escuchó el silbido realizando un recorrido en línea y paralelo a la tapia sur de la Base Aérea. A unos 300 metros de las garitas notaron cómo se formaba un remolino en unos eucaliptos muy próximos a la pared de ladrillo, apuntando las tres armas instintivamente hacia dicho rincón. Al mismo tiempo, el perro adiestrado comenzó a ladrar rabioso y se dirigió sin titubeos hacia la zona oscura existente entre la arboleda y la tapia. Segundos después el animal regresaba aturdido y mareado sin emitir un solo gruñido, v comenzando a dar vueltas aullando hasta finalizar desplománelose tras ele los soldados.

Al ser conscientes ele lo extraño ele los hechos, Trejo, Carrizosa e Hidalgo decidieron dar el alto al unísono convencidos de que algo o alguien se había introducido en la base y en aquellos momentos se ocultaba en dicho rincón.

Repentinamente, y a unos 15 metros a la espalda ele los soldados, apareció una luz verdosa. Tras girarse, los testigos presenciaron algo que identificaron como una figura humana de dimensiones gigantescas y tronco muy robusto que flotaba en la oscuridad.

La cabeza del ser era pequeña en comparación del resto del cuerpo e iba envuelta en una especie ele halo o casco. En ningún momento pudieron observar los pies ni las piernas. El humanoide iba protegido por una especie de huso y tenía los brazos en cruz, apareciendo éstos cortados a la altura ele las muñecas y sin percibirse en ningún momento la existencia de manos.

José María Trejo fue invadido por un mareo o desfallecimiento en el preciso instante en el que se disponía a descargar la ametralladora contra el intruso, desplomándose instantáneamente sobre el



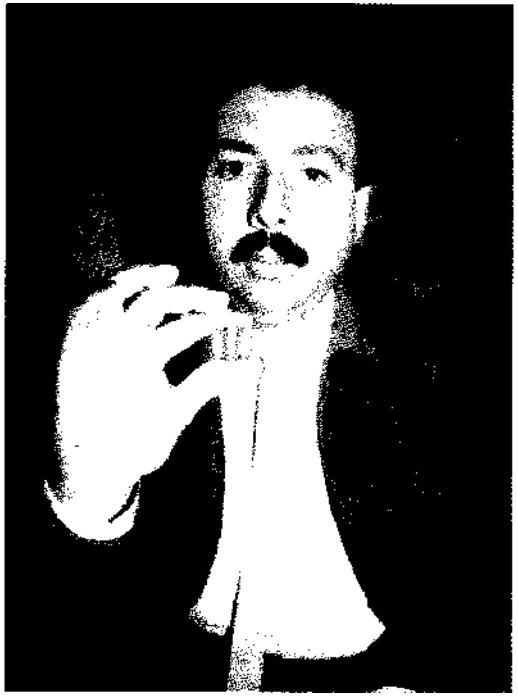
Talavera la Real (Badajoz). Los soldados Trejo y Carrizosa en el lugar de los hechos y con el mismo perro que la noche del 12 de noviembre descubrió al «intruso».

suelo, perdiendo la visión y gritando, según confirmaron sus compañeros, la exclamación: «¡A tierra... que nos matan!».

El soldado José Hidalgo, en un acto instintivo, disparó en una ráfaga las veintiún balas que portaba en el cargador. Instantes después repitió la operación Juan Carrizosa, comprobando ambos que los proyectiles traspasaban al ser y que éste, en apenas segundos, comenzaba a mitigar su luminosidad hasta desaparecer tras emitir un flashazo verdoso que los testigos identificaron como *el efecto del receptor de televisión al apagarse.*

Tras auxiliar a José María Trejo, los dos soldados percibieron que junto a la tapia volvía a escucharse el sonido inicial, aunque esta vez sólo se prolongó por espacio de 15 segundos.

Tras el pertinente informe a los superiores, una dotación de cincuenta reclutas peinaron la zona sin encontrar ni rastro de los impactos de bala que deberían haber marcado diferentes partes de la tapia. «Oficialmente» tampoco se encontraron los casi cincuenta casquillos que debieron quedar en las inmediaciones. A pesar de todo, los



José Hidalgo, soldado de la Base Aérea de Talavera la Real (Badajoz), muestra uno de los proyectiles que fueron disparados contra el extraño ser luminoso aparecido junto a la zona de combustible del recinto militar en la noche de 12 de noviembre de /976.

expertos en balística de las Fuerzas Armadas dictaminaron que las dos ametralladoras sí habían sido utilizadas esa noche.

Según se pudo averiguar tiempo después, dos automóviles Seat 124 conducidos por civiles fueron ametrallados en su parte lateral derecha sin producirse víctimas. Estos vehículos circulaban por la antigua nacional V en paralelo a la base y, tras saltarse un control establecido en dicho tramo de la vía, recibieron varios impactos de bala. Este fue el detonante para que se considerara que en el incidente se había puesto en peligro la seguridad de personal civil.

Misteriosa enfermedad

Dos días después el soldado José María Trejo cayó en el suelo del comedor de la base tras perder totalmente la visión. Perdió el conocimiento durante un cuarto de hora y fue ingresado en la enferme-

ría. A los cuatro días, y sin averiguarse el motivo de su extraña enfermedad, fue trasladado al Hospital Clínico de Badajoz. Allí se le sometió a rayos X, inspecciones oculares y auditivas y tampoco se encontraron síntomas de dolencia conocida.

Tras abandonar el centro médico, de nuevo cayó abatido por una ceguera, por lo que el 30 de noviembre de 1976 fue ingresado en las dependencias del Hospital General del Aire de Madrid, donde permaneció por espacio de un mes, siendo sometido a todo tipo de análisis y donde no se halló ni rastro de la enfermedad que le martirizaba.

El suceso de Talavera continúa siendo secreto y no ha sido desclasificado después de tantos años. En los archivos del Ejército del Aire tan sólo ha aparecido una reseña periodística de un diario venezolano que comentaba someramente el suceso. Oficialmente, el zafarrancho de combate de Talavera la Real no existió jamás.

Pánico en el radar

Lugar: Radar Militar de Aitana (Alicante).
Fecha-. 21 de julio de 1975.
Hora: 0:00 horas aproximadamente.
Testigos: Oficiales radaristas L. A. y C. P.

Tres ecos de procedencia desconocida fueron captados en las pantallas del radar de vigilancia aérea emplazado en las inmediaciones de Aitana (Alicante) al llegar la medianoche.

Tras realizar las pertinentes gestiones, se comprobé) que aquellas ané>malas señales no correspondían a ningún vuelo convencional y que poco a poco se iban aproximando hacia la estación de radar.

De color rojizo y apariencia ovalada, los tres Ovnis llegaron a descender varios centenares de metros hasta colocarse en paralelo a las grandes esferas de la Estación de Vigilancia Aérea.

Pudiendo ser observados a simple vista por los funcionarios del radar, los objetos quedaron, sin emitir ningún sonido, a unos 300 metros de la instalación militar.



Radar militar de Aitana (Alicante). Por la balconada del fondo estuvo a punto de caer uno de los agentes mientras huía de un misterioso objeto ovalado y luminiscente.

Dos de los oficiales radaristas, L. A. y C. P. salieron al exterior para observar con mayor precisión a las tres formaciones luminosas que habían quedado en posición sur.

Repentinamente, uno de los ovnis comenzó a avanzar lentamente hacia el gran patio cuadrado donde se encontraban los testigos. Conforme se iba acercando, L. A. y C. P. pudieron constatar que el artefacto era muy semejante a una «inmensa pelota de rugby» que apenas emitía sonido alguno.

La situación de alarma y nerviosismo corrió como la pólvora entre los allí presentes cuando el aparato, de unos cuatro metros de diámetro, quedó estacionado y flotando casi a ras de suelo junto a las alambradas que delimitan el recinto militar.

Mientras el ovni «aguardaba» en ese rincón, los otros dos objetos desaparecían a gran velocidad en cuestión de segundos, volviendo el radar a constatar su anómala presencia en las pantallas de control.

En un momento dado, el objeto ovalado comenzó a remontar la ladera y penetró sin titubeos en el recinto militar. Poco a poco, aumentando considerablemente su luminosidad, fue llegando hasta la misma vertical del patio para después ir descendiendo a mayor velocidad.

Una cola de luz

En ese instante, y atenazado por el pánico, el oficial radarista L. A. comenzó una frenética carrera con la intención de huir de aquel objeto que se les echaba encima. El otro testigo, el oficial C. R, pudo resguardarse echando cuerpo a tierra y presenciando la escena desde el otro lado del gran patio.

Segundos después el objeto, como en un ademán de perseguir al horrorizado L. A., siguió su senda descendiendo y situándose frente a él, provocando que el militar estuviese a punto de caer debido a la inercia por la balconada que coronaba la instalación. Había una caída de cinco metros hasta el suelo y el testigo hubo de aferrarse a la barandilla para no precipitarse al vacío.

Prácticamente en cuclillas, el oficial L. A. percibió cómo «la pelota de rugby luminosa» descendía hasta colocarse justo encima de su cuerpo. La dramática escena fue seguida con detalle por el otro testigo que se encontraba paralizado por el miedo a unos 10 metros del lugar. Cuando L. A. hizo un ademán de incorporarse, de aquel misterioso objeto surgió una sombra o algo oscuro que resultó ser una compuerta rectangular a modo de trampilla. Apareció en la zona inferior, en el centro de la base del ovni y parecía una gran tobera de donde surgió una gran llamarada o luz con dirección al testigo.

Según afirmaron ambos oficiales ante sus superiores, «aquel haz era semejante a la cola de un cometa», pero con su punta completamente curva y surgió del interior del aparato sin hacer el menor ruido. Aquella «cola de luz» descendió hasta aproximarse a apenas un palmo del pecho del asustado radarista sin llegar a tocarlo, pero doblándose incluso hasta quedar perfectamente frontal a su zona torácica.

Después de un par de segundos, y ante la mirada de L. A., aquel apéndice lumínico volvió a integrarse en el cuerpo principal y, tras desaparecer la trampilla del cual había surgido, el ovni emprendió una veloz huida en vertical hasta desaparecer en el firmamento.

De esta alucinante aventura nada se ha desclasificado en el proceso iniciado en 1992 por el MOA. Sin embargo, y según pude averiguar, se designó un juez instructor que recogió todas las declaraciones y los informes referentes al suceso para elaborar un amplio dossier al respecto. En absoluta primicia, el audaz investigador Juan José Benítez me mostró en su estudio los expedientes donde se detallaba toda la secuencia tal y como aquí la he narrado, además de las testificaciones de los implicados y los dibujos correspondientes de la extraña nave que se paseó por el recinto militar durante varios minutos.

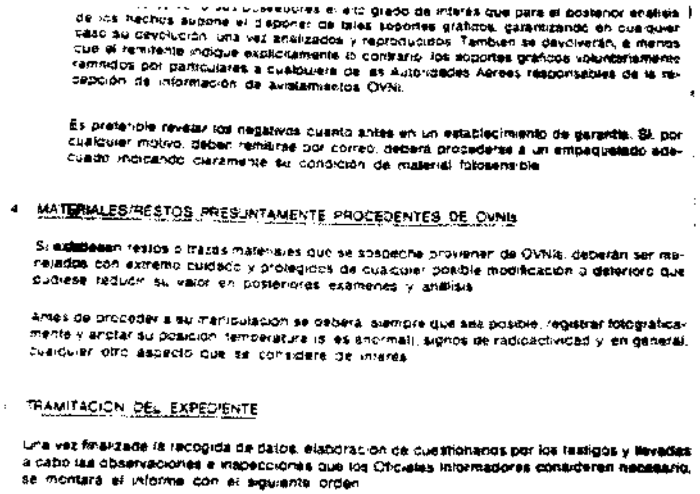
IG-40/5. Así investiga el Ejército del Aire

Pese a quien pese, hoy en día la cúpula militar de nuestro país continúa investigando avistamientos de ovnis. El interés por este enigma queda revelado definitivamente en la Instrucción General Confidencial IG 40-5, a la que tuve acceso en mayo de 1998. En sus páginas, clasificadas como confidenciales por tratarse de un documento operativo interno que afecta a personal de Aviación en asuntos que tienen que ver con la defensa nacional, se muestra cómo los oficiales informadores militares investigan, clasifican, valoran y seleccionan lo que debe ser conocido y lo que debe continuar bajo el más estricto de los secretos.

Son veintiocho hojas donde se expresa meticulosamente el proceso de investigación efectuado por los militares. Y posiblemente no fueron las únicas normativas al respecto, ya que desde hace treinta años la cúpula del Ejército decidió hacerse cargo de este asunto misterioso que tan en vilo traía a sus propios miembros.

Haciendo un poco de historia, podríamos decir que fue en 1968 cuando surgió el primer intento de aproximación por parte de los militares al espinoso enigma ovni. Los masivos avistamientos sobre Castilla la Vieja y la ciudad de Madrid, donde los testigos se contaron por miles, fueron la chispa que prendió la larga mecha de la relación ovnis-militares en nuestro país.

Así, la Circular Confidencial de la Junta del Estado Mayor del Aire 9266 C-T se convirtió en la primera «guía oficial» de cómo investigar el novedoso enigma del que tanto se hablaba en todos los rincones de España. Esta fue, sin lugar a dudas, una reacción lógica de la cúpula militar ante la avalancha de avistamientos (más de 400 registrados en la Península) producida de marzo a octubre de aquel año.



... o sus poseedores el alto grado de interés que para el posterior análisis de los hechos supone el disponer de tales soportes gráficos, garantizando en cualquier caso su devolución una vez analizados y reproducidos. También se devolverán, a menos que el remitente indique explícitamente lo contrario, los soportes gráficos voluntariamente remitidos por particulares a cualquiera de las Autoridades Aéreas responsables de la recepción de información de avistamientos OVNI.

Es preferible revelar los negativos cuanto antes en un establecimiento de garantía. Si, por cualquier motivo, deben remitirse por correo, deberá procederse a un empaquetado adecuado indicando claramente su condición de material fotosensible.

4 MATERIALES/RESTOS PRESUNTAMENTE PROCEDENTES DE OVNIs

Si existiesen restos o trazas materiales que se sospeche provienen de OVNIs, deberán ser manejados con extremo cuidado y protegidos de cualquier posible modificación o deterioro que pudiese reducir su valor en posteriores exámenes y análisis.

Antes de proceder a su manipulación se deberá, siempre que sea posible, registrar fotográficamente y anotar su posición, temperatura (si es anormal), signos de radiactividad y, en general, cualquier otro aspecto que se considere de interés.

TRAMITACIÓN DEL EXPEDIENTE

Una vez finalizada la recogida de datos, elaboración de cuestionarios por los testigos y llevadas a cabo las observaciones e inspecciones que los Oficiales Informadores consideren necesario, se montará el informe con el siguiente orden

Un sorprendente documento de la IG/40-5 donde se detalla el procedimiento de las tropas en caso de que se encuentren restos de un ovni.

Lo que descubrieron los responsables del Ejército debió ser tan importante como para que el 5 de diciembre de aquel mismo 1968 se encerrase el asunto ovni bajo el epígrafe de la mayor confidencialidad: materia reservada. Evidentemente, la conclusión principal de las primeras investigaciones era que la gente estaba observando y denunciando la aparición de objetos absolutamente reales.

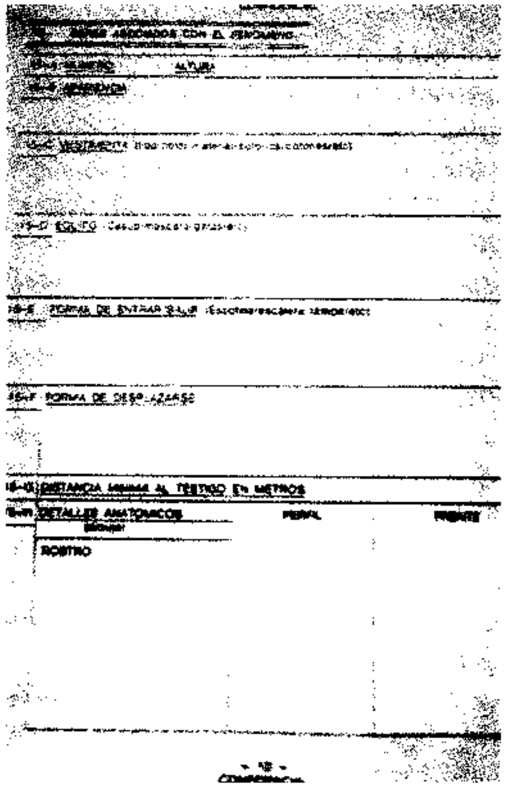
En 1974, el ministro del Aire, Mariano Cuadra Medina, realizó una actualización de unas normas que habían quedado totalmente obsoletas ante la complejidad de los incidentes que se iban registrando. Esta actualización apenas llegó a tener repercusión alguna, y los archivos continuaron inmaculados hasta que, en octubre de 1976, el general Felipe Galarza proporcionaba doce expedientes oficiales al periodista de *La Gaceta del Norte Juan* José Benítez, que demostraban el permanente interés de las autoridades militares por el asunto ovni.

El impacto social de aquella primicia originé) un aluvión de peticiones al propio Ejército que impulsé) a los militares a optar por mantener el secreto a toda costa.

Finalmente, en abril de 1992 se dio luz verde a un polémico proceso de desclasificación de documentos que arrojé) a la luz 80 expedientes motivadores de la mayor lucha ufológica de los últimos tiempos.

Esta controvertida operación de «apertura de información» estuvo en realidad guiada por una circular confidencial a la que hemos tenido acceso. La Instrucción General IG 40-5 ha sido la piedra en el que se han sustentado y se sustentan todas las investigaciones de nuestro Ejército respecto al enigma ovni.

En sus 28 páginas y dos apéndices nos revela todos los criterios que los responsables militares del MOA (Mando Operativo Aéreo) tenían en cuenta para dar credibilidad a los incidentes. Además, la IG 40-5 contenía un amplísimo cuestionario en el que se le preguntaba a los testigos todo tipo de detalles sobre el incidente que habían protagonizado. Algunos evidentemente reveladores de que la cúpula militar esta «muy enterada» de materias que en modo alguno han visto la luz en la desclasificación oficial. Aunque suene a ciencia-ficción, esta Instrucción General, de obligado cumplimiento, contempla materias tan sugerentes y misteriosas como la aparición de huma-



ALTURA

FORMA DE DESPLAZARSE

DISTANCIA MINIMA AL TESTIGO EN METROS

DETALLES ANATOMICOS

ROSTRO

En la IG 40/5 hay un detallado cuestionario sobre '•seres asociados al fenómeno». Imposible pensar con estos documentos que los militares piensan que todos los casos se reducen a fenómenos meteorológicos, amones. La impresión es que saben muchísimo más.

noides, la aproximación a los testigos, el estrellamiento de artefactos, la recogida de restos procedentes de ovnis y un sinfín de asombrosos detalles que sorprenderán al más incrédulo.

Expedientes todavía bajo secreto

La Instrucción General 40-5, en su hoja 4 y punto 4 referente a la elaboración del expediente sobre avistamientos ovnis, indica que: *Toda la información que, desde el primer momento, vayan recopilando los oficiales informadores tendrá consideración y tratamiento de CONFIDENCIAL.*

Posteriormente, en el punto 5 referente a la centralización y custodia de los expedientes, se afirma: *Una vez finalizada la recopilación de información, se remitirá, clasificada como CONFIDENCIAL, al MOA/EM/INT (sección* de inteligencia del Estado Mayor del MOA), *que elaborará un informe proponiendo o no su desclasificación y las acciones posteriores oportunas, según el contenido del expediente y las consideraciones que haya podido expresar el oficial informador, y teniendo siempre en cuenta el criterio del general jefe del Mando Aéreo. El MOA remitirá el expediente completo al JEMA, el cual ejercerá la facultad de tratarlo como materia objeto de «reserva interna» o elevar en su caso al JUJEM* (Junta de Jefes del Estado Mayor) *para su clasificación.*

A este respecto, y evidentemente sospechando que existen multitud de casos que por afectar a la seguridad nacional quedan «clasificados» como secretos aún hoy en día, leemos en el punto 6, hoja 5, la aseveración: *Cuando el JEMA tome la decisión de considerar sin Clasificación de Seguridad a un expediente, MOA/INT/NT procederá, tras su recepción, a la elaboración de una copia en la que no figurarán los datos que puedan identificar al oficial informador. Dicha copia se remitirá a la Oficina de Relaciones Publicas (ORP) del Cuartel General del Ejército del Aire para que disponga de la información adecuada y pueda satisfacer, a su criterio, las solicitudes de particulares y medios de comunicación.*

En definitiva, estos puntos normativos de la IG 40-5 a la que he tenido acceso demuestran a las claras que en la desclasificación sólo han salido a la luz pública, a medios de comunicación y particulares, aquellos expedientes ovni donde no se haya puesto en peligro la seguridad nacional. La Clasificación de Seguridad es la que otorga esa posibilidad de ser ofrecidos al público. Como es lógico, con la IG 40-5 en la manos es imposible creer en la afirmación de algunos investigadores y colaboradores del Ejército cuando afirman que «hasta el último papel de los archivos ha salido al exterior».

Estas normas confidenciales distribuidas a los jefes de las regiones aéreas de nuestro país demuestran que existen investigaciones y casos concretos que jamás, por representar un peligro para la seguridad, podrán ver la luz.

¿Cómo se valoran los casos?

Dentro del anexo A de la Instrucción Confidencial IG 40-5 encontramos el epígrafe sobre el interrogatorio de los testigos. Dentro de él observamos al detalle todas las normas internas que los oficiales informadores tendrán en cuenta a la hora de obtener información de aquellos que hayan observado ovnis. En primer lugar este anexo nos indica que: *Es preferible que las entrevistas con los testigos se realicen personalmente, por separado y, si es posible, evitando el contacto personal entre ellos, con objeto de poder evaluar la consistencia, coherencia y autenticidad de cada uno de los testimonios y del conjunto y determinar la validez de la información obtenida.*

Posteriormente se indican los elementos fundamentales que pueden originar una falsa percepción de un ovni y a los cuales los militares deben prestar una especial atención. Entre ellos se destacan los fenómenos meteorológicos (visibilidad, viento, humedad, temperatura, fases de la luna, planetas visibles en el momento de la observación, lluvia de meteoritos...), la actividad aerospacial (ejercicios de tiro, cohetes, misiles, dirigibles, globos sonda, paso de satélites artificiales...), las agencias de control (ecos de radar, «scrambles» o despegue de aviones interceptores de la defensa...) y otros curiosos aspectos de interés donde se incluyen fuegos artificiales, láseres de discotecas, etc.

Dentro del interrogatorio directo a los testigos, el oficial investigador realiza unas tablas para discernir **el grado de fiabilidad de cada informe.** Es decir, realiza una valoración de cada caso. Para

ello establece una clave compuesta por una letra (A/B/C/D) y otra por un dígito (1/2/3/4). Las primeras indican la «calidad del testigo» y los segundos indicaran la «calidad de la observación».

Así los testigos de ovnis se clasifican por:

A) Personas con estudios de nivel universitario y sólida formación técnico-científica relacionada con el aire o el espacio.

B) Titulados universitarios miembros de fuerzas y cuerpos de seguridad.

C) Estudiantes y personas de cultura media.

D) Personas sin profesión ni estudios de las cuales se sospecha que durante la observación estaban bajo los efectos de crisis nerviosa, alucinaciones, alcohol, drogas, etc.

Y las observaciones tienen el siguiente rango, representando el 1 los casos más fiables y el 4 los prácticamente desechables:

1. Existencia de dos o más testigos categoría A desde distintos lugares, registro gráfico de calidad o registro por pantallas de radar.

2. Dos o más testigos A desde un mismo punto o varios B desde diferentes puntos.

3. Sólo hay testigos de categoría B o C.

4. Sólo un testigo de cualquier categoría o varios D.

En uno de los apartados de la IG 40-5 nos encontramos con lo referente a soportes gráficos. En él se indica que los documentos gráficos sobre ovnis no pueden ser exigidos ni confiscados por las autoridades militares. Evidentemente, y en casos significativos de los últimos tiempos, estas premisas no se han cumplido.

También, dentro del primer anexo de la IG 40-5 nos encontramos con el espectacular epígrafe «Materiales/restos procedentes de ovnis», del todo inesperado en un documento militar secreto, en el que se indica que éstos deben ser tratados con sumo cuidado y protegidos de cualquier deterioro o modificación. Un sorprendente apartado que demuestra lo mucho que las autoridades militares saben sobre los ovnis. Y es que evidentemente no sólo les deben interesar las lucecillas que casi diariamente surcan nuestros cielos.

Revelador cuestionario

Los habituales rebuznos de pretendida ciencia de algunos impresentables «escépticos» de este país han hecho casi popular el sonsonete referente a que el fenómeno ovni no le interesa en absoluto a los militares españoles. Y no les interesa, evidentemente y según las preclaras mentes de estas penosas eminencias, ya que los ovnis no existen.

Ahora afirmo sin titubear que el amplio cuestionario que conforma el apéndice 1 del anexo A de la IG 40-5 es revelador. Y lo es ya que deja a las claras el absoluto interés de nuestra cúpula militar por investigar y conocer a fondo los asuntos relacionados con ovnis.

En la IG 40-5 encontramos, aunque sea para cerrar muchas bocas de algunos «sesudos y críticos científicos», un buen argumento demostrativo de que nuestros militares van mucho más allá de la mera recopilación de informes.

Es muy interesante comprobar que la primera pregunta del extenso cuestionario se refiere a si el testigo está interesado en la parapsicología, los ovnis y el ocultismo. ¿Será que alguien interesado por esas materias queda completamente descalificado de cara a estos oficiales informadores? Esperemos que no.

En lo referente al objeto observado, es curioso comprobar cómo se admite la posibilidad de que el ovni tenga forma de disco, de huevo, de trompo, de cigarro, de cuadrilátero o de cilindro. Formas que evidentemente no se corresponden a aviones conocidos, planetas ni efectos meteorológicos. ¿Con qué motivo los contempla entonces este cuestionario? Evidentemente debemos pensar que aunque en la polémica desclasificación prácticamente todo lo que ha salido a la luz ha sido solventando con «planetas Venus» «halos de la luna» o «satélites» como explicación, los propios oficiales informadores saben que realmente objetos de esas extrañas características están sobrevolando nuestros cielos.

Dentro de los epígrafes referentes a los efectos secundarios producidos en el testigo tras la observación ovni tienen un gran interés los que admiten, en el apartado de efectos psíquicos, que se pueden provocar «fenómenos paranormales». ¿A qué se referirán los señores informadores? Misterio.

En el apartado de «otros electos» no son menos asombrosas las palabras «fallos en iluminación», «interferencias TV/radio» o «fallos/parada de motores». Es sorprendente pensar que los planetas, o los halos de la luna puedan provocar semejantes efectos. ¿O quizá serán conscientes de que no todo puede ser achacable a esas «racionales» explicaciones con las que se ha aderezado todo el proceso «oficial» de la desclasificación?

Seres de otros mundos

Sin lugar a dudas, el apartado más sorprendente de esta extensa Instrucción General IG 40/5 es el anexo de la página 10, que, bajo el sello de confidencial, indica la materia «seres asociados al fenómeno».

Dentro de éste aparecen preguntas de lo más variado sobre la apariencia, la vestimenta y el equipo que portaban los supuestos entes aparecidos junto al ovni. Asombra comprobar que en una Instrucción General se contemplen aspectos como las botonaduras de los trajes de estos seres, la apariencia del casco, máscara, gafas etc.

Y no menos asombroso es que dentro de estos documentos oficiales incluso se hile tan fino como para preguntar a los testigos el modo en que estos seres descendieron del ovni, la forma que tenían de desplazarse, si la actitud fue hostil o cordial, si portaban algún tipo de mochilas o armas, si realizaban alguna actividad concreta junto al ovni, o si llegaron a emitir sonidos identificables por el testigo... todo demasiado sospechoso para pensar que nuestras Fuerzas Aéreas «pasan olímpicamente» del fenómeno ovni como parece que algunos intentan hacernos creer a toda costa y con oscuras intenciones.

La impresión general que transmiten los militares en estos documentos excepcionales es la de estar profundamente interesados e informados de lo que ocurre en torno al misterio de los ovnis. Tanto como para incluir, en una de sus Instrucciones Generales actualmente en vigor, una serie de cuestionarios esclarecedoras de que alguien no sólo puede haber visto objetos en forma de huevo, disco, trompo o cuadrilátero; sino que además ha podido observar sus huellas e incluso ha comprobado cómo de ese artefacto descendían seres humanoides que portaban, por poner un ejemplo, escafandras y armas.

Imagino que el lector comprenderá que si se pregunta tan concretamente sobre esas materias es porque se contempla que efectivamente ese tipo de visiones puedan ser posibles.

Y si eso es así, nos encontramos con la absoluta evidencia de que ese tipo de encuentros están produciéndose en nuestro país. A partir de ahí que cada cual opine lo que quiera. Pero que lo haga con todos los datos, incluso los secretos, a su alcance. No sólo van a poder bombardear a la opinión pública esos «científicos y negadores de tercera división» que tanto abundan en ponzoñosos y delirantes debates destinados a desprestigiar este fenómeno. Son las antípodas de una palabra clave llamada investigación, la única que nos puede aportar el verdadero conocimiento.

Juan José Benítez: «La desclasificación OVNI es una tomadura de pelo»

J. J. Benítez, uno de los autores más leídos en lengua española, autor de la célebre saga *Caballo de Troya* y periodista infatigable que ha recorrido más de tres millones de kilómetros tras el rastro de los ovnis, es, sin lugar a dudas, la persona que más y mejor conoce la relación existente entre éstos y los militares en nuestro país.

Él fue el primero en recibir documentos secretos del Ejército español con los que elaboró un documentado libro que, bajo el título *Ovnis: Documentos oficiales del Gobierno Español*, ponía por primera vez el espinoso asunto sobre el tapete. ¿Nos estaban contando las autoridades toda la verdad?

Un simple vistazo a los casos que el Ejército mostraba a Benítez marcaba la línea a seguir por los militares. Muchos de ellos tenían inexplicables mutilaciones, y las explicaciones en algunos otros sobre su naturaleza eran absolutamente peregrinas. Y así, en esa lucha permanente por mostrar esa realidad, Benítez se batió el cobre durante años, y lo sigue haciendo, para pavor de sus contrincantes, con quien se le ponga por delante. Y razón no le falta. Las conclusiones para algunos casos rozan el ridículo. La pregunta que me

hacía mientras devoraba los kilómetros en busca de las tranquilas aguas de Cádiz y deseoso de encontrarme con el remoto refugio del periodista navarro, era solamente una: ¿por qué se ha llegado a esto?, ¿cómo es posible que el propio Ejército ridiculice a sus miembros afirmando tan a la ligera que han confundido Venus, la Luna o un helicóptero con un ovni?

Algo me seguía sin encajar. Y más aún cuando unos días antes de viajar en busca de Benítez para charlar sobre los documentos secretos del Ejército, pude hacerle *in extremis* una entrevista al investigador valenciano Vicente Juan Ballester Olmos, un ufólogo estrechamente ligado al proceso de desclasificación de los informes y que siempre ha declarado a favor de la absoluta transparencia del Ejército. Las declaraciones que me hizo en Barcelona, por inesperadas, fueron un auténtico bombazo en los ambientes ufológicos. Ballester me demostró que tenía serias dudas, y que incluso en algunos casos clásicos como el de Bardenas Reales (cuya investigación detallo en este libro) había cambiado su postura. Para él ya no era la Luna, como sostuvo al son de las explicaciones oficiales. Para el valenciano aquello era simplemente un ovni. Al igual que los otros cuatro que en la jornada del 1 de enero de 1975 habían atemorizado a varios soldados de la Academia de Ingenieros del Ejército aterrizando junto a un solitario páramo y abrasando 300 metros cuadrados de terreno. Era curioso, pensaba, pero uno de los colaboradores y defensores acérrimos de la postura oficial se echaba para atrás en casos tan significativos y sobre los que el Ejército dio en su día un vergonzante veredicto.

El ambiente estaba, por lo tanto, más que caldeado. Idóneo quizá para que J. J. Benítez respondiese y ofreciese paiebas fehacientes de la manipulación a la que algunos han querido someter a la opinión pública. Su respuesta no se iba a hacer esperar. LJna respuesta que también se tradujo en polémica por dejar las cosas tan claras como nunca antes se habían dicho en torno al viejo binomio ovnis-militares.

Ensenada de Zahara, 29 de abril, 21:26 horas

La noche centellea a través de los gigantescos ventanales que rodean el estudio donde nace la inspiración para tantos *best-sellers*. Y uno no duda de que esto es como estar en el séptimo cielo ufológico. Aquí se respira una calma, una quietud, difícil de narrar. El mar nos mira de fíente, como expectante, y la conversación fluye sin titubeos. Cada uno sabe lo que quiere.

Rodeados de carpetas, de miles ele fotografías y documentos que cualquier investigador soñaría poseer, comenzamos nuestra charla nocturna. La grabadora echa a andar, y mi ansia de saber y su afán en demostrar una verdad por la que lucha hace años se conjuntan de un modo inevitable:

IKER JIMENEZ.—Juanjo. ¿imagino que tú también tenelrás una opinión particular sobre las declaraciones ele Ballester Olmos y su confesión de colaboración con el proceso de desclasificación?

J. J. BENÍTEZ.—*Bueno, lo que está muy claro es que estas declaraciones son realmente históricas. Iker, la verdad necesita pocos argumentos. Desde que se inició este proceso de desclasificación, muchos investigadores hemos sabido y hemos dicho valientemente que había una serie de individuos que estaban colaborando con los militares facilitando información, dossieres y documentos que al final han servido para echar por tierra los casos. Es decir, ha habido un colaboracionismo verdaderamente repugnante, escondido y oculto durante mucho tiempo por parte de este individuo y algunos más para cargarse el lema ovni a través de los documentos desclasificados. Esto se ha dicho por activa y por pasiva, y ahora, ¡qué casualidad!, este señor te hace unas declaraciones donde dice sencillamente que «estoy orgulloso de haber colaborado con el Ejercitó" y también da a entender que ha habido irregularidades y que no es oro todo lo que reluce en el proceso de desclasificación. Es decir, que de alguna manera se nos está dando la razón. Y lo más triste y desgraciado es que este señor reconoce que ha colaborado con los militares. Lo que no dice es hasta dónde ha llegado esa colaboración... pero eso lo sabemos.*

I. J.—¿Qué significa para ti la palabra «colaboración»?, ¿por qué crees que se colabora y a cambio ele qué?

J. J.— *Veo que durante un tiempo este señor ha facilitado información que ha servido para desprestigiar los casos y a los testigos, cuando supongo que era perfectamente consciente de lo que estaba haciendo y de los resultados que se estaban produciendo. No sé*

si la intencionalidad era algo más oscura de lo que todos podamos pensar... pero desde luego creo que a ningún verdadero investigador se le hubiera ocurrido jamás trabajar secretamente y facilitar información a unos señores sabiendo que se iban a cargar los casos. Porque esa era la intencionalidad final del Ejército.

«Una mano negra internacional»

I. J.—A ti te sonará ingenuo, pero imagino que a nuestros lectores no. ¿Por qué quiere el ejercito cargarse los casos ovni de sus archivos?

J. J.— *Yo te voy a dar una teoría. Creo que el proceso de desclasificación del archivo ovni del Ejército del Aire no es una casualidad. Esto ha podido estar perfectamente pensado y organizado para intoxicar el tema y también para observar cómo reacciona una sociedad de tipo medio como es la española. No tiene ningún sentido que el propio ejército descalifique a sus propios testigos militares. Y hay expedientes donde esos testigos quedan a la altura del barro. Esto, repito, no es normal. Y por eso pienso que detrás del proceso ha habido una «mano negra». Algún día quizá se pueda saber algo más. Y lo que me parece indignante es que supuestos investigadores del fenómeno ovni civiles se hayan prestado a esta sucia y oscura colaboración.*

Noto cómo, llegados a este punto, Juan José se enerva y respira hondo. Después me mira fijamente con mueca de esperar una nueva pregunta para seguir «tirando de la manta»...

I. J.—¿Y por qué esa mano negra ordena esa maniobra de destrucción de la verdad? ¿No sería más lógico pensar que los propios militares podrían seguir dejando el asunto ovni en secreto, como antes, y evitarse este polémico proceso?

J. J.—*Mira, tenemos la seguridad de que, en los EE.UU., determinadas agencias han trabajado y trabajan intensamente en la intoxicación mundial del fenómeno ovni con múltiples sistemas. Y nuestro país no es una excepción en este sentido. Es decir, España es un satélite de EE.UU. en muchos aspectos, y por eso creo que esa «mano negra norteamericana» también ha llegado aquí. Y por eso estoy casi seguro de que hay media docena de individuos que colaboran con estos servicios de inteligencia para intoxicar, negar y desprestigiar a los casos, testigos e investigadores.*

I. J.—¿Y esta colaboración que según tú se está efectuando en nuestro país la realizan a cambio de algo concreto?

J. J.—*Bueno, puede ser a cambio de dinero, favores o a cambio de que el ego enfermizo de estas personas se crezca al tener roce o trato con determinados individuos de servicios de inteligencia, militares, etc. Hay que partir del hecho de que estas personas que en sus trabajos normalmente son gentes mediocres, cuando se han metido en el tema ovni, en este caso a la contra, consiguen salir en televisión, debates, periódicos y hacen crecer un ego totalmente enfermizo.*

¿Porqué estas personas que han estado investigando el fenómeno no cambian de actitud radicalmente?... Mira, no me sirve la excusa de que se han dado cuenta de que científicamente no existe el fenómeno ovni. Eso se lo van a contar a su tía. Si se supone que usted ha estado absorbiendo información del fenómeno durante veinte años, no puede cambiar de opinión de la noche a la mañana, a no ser que sea usted un cretino... que también podría ser. Aquí hay que barajar todas las posibilidades. Y una de ellas es que sencillamente no estemos hablando de supuestos colaboradores del CESID o de donde sean. Igual estamos ante meros cretinos mentales. Tú no olvides nunca que en estos trabajos de los servicios de inteligencia se utilizan a los llamados «tontos útiles» porque los listos nunca se prestan a esto.

Los documentos de 1976

I. J.—Las acusaciones que te lanzan los «ufólogos colaboracionistas» son duras y rotundas. Para ellos eres un «comerciante de los ovnis» que no ha podido sacar tajada de esta apertura oficial. ¿Crees que todo esto es un resultado directo de aquellos «documentos oficiales» que con gran repercusión social obtuviste en 1976? ¿Quizá desde entonces te has convertido en persona *non grata* para algunos?

J. J.—*A aquellos documentos que yo saqué hace tanto tiempo se le dieron la importancia que tenían en su momento. Parece que se*

olvida que era la primera vez que el Ejército abría sus archivos y proporcionaba una serie de documentos hasta ese momento secretos. Algunos de estos «colaboradores» llegaron a decir que se les dio un tratamiento sensacionalista. Y la verdad es que incluso el general Galarza, que fue quien me los proporcionó en su día, me hizo saber a través de unas cartas que el tratamiento fue absolutamente concreto, tanto en la prensa como en el libro que yo saqué después.

I. J.—Pero te acusan de que a raíz de la publicación de ese libro *Ovnis.- Documentos oficiales del Gobierno Español,* el Ejercito se volvió a cerrar en banda, negando cualquier nueva apertura...

J. J.—*Lo que estos individuos no saben es que tras dicha publicación hubo tal avalancha de peticiones civiles al Ministerio del Aire que el Ejército se vio en la lógica necesidad de cerrar nuevamente el tema y volverá clasificarlo. Así que la causa fue la avalancha social que hubo, no el tratamiento de esos doce expedientes. Instituciones, particulares, civiles, curiosos... todos llamaron requiriendo esos mismos documentos. Ellos también los querían tener. Yo hablé con los propios generales que me los dieron y estaban sorprendidos y abrumados con la situación que se creó. Se generó para el Ejército un auténtico problema logístico.*

Y no se me puede culpar a mí de lo que sucedió. Yo, como periodista, tenía la obligación inexcusable de dar a conocer aquellos documentos que durante tanto tiempo habían permanecido secretos. Y como periodista así lo hice.

I. J.—Pues desde entonces has estado en el «ojo del huracán» para algunos. Ballester Olmos aseguraba que este proceso de desclasificación había originado la última de las grandes manipulaciones de la ufología española. Eso va por ti.

J. J.—*Bueno, a mí me gustaría saber a qué se refiere. Si se refiere a que un montón de investigadores hemos atacado ese proceso en diferentes medios de comunicación, le diré que esto es por algo. Pienso que el proceso de desclasificación es una auténtica vergüenza. Se han manipulado los documentos que se han sacado. Están tergiversados con opiniones claramente distorsionadoras, se han mutilado los documentos... en fin, que incluso desde el punto de vista jurídico y legal esta desclasificación es nula. Se supone que la desclasificación de cualquier documento de carácter histórico debe hacerse de una jornia limpia y transparente. Y deben salir los informes íntegros y los originales!... no fotocopias de fotocopias.*

Se han desclasificados los documentos que se han querido, y además han sido manejados, mutilados, censurados, distorsionados... una auténtica vergüenza. Los investigadores serios» creo que hemos actuado como se debía. Hemos atacado porque se lo han merecido. Si esto es la «última gran manipulación de la ufología española», que venga Dios y lo vea...

I. J.—Se te acusa de haber querido elaborar un libro con los documentos que iban a ser desclasificados cuando se dio luz verde a los informes ovni en 1992. Para algunos, tu ataque a este proceso surge por no haber logrado este fin.

J. J.—*Mira, Lker, esto es absolutamente falso. Y lo digo con todas las palabras, y si quiere vamos a los tribunales. Este señor (Ballester Olmos) miente, este señor es un cínico y este señor es un manipulador. Y, repito, puedo ir a los tribunales porque tengo pruebas para demostrar lo que estoy diciendo.*

Te voy a contar, aunque nunca había tenido intención de hacerlo, lo que realmente sucedió y te voy a dar las cartas que lo avalan. Es cierto que tenía mis lógicas dudas en torno a que este proceso de apertura fuese a llevarse a cabo, pero desde el año 1988 y 1989 (me muestra una serie de cartas que dan fe de la correspondencia que mantenía con los más altos mandos del ejército en esas fechas), *en mi contacto con personalidades de Defensa, expongo que sí, que es posible que el tema se vaya a desclasificar.*

Ballester Olmos asegura que yo escribí al jefe del Estado Mayor del Aire proponiéndole en privado que el material de esos archivos secretos se entregaran a mi editor para hacer un libro con ellos.

Noto cómo Juanjo hace una mueca de incontenible rabia al releer las frases de la entrevista que realicé con el ufólogo valenciano.

Mira, esto es de tal maldad, de tal cinismo y retorcimiento de la verdad... que es para llevarlo a los tribunales de justicia.

I. J.—¿ Que ocurrió entonces con el dichoso libro?

J. J.— *Yo lo que hice, cuando supe que ese proceso podía producirse, es proponer al Ejercito del Aire que, si yo podía obtener la documentación de los informes desclasificados, se podía elaborar*

un libro y que. para que no hubiese suspicacias, mis derechos de autor fuesen destinados a una organización benéfica que el propio Ejército designara. Incluso sugerí que se destinara ese dinero a una organización que presidía Su Majestad la Reina.

Y pedí que esto se mantuviese en secreto. Pero que mantuviese en secreto el hecho de que mis derechos iban para una organización benéfica. ¡Y aquí viene la gran manipulación!... Este sujeto lo que afirma es que yo quería mantener en secreto el hecho de que se me otorgaran esos documentos solamente a mí.

Yo tuve, días después, una reunión con Sabino Fernández Campos, jefe de la Casa Real, con quien me une una buena amistad. Y yo le expliqué personalmente mis intenciones en el Palacio de la Zarzuela. En una carta dirigida por Fernández Campos al general Sequeiros posteriormente dicen que me estiman mucho pero que consideran que en esos momentos no es oportuna la propuesta. Y me parece perfectamente correcto. Pero Ballester Olmos tuvo acceso a esa última carta y por eso, sin saber lo que había ocurrido antes, manipula la verdad diciendo que yo quiero involucrar a la más alta autoridad del Estado en una autopromoción personal. Iker, esto me parece de tal desvergüenza, de tal manipulación, que no tiene palabras....

Un gran engaño

I. J.—¿ Ha pretendido el Ejército del Aire engañar a la opinión pública de este país?

J. J.—*No es justo afirmar que ha sido el Ejército del Aire en su totalidad. Más bien afirmo que han sido varias personas, puede que no lleguen a diez, las que han realizado el proceso físico de la desclasificación. No es justo culpara toda la institución. Pero estas personas concretas sabían perfectamente lo que dice la ley de secretos oficiales. Cuando se produce un proceso de desclasificación de cualquier tipo de documento, debe salir a la luz el original. Lo que no se puede hacer nunca es fotocopias de fotocopias mutiladas. Y se hace así porque esas personas que han sido responsables del proceso, en el fondo, consideran al ciudadano español, y al contribuyente que le paga el salario, poco menos que como un deficiente mental.*

Esa es una tendencia muy generalizada en muchos ejércitos del mundo. Piensan que la población civil no tiene por qué saber nada. En definitiva, esto es una falta de responsabilidad y de democracia.

Son diez personas, generales, coroneles y tenientes coroneles, los que, cumpliendo o no cumpliendo órdenes, han llevado a cabo el proceso. Pienso, incluso, que desde el punto de vista jurídico esta desclasificación se podría impugnar. Es jurídicamente nula.

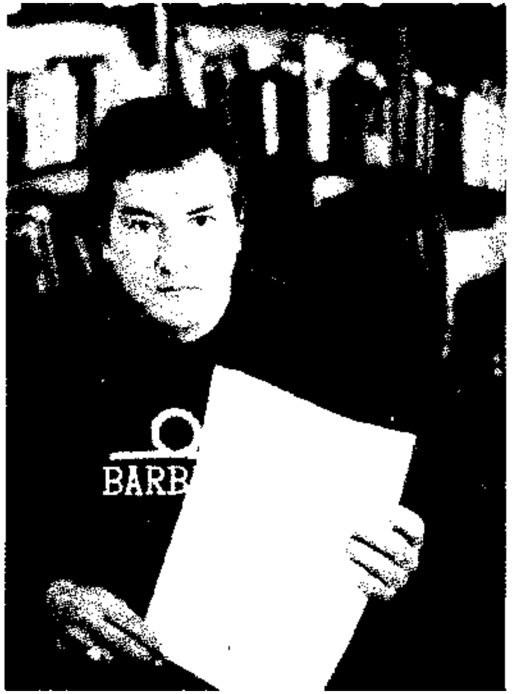
I. J.—En la entrevista que realicé a Ballester Olmos, éste aseguró que había casos en los que modificaba su opinión y que los daba como auténticos ovnis. Este «giro de opinión» significa para muchos que ha podido haber una ruptura reciente entre ese grupo de civiles colaboradores y el propio Ejército. ¿Qué opinas tú?

J. J.— *Yo lo único que te puedo decir es que aquí pasa algo muy extraño. Me parece rarísimo que alguien esté colaborando con el Ejército y que de la noche a la mañana dé a entender que «ojo con los militares". ¿Acaso le han dado una patada en el culo los militares a este señor? Eso el tiempo nos lo va a decir. Yo estoy completamente seguro de que la verdad acabará por salir a la luz. Y a lo mejor mucha gente se lleva una sorpresa con esta medía docena de individuos que, desde el año 1992, justo cuando organicé el curso de verano de la Universidad del Escorial sobre el tema ovni, están formando una brecha en todos los medios de comunicación a la contra.*

Un militar del CSID confirmó que había unos seis individuos civiles que colaboraban en el proceso de intoxicación de la opinión pública española en el fenómeno ovni. Se mencionaron dos señores en Barcelona, dos en Madrid, un señor en Pamplona y, ¡qué casualidad!, un señor en Valencia. (Ballester Olmos reside en dicha ciudad levantina.) *Bueno, vamos a ver si con el tiempo tenía o no tenía yo razón.*

Expedientes que no existen

I. J.—¿Ha salido a la luz, como afirman algunos, todo lo que el Ejército del Aire guarda en sus archivos, como lógicamente debe ocurrir al finalizar el proceso de desclasificación?



J.J.. Benítez *lleva años luchando por la transparencia en la relación ovnis-militares. Sus declaraciones son rotundas. Elproceso de desclasificación es una auténtica farsa."*

J. J.—*Para mí lo más grave de la desclasificación no es la manipulación. Y eso que ya es tremendo, imagínate, por ejemplo, ese expediente último desclasificado donde un piloto que sale en un caza de la Base de Morón (Sevilla) y vuela sobre Cádiz se topa, en pleno día, con un objeto metálico, parado y con forma de media naranja perfecta. El ovni despega a gran velocidad y desaparece en segundos. El piloto desciende a tierra, hace su informe... y en la desclasificación se nos dice que lo observado en realidad era uno de los helicópteros de la Vuelta Ciclista a Andalucía. ¡Esto es inaudito!* (golpea con rabia sobre la larga mesa). *A mí esto me parece deshonesto, ridículo e injusto. Se supone que un piloto de combate es un hombre suficientemente preparado para distinguir un helicóptero de otra cosa. Y aquí se pone en tela de juicio el testimonio de una persona de tu propio Ejercito. Lo lógico sería ser más honestos y decir que no se sabe lo que se ha visto, pero se prefiere pasar por encima del honor de un compañero. A mí esto me parece lamentable. Desprestigiar los casos es la norma, como ocurrió en el incidente de varios aterrizajes en Callarla (Vizcaya) en 1977, donde se incluyeron informes que realizó el señor Félix Ares sin el mínimo rigor científico para echar todo por tierra. O unas fotografías realizadas en Alcorcón (Madrid), en los que se incluyen otros informes civiles donde tampoco se sostienen por su propio peso las conclusiones a las que se llega. Se incluyen informes civiles para acabar con los casos.*

Esto ya es grave... pero lo peor, sin lugar a dudas, es el ocultamiento. Ese casi centenar de expedientes que no han visto la luz y que siguen bajo secreto.

I. J.—¿Corno cuáles?

J. J.—*No me estoy inventando nada. Lo sé por los informes que tengo de los propios militares que son mis contactos. Y lo sé* (sonríe maliciosamente) *porque yo ¡tengo varios de esos expedientes que no han visto la luz! Casos en los que ha habido la instrucción de un juez militar. Lo que no me vale es la pamplina de algunos que afirman que esos informes que no aparecen se habrán perdido o se los habrá llevado un general a su casa porque le gusta el tema. Mira, Iker, eso no se lo creen ni ellos. Estamos hablando de informes secretos. Y eso no desaparece... ni se pierde.*

I. J.—¿Qué «expedientes malditos» que se nos ocultan destacarías desde un punto de vista personal?

J. J.—*Pues, por ejemplo, me preguntaría: ¿Dónde está el expediente del avistamiento del 4 de noviembre de 1970? Fue protagonizado por dos cazas de la base de Zaragoza pilotados por Juan Alfonso Sáez Benito y Luis Carvayo que estuvieron junto a un extraordinario aparato conforma de huevo y varias ventanillas. ¿Dónde está esa información?*

¿Y dónde están los folios que expliquen el encuentro del piloto de caza Fernando Cámara a bordo de un Mirage F-l de la base de los Llanos (Albacete), el 17 de noviembre de 1979, cuando estuvo volando una hora y quince minutos con un objeto misterioso delante de él, y que según su propia confestón tenía un tamaño semejante al del edificio de la Plaza España puesto horizontalmente? Sólo han sacado un folio y cuatro líneas, cuando la mera transcripción con la torre de control supera los ocho folios. ¿Dónde está el resto?

¿Y dónde está, amigo Iker, la información referente al 'Zafarrancho de combate» mantenido entre tres soldados de la Base

Aérea de Talavera la Real (Badajoz) con una misteriosa figura de tres metros contra la que se disparan varias ráfagas de ametralladora en noviembre de 1976. ¿Me quieren hacer creer que en los archivos del Ejército sólo hay un recorte de la prensa venezolana contando el asunto? ¿Me lo quieren hacer creer a mí, que conozco a los soldados, al oficial que redactó el informe y al mismísimo juez instructor que lo realizó?

¿Y en qué apartado rincón se encontrará el estremecedor suceso del radar de Aitana (Alicante) de julio 1975, donde un militar radarista estuvo a punto de caer al vacío perseguido por un ovni que se le aproximó hasta quedar a un palmo de su pecho?

¿Cómo es posible que el señor Ballester Olmos asegure que se ha sacado hasta el último papel de los archivos sin modificación alguna?

Eso, querido amigo, es creer que somos absolutos deficientes mentales. Y pensar eso es digno de una enfermedad de cretinez mental genética grave. Él te dijo en la entrevista que «ha sido un privilegio el haber colaborado y me siento orgulloso de ello». Mira, dicen en mi pueblo que «a tal señor tal honor». Me parece muy bien que se sienta orgulloso de todo esto. La verdad es que la historia sí le va a juzgar... si no lo está juzgando ya.

I. J.—Lo que muy poca gente sabe, quizá confundida ante las conclusiones a las que se llega en los informes desclasificados, es que existe una instrucción general confidencial que demuestra que en realidad los militares de nuestro país sí se toman en serio el asunto ovni.

J. J.—*Exacto. Te refieres a la Instrucción General Confidencial IG 40-5. Una circular secreta que nos demuestra que se toman el tema con mucho más interés y seriedad de lo que podamos imaginar. Han sacado esta normativa de régimen interior confidencial que se destina a todas las bases, cabeceras de región y jefaturas para que, en caso de ovni, el juez instructor sepa en qué basarse para realizarla investigación.*

I. J.—Dentro de estos papeles confidenciales se admiten supuestos como que aparezcan incluso humanoides junto a los ovnis... ¿no es así?

J. J.—*Desde luego. Y me pregunto: ¿cómo es posible que, por un lado, estén echando por tierra todos los casos, hablando de globos sonda. halos de la Luna y planetas Venus como explicación... y secretamente estén dando instrucciones a sus jueces instructores para que cuando interroguen a los testigos pregunten si ha habido tripulantes, si llevaban armas, si fueron hostiles, qué altura tenían, si dejaron huellas... ?*

¡Caramba!... esto demuestra que alguien nos está mintiendo. Algunas personas del Ejército que están llevando este tema desde hace mucho tiempo saben perfectamente lo que está ocurriendo pero no quieren que tengamos acceso a ello. Y por eso mutilan, silencian, distorsionan e intoxican. Y para ello se sirven de todos los sistemas habidos y por haber. Pero saben muy bien lo que está ocurriendo...

Lo saben y lo están ocultando. Y esa es una factura que tendrán que pagar.

Pero, claro, si hay una consigna internacional al respecto... a ver quién es el guapo que sale de uniforme en la televisión diciendo a los cuatro vientos: «Señores, todo esto era verdad»... ¿Quién?»

I. J.—J. J. Benítez está diciendo eso en estos momentos. ¿Seguirás con esta cruzada personal durante mucho tiempo?

J. J.—*Desde luego, porque para esto más vale que se hubiesen guardado la desclasificación. Más vale que lo hubiesen dejado en secreto. Esto ha sido una auténtica tomadura de pelo. Los investigadores tenemos mucho que hacer y que decir al respecto. Yo, por mi parte, voy a seguir trabajando en este tema hasta donde pueda. Nuestro deber de investigadores y periodistas es sacar a la luz todo lo que está ocurriendo. Si en ese intento de ofrecer toda la información salen lastimados algunos individuos, pues lo siento mucho. Lo que la opinión pública no se merece es que se la engañe de este modo tan miserable. Por eso yo no me voy a rendir.*

Y en aquel momento, mecidos por el rumor de las cercanas olas, comprendí hasta dónde llegaba la última aseveración de este bravo navarro. Al apagar la grabadora y mirarlo fijamente no pude más que pensar en los muchos que, con absoluto compromiso con la verdad, tampoco estamos dispuestos a hacerlo.

Y en esas estamos y continuaremos, como siempre digo, quién sabe si por fortuna o desgracia...

La aventura continúa...

Martín Rodríguez, Benito Salgado, Manuel Caballero, María Gómez, Fidel Hernández, Miguel Ángel Samperio, Vicente Martínez, Margarita Cagigas, Serafina Bejarano...

DESPUÉS DE MILES DE KILÓMETROS recorridos a través de la piel de toro son muchas las preguntas que llenan mis cuadernos de campo y muy pocas las respuestas. Y entre conjeturas y suposiciones, entre aventuras, carreras y alguna que otra decepción, siguen siempre presentes en mi recuerdo, como marcados para siempre con la varita de lo enigmático, los nombres de aquellos hombres y mujeres que fueron partícipes de lo imposible. A pesar de que ya los cuento por cientos, no olvidaré jamás a los verdaderos protagonistas de los expedientes X españoles. Algunos ya no están entre nosotros y quizá lean estas páginas desde las alturas. Otros, solitarios y en el mismo lugar donde tuvieron su experiencia que les cambió la vida, continúan haciéndose las mismas preguntas que me trasladaron en nuestro encuentro.

No pueden volver a ser los mismos. Y su temor, su expectación y su miedo, son las sensaciones más auténticas que uno se lleva aferradas al alma en cada caso, en cada investigación.

Esta última página está dedicada a ellos: a las cientos de personas, de toda condición y creencias, que en diferentes épocas constataron la sutil presencia de lo imposible en sus más variadas formas.

A pesar de mi permanente desvivir por el dato, el expediente y, en definitiva, la prueba que avale esta realidad intangible, he de

reconocer que ellos, el componente humano de estas historias insólitas, son lo más importante. Con diferencia.

Algunos son amigos; con otros, probablemente, jamás me vuelva a cruzar, pero ni ellos ni el que esto escribe olvidaremos nuestro encuentro, fugaz o dilatado, en algún rincón de este mágico país. La aventura constante que supone la relación testigo-periodista se añora en esta fría época de Internet y correo electrónico. Y esa búsqueda le arranca a uno de la silla y el ordenador con demasiada frecuencia. Inevitable.

Con ellos, con los testigos, aprendí muchas cosas y me reafirmé en otras con tanta fe que estoy seguro de que cuando usted, amigo lector, esté leyendo estas últimas letras, yo me encontraré rodando en busca de nuevos misterios, emocionado al entablar diálogo con aquellos que fueron protagonistas de lo insólito.

En la calle Místerios, Madrid, siendo las 3:37 horas del 14 de septiembre de 1998.

IKER JIMÉNEZ

Enigmas sin resolver II

Nuevos y sorprendentes Expedientes X españoles

MUNDO MÁGICO Y HETERODOXO

Índice

Agradecimientos

ESTE LIBRO no hubiese sido posible, en primer lugar, sin la honestidad y la sinceridad de aquellos que han sido testigos del misterio. Yo solo me considero un transcriptor de sus experiencias. Por eso valoro por encima de todo su valentía al haberme hecho partícipe de vivencias tan importantes.

En segundo lugar, quiero agradecer la decisiva ayuda logística a decenas de personas, especialmente colegas periodistas, que en cada rincón de España me han ayudado a completar y divulgar mi labor. Iñigo Arrue, Juan Carlos Miranda, Alberto Granados, José Manuel Reverte Coma, Antonio Casado, Juan José Benítez, Paco Pérez Abellán, Javier Chandía, Laura Diez, Andrés Aberasturi, Fernando Bustamante... Mencionarlos a todos sería tarea imposible, casi tanto como haber realizado este libro sin su firme y sincero apoyo.

También agradezco profundamente la mano siempre tendida de Lorenzo Fernández, periodista, amigo y confidente en tantas batallas, y la labor, metódica, esforzada y sincera, de mi compañera Carmen Porter, sin cuya intervención este nuevo trabajo no hubiese visto nunca la luz.

I

Un agradecimiento sincero *y* trece desafíos a la lógica

Ni en los sueños más optimistas hubiese imaginado una recepción del público como la que ha tenido *Enigmas sin resolver* en su primera parte. O seguro que la hubiese soñado, aunque difícilmente creería que pudiera hacerse realidad. Pero así ha sido. Y sería del todo injusto comenzar este nuevo viaje a lo más profundo de los misterios españoles sin antes no detenerse en la línea de salida y, como hacen los atletas antes de iniciar otra carrera, tomar aliento para, no sin cierto vértigo, echar la vista atrás y recordar por unos segundos todo lo ocurrido con mi primer hijo escrito y, por lógica, hermano mayor de lo que ahora se disponen a leer.

Ha pasado ya mucho tiempo desde el día en que, cargado de ilusiones y de sana ingenuidad, me planté en las dependencias de la Editorial Edaf para proponer mis ideas a Sebastián Vázquez, la persona que, finalmente, apostó por mí y por mi sana locura.

Hubo decenas, cientos de horas de conversación sosegada que se convirtieron siempre en animada tertulia en vez de en pura discusión comercial. Aquello me será muy difícil de olvidar. Y creo, aunque quizá nunca se lo haya preguntado, que Sebastián, con muchos años de veteranía en el difícil pero apasionante mundo de la edición, supo enseguida lo que yo venía a venderle.

Aquel material, más etéreo que físico, no era tan solo un volumen grueso con algunas historias y fotografías. Aquello era un concepto, un sentimiento, una cruzada sobre la que yo rondaba errante desde hacía años y que, de algún modo, quería inmortalizar en uno de los objetos más maravillosos que pueden existir: un libro.

El espíritu del reportero, del periodista que lejos de la redacción se santigua a sus «tótems» con forma de cámara fotográfica y viejo cuaderno de notas, era algo que quería reivindicar con fuerza en un mundo a veces tan

falto de pasión. Algo en lo que yo creía y creo como medio para dignificar todo un mundo que se escapa a nuestra comprensión y que está ahí, a la vuelta de la esquina, sumergido en sucesos increíbles pero reales, en el testimonio emocionado de un entrevistado al que se encuentra en el lugar en el que ocurrieron los hechos, o discretamente oculto en las páginas de sucesos de algún viejo rotativo.

El sentimiento de la búsqueda sin límite, del rastreo concienzudo que se convierte en detectivesco, o la emoción por encontrar un nuevo dato, transformado por arte de magia en un sólido peldaño que permite penetrar un poco más en una historia, es algo que quería transmitir lo más fielmente posible. Y eso, lo compruebo ahora sorprendentemente agradecido, ha conectado con los lectores.

Sus cartas, sus mensajes de apoyo y sus sugerencias han sido como un resorte fantástico por el que me he sentido unido a ellos.

Hacerles vivir lo que late dentro del periodista que persigue esos casos «malditos» era uno de los grandes objetivos. Y ellos me han confirmado que han recibido el mensaje.

Recuerdo ahora a aquella profesora de guardería que hizo que los niños reflejaran con lápices de colores cómo veían ellos a los ovnis y sus supuestos ocupantes, y me mandó en un cuaderno esas pequeñas joyas; recuerdo también a un hombre que había vivido gran parte de su existencia en un barrio chabolista y que a duras penas me escribía para hacerme saber de los buenos ratos que le había brindado con mi libro. Y no me olvido tampoco de aquellas religiosas que mandaron sus estampas para que las llevase siempre cerca, en el coche, en la cámara o en lo que fuera, ya que, según la cotidiana tertulia que mantenían sobre cada uno de los casos, habían llegado a la conclusión de que corría mucho peligro en las investigaciones y tuvieron a bien «echarme un capote». O de aquel ingeniero que había redescubierto repentinamente su vocación, o la de esos chicos o chicas que habían decidido matricularse en periodismo tras leer aquellas 344 páginas. Y cómo dejar a un lado a todas esas buenas gentes que, en diferentes lugares y provincias, fuese de noche o de día, se habían acercado, un tanto asustadas, hasta los lugares del misterio con el *Enigmas sin resolver* debajo del brazo.

El casi centenar de cartas recibidas de jóvenes entusiastas, personas de todas las profesiones, e incluso jubilados que recordaban antiguos lances con el misterio, han sido para mí el mayor y más sincero de los premios. Todos estaban agradecidos por poder saber más acerca de los enigmas españoles, esos acerca de los cuales casi siempre cavó el manto del silencio y sobre los que se dejó de informar radicalmente. Querían y tenían derecho a saber qué ocurrió en verdad, y por eso contribuían con sus notas, aclaraciones y documentos. Ese era el segundo objetivo: crear una conexión veraz, un trabajo de equipo que, sinceramente, en algunos momentos ha llegado a emocionarme.

En un tiempo de Internet y de cómoda conexión vía satélite, donde muchos colegas no levantan las posaderas del asiento ni aunque un suceso haya ocurrido en la siguiente manzana, este tipo de reporterismo, el que reclama la presencia de quien lo narra en el lugar de los hechos y con la gente que lo ha vivido, quizá sea visto como algo quijotesco. Bendita definición con la que, por supuesto, me siento identificado hasta la médula.

Porque este caminar tras el misterio tiene algo de caballero andante, ciertamente. Pero afortunadamente uno no está solo, y las más de las veces la mejor recompensa es el agrado sincero de quienes te leen y la profunda satisfacción del deber cumplido al dejar sobre el tapete de la historia otro suceso que no pudo ser resuelto y que estimula nuestra imaginación y reflexión sobre lo que conocemos y lo que nos queda por conocer.

Sonrío habitualmente cuando veo tanta discusión y tertulia en las televisiones, el medio que, indiscutiblemente, peor trata a los sucesos misteriosos. Entre listillos que se disfrazan de periodistas, oscuros iluminados y supuestos científicos engreídos e indocumentados que no dan pie con bola, se genera un caldo de cultivo que es digno del peor cocinero. No creo que ese sea el camino. No creo, humildemente, que estos sucesos, donde intervinieron jueces, policías, ingenieros, médicos o verdaderos científicos, sean siempre pasto de un bochornoso espectáculo en busca desesperada de audiencias. Por fortuna, suelo desenchufar rápido. Y, por lo general, para acto seguido coger los bártulos y lanzarme a la búsqueda de esa realidad que parece que convive con nosotros y se manifiesta de las más variadas formas.

El depósito del entusiasmo está lleno por una única razón; no hay dobleces ni otros objetivos paralelos; mi búsqueda es real, ya que yo soy el primero en querer saber qué pasa ahí fuera. Y para ello, como lo hago desde que descubrí este fascinante mundo cuando tenía diez años, no ahorro en esfuerzos, provisto de una gran carga de dudas y escepticismo, pero siempre dispuesto a plantarme en el lugar donde haya surgido la noticia. Porque no entiendo la crónica y el reporterismo sin ese condimento de vivir el suceso. Esa es la búsqueda que me hace huir radicalmente de esos foros delirantes y trabajar para mis lectores. Ellos son personas, lo he comprobado,

que tienen la cabeza muy bien amueblada y humildad sulieiente para creer que se pueden tratar estos enigmas de una forma seria y objetiva. Como lo hace un periodista que ejerce su profesión y que busca simplemente porque desea conocer más.

Enigmas sin resolver ha puesto las cartas sobre la mesa y ha mostrado lo que se oculta tras los misterios españoles y también tras los misterios de aquellos que los persiguen.

Advierto al profano de que el camino siempre está minado de decepciones, pero también de rotundas alegrías. Poco antes de escribir estas líneas, y tal y como leerán ustedes en el último capítulo, se produjo una de ellas. Una nueva y clara luz, gracias a lo escrito y descubierto en esa obra, despejó las tinieblas de la mentira que asfixiaba el célebre misterio de las Caras de Bélmez. Las valientes confesiones de los implicados, a raíz de tener conocimiento de lo que en el libro se expresaba, han dado lugar a la confirmación de que en ese, como en tantos otros asuntos, alguien quiso que la opinión pública no supiese la verdad.

Enigmas sin resolver 2 nace ahora con el firme compromiso de continuar la labor, de dejar en el archivo del tiempo una serie de sucesos y aventuras que probablemente también darán que hablar, y sobre los que se arrojarán conclusiones de todo tipo.

Edaf y los lectores deseaban este nuevo reto. Y ya está aquí.

Por ellos, por su fidelidad y entusiasmo, me he puesto otra vez manos a la obra y he desempolvado antiguos documentos perdidos, llenado el depósito y viajado a lo largo y ancho de la piel de toro. Y en la faltriquera, ya que quijotes somos, tras muchos kilómetros y no pocos sustos, casualidades y sorpresas, me he traído trece historias. Trece desafíos a la lógica que son un nuevo reto a nuestro conocimiento y a lo que sabemos de la realidad.

Todos ocurrieron en nuestro país, quizá muy cerca del lugar donde usted está terminando de leer estas líneas, y muchos de ellos siguen retumbando en mi mente, como el primer día en que los descubrí, haciéndome pasar aún más de una noche en vela pensando en sus consecuencias. En la eterna duda de intentar comprender por qué ocurren estas cosas, qué significado tienen y qué nos quieren decir.

Espero, y ojalá se produzca de nuevo a través de esos mensajes y cartas, que sean ustedes los que me confirmen que han sentido lo mismo en su interior. Si eso ocurre, seré consciente de que se ha cumplido otro de los objetivos con los que nace este proyecto.

PRIMER DESAFÍO A LA LÓGICA

DESDE TIEMPOS REMOTOS el hombre ha asistido fascinado a algunas manifestaciones paranormales que consistían en la asombrosa facilidad de algunos sujetos, por lo general sin ninguna cultura o preparación, para, en estados de profundo trance, comenzar a hablar en leguas muertas, desaparecidas de la tierra hacía siglos, o incluso para dialogar en idiomas que eran absolutamente ignorados por el afectado.

Fenómenos relativamente bien conocidos en las esferas del clero, en cuyas apretadas bibliotecas de acceso prohibido, concretamente en Italia, se tienen registrados algunos casos de monjes que «hablaron con la voz de los difuntos». Muy rara vez queda de ellos algún tipo de documentación oficial, y sellados como supuestos casos de posesión demoníaca, o intercesión de entidades malignas en nuestra alma, iban a engrosar un inmenso y oscuro archivo del que jamás saldrían de no haber mandato del obispado.

Diagnosticados por la parapsicología científica y algunas disciplinas de la psiquiatría como xenogiosia o glosolalia, esta insólita capacidad sobre la que todo desconocemos suele presentarse en estados de profunda alteración nerviosa o conmoción emocional. Para las teorías espiritistas, siempre más arriesgadas, son sin embargo una muestra evidente de como alguna de nuestras reencarnaciones se ha manifestado repentinamente desde uno de esos planos en los que se conforma la existencia.

En España no se tenía, hasta ahora, constancia documental de este tipo de fenómenos. Quizá por eso, toda esta investigación del manuscrito de Villafranca la realicé bajo el signo del asombro continuado. Unos antiquísimos legajos judiciales no solo demostraban que hubo un proceso oficial contra uno de esos sujetos dotados por la misteriosa xenogiosia en la provincia de Badajoz, sino que además esta información, por derecho, se

convertía en el nuestro primer *expediente X* conocido a lo largo de siglos de historia.

Si además añadimos a la trama que hubo más de treinta testigos, médicos, alcaldes, soldados... los cuales firmaron declaración jurada, y que la protagonista de todo el enigma fue una criatura de tan solo tres meses de edad que comenzó a hablar en antiguo latín narrando una turbulenta historia, es difícil no sentirse superado por los acontecimientos. ¿No creen?

Lugar del suceso: Villafranca de los Barros, Badajoz.
Lugar de las investigaciones: Villafranca de los Barros y Olivenza (Badajoz).

II

Un viejo manuscrito

Un fax y **una sorpresa.—Dos misterios del Siglo de Oro.—Antonia Batista, la niña endemoniada.—Campanadas a medianoche.—Xenoglosia.—Certificado de un milagro.—Mensajes del pasado**

FUERA HACÍA FRIO, y por las pequeñas ventanas de la redacción de *Enigmas* ya se había colado la noche. Aquel fax fue como un milagro. Una escueta noticia firmada en un diario de provincias que de inmediato reclamó mi atención. La breve reseña, borrosa y casi ilegible, estaba encabezada por un titular curioso y sugerente:

Badajoz: Hallado un escrito del siglo XVII que narra hechos sobrenaturales.

Aquello me puso en guardia. No sé como, pero intuí que detrás de aquel papel rugoso se escondía una gran noticia. Lo confuso del breve texto hacía casi imposible la lectura. Pero, tras un atento y esforzado análisis línea a línea, pude saber que en el pueblo de Villafranca de los Barros se había descubierto una pequeña joya aún pendiente de catalogación que hablaba de una niña que fue dada por endemoniada, unas campanas que tocaron fúnebremente solas ante la presencia de decenas de testigos que creyeron ver en aquello algo propio del diablo, y varios sucesos inexplicables que acabaron en juicio sumarísimo. Un cóctel explosivo que me hizo saltar de la silla. Un sinfín de llamadas a viejos colegas de los periódicos extremeños me hicieron, tras casi dos horas de intentonas, dar con Laura Diez, la colaboradora ocasional que se había hecho eco del asunto.

—No sé muy bien qué describe el manuscrito —dijo desde el otro lado del teléfono—, pero es algo que tiene muy intrigados a los archiveros. Parece ser que una niña de tres meses comenzó a hablar en un latín perfecto, y que hubo un proceso judicial en la época.

Me quedé mudo. La joven periodista parecía muy sorprendida por mi actitud.

—¿De veras que puede ser tan importante este hallazgo? —me preguntó con un timbre de voz que denotaba su emoción.

—Tengo que ver esos documentos —le respondí con firmeza.

—Yo no los he podido ver aún. La archivera que los encontró me lo comentó y yo plasmé en una breve la noticia. No creí que esto podía llegar hasta Madrid. ¡Es increíble!

—A veces pasan cosas increíbles —le contesté—. Los dos tenemos que ver esos documentos del siglo XVII, cueste lo que cueste.

—Iré haciendo las gestiones, ojalá podamos, es un asunto un poco complicado.

—Eres periodista, seguro que puedes lograr la entrada al archivo.

—Haré todo lo posible... pero ¿de verdad que esto puede ser tan importante?

—Puede que esos legajos sean el primer juicio efectuado por fenomenología paranormal en España. O por supuesta posesión demoníaca.

—Eso da un poco de miedo, la verdad...

—Ciertamente, sí. ¿Te comentó la archivera alguna fecha de aquel proceso?...

—Creo que todo ocurrió hacia el 1617...

—Puede ser el primer Expediente X español. Mañana, a más tardar a las tres, estoy allí. Procura que me den un permiso para visitar ese archivo...

—¿En condición de periodista?...

—En condición de visita de un colegio, si hace falta.

La risa de Laura delató emoción y nerviosismo. Acostumbrada a ser corresponsal de un lugar donde casi nunca ocurre nada, esto se perfilaba como una gran aventura, con un trasfondo de poseídos, niñas que hablan idiomas imposibles y unos documentos sembrados de nombres, cargos y apellidos de la época. Y una sensación inconfundible me invadió por completo. Como en tantas otras ocasiones, la noticia había surgido del modo más incomprensible y para descubrir la verdad solo había una forma: viajar hasta las llanuras dormidas de la tierra de Barros, en pleno corazón de Badajoz, y plantar las cámaras fotográficas ante aquellos excepcionales documentos del pasado. No había otra fórmula. O, al menos, mi concepto del periodismo aún no la conoce. Por fortuna.

Villafranca de los Barros, hacia las tres de la tarde. Abril de 1999

Con 35 grados a la sombra me dieron la bienvenida las encrespadas y blancas callejas de este lugar apacible y ordenado, con una armonía sosegada propia de las tierras del sur a las que se asoma desde el último vértice de Extremadura. Al socaire del umbral de los portales los vecinos se protegían de un sol que abrasaba temprano, saludando cortésmente y envueltos en sus conversaciones sobre el tiempo y las tierras. Daba la impresión de que no se habían sobresaltado con la noticia, a pesar de que el rumor días antes había corrido rápido por los cuatro puntos cardinales del pueblo en aquella primavera que más bien parecía verano adelantado. En una plaza solitaria, junto a uno de esos viejos quioscos de música donde daba la apariencia de no haberse tocado un concierto en los últimos siglos, me esperaba, entre impaciente y nerviosa, Laura Diez, cronista que desde hacía algunos meses surtía de noticias a los diarios de la comarca. Tras las presentaciones de rigor, escuché una frase esperada que rompía la duda que me había mantenido tenso durante los cuatrocientos y pico kilómetros de ruta:

—«Podemos pasar. Hay vía libre.»

Me giré y vi el viejo palacio que hacía de Archivo Municipal. Con las prisas ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos quedado prácticamente en su entrada. Procuré desplazarme con rapidez por la primera planta, donde se extendían las dependencias de la policía local. Intuí que los «permisos» solicitados se limitaban al acuerdo entre amigos y conocidos para echar una ojeada y no estaba dispuesto a que mi bolsa de cámaras despertase la más mínima sospecha. Hablo con triste conocimiento de causa. No es la primera vez que un inocente interrogatorio por parte, por ejemplo, de algún agente de la policía local convierte la presencia del periodista investigador en todo un acontecimiento. Es mejor actuar con sigilo, como una sombra que solo observa y escucha. Al fin y al cabo esa es nuestra labor. En no pocas ocasiones «los periodistas que buscan cosas raras» infunden recelo más que otra cosa. Y las posibilidades de que gentes de algunos lugares tranquilos y dormidos en su rutina solo vean complicaciones en el forastero y sus cámaras fotográficas. El hecho de que un caso se te escape ante las propias narices si cometes el torpe error de charlar sobre tus intenciones antes de llegar hasta el objetivo es muy alta. La cara de cretino que se me ha quedado en algunas oca-

siones, tras escuchar la bella frase de *pues como eres periodista, no hablo... y ya te estás marchando de aquí,* me hizo recapacitar. Subí la escalinata de cuatro en cuatro peldaños, hasta sumergirme como en otro mundo. Si bien en el primer piso la asepsia y las estanterías de metal mostraban la frialdad propia de cualquier dependencia de ayuntamiento, en la segunda planta, que se retorcía en varias galerías estrechas donde se asomaban actas y libracos con las entrañas de hojas desparramadas, tenía esa magia de lo antiguo.

Un funcionario de bata blanca apareció en medio del pasillo forrado de apéndices y anuarios de siglos pasados. Le sonreí con una mueca de visitante dominguero...

—Ya veo que están de mudanza —me apresuré a decirle en tono cordial.

—Cierto. Nos trasladamos al nuevo edificio. Estamos sacando todos los archivos viejos, que llevaban sin catalogar una eternidad... están saliendo muchas sorpresas... Oiga, por cierto, ¿usted a qué ha venido?...

No lo dejé acabar. Oculté discretamente mi bolsa y continué como si me reclamasen desde la otra sala: allí todo parecía más tranquilo.

Con sus arterias de madera ya añejas por el paso de los siglos, aquella habitación guardaba la esencia histórica de un pasado brillante, repleto de conquistas y caballeros. Mientras mi cicerone dialogaba con lo que parecía ser otra funcionaría yo trataba de pasar desapercibido, desapareciendo entre columnas de legajos desencarnados de tapas que habían sido descubiertos tras iniciarse la operación de mudanza. Precisamente en uno de esos pequeños habitáculos abuhardillados, donde se guardaban en total desorden los documentos más antiguos, había saltado la sorpresa. La voz de la archivera me resultó reconfortante. Tras su charla con Laura había accedido a mostrarnos la «pequeña joya». Y yo sentí una profunda calma interior después de tanto nerviosismo por evitar que nada truncara aquel encuentro con el viejo y misterioso manuscrito.

Con gesto indiferente, Inmaculada Clemente Santos dejó caer el legajo 35/1.3.3, del año de 1617, sobre la mesa de oficina donde reposaba una esforzada Olivetti aún en servicio.

Delicadamente me llevé aquel expediente judicial hacia el amplio ventanal que se elevaba hasta el techo y que bañaba de luz clara aquel salón:

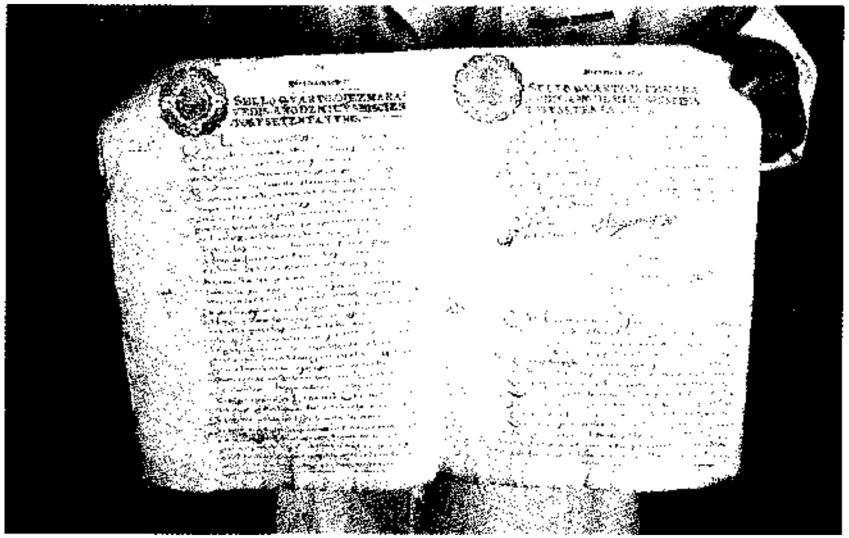
-Asi que esto es un proceso contra una niña que hablo en latín a los tres meses de edad, ante diversos testigos y que luego fue juzgada oficialmente...

—Exacto. Estamos realizando la transcripción paleográfica y aquella niña habló, según rezan los diferentes atestados, ante el médico, el cura, el alcalde y diversos dirigentes. Además de los propios testigos del pueblo.

Y allí, junto a la ventana, me quedé por unos instantes sin preguntas, observando aquella escritura enrevesada llena de firmas, rúbricas y sellos oficiales. Volví a quedarme mudo por la sorpresa.

Dos misterios del Siglo de Oro

El honor del inesperado «descubrimiento» lo merece Pilar Casado, la archivera que hacía tan solo unos días quedó asombrada al encontrar aquel pequeño tesoro. En una de las pequeñas estancias donde se apilaban documentos sueltos de todas las épocas y géneros apareció una carpeta, aproximadamente de finales del siglo pasado, en la que se incluían dos voluminosos expedientes judiciales de bastante tiempo atrás. Quién con sabiduría



La archivera abre ante las cámaras del autor el juicio a la niña poseída de Villafranca; un viejo legajo que se convierte en el primer expediente X español.

los incluyó en aquel «dossier» tuvo el detalle de colocar en el lomo de la encuademación un inquietante epígrafe: «Hechos sobrenaturales».

Sea quien fuese, aquel hombre o mujer que hace unos cien años descubrió dentro del archivo los partes de los tenebrosos sucesos ocurridos a principios del siglo XVII tuvo a bien el volver a «sumergir» aquel material en lo más profundo de la gran mole de papeles que se alzaba, húmeda y enmohecida, hasta casi rozar con el techo. Un modo de esconder para la posteridad unos hechos demasiado misteriosos y punzantes para la época. El milagro de la casualidad y el buen hacer de las funcionarlas consiguieron que en estos últimos cien años no se extraviase ni uno solo de los documentos del desangelado fondo de los archivos de Villafranca. Las obras de «adecentamiento» del lugar comenzaron a principios del 99, y recién iniciado el mes de abril ocurrió lo que quizá el destino había programado; el manuscrito oficial se desperezaba de un letargo de casi cuatrocientos años.

Cuando lo tuve entre las manos, comprendí que allí se reflejaba un hecho «maldito» que congregó a todas las fuerzas vivas de esta cuna de conquistadores. Un descubrimiento asombroso que tenía por epicentro a una niña de origen portugués de tan solo tres meses de edad, protagonista, según rezaban los legajos, de *un hablar imposible que fue certificado por los más honorables hombres de la villa.*

Pero la trama tenía un inicio. Un caballero inquieto, el licenciado José Beltrán de Arnedo, escribía a Villafranca solicitando una más que curiosa información.

Según rezaban las arrugadas hojas manuscritas, en la mañana del 9 de octubre de 1617 llegaba una misiva de carácter urgente al pueblo...

> *En la villa de Villafranca, en nueve días de octubre, sus mercedes don Mateo Vaca de Liria y Diego López Barragán, alcaldes ordinarios de esta villa por su majestad, recibieron el pliego sellado que dice así: Por la Reina Gobernadora. A la Justicia y Alcaldes Ordinarios de Villafranca.*
>
> *Y habiéndose abierto el dicho pliego viene firmado por el señor licenciado don fosé Beltrán de Arnedo, en el que por él manda se haga información de que una niña de edad de tres meses y medio, hija de padres portugueses estantes en esta villa, habló por el mes de septiembre pasado ciertas palabras latinas. Y que se hiciese información de que por el año pasado del sesenta y cinco se tocaran las campanas de la ermita de Nuestra Señora de la Coronada.*

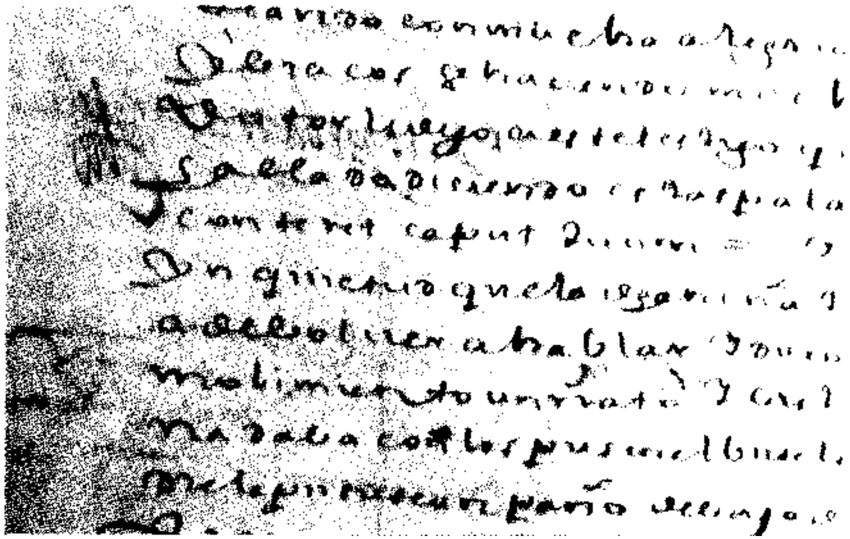
La inesperada cana dirigida a los alcaldes inicie» lo que probablemente hiera la primera investigación judicial de este tipo habida en España con orden de hacer declarar a todos los implicados. El espeluznante suceso de un bebé que comenzó a proferir frases en latín ante el espanto de varios testigos presentes fue el que primero llamó la atención de los dos mandatarios. No en vano habían pasado tan solo unos días del suceso y eran muchos los testigos.

Reunido el pueblo entero en pleno extraordinario, se ponía en marcha la maquinaria implacable de la investigación con el fin de arrojar luz sobre estos oscuros sucesos. El diablo, según muchos, se había aparecido en el cuerpo de una criatura.

Antonia Batista, la niña endemoniada

Con el legajo en la mano, caminando lentamente entre aquellas torres de viejos documentos y archivadores relucientes que se disputaban el sitio con antiguos libros de cuentas y sentencias, volví a ser consciente de que la realidad superaba a la ficción más descabellada.

Intentando imaginar la noche de hace trescientos ochenta y dos años en aquel lugar de estrechas calles encaladas, leí poco a poco, saboreando



Segmento del documento judicial en el que son legibles las palabras conteret, caput, tuum, pronunciadas de modo inexplicable por Antonia Batista.